

PIONERAS

DE LA CIENCIA EN PANAMÁ

Eugenia Rodríguez Blanco
Coordinadora



PIONERAS

DE LA CIENCIA EN PANAMÁ

Eugenia Rodríguez Blanco (Coordinadora)

Yolanda Marco Serra, Vannie Arrocha Morán,
Patricia Rogers Marciaga, Katherine Marino.

ISBN 978-9962-24-005-1

©Eugenia Rodríguez Blanco, Yolanda Marco Serra, Vannie Arrocha Morán,
Patricia Rogers Marciaga y Katherine Marino.

©Secretaría Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación, SENACYT

©Centro Internacional de Estudios Políticos y Sociales, CIEPS AIP

Todos los derechos reservados.

Ni la totalidad ni parte de esta obra puede reproducirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin autorización expresa de sus autoras, de acuerdo a lo que establecen las leyes de la República de Panamá.

Fotografía de la portada: Carmen Miró en una foto del archivo familiar.

Diseño, diagramación e ilustración:

Phoenix Design Aid A/S, una empresa CO2 neutral acreditada en los campos de calidad (ISO 9001), medio ambiente (ISO 14001) y responsabilidad social corporativa (DS490001); proveedora aprobada de productos certificados FSCTM.

Correcciones de texto y servicios de impresión:

Saben Panamá, S. A. Empresa panameña con amplia experiencia en artes gráficas, corrección de color, pre prensa y supervisión de todo el proceso de producción de impresos de alta calidad en sustratos amigables con el medio ambiente y tintas vegetales.

Supervisión de correcciones de texto: María Teresa Torrez, asistente de investigación y coordinación del proyecto Pioneras de la Ciencia en Panamá.

Primera edición, 2022

Segunda edición, revisada y actualizada, 2024

Impreso en Colombia, por La Imprenta Editores, S.A.S.

Aliado estratégico de Saben Panamá, S.A.

Este libro se enmarca dentro del proyecto "Pioneras de la ciencia: porque fueron, somos; porque somos, serán", desarrollado por CIEPS AIP y financiado por la SENACYT a través del Convenio de Cooperación 39-2020.

*Gracias a las pioneras de la ciencia, por su legado y por su ejemplo.
Gracias a todas las personas que nos ayudaron a reconstruir las
historias de las primeras científicas.
Gracias a la SENACYT por hacer posible este hermoso proyecto.*

Contenido

Presentación	8
Introducción “No me resignaré a ser maestra” Pioneras de la ciencia en Panamá	10
Clara González de Behringer La protectora de la niñez	30
Ofelia M. Hooper Polo Socióloga del mundo rural y activista del cooperativismo	42
Carmen A. Miró Gandásegui La hija del poeta que quiso ser científica	54
Ligia Herrera Jurado Conociendo Panamá palmo a palmo	66
Reina Torres de Araúz El privilegio de ser panameña	76
Olga F. Linares Tribaldo De los petroglifos chiricanos a los arrozales de Senegal	88
Carmen Antony García La referente de la criminología feminista latinoamericana	98
Felicia Santizo Henríquez Innovadora de la educación y primera investigadora del Congo	112
Elsie Alvarado de Ricord Con ch de Chiriquí	124
Etilvia Arjona Chang El modelo de universidad para la era de la globalización	132
Marcela Camargo Ríos La nobleza de la historia oral	144

Lidia G. Sogandares Rivera La Doctora de la salud reproductiva de la mujer	158
Enid A. Cook de Rodaniche La viróloga que venció al racismo	166
Rosa María Britton Ciencia y compromiso por la salud de las mujeres	176
Sergia Melita Rodríguez Solís La primera profesora, una mujer impresionante	188
Hildaaura E. Acosta de Patiño La toxicóloga que lucha contra los venenos	196
Carmen Damaris Chea Cedeño No quería ser docente ni “ingeniera de pupitre”	212
Irma E. Arjona Velásquez La ingeniera agrónoma que clasificó las yucas del país	222
Mireya D. Correa Arroyo La recolectora de plantas vasculares	232
Noris Salazar Allen La naturaleza como motor de una mente científica	240
Blanca Calvo de Hernández Pionera del reino de las cosas pequeñas	248
Miryam D. Venegas-Anaya Doctora Cocodrilo	258
Rosa E. Palacio Navas La arquitecto jefe de la vivienda social	274
Zoila Yadira Guerra de Castillo La ingeniera que nunca renunció a nada	288

Presentación

Este libro que usted tiene en sus manos, *Pioneras de la ciencia en Panamá*, reúne todas las cosas que académicamente nos parecen importantes y queremos hacer en el Centro Internacional de Estudios Políticos y Sociales (CIEPS).

El libro es producto de una investigación rigurosa. Desde el inicio, como debe ser, las investigadoras se plantearon preguntas y elaboraron un marco teórico que les permitiera interpretar la información que obtendrían y les brindara criterios para elegir los casos. Asimismo, eligieron las técnicas de recolección de datos más adecuadas para el tipo de investigación que realizarían y las aplicaron metódicamente. La primera sección del libro da cuenta de este proceso, que puede servir de ejemplo para ilustrar de manera entendible cómo se realiza la investigación en ciencias sociales.

Por otro lado, desde la concepción de la investigación se ideó paralelamente su proceso de divulgación y popularización. Para quienes investigamos en el CIEPS, no es suficiente que el conocimiento generado sea publicado en las mejores revistas académicas posibles o en libros que principalmente consume la comunidad académica. Sin duda, esto es importante para validar el rigor de nuestro quehacer, pero sabemos que nos debemos sobre todo a la sociedad panameña y por eso dedicamos tiempo y recursos a comunicar nuestro trabajo a la gente. Por eso este libro es como usted lo está viendo, atractivo para todo el público y, además, está acompañado de otra publicación pensada para la niñez.

Este libro visibiliza un problema importante que suele ser ignorado. En el CIEPS sabemos que los problemas y asuntos pendientes del país son más de lo que a simple vista parece. Por eso, intentamos no limitarnos a estudiar los grandes temas de la agenda pública nacional e internacional. En general, visibilizar y entender la trayectoria de las primeras científicas panameñas nos da información valiosa sobre el país que hemos sido y nos debe ayudar a reflexionar sobre el país que queremos ser. Específicamente, esta investigación habla de los aportes de las mujeres panameñas a la construcción del país y, obviamente, nos debe llevar a plantearnos el lugar de las científicas panameñas en una comunidad académica con muchas ganas de hacer las cosas bien y que necesita espejos para mirarse críticamente. Esto me lleva al siguiente punto.

La investigación que contiene este libro es útil. La misión del CIEPS indica que el conocimiento que generamos debe ser útil a los sectores público y privado para la formulación de políticas públicas. Esto lo hacemos generando conocimiento fundamental bajo la premisa de que en los procesos de formulación de políticas públicas participan muchos actores y que, por lo tanto, las políticas públicas son productos de la sociedad, no solamente de los Gobiernos ni mucho menos de los científicos y las evidencias que logran. En ese sentido, aspiramos a que la investigación contenida en

este libro sirva para desatar discusiones sobre la educación de las niñas panameñas —claro, también de los niños— la creación de entornos familiares que promuevan la curiosidad infantil, el papel determinante del Estado para potenciar el talento y las vocaciones científicas y la deuda del sector privado panameño con las ciencias. De esa gran discusión, de la que esperamos formar parte, poco a poco deben ir surgiendo, ojalá, mejores políticas públicas para el crecimiento de las actividades científicas en Panamá.

Finalmente, quiero reconocer el buen trabajo del equipo que llevó adelante este proyecto de investigación. Su calidad académica y humana están plasmadas en las páginas del libro. En el CIEPS estamos convencidos de que esta obra es importante y hemos disfrutado mucho haciéndola. Esperamos que igualmente ustedes disfruten leyéndola.

Harry Brown Araúz
Director del Centro Internacional de Estudios Políticos y Sociales, CIEPS.

Introducción

“No me resignaré a ser maestra”. Pioneras de la ciencia en Panamá

Por Eugenia Rodríguez y Patricia Rogers

“Además, ¿es menos injusto el que yo haya pasado cuatro años en la Escuela de Derecho para satisfacer a su debido tiempo una legítima aspiración mía y que me haya sacrificado como nadie se imagina para que al fin de la jornada me encuentre en la situación en que estoy y cuando por otro lado he tenido oportunidad de probar en otra ocasión que también se me cerraban las puertas? Supongo que no pensará Ud. que este año también me resignaré a ser maestra”¹.

La participación de las mujeres en la ciencia en Panamá es una verdad importante e incuestionable. Ahora bien, conscientes de los determinantes de género que antes, aún más que hoy, limitaban las carreras científicas de las mujeres, nos preguntamos: ¿quiénes fueron las primeras mujeres que abrieron camino en la ciencia en Panamá?, ¿cómo forjaron sus vocaciones científicas?, ¿en qué condiciones familiares, socioeconómicas o culturales se encontraban las primeras científicas?, ¿cuáles fueron sus experiencias en el desarrollo de sus carreras?, ¿qué dificultades enfrentaron por ser mujeres y cómo las superaron?, ¿cuáles fueron sus principales aportes a sus áreas científicas? o ¿qué lugar ocupan en la historia de la ciencia en el país?

Son las preguntas que buscamos responder en la investigación de la que surge esta obra. Una investigación biográfica y con enfoque de género, que desarrollamos en el marco del proyecto “Pioneras de la ciencia: porque fueron, somos; porque somos, serán”, desarrollado por un equipo multidisciplinar de investigadoras del Centro Internacional de Estudios Políticos y Sociales (CIEPS) y financiado por la Secretaría Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (SENACYT).

Esta obra histórico-literaria recoge la vida y obra de veinticuatro mujeres pioneras de la ciencia en Panamá. Utilizamos sus biografías como medio para acercarnos a ellas y sus historias, y encontrar las respuestas a las preguntas que motivaron este estudio.

¹ Extracto de la carta de Clara González al presidente de la República, Belisario Porras, escrita desde Aguadulce el 28 de marzo de 1923. En ella le sigue pidiendo la reforma de la ley para poder ingresar al sistema judicial. Por fin, el proyecto de ley que le permitiría a las mujeres ejercer la abogacía fue aprobado en abril de 1924.

Quisimos evitar que estas biografías se convirtieran en un recuento de eventos o logros de sus vidas, sino más bien, revelar situaciones emblemáticas, experiencias ejemplares que permitan entender a la científica en su momento: sus dificultades, sus oportunidades, sus intereses o sus luchas.

Pero más allá de generar conocimiento, con esta obra buscamos reconocer a las mujeres en la ciencia y crear conciencia de su existencia y relevancia. Un estudio previo sobre la participación de las mujeres en la ciencia en Panamá (Rodríguez et al., 2019) reveló las condiciones de inequidad que enfrentan las mujeres para su efectiva participación en la ciencia, que explicarían el menor número de estas como investigadoras o líderes de instituciones científicas o académicas. Son condiciones que tienen mucho que ver con estereotipos de género que deben ser reconocidos y superados para alcanzar la paridad. En base a este análisis, las autoras recomiendan, entre otras acciones, visibilizar y reconocer los aportes científicos de las mujeres en la historia de la ciencia, de modo que se creen o fortalezcan referentes femeninos en la ciencia para la sociedad en general, y para las jóvenes en particular. Las biografías que compila esta obra nos hablan de la historia de la ciencia en el país, de la desigualdad de género y de lo que significó ser mujer en su tiempo; pero también, son historias que inspiran y forman referentes en la conciencia social.

Las protagonistas de esta obra representan diversas áreas científicas, resaltando donde se encuentran más o mejor representadas, donde las mujeres han hecho grandes aportes científicos desde finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. Destacan las científicas de la salud, de las ciencias sociales y las humanidades, áreas científicas que contaron desde el inicio de su desarrollo en el país con la participación de mujeres. Algunas son mujeres conocidas y reconocidas en la conciencia social panameña y en la memoria histórica de la ciencia en el país. Sin embargo, otras han permanecido hasta ahora prácticamente invisibilizadas o ignoradas, a pesar de sus grandes logros y aportes a sus disciplinas. Otras, tal vez más conocidas, no fueron reconocidas en su rol como científicas, sino más bien por otras facetas que desarrollaron en sus vidas; todo ello, a pesar de haber realizado aportes importantes a la ciencia y contar con una carrera académica destacada en su época. Pero también están las más contemporáneas, pioneras de la ciencia del presente siglo, ocupando, muchas veces sin reconocerse ellas mismas, una posición pionera en sus especialidades o áreas de la ciencia.

Esta compilación de biografías se encuentra presentada en un orden que atiende a dos criterios. El primero, por áreas científicas, ubicando en los primeros lugares las áreas con una mayor participación histórica de las mujeres, continuando con este criterio hasta el final, donde se encuentran las disciplinas en las que las mujeres han tenido un menor recorrido histórico. El segundo, por científicas, ordenando a estas dentro de cada una de las disciplinas por antigüedad, considerando el tiempo en el que desarrollaron su labor. Por esta razón, las primeras biografías son de pioneras de las ciencias sociales y humanas y, dentro de estas, las que desarrollaron su labor en la primera mitad del siglo XX, y las últimas biografías

corresponden a mujeres científicas que se desarrollaron en carreras más técnicas, como la ingeniería o la arquitectura.

En todo el proceso de investigación que precedió a esta obra nos dedicamos intensamente a *desenterrar* a las primeras científicas del país en las diferentes especialidades. Es probable que no hayamos logrado superar la invisibilidad a la que la historia ha sometido a algunas de ellas. Por si así fuera, nos disculpamos con aquellas que no conseguimos encontrar, reconocer y visibilizar.

No creemos que sea posible hacer un recuento exhaustivo de las pioneras de la ciencia, pero sí podemos afirmar que las protagonistas de estas biografías son pioneras de la ciencia en el país. Ahora bien, ¿qué significa eso? Esa primera cuestión desató una reflexión conceptual previa que nos llevó, no solo a definir qué significa pionera, sino qué entendemos por ciencia.

Encuadre conceptual: pioneras y ciencia

Según la Real Academia de la Lengua Española “pionera” es una persona que da los primeros pasos en alguna actividad humana. Aplicado a la actividad que nos ocupa, las pioneras serían aquellas mujeres que dieron los primeros pasos en la ciencia en el país. Más allá de eso, a las pioneras de la ciencia las definen una serie de características: son las primeras en ocupar un lugar en las áreas científicas donde hasta el momento habían predominado los hombres; abrieron caminos a otras mujeres que llegaron después, para quienes actuaron de referentes; son prácticamente desconocidas e invisibilizadas en la historia de la ciencia; superaron los convencionalismos de género y tuvieron que afrontar dificultades u obstáculos en sus familias, su sociedad y su campo científico, por ser mujeres; tuvieron impacto en el cambio de mentalidad social y de género de su época; realizaron aportes importantes para el avance de la ciencia en el siglo XX en el país; y dejaron un legado e influencia para las futuras generaciones en su campo científico. (Magallón, 2011; Calderón y Marín, 2015; Ortiz, 2018; Núñez, 2019).

Tomamos en cuenta todas estas características para definir nuestros criterios de identificación y selección de las pioneras de la ciencia. Distribuimos dichos criterios en tres categorías: imprescindibles, deseables y afirmativos.

Consideramos *imprescindible* que fueran científicas que hubieran desarrollado su labor científica en y para Panamá, que fueran reconocidas como tales por quienes podrían ser sus pares académicos en su momento o actualmente, y que su selección representase la diversidad de áreas científicas que han tenido desarrollo en el país.

Una vez cumplidos estos criterios, consideramos *deseable* que tuvieran producción científica durante el siglo XX; relevante y reconocida en su área de conocimiento en el país, con logros destacados en su época. Fueron, por ejemplo, profesoras destaca-

das, fundaron centros de investigación en su campo, hicieron aportes conceptuales y teóricos importantes, realizaron publicaciones de impacto en su época o tuvieron muchas publicaciones, hicieron descubrimientos científicos o su trabajo tuvo impacto en el desarrollo de la ciencia en su tiempo y en el país.

Incorporamos a estos criterios otros que consideramos *afirmativos*. Son criterios que procuran compensar la especial invisibilidad o falta de reconocimiento de mujeres que tuvieron que enfrentarse a otras desigualdades o discriminaciones, más allá del género. Científicas afrodescendientes, por ejemplo, que enfrentaron la discriminación étnico-racial al tiempo que enfrentaban la discriminación de género. Destacamos la labor científica de las pioneras afrodescendientes, para quienes, las condiciones de acceso a la educación y desarrollo de su carrera científica estuvo marcada por dificultades adicionales a las de otras mujeres blancas o mestizas.

El segundo debate conceptual es al que nos llevó la definición de ciencia o actividad científica. Existe extensa literatura en la filosofía de la ciencia sobre este asunto, en el que no entraremos en estos párrafos, pero sí apuntamos algunos elementos que constituyen consensos reconocidos. Entendemos por ciencia a la construcción de conocimiento nuevo sobre un tema, haciendo uso de métodos científicos estandarizados en las diferentes áreas de conocimiento. (RAE, s.f., definición 1; Kuhn, 1989; Lakatos, 1998; García Jiménez, 2008; OCDE, 2015). Este contenido mínimo de lo que entendemos por ciencia tiene la particularidad de ser muy dependiente de su contexto histórico y socio-cultural: no es lo mismo hacer ciencia hoy que hacer ciencia a finales del siglo XIX o inicios del siglo XX. En aquellas épocas no se contaba con las posibilidades de generar conocimiento que existen hoy en día en términos de acceso a la literatura científica, a materiales y métodos, a herramientas y otros recursos que hoy resultan ser determinantes para la investigación científica. Esta consideración fue atendida en nuestra selección de pioneras de la ciencia, evaluando a las científicas y sus aportes en su contexto y en su tiempo.

La literatura crítica más contemporánea sobre la filosofía de la ciencia apunta sesgos de los que fuimos conscientes en la investigación de la que surge esta obra. Entre ellos los sesgos androcéntricos, positivistas y etnocéntricos. (Fox-Keller, 1985; Harding, 1993; Wallerstein, 1996; Dussel, 2009; Paz, 2011; Arrieta, 2018).

El sesgo androcéntrico advierte que, bajo la aparente y supuesta objetividad en la ciencia occidental, existe un patrón histórico en la construcción de conocimiento desde la realidad de los hombres, como sujeto biológico y social, desconsiderando las realidades y necesidades de las mujeres. Ese mismo sesgo invisibilizó la participación de las mujeres en la producción de conocimiento científico. El reconocimiento de este sesgo ubica a nuestro estudio en la "epistemología del punto de vista feminista" de Harding (1993), al reconocer figuras que han sido invisibilizadas en la historia de la ciencia en Panamá y poner el foco en sus particulares aportes en sus respectivos campos científicos, temas o problemas que tal vez sus colegas hombres desconsideraron

(Arrieta, 2018). Precisamente, y como ya se mencionó, el reconocimiento del sesgo androcentrista de la ciencia y el propósito de superarlo sustenta todo este proyecto.

Por su lado, el sesgo positivista consiste en el rechazo de todo aquel conocimiento que no pueda ser medido y comprobado a través de un método único de investigación, inspirado en los utilizados por las ciencias físico-matemáticas. El conocimiento científico se caracterizaría por ser aquel medible y verificable matemáticamente, que pueda ofrecer explicaciones causales a fenómenos variados que podrían devenir en leyes. Este sesgo ha causado una especie de jerarquización entre las ciencias, que ha desvalorizado por años aportes de disciplinas científicas como la historia, la psicología o la antropología, debido a la naturaleza no estrictamente cuantificable de su objeto de estudio. (Chávez, 2017).

En nuestra apuesta por superar el sesgo positivista, otorgamos el mismo valor a las ciencias naturales y exactas que a las ciencias sociales y humanas, donde las mujeres han tenido una mayor participación en la historia de la ciencia en el país.

Finalmente, el sesgo etnocéntrico de la ciencia es aquel que invisibiliza o desvaloriza la creación de conocimiento de alguna cultura por su carácter de alteridad o periférico al de la cultura dominante o hegemónica (Paz, 2011). Implica también el "extractivismo" de conocimientos tradicionales sin reconocer su origen, para luego tratarlos como conocimientos nuevos por científicos y científicas que participan en las estructuras científicas hegemónicas.

Reconocemos no haber superado el sesgo etnocéntrico en nuestro estudio, pues la definición de ciencia que utilizamos se basa en la forma de generar conocimiento correspondiente a la cultura occidental de los siglos XIX y XX. Sería interesante y pertinente desarrollar estudios que permitan identificar y valorar los conocimientos generados en otros contextos culturales en el país, y valorarlos con base en consideraciones locales, por ejemplo, los conocimientos indígenas, y en ellos, la participación de las mujeres. Quedamos en deuda con esto.

Nosotras y el método

Abordamos este reto con un equipo interdisciplinar feminista compuesto por una antropóloga social, una historiadora, una periodista y una socióloga.

La historiadora Yolanda Marco y la periodista Vannie Arrocha desarrollaron un trabajo colaborativo central para producir estas biografías; un género que François Dosse, en su libro *El arte de la biografía*, reconoce como "impuro" por encontrarse entre la literatura y la ciencia, la historia y la ficción, "en el punto de intersección entre el oficio de periodista y el de historiador" (Dosse, 2007, p. 94). Las autoras de esta introducción asumimos la construcción del marco teórico-conceptual y el diseño metodológico de la investigación biográfica, así como el análisis de las biografías que contiene este texto.

La investigación biográfica realizada se centró muy especialmente en las entrevistas a las propias pioneras; adicionalmente a ello y para las que esto no fue posible, entrevistamos a familiares, colegas, estudiantes y amistades, que actuaron como informantes clave de la vida y obra de estas pioneras. Fuimos a sus casas, a las de amigos y amigas o familiares, acudimos a bibliotecas y centros de documentación, revisamos archivos audiovisuales, indagamos en internet. Construir relatos biográficos de todas por igual no fue una tarea fácil. De algunas, las más conocidas, abunda información en fuentes secundarias; para el caso de otras, menos reconocidas o visibilizadas, la falta de información existente y la ausencia de informantes supuso un difícil reto para el equipo de investigación, que tuvo que reconstruir historias a partir de datos aislados, detalles de la vida y obra de las pioneras más desconocidas.

Nos acercamos a las biografías de las pioneras de la ciencia con el interés de indagar, muy específicamente, sobre algunos temas que consideramos centrales para generar conocimiento sobre la participación de las mujeres en la ciencia desde una perspectiva histórica y de género. Indagamos, muy particularmente en sus contextos familiares, económicos y socioculturales, el origen de sus vocaciones científicas, sus referentes y apoyos, sus trayectorias científicas y sus principales aportes a la ciencia en el país, y, en todo ello, procuramos identificar los determinantes de género que experimentaron y las condiciones que les permitieron afrontarlos y superarlos. Una vez recogida toda esta información, nos preguntamos: ¿qué nos dicen las biografías de las pioneras sobre la participación de las mujeres en la ciencia en el país? Lo que viene a continuación responde a esta pregunta.

Convertirse en científicas

Contextos de pertenencia

Los contextos culturales y socioeconómicos de pertenencia de estas pioneras se caracterizan por la diversidad. Así lo indican sus composiciones familiares, clases sociales u orígenes étnicos, así como los entornos culturales y ambientales en los que crecieron.

Algunas formaron parte de familias numerosas y tradicionales según la época, compuestas por el matrimonio de sus padres, con quienes convivían. Otras, sin embargo, formaron parte de familias monoparentales, lideradas por sus madres, con pocos hermanos o hermanas. Algunas otras, incluso, vivieron en contextos familiares marcados por la poligamia de sus padres. A pesar de esta diversidad en las composiciones familiares de las pioneras, para todas, dichos contextos representaron realidades domésticas marcadas por la protección, la seguridad y los afectos.

Por su lado, sus realidades socioeconómicas, muy condicionadas por la actividad económica de sus progenitores, si bien también se encuentran marcadas por la diversidad, permiten observar una significativa mayoría de aquellas que se encuentran en

los estratos socioeconómicos bajos o medio-bajos. Sus padres se dedicaron a oficios no profesionales en la mayoría de los casos: mecánicos, carpinteros, orfebres, cocineros o comerciantes, aunque también algunos de ellos fueron profesionales: médico, maestro, contador, escritor... Sus madres presentan menor diversidad en sus ocupaciones; fueron, en su gran mayoría, amas de casa. Este último punto tiene mucho que ver con las normas y roles de género vigentes en la época en la que las pioneras de primera o segunda etapa —distinguiendo entre quienes desarrollaron su carrera científica en la primera o segunda mitad del siglo XX, respectivamente— desarrollaron su infancia, en el que las mujeres tenían un claro destino como madres, esposas y cuidadoras domésticas. Aunque algunas de ellas, excepcionalmente, fueron mujeres instruidas, sus parejas —en mayor proporción y en contraste con ellas— contaban con más instrucción o educación.

La diversidad atraviesa también los orígenes nacionales o identidades étnico-raciales de las pioneras. Si bien puede distinguirse entre ellas una sobrerrepresentación de las que podrían considerarse mujeres blancas o mestizas, algunas de ellas son afrodescendientes y, una minoría, tienen algún antecedente indígena. Mayor diversidad se observa en sus orígenes nacionales. Aun siendo mayoría quienes reciben la nacionalidad panameña de ambos progenitores, son también muy significativas las que tienen padres —más que madres—, con orígenes extranjeros: son españoles, ecuatorianos, costarricenses, chinos, irlandeses, puertorriqueños, colombianos o estadounidenses. Esta diversa representación de nacionalidades entre los padres de las pioneras nos habla de un tiempo en la historia del país marcado por la fuerte presencia de migrantes llegados de diversos países para trabajar en dos grandes obras: la construcción del ferrocarril y el canal interoceánico (Jaén Suárez, 1981).

Sus entornos culturales y ambientales también son diversos, aunque muchas de ellas provienen de entornos rurales o semirurales, de donde tuvieron que migrar a la ciudad de Panamá para continuar sus estudios, ante la deficiente provisión de escuelas secundarias en sus lugares de origen hasta bien avanzada la segunda mitad del siglo XX. Son precisamente esos orígenes los que marcan sus intereses y preocupaciones, una vez convertidas en científicas: las que deciden estudiar botánica o agronomía, motivadas, probablemente, por su contacto con el campo en su infancia, o las que se preocupan y abordan la desigualdad territorial y social, habiendo crecido en contextos donde se manifiestan dichas realidades y habiendo tenido relación con población marcada por esas desigualdades. Pero también se encuentran quienes hicieron de su entorno cultural su objeto de estudio científico: antropólogas, arqueólogas o folclorólogas. Estos diferentes entornos en los que crecieron podrían explicar sus diversos intereses y preocupaciones y, por tanto, también la diversidad de áreas científicas a las que se dedicaron las pioneras de la ciencia en el país.

“No me resignaré a ser maestra”

Si atendemos a la educación de las pioneras, observamos ciertos patrones que se extraen de sus biografías y son significativos de las diferentes épocas en las que vivie-

ron y las realidades de género. Uno de ellos es que, pese a los prejuicios de la época en torno a la participación de las mujeres en la educación, sobre todo en la primera época de las pioneras (primeras décadas del siglo XX) manifestado en la escasa red de escuelas para mujeres y la segregación de género en la educación, contaron en sus casas con padres y madres, y muy especialmente los primeros, que apoyaron e impulsaron su formación, colaborando incluso en esa instrucción. Es muy marcado el énfasis que recogemos de testimonios directos o indirectos de las pioneras en este tipo de situaciones que determinaron los cimientos de la carrera de las científicas. Los cuestionamientos o impedimentos, sin ser definitivos o limitantes, ocurrieron por sus mismos padres, generalmente después, cuando sus carreras como científicas exigían viajar al extranjero para seguir formándose, o cuando expresaron su interés de estudiar carreras no consideradas tradicionalmente femeninas en la época.

Estudiaron en escuelas primarias públicas en diferentes puntos del país y muchas continuaron sus estudios en las escasas instituciones de educación de la ciudad. Como ya se mencionó, las pioneras de la primera etapa se encontraron con una oferta de educación primaria segregada y nula o escasa de educación secundaria. Para las que estaban en la edad de recibir su educación en las primeras décadas del siglo XX, con el inicio de la etapa republicana, sus opciones de educación se reducían a la Escuela Nacional de Institutoras, fundada inicialmente en el año 1878 como Escuela Normal de Señoritas, y que reabrió sus puertas en el año 1904 después de permanecer cerrada cuatro años (Méndez-Pereira, 1915), las Escuelas Normales Rurales de David y Aguadulce (abiertas en el año 1914 y cerradas en 1937) o a la Escuela Profesional de Mujeres (1913), donde chicas de escasos recursos se preparaban en telegrafía, corte y confección o cocina (Céspedes, 1985). El principal centro de estudios secundarios fundado en la época republicana, el Instituto Nacional, no admitiría mujeres hasta la Ley de Coeducación del año 1919. Solo a partir de esa fecha las mujeres pudieron estudiar junto a los hombres en el Liceo o en la Escuela de Artes y Oficios. Más adelante podrían continuar sus estudios superiores en las Escuelas de Comercio e Idiomas, Derecho y Ciencias Políticas o Medicina y Cirugía, hasta que se inauguró la Universidad de Panamá (1935), con una oferta más diversificada de estudios superiores para hombres y mujeres; el *alma mater* de muchas de las primeras científicas.

A pesar de las oportunidades que se abrieron para los estudios secundarios y superiores de las mujeres a partir de la década de los años veinte con la Ley de Coeducación, la todavía limitada oferta educativa general y el peso de los estereotipos y roles de género determinaron que muchas de ellas acabaran estudiando en las Escuelas Normales del país, entre ellas destaca la Escuela Normal de Santiago de Veraguas, fundada en 1936. Es interesante comprobar cómo muchas de las que estudiaron para maestras ejercieron como tales un tiempo limitado, pero más tarde, en cuanto tuvieron la oportunidad, estudiaron otras carreras y desarrollaron otras profesiones. Algunas ni siquiera llegaron a ejercer como maestras, aunque fueran normalistas, desarrollando sus verdaderas vocaciones aun antes. Muy pocas de esas primeras maestras que desarrollaron después una carrera científica lo hicieron en esa área de conocimiento, la educación.

Experiencias de discriminación

Las primeras científicas tuvieron que enfrentar la discriminación y segregación normalizada e institucionalizada en su educación a finales del s. XIX e inicios del s. XX, pero también la discriminación social y “de hecho” por ser mujeres (Marco, 2019). El peso de los estereotipos de género limitó los estudios superiores que realizaron, aplacando sus vocaciones iniciales en algunos casos. Destaca la cultura de género no restrictiva de las familias de las pioneras que estudiaron carreras consideradas no tradicionalmente femeninas en la época y, por tanto, no vinculadas a roles de género ni a la construcción sociocultural de la feminidad. Las que no encontraron estos límites en casa, y pudieron acceder a carreras como Derecho, Medicina o Agronomía se encontrarían con los estereotipos y prejuicios de género después, en el desarrollo de su formación académica, en un entorno marcadamente masculino, donde fueron las únicas estudiantes mujeres en un aula repleta de hombres.

Las mujeres no solo se enfrentaron al sexismo para llegar a ser científicas. Sus barreras no fueron solo de género, algunas enfrentaron otras adicionales por pertenecer a determinada clase social o por su condición étnico-racial. El racismo y el sexismo se combinaron de la peor manera para mujeres indígenas o afrodescendientes, aun hoy con menores oportunidades de realizar una carrera científica (Rodríguez et al., 2022). Las pioneras afrodescendientes relatan situaciones de discriminación racial a lo largo de su educación y carrera científica en Estados Unidos y en Panamá, que lograron enfrentar de diversas maneras.

Origen de su vocación y referentes

Como ya apuntamos, las vocaciones científicas de las pioneras se fraguaron en casa, en su familia y en sus entornos ambientales, sociales y culturales. Muchas tuvieron un estímulo y apoyo fuerte para realizar una carrera científica en su propio ámbito familiar, normalmente un padre, y en menor medida, una madre, que o bien sirvieron de ejemplo o referencia para la carrera científica de la hija o bien la motivaron para que realizara estudios científicos. Las primeras científicas vivieron en casas donde había libros y hábito de lectura. Muchas de ellas fueron grandes lectoras desde su infancia. Fueron niñas inquietas, que hacían muchas preguntas a sus padres, curiosas, con claro afán de conocer.

Sus entornos o contextos vitales: sociales, culturales y ambientales, como ya se mencionó, aparecen recurrentemente en el origen de sus vocaciones. Muchas de las que se criaron en entornos rurales o tuvieron experiencias satisfactorias en su infancia en el campo se decantaron por ciencias naturales o agrícolas; así como otras, marcadas por las realidades sociales y contextos culturales en los que crecieron, desarrollaron carreras sociales o humanidades. Para todas ellas, sus carreras profesionales representaron una continuidad de sus experiencias de vida en la infancia y juventud.

Destacan las pioneras preocupadas y que reaccionaron a las diversas formas de discriminación social a la explotación de la época de los lugares donde crecieron o vivieron. Injusticias que las movieron, entre las que se incluyen las vividas por ellas mismas, de las que fueron sujeto por su propia identidad de género o étnico-racial.

Algunas descubrieron sus vocaciones a temprana edad, otras, siendo ya adultas. Entre estas últimas se reconocen las que se vieron influenciadas por temas de mucha vigencia y significación del momento histórico que les tocó vivir: las luchas nacionalistas, la reforma agraria o la lucha por los derechos de la mujer, entre otros.

La mayoría se guiaron por sus vocaciones, pero algunas se decidieron por carreras que consideraron que podían ofrecerles buenas oportunidades laborales en un futuro. Otras no pudieron guiarse por sus vocaciones porque tuvieron límites para ello —en sus casas o porque no consiguieron pasar las pruebas de acceso—. En cualquier caso, sí es generalizado el sentimiento de vocación por la carrera científica que desarrollaron en su vida y por el que se reconoce su labor pionera.

Ser mujer científica

Estereotipos de género en sus carreras científicas

El estudio sobre la participación de las mujeres en la ciencia en el país (Rodríguez et al., 2022) identifica determinantes de género en la carrera científica de las mujeres, que hacen que estas no se encuentren en igualdad de condiciones con los hombres. La inequidad de género en la ciencia se manifiesta, muy específicamente, en los estereotipos de género vigentes en la educación y la ciencia, así como en la desigual distribución de responsabilidades domésticas y de cuidados entre hombres y mujeres.

Ya vimos cómo, en los años de formación de las primeras científicas, los estereotipos y normas de género vigentes, muy vinculadas a la promoción del desarrollo de las mujeres en los límites de un ideal de feminidad ligado a tareas y actividades relativas al cuidado y atención de los demás, tuvieron un efecto directo en sus trayectorias educativas, muy especialmente cuando terminaban los estudios primarios. Salirse del patrón femenino de su época deseando formarse en otros asuntos fue un reto aún mayor del que todavía enfrentan muchas mujeres en la actualidad.

Superado el primer nivel de resistencias, las de sus familias en sus hogares y las suyas propias, les tocaría seguir enfrentando otras resistencias guiadas por estereotipos de género en su educación superior. Compañeros de clase y profesores, muy especialmente en carreras científicas consideradas “propias de hombres” en la época, mostrarían sus cuestionamientos a estas primeras científicas con sus comentarios y comportamientos alusivos a su condición de mujeres. Aunque muchas de ellas prefieren no ahondar en esos recuerdos o interpretarlos en clave de género, muy probablemente para restarles importancia o significación, las que sí lo hacen se carac-

terizan por ser mujeres con conciencia de su condición de género, que les permitió identificar situaciones e interpretar sus realidades. Combatieron las resistencias y cuestionamientos con seguridad y convicción, apoyadas en su gran motivación por lo que hacían y lo que deseaban ser.

Una vez tituladas llegaba el momento de enfrentar los estereotipos de género relativos a sus capacidades para ejercer una profesión que contaba sin referentes femeninos previos, e incluso iniciar una carrera científica como investigadoras. Les tocaba demostrar con su ejemplo que las mujeres son capaces, pero para ello tuvieron que hacerse un hueco en terrenos, espacios, instituciones muy masculinas y con culturas androcéntricas. Fueron observadas y evaluadas con atención y sintieron con preocupación la responsabilidad que caía sobre ellas. “Si yo hubiese fracasado, las puertas se les hubiesen cerrado a otras mujeres por largo tiempo. Tenía yo muchos temores”. Lidia Sogandares, pionera de la medicina, sin fecha.²

Ante este tipo de situaciones no es de extrañar que muchas de ellas tomaran el camino profesional de la docencia en sus áreas científicas, un ámbito profesional más acorde con las expectativas de género para las mujeres. De hecho, muchas de ellas llegaron a ser grandes docentes en instituciones de enseñanza superior, a la vez que se dedicaron en mayor o menor medida a la investigación científica.

Al mismo tiempo, los estereotipos de género sobre la capacidad de liderazgo de las mujeres atravesaron sus oportunidades y deseos de ocupar puestos de toma de decisión en instituciones académicas y científicas. Durante el siglo XX las mujeres científicas no ocuparon los puestos más altos de la jerarquía científica de la época. Fueron pocas las pioneras que asumieron algún puesto de gestión y toma de decisión en alguna de las instituciones donde trabajaron, solo después de mostrar ampliamente sus capacidades. Las pioneras a las que pudimos preguntar directamente sobre este asunto respondieron mayoritariamente que procuraron evadir estas posiciones que exigían un extra de tiempo y dedicación que no podían o no estaban dispuestas a asumir, algo que podría indicar dos cosas: la menor disponibilidad del tiempo de las mujeres por la asunción de otras responsabilidades, muy especialmente para las que eran madres, y la interiorización de los estereotipos de género que cuestionan las capacidades de las mujeres para ocupar puestos de liderazgo y toma de decisiones.

Se constata en sus biografías cómo muchas de ellas desarrollaron otras facetas en sus vidas, más allá de la científica y docente, guiadas por sus variados intereses y motivaciones, y las oportunidades con las que contaron. Fueron escritoras, administradoras de instituciones públicas o políticas. Llama la atención que, para algunas de ellas, esas otras facetas sean por las que resultan ser más conocidas socialmente, quedando sin resaltar su trabajo científico.

² Documento del archivo personal de Carmen Sogandares de Mackenzie, escrito por Florence Lovell. Por el texto se deduce que fue escrito hacia 1959.

Conciliar ciencia y cuidados

Una dimensión de sus biografías muy relevante para el análisis de género son sus realidades familiares, las responsabilidades domésticas y de cuidados que tuvieron que atender a lo largo de sus vidas y, en particular, en el tiempo en que desarrollaron su carrera científica. En este sentido comprobamos como muchas de las pioneras de la ciencia son o fueron mujeres que no formaron familia (no tuvieron pareja o hijos/as): algunas tuvieron pareja, pero se separaron, otras nunca se unieron, y un significativo número de ellas no fueron madres. Las que se casaron, mantuvieron su matrimonio durante la mayor parte de su vida y tuvieron hijos/as, constituyen una minoría.

Las que tuvieron una pareja, se unieron o casaron, pero se separaron después de un tiempo, explican su separación con motivos que se refieren a los conflictos generados por sus carreras académicas y científicas. Algunas se refieren a los impedimentos o resistencias que sus parejas les plantearon en algún momento de sus trayectorias: cuando expresaron su deseo de seguir estudiando o cuando no recibieron el apoyo esperado para realizar alguna apuesta académica o profesional. Por su lado, entre las que tomaron la decisión de no casarse o unirse, se encuentran las que tomaron la decisión premeditada de priorizar sus carreras, su independencia o autonomía.

Algo más de la mitad de todas las pioneras que forman parte de este compendio no tuvieron hijos o hijas. Entre ellas hay algunas que sí se casaron o unieron a edades relativamente avanzadas en su época, más allá de los treinta años. Es probable que algunas postergaran por sus carreras esta decisión y finalmente renunciaran a ella por la edad. Las que sí fueron madres, algo menos de la mitad de todas ellas, ejercieron la maternidad al tiempo que desarrollaban sus carreras científicas, enfrentándose al reto de la conciliación en épocas en las que todavía no existían políticas públicas de cuidados.

Estos modelos de familia que representan las primeras científicas contrastan con sus propios modelos de familia de origen, las familias en las que se criaron, e incluso con el modelo ideal de familia (normalmente nuclear, compuesta por matrimonio e hijos/as) de las épocas en las que les tocó vivir. En este sentido, muchas rompieron con el modelo de familia con el que contaban como referente más cercano. Ellas mismas nos cuentan que las decisiones tomadas en sus vidas con relación a su formación y dedicación científica condicionaron esta ruptura, aunque algunas sí apostaron por reproducir su modelo familiar de referencia, pero, por las razones ya apuntadas, no prosperó.

Las pioneras madres trataron de conciliar, con muchas dificultades, su formación y trabajo con la crianza de sus hijos e hijas. La ausencia de instituciones o servicios de cuidado para la primera infancia durante prácticamente todo el siglo XX, así como la deficitaria atención o asunción de estas responsabilidades por parte de los padres (sus esposos o compañeros), determinaron que tuvieran que desplegar arreglos particulares entre sus propias redes de apoyo, entre ellas, las familiares. Las abuelas aparecen como recurso prioritario para transferir los cuidados que recaían sobre es-

tas primeras científicas, muy especialmente las que ejercieron de madres solteras. Puntualmente llevaban a sus hijos e hijas a viajes, trabajos de campo, laboratorios o excavaciones. Los hijos e hijas de las pioneras consultados en nuestra investigación nos comparten testimonios de estas experiencias vividas con sus madres científicas.

Es bastante generalizado entre ellas un sentimiento de culpa, socialmente reforzado, por no poder pasar más tiempo con sus hijos e hijas, debido a la dedicación que exigía su trabajo. No todas consiguen perdonarse por estas ausencias, culpándose exclusivamente a ellas mismas, más allá de otras ausencias o la falta de corresponsabilidad. La difícil situación en la que se vieron algunas por no poder transferir cuidados o por ese sentimiento de culpa, por no cumplir con los mandatos de cuidado de la maternidad, determinó que interrumpieran su carrera en los años más críticos de crianza, para retomarla después, con mejores condiciones de conciliación. Entre esas condiciones destaca el apoyo de una empleada doméstica o cuidadora, con quienes contaron todas las pioneras que fueron madres en diferentes momentos de sus vidas. Las pioneras más contemporáneas, que desarrollaron sus carreras a finales del siglo XX, ya contaron con algunos servicios de cuidados en sus contextos de trabajo; destaca el importante papel que cumplió para algunas de ellas el Centro de Orientación Infantil y Familiar (COIF) de la Universidad de Panamá, en ese tiempo.

El rol de cuidadoras de estas primeras científicas no se redujo a sus propios hijos e hijas. Para todas, y especialmente para las que no fueron madres, también se dieron responsabilidades de cuidados de otros miembros de la familia con situaciones de dependencia. Destacan los sobrinos y las sobrinas, para quienes algunas de estas científicas actuaron como madres ficticias o adoptivas, o padres o madres con especiales necesidades de cuidado por enfermedad o edad. Pero también fueron cuidadoras de sus esposos y exesposos, cuando estos necesitaron de los cuidados de estas mujeres. Sus infancias recogidas en las biografías nos cuentan que, algunas de ellas también fueron cuidadoras en sus infancias y adolescencias, en muchos casos, atendiendo a hermanos y hermanas menores en familias extensas.

Condiciones facilitadoras: superando obstáculos

Las primeras científicas superaron estereotipos, roles y relaciones de género que limitaban sus oportunidades para desarrollar sus carreras, con algunas condiciones con las que contaron. Entre ellas se encuentran: haber contado con referentes próximos y fuertes que las estimularon directa o indirectamente a seguir el camino académico y profesional que las llevó a convertirse en científicas. Ya vimos cómo madres, y especialmente padres, con una visión que transgredía las normas de género de la época, estimularon y empujaron a sus hijas para que leyeran o estudiaran desde muy pequeñas. No tuvieron madres científicas por razones obvias: ellas fueron las primeras, pero tampoco padres en la gran mayoría de los casos, aunque algunos padres profesionales sí acercaron a sus hijas a través de sus trabajos y aficiones a lo que sería la vocación de sus hijas. Los referentes femeninos más próximos, sus madres y abue-

las, tuvieron un efecto muy positivo en ellas como ejemplos de esfuerzo, superación, curiosidad y educación.

Entre sus referentes en la infancia y adolescencia figuran también profesores y profesoras con quienes tuvieron la suerte de encontrarse en su etapa de formación. Algunos y algunas despertaron vocaciones y abrieron el camino a estas primeras científicas. Destaca muy especialmente la labor de mentoría que de manera informal realizaron algunos de esos profesores y pocas profesoras. Estas personas las ayudaron tanto a despertar o reforzar su pasión por su profesión, como a conseguir becas para continuar con sus estudios, pero también trabajos que pudieran representar una ayuda económica para mantenerse mientras estudiaban. Estas mentorías atraviesan las relaciones entre las propias pioneras biografiadas; destacan algunas en mejor situación o posición profesional que otras, siendo contemporáneas, o algunas pioneras que fueron profesoras de otras y les abrieron caminos científicos nuevos.

Entre las condiciones que facilitaron sus carreras científicas se encuentran los apoyos económicos que recibieron para estudiar o salir del país para continuar sus estudios. Sus contextos socioeconómicos de pertenencia no representaron para ellas una barrera o límite para el desarrollo de sus carreras profesionales y científicas. Los primeros esfuerzos se hicieron en casa, con la apuesta decidida de sus padres y madres por la educación de sus hijas, pero después contaron con apoyos externos que fueron definitivos. Contaron mayoritariamente con ayudas económicas formales (en forma de becas) o informales, del Estado, de familiares o conocidos, que apostaron por la educación y formación de estas mujeres. Profesores nacionales o extranjeros/as o personas con poder en el país que facilitaron la consecución de apoyos económicos directos o becas del Gobierno de las que se beneficiaron estas jóvenes científicas para proseguir sus estudios fuera del país y que determinaron sus carreras. A finales del siglo XX ya se establece un sistema de becas más institucionalizado del que otras pioneras pudieron beneficiarse. Destaca muy especialmente el rol de la Secretaría Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (SENACYT), creada en 1997, que resultó central en la formación y especialización de las pioneras más contemporáneas, a través de su programa de becas internacionales. Prácticamente todas las que estudiaron maestrías o doctorados fuera del país lo hicieron con este tipo de ayudas. Muchas de ellas estudiaron licenciaturas, posgrados o doctorados en España, Estados Unidos, México, Costa Rica, Chile o Argentina, gracias a estos apoyos. Muy pocas pudieron hacerlo con sus propios recursos.

Algunas de ellas sí tuvieron que trabajar para generar ingresos propios y costearse sus estudios. Lo hicieron en el campo en el que se estaban formando, lo que ayudó a ganar conocimientos y prácticas que fueron de mucha utilidad en su formación y carrera.

Ser buenas estudiantes fue clave para recibir becas o apoyos económicos para estudiar y para que establecieran relaciones de mentorías con profesores y profesoras.

Su desempeño, más allá de su inteligencia, capacidad y motivación, tenía que ver también, según los relatos que recogemos de ellas, con la alta autoestima y confianza en sí mismas. Destaca el alto grado de empoderamiento personal con el que contaron estas primeras científicas para enfrentar los estereotipos de género que cuestionaban sus capacidades. En algunos casos su confianza se debía a la situación de seguridad vivida en sus casas. Otras estaban seguras de su vocación.

Los obstáculos que enfrentan las científicas para poder participar en igualdad de condiciones con los hombres en la ciencia relativos a las cargas domésticas y familiares, fue enfrentada por las pioneras deliberadamente o no de tres maneras. Se unieron con hombres aliados, que alentaron sus carreras y vocaciones, y que, además, ejercieron la paternidad responsable. Con estos compañeros, muchos extranjeros, las mujeres científicas establecieron relaciones que mantuvieron toda su vida. También renunciaron a la maternidad o la postergaron, y con ello evitaron enfrentarse a una conciliación complicada con sus carreras y expectativas profesionales. Para las que sí fueron madres, contar con una empleada doméstica o cuidadora fue crucial en sus carreras. El papel de estas mujeres cuidadoras, que acompañaron a las primeras científicas, merece una visibilidad especial por ser, en muchos casos, grandes facilitadoras de las pioneras. Todas estas estrategias familiares para enfrentar condicionantes de género relativos a los roles de género que atravesaron sus vidas y responsabilidades, tuvieron un determinante impacto en sus carreras y logros.

Aportes de las pioneras

Las primeras mujeres científicas realizaron aportes diversificados, específicos y de mucho impacto para el desarrollo de sus disciplinas. Asumieron tareas muy diversas a lo largo de su carrera y en sus especialidades; como investigadoras, docentes, gestoras o administradoras, e incluso fundadoras de instituciones académicas y científicas. Tuvieron también una faceta política o artística muy relacionada con los temas que les preocupaban o interesaban. Fueron mujeres polifacéticas que realizaron aportes a sus áreas científicas especializadas desde diversos ámbitos.

Uno de los aportes más destacados de todas ellas fue y es su labor como docentes. Esta faceta, muy relacionada con las normas y roles de género aún hoy vigentes relativos al desempeño de las mujeres como maestras, que a muchas condicionó su formación, fue una de las más recurrentes. Esa labor como docentes, dedicadas y apasionadas, tuvo un impacto importante en sus estudiantes, para quienes fueron referente e inspiración. Así mismo lo relatan ellas cuando reconocen entre sus estudiantes a quienes más tarde se convirtieron en científicas destacadas o se encuentran en camino de serlo.

Las pioneras de la ciencia de la primera mitad del siglo XX ejercieron además un rol fundamental en la fundación de instituciones científicas y académicas, mejorando o ampliando currículums académicos o ejerciendo, en algunos casos, cargos de admi-

nistración o gestión que fueron determinantes para que se establecieran las instituciones que años después permitirían a otras y otros dedicarse completamente a la investigación. No fue el caso de muchas, que tuvieron que compaginar investigación, docencia y gestión, incluso una actividad política, militante, en la apuesta por el conocimiento, la conservación y la ciencia.

Pero también hicieron aportes específicos y de mucho impacto. En las ciencias naturales, la botánica, una especialidad que desarrollaron mujeres científicas en el país, descubrieron nuevas especies de plantas y crearon el herbario. En biología, extendieron la aplicación de la microbiología y bioquímica a estudios de sostenibilidad y realizaron aportes significativos al conocimiento de la biodiversidad en el país. En arquitectura destacan los aportes a los estudios urbanos, una especialidad en la que después se han formado y especializado otras mujeres arquitectas interesadas en el componente social de su disciplina. Las agrónomas categorizaron diversas especies de semillas para cultivos eficientes y realizaron un trabajo central en la docencia y la configuración de instituciones de investigación científica. En ciencias médicas destacan sus aportes a una especialidad hasta el momento no considerada por los hombres de la profesión, la salud reproductiva de las mujeres. También destacan los aportes a la virología en las ciencias de la salud. En ciencias sociales se reconocen los determinantes aportes de las pioneras de la ciencia al estudio de las realidades particulares de la infancia en situación de pobreza, pero también de la desigualdad territorial o la desigualdad étnico-racial y de género, temas que atravesaron sus vidas y preocupaciones, y que ellas consiguieron poner en la agenda de los problemas sociales del país. Ayudaron a pensar críticamente el país, pero también a construir y reconstruir la historia y la identidad cultural panameña.

Estos y otros aportes pueden conocerse en mayor profundidad y en su contexto en cada una de las biografías que compila esta obra. En ellas encontrarán las contribuciones de las científicas hiladas con sus propias historias vitales y sus tiempos, sin pretender hacer un resumen sistemático de sus obras. El valor de este libro radica en otro lugar, y es en contar a quienes no han sido suficientemente contadas hasta ahora en el relato más conocido de la historia de la ciencia del país.

Bibliografía

Arrieta, T. (2018). Sobre el pensamiento feminista y la ciencia. *Letras (Lima)*, 89 (130), pp. 51-78. <https://doi.org/10.30920/letras.89.130.3>

Calderón, M. y Marín, G. (2015). Historia de vida de tres mujeres pioneras de la computación en Costa Rica. En Fundación Telefónica, *Historias de las TIC en América Latina y el Caribe: inicios, desarrollos y rupturas*. Fundación Telefónica, pp. 291-305.

Céspedes, F. (1985). *La educación en Panamá: panorama histórico y antología de Panamá*. Biblioteca de la Cultura, Tomo 4. Universidad de Panamá.

Chávez, J. (2017). Polémicas sobre la filosofía de las ciencias sociales y humanísticas: síntesis histórica. *Atenas*, 2 (38), 136-157.

Dosse, F. (2007). *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*. (1ra. ed.). Universidad Iberoamericana. México D.F. México.

Dussel, E. (2009). Una nueva edad en la historia de la filosofía: el diálogo mundial entre tradiciones filosóficas. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 14 (45), 31-44.

Fox-Keller, E. (1985). *Reflections on gender and science*. Yale University Press.

García Jiménez, L. (2008). Aproximación epistemológica al concepto de ciencia: una propuesta básica a partir de Kuhn, Popper, Lakatos y Feyerabend. *Andamios*, 4 (8), 185-212.

Harding, S. (1993). *The science question in feminism*. Cornell University.

Jaén Suárez, O. (1981). *Hombres y ecología en Panamá*. Editorial Universitaria. Universidad de Panamá.

Kuhn, T. (1989). *¿Qué son las revoluciones científicas? y otros ensayos*. Barcelona: Paidós.

Lakatos, J. (1998). *La metodología de los programas de investigación científica*. Madrid: Alianza Editorial.

Magallón, C. (2011). Su libertad y su esfuerzo nos abrieron espacios: pioneras españolas en las ciencias experimentales en el primer tercio del siglo XX. *TABANQUE Revista pedagógica*, 24, 175-190.

Marco, Y. (2019). Aproximación histórica a la situación de las mujeres en Panamá en el siglo XX. En Castellero Calvo, A. (Dir.). *Nueva historia general de Panamá, Volumen III. Tomo 1. Los siglos XX y XXI*. pp. 517-538. Panamá.

Méndez Pereira, O. (1915). *Historia de la instrucción pública en Panamá*. Tipografía Moderna [PDF].

Núñez, J. (2019). Una semblanza de las primeras mujeres españolas pioneras en el área científico - técnica. *CITECMA Ciencia, Técnica y Mainstreaming social* (3), 34- 44. <https://doi.org/10.4995/citecma.2019.11142>.

OCDE (2015). Frascati Manual 2015: Guidelines for Collecting and Reporting Data on Research and Experimental Development, The Measurement of Scientific, Technological and Innovation Activities. Publicado por acuerdo con la OCDE, París (Francia). DOI: <http://dx.doi.org/10.1787/9789264239012-en>.

Ortiz, C. (2018). El Recreo, tribuna pública de mujeres pioneras en la educación y el periodismo en el Perú del siglo XIX. *Letras* [online]. 89 (130), 100-122. <http://dx.doi.org/10.30920/letras.89.130.5>.

Paz, A. (2011). El proyecto des-colonial en Enrique Dussel y Walter Mignolo: hacia una epistemología otra de las ciencias sociales en América Latina. *Epistemología y Descolonización*, 5 (10), 57-81.

Rodríguez, E.; De León, N.; Marco, Y.; Camara, S. (2022). Mujeres y ciencia en Panamá: con indicadores y análisis de género. Panamá: SENACYT.

Wallerstein, I. (coord.) (1996). *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*. Siglo XXI Editores.

Ciencias sociales

Clara González de Behringer

La protectora de la niñez

(Remedios, Chiriquí, 11 de septiembre de 1898 -
Ciudad de Panamá, 11 de febrero de 1990)

Por Yolanda Marco

El liderazgo de Clara González en el movimiento feminista ha opacado su papel pionero en la introducción de la criminología en el sistema jurídico, que significaría para los niños, niñas y adolescentes la defensa adecuada de sus derechos. Clara González inició su activismo en los años veinte y su fruto más importante fue la creación del Tribunal Tutelar de Menores en 1951. Fue su primera jueza hasta su jubilación. Con su pasión e inteligencia, transformó la sociedad.

El mundo de la niña Clara

Clara nació casi con la Guerra de los Mil Días, el 11 de septiembre de 1898, y quizá por ello tendría un alma guerrera. O quizás ese espíritu le vendría de su madre, una campesina indígena de

Remedios, y de su padre, un inmigrante pobre que llegó a Panamá en busca de una mejor vida. El hecho es que desde su infancia se enfrentó a la violencia y a las injusticias de la vida.

Primero fue la huida de la guerra a Costa Rica, donde nació su hermano Sabino. Luego, de regreso a Panamá, la pobreza agobiaba a la familia: cuatro personas que dependían para su sobrevivencia del trabajo de carpintero del padre. La madre, Basilia Carrillo, marchó a la capital empujada, probablemente, tanto por la violencia en la pareja como por el deterioro que ocasionó a las relaciones familiares la agresión sexual de la que fue víctima la niña Clara.

Muchos años después de lo ocurrido, Clara describió la violación que sufrió a



CORTES JUVENILES

LA M...

LA MUJER ANTE EL DEBERO Y EL PUNTO

los siete años. El agresor fue alguien de confianza de los padres, el hijo de su padrino, un poderoso hacendado de la región de la familia Castellón. Sus padres denunciaron el crimen, pero la justicia no actuó. Clara, sin ser muy consciente de lo ocurrido, se sentía marcada, señalada una y otra vez, y objeto de comentarios. Su vida, tal como ella escribió, se convirtió en una "incesante tortura", asediada por las preguntas de sus condiscípulas, menospreciada o convertida en objeto de lástima. Tenía miedo de ser vista como una persona mancillada y "sucias" por lo que ella denominaría a ese episodio de su vida: "el archivo secreto".

A Clara su padre le enseñó a leer, a escribir y a contar casi tan pronto como aprendió a hablar. La niña llamaba la atención por su inteligencia y sus saberes allí donde llegaba. Desde pequeña tuvo una gran confianza en su inteligencia, lo que posiblemente compensaba de alguna manera sus miedos e inseguridades. El cariño de su familia, en especial de su padre, con quien mantuvo siempre una relación muy especial, fue un gran apoyo.

Su infancia transcurrió por Remedios, Tolé, Natá y otros "villorrios anémicos", como ella los describió. De allí, otras vivencias quedaron impresas en su memoria: el maltrato y la explotación de los peones de las fincas, de los indígenas y especialmente de las mujeres indígenas. Estas injusticias y ofensas Clara las sentía como propias y fueron el origen de su rebeldía y conciencia social. Una imagen imborrable sería la de las señoras, sentadas en la puerta de sus casas, que se hacían lavar los pies por una indígena guaymí arrodillada ante ellas, lo que para

ella era un insoportable trato humillante. Su posición social era incierta: su familia era pobre pero, por ser su padre español, se podía codear con la gente rica que lo recibía por ser extranjero y blanco. Sin embargo, ella nunca se sintió parte de esa clase social.

La familia tenía una vida itinerante por los poblados de la región, yendo donde su padre obtenía un trabajo. En la escuela de Soná culminó una etapa de la infancia de Clara, y para terminar sus estudios tenía que trasladarse a Panamá, pero eso costaba un dinero que no tenían. Su padre le consiguió una beca como estudiante interna en la Escuela de la Santa Familia. Eso significó su separación de su padre y hermano.

La Escuela de la Santa Familia era regentada por una orden de monjas francesas, las Hijas de la Caridad. Tenía cierto prestigio y acogía a las hijas de familias acomodadas, pero también a niñas huérfanas como la misma Clara, en un sistema segregado por clases sociales. Allí llegó ella en mayo de 1909, acompañada de su padre y con una cajita de madera construida por él, "con el amor y el sudor de la pobreza" como ella decía, que guardaba su escaso ajuar. Clara tenía sentimientos encontrados, contenta ante lo grandioso y extraordinario de su nueva situación, pero también se sentía sola y triste. En su primera noche en la escuela, una monja, sor Lucie, la consoló. Ella la llamaría *ma mère sor Lucie*, y fue por breves años una especie de madre sustituta. La madre biológica, Basilia, tuvo una presencia escasa en su vida y moriría cuando ella tenía apenas diez u once años.

De la Santa Familia al Instituto Nacional

Sus estudios en la Escuela de la Santa Familia terminaron hacia 1913 y Clara se dispuso entonces a ingresar en la Escuela Normal de Institutoras, también becada. No era su vocación ser maestra, sino la única opción de estudios que tenían las mujeres en el país. Ella quería estudiar derecho, que, según ella, tenía una finalidad social porque servía para alcanzar el ideal de justicia ambicionado por “los desposeídos, los débiles, los abandonados, los eternamente tristes”, por su gente, en otras palabras.

Las mujeres entonces solo podían realizar estudios superiores como maestras; otros estudios en el Instituto Nacional solo estuvieron a su alcance con la aprobación de la ley de coeducación de 1919. En la Santa Familia y en la Normal tuvo compañeras que serían sus amigas y compañeras militantes a lo largo de toda su vida, como Sara Sotillo, Inés María Barrera y Rosa María Navas. Pero su amiga íntima de toda la vida fue una humilde modista, Ester Hernández, quien vivía como ella en San Felipe.

Terminados sus estudios y durante un breve período de tiempo ejerció de maestra en Natá, pero pronto consiguió su traslado a la capital, a la Escuela Manuel J. Hurtado, donde se reencontró con muchas de sus antiguas compañeras y amigas. Ese traslado le permitió asistir a las clases de la Escuela de Derecho en el Instituto Nacional entre 1919 y 1922, y a la vez trabajar.

Sus años de estudiante fueron de crecimiento intelectual: lecturas abigarradas

de poesías y novelas románticas, más tarde José Ingenieros, José Enrique Rodó y autores y autoras de las diversas corrientes del pensamiento social y del feminismo, nacionales y extranjeros. Panamá era en esos años lugar de tránsito de personas e ideologías de todo el mundo y los periódicos y revistas, como *Quasimodo* una fuente de información de los movimientos sociales, políticos y científicos de todas partes. Clara se convirtió en una joven moderna, de pelo corto e ideas largas, falda corta y liberada del corsé.

Fue también la edad de su primer amor, Jephtha B. Duncan, educado en la Sorbonne, hombre culto, profesor del Instituto, político de oposición y propietario de un periódico, la iba a buscar a la salida del trabajo con un gran ramo de flores. Clara sufría la posibilidad de que él se enterara de su pasado hasta que terminó el noviazgo porque supo que él tenía dos hijos de una relación anterior y ella consideró que se debía a esa familia.

Clarita, como la llamaban sus amistades y familia, bajo la aparente fragilidad de su pequeña estatura, de sus suaves formas y su rostro dulce y aniñado, era de carácter firme, de palabra escueta y directa, sencilla en sus maneras y reservada de su intimidad. Se imponía al hablar, al actuar o al mirar, pero era también, como diría Berta Quezada de Moscote, “muy bondadosa, de carácter afable” y consagró su vida a la misión para la que sentía había nacido: “la causa de las mujeres y de los desprotegidos”.

Su padre y su hermano vivían ocasionalmente en la ciudad, dependiendo de los trabajos que su progenitor consiguiera. Clara en esa época vivía sola en San Felipe, cerca de su trabajo y del Instituto



Foto de la graduación de Clara González en el Instituto Nacional, en noviembre de 1922. Ella, en el centro del grupo de graduados, es la única mujer. Archivo familiar.

Nacional, donde estudiaba. En junio de 1919 sustentó su tesis de graduación, *La mujer ante el derecho panameño*. Así se convirtió en la primera abogada de Panamá y pronto en aliada del feminismo y de la justicia social.

Abogada de las mujeres y de la niñez

Panamá era un hervidero de ideas, organizaciones y movimientos sociales, estudiantiles, nacionalistas y sindicales, y Clara formó parte de todos los que en la jerga de la época se consideraban “de avanzada”. Fue cofundadora del Grupo Feminista Renovación y del Partido Nacional Feminista (PNF). Ya desde el PNF empezó su preocupación por los derechos de los menores. En su programa de

21 puntos de 1923, el PNF recogía varias propuestas para reformar la situación legal de los menores, entre ellas la creación de establecimientos reformativos para menores; la creación de tribunales y cárceles juveniles; la expedición de leyes protectoras de la mujer y su prole (entre ellas, el reconocimiento de hijos ilegítimos e investigación de la paternidad); la creación de fondos de auxilio y sociedades cooperativas para la mujer y el niño; y la crianza y educación por el Estado de los huérfanos e indigentes.

Estas reivindicaciones resumen las preocupaciones que la motivaban con relación a los problemas de los menores y fueron el comienzo de una larga sucesión de acciones encaminadas a la reforma social que perseguiría toda su vida. Desde el primer Memorial del PNF a la

Asamblea Nacional, de octubre de 1924, insistiría una y otra vez en la necesidad de crear tribunales especiales para juzgar infracciones o hechos delictuosos cometidos por menores, así como su separación completa en los establecimientos de castigo de los demás delincuentes. En Panamá, desde 1903, las disposiciones legales para los menores se resumían en el deber del Estado de ofrecer educación pública gratuita (aunque no como un derecho de los menores) y desde 1908 en la creación de dos casas correccionales “que se destinarán para detener y corregir temporalmente a los menores de edad de ambos sexos, que por su conducta desordenada den lugar a la detención”. Estas normas no diferenciaban a los menores que tenían un conflicto familiar o vivían en situaciones de riesgo y los que delinquían, en un amplio rango de edad de los 7 a los 18 años. Las casas correccionales quedaron pequeñas y se dispuso en 1926 “una escuela de trabajo para niños delincuentes”, antecedente del Reformatorio de Menores Justo Arosemena de 1930.

El Código Civil de 1916 no mostraba modificaciones significativas en lo relativo a las normas sobre “el ejercicio de la patria potestad, a los alimentos que se deben por ley a ciertas personas, a la adopción, a la emancipación, a la habilitación de edad, a las tutelas y a las curatelas” respecto de la legislación colombiana anterior a 1903. Pero los tiempos estaban cambiando y ya existían los Tribunales para Niños en muchos países (España en 1918; en Argentina y Colombia en 1919). Todas estas innovaciones se inspiraron en el primer tribunal juvenil del Estado de Illinois, en Chicago, en 1899, fundamentado en ideas científicas que modificaron los análisis y políticas públicas sobre la delin-

cuencia juvenil y la situación legal de los menores. Según Jorge Giannareas, Panamá se movió en la misma dirección pero con menos velocidad: “El modelo tutelar era una realidad en toda América Latina al finalizar la década del treinta, pero la legislación minoril panameña tardó hasta 1951 en integrar el primer tribunal de menores”. Clara se movía en ese sentido desde comienzos de los años veinte.

Logró que se modificara la ley para que las mujeres pudieran practicar la abogacía, no sin antes irritar al presidente Belisario Porras con su exigencia, en un tono demasiado retador al que este no estaba acostumbrado. Le dijo en una de sus cartas: “Supongo que no pensará Ud. que este año también me resignaré a ser maestra. ¿Creerá Ud. ahora con un caso concreto en las justas reivindicaciones del feminismo, inclusive el voto del que Ud. no es partidario?”. La “niña” Clara, como él se refería a ella, finalmente consiguió su propósito y pudo ejercer como abogada litigante desde 1925. Se labró la fama de mujer incisiva, certera, dura, que atemorizaba a los contrincantes. Ese mismo año se encargó de la defensa de Eugenio L. Cossani, uno de los acusados de organizar la huelga inquilinaria de 1925.

Pero Panamá le quedaba chico, necesitaba aprender más y más y finalmente consiguió una beca para estudiar en Estados Unidos los “sistemas penales modernos en general y muy particularmente los relativos a mujeres y niños delincuentes”. En su última noche en Panamá antes de su partida, la agasajaron con un baile en la Sociedad Española de Beneficencia, donde, según un periodista, pronunció unas palabras “de forma bella y elocuente, con voz quebrada por la emoción”.

Su foto del pasaporte la muestra mirando a lo lejos con seguridad, no pareciera asustarla el viaje a lo desconocido.

Democracia social y los derechos de la niñez

Durante su estadía en Estados Unidos, de 1927 a 1930, realizó estudios de postgrado en la Escuela de Leyes de la Universidad de Nueva York, que le confirió el grado de Master of Laws (LL.M.) en 1929. Clara ocupó desde ese momento hasta 1938 la representación de Panamá en la Comisión Interamericana de Mujeres (CIM) de reciente creación.

Esta institución, la primera a nivel mundial que se ocupó de la defensa de los derechos de las mujeres, entre ellos y primordialmente del derecho a la ciudadanía, jugó un papel destacadísimo en la década de los años treinta realizando una investigación sobre la situación de las mujeres americanas y desarrollando luego una campaña que buscaba conseguir la igualdad de derechos de las mujeres con relación a los hombres. Dentro de la organización existían dos corrientes de pensamiento: la defendida por Doris Stevens, su presidenta y representante de Estados Unidos, que aspiraba a conseguir reformas legales que modificaran las leyes, y otra corriente, a la que se adscribía Clara González con otras latinoamericanas (entre ellas su amiga cubana Ofelia Domínguez), que defendían la necesidad de instaurar políticas de igualdad social y política para las mujeres, para la niñez y la población más discriminada.

A su regreso al país, en 1930, Clara tuvo que seguir trabajando como docente en el

Instituto Nacional, ya que sus prácticas jurídicas no eran suficientes para sobrevivir. Allí Carmen Miró fue una de sus alumnas. Vivía sola en un apartamentito en San Felipe, ignorando las habladurías de la gente, donde se reunían las mujeres del PNF, y también sus correligionarios políticos. El intelectual y político Diógenes de la Rosa fue su amigo y era uno de los asiduos a esas reuniones. Compartió con ella muchas aventuras políticas que les llevaron a la cárcel, a estar escondidos de la persecución de la policía en lugares extraños como algún campanario de una iglesia por muchas horas y en 1940 a tratar de organizar la resistencia armada al gobierno de Arnulfo Arias. La persecución política contra las feministas y contra los opositores al Gobierno la obligó a exiliarse en Costa Rica por un breve período de tiempo.

Fueron años difíciles, el país, fragmentado y polarizado, atravesaba una profunda crisis. La violencia estaba presente en las calles, especialmente durante las campañas electorales de 1936 y 1940, en las que Clara defendía al Frente Popular y a su candidato Ricardo J. Alfaro.

Hacia la mitad de la década de los años treinta, Clara se trasladó a vivir a las afueras de la ciudad, en una casa en Las Sabanas, con su sobrino Gilberto, el hijo de su hermano que se criaría con ella. Gilberto fue testigo de cómo su tía le disparó a un hombre que una noche trató de entrar en la casa estando ellos dos solos. Carmen Miró corroboró este testimonio porque pudo ver el arma en la cartera de Clara.

Pero, pese a todas las dificultades, Clara no cejaba en sus trabajos y proyectos. Al fundarse la Universidad de Panamá, Clara presentó un proyecto pionero para la creación de la Escuela de Servicio Social

(que finalmente sería realidad en 1947) y allí impartió unos cursos de criminología, delincuencia juvenil, tribunales juveniles, derecho de familia y códigos de menores, entre 1937 y 1939. El trabajo social era, en su concepción de cómo debería organizarse la tutela de los menores, un factor fundamental.

Su trabajo *Las Cortes Juveniles y el sistema de libertad vigilada*, publicado en 1930, fue el resultado de sus investigaciones en Estados Unidos. En él expuso la nueva concepción científica de la criminología, entendida como una ciencia interdisciplinar a la que contribuían el derecho, la sociología, el trabajo social, la biología y la psicología, entre otras, para el abordaje de la delincuencia juvenil, que proponía la creación de una jurisdicción especial amparada por un derecho tutelar que sustraía al menor de la esfera penal y lo sometía a medidas de protección por parte del Estado. Con esta filosofía, Clara ponía el énfasis en la perspectiva social del delito y en la responsabilidad que atañía al Estado en su génesis y, por lo tanto, en su prevención y resolución.

El siguiente hito en la reforma de las instituciones de tutelaje de menores fue en 1942 cuando, a raíz de la visita de Howard Gill, subdirector del Buró Federal de Prisiones de Estados Unidos, quien investigó sobre el sistema penal panameño, el gobierno nacional envió una delegación de juristas a los Estados Unidos para darle continuidad al tema. Clara fue parte de este grupo de trabajo cuyo resultado fue la creación del Instituto de Vigilancia y Protección del Niño, el Departamento de Corrección y una Clínica Psiquiátrica Móvil, dependientes del Ministerio de Gobierno y Justicia y posteriormente del de Trabajo, Previsión Social y Salud Pública, que funcionarían hasta 1950.

Durante su estancia de cuatro meses en Estados Unidos, Clara siguió unos cursos en la National Catholic School of Social Service, fue entrenada en el Children's Bureau y en la División del Niño del Distrito de Columbia y en la National Training School for Boys, fue entrenada en Washington D.C., después de lo cual fue nombrada Comisionada General del Instituto de Vigilancia y Protección del Niño, cargo que ocupó hasta 1945. Pasó entonces a ocupar el cargo de Secretaria Asistente (similar a un viceministerio) del Ministerio de Trabajo, Previsión Social y Salud Pública, y ejerció funciones de directora general del Departamento de Previsión Social y Consejera Técnica a cargo del Departamento de Investigación, Cultura y Legislación Social de ese ministerio.

Trabajó en un anteproyecto de ley para la constitución de un tribunal de menores que abordara la problemática de la niñez desamparada de manera integral. Su documento, incompleto y reducido a 15 artículos, constituiría la Ley 51 de febrero de 1951 para la creación del Tribunal Tutelar de Menores. El 2 de mayo de 1951 fue elegida por la Corte Suprema de Justicia como su primera jueza por seis años y, en 1963, nombrada jueza permanente.

Clara conoció a Charles Behringer, un ingeniero estadounidense llegado a Panamá para trabajar en las construcciones de las obras para la Segunda Guerra Mundial, y en 1943 se casaron. Su matrimonio perduró hasta la muerte de él en 1966. Clara era casi ocho años mayor que Charles. No tuvieron hijos, en opinión de Laura González, sobrina nieta de ella, quizás porque Clara ya tendría una edad demasiado avanzada para la maternidad, según las ideas de la época.

Charles resultó el marido más apropiado para ella: compañero y cómplice, la apoyaba en sus actividades políticas de manera incondicional: pegaba los carteles de propaganda electoral cuando ella fue candidata en los años 1945 y 1948 y la ayudó a criar y a educar a sus sobrinos y sobrinas en Panamá y en Estados Unidos. No fue un hombre que le puso obstáculos, sino uno que la apoyó incondicionalmente. Aquilina fue por muchos años su empleada doméstica, “una señora negra encantadora y que daba risa porque se la pasaba peleando con ella”, según la describe su sobrina Laura, y sin duda fue otra de las personas que le facilitaron su trabajo.

Creación del Tribunal Tutelar de Menores

A Clara le correspondió organizar el Tribunal Tutelar de Menores. La sede central se situó en El Chorrillo, y con el tiempo tuvo en funcionamiento la escuela primaria y la Granja Agrícola “Nuevos Horizontes” en Chapala, Arraiján. El Tribunal tenía jurisdicción especial sobre menores en todo el país, con un solo juez (jueza), con la facultad de atender las situaciones de menores de 18 años con desajustes de conducta o transgresión de las leyes, además de menores abandonados, maltratados, explotados o que fueran indigentes o deficientes físicos o mentales, y también encargarse de los adultos que hubieran atentado contra los derechos de los menores. Se ocupaba también con los tribunales civiles de los temas de adopción, alimentos, filiación y patria potestad. En fin, un cúmulo de responsabilidades excesivas para las que no contaba con recursos suficientes, ni económicos ni de personal.

Clara se consagró a este trabajo con una dedicación total. Además de la administración del Tribunal, dio cursos, publicó varios libros y escribió artículos en los periódicos, divulgando la filosofía del Tribunal y tratando de comprometer a la sociedad en el proyecto. De esos años son sus trabajos: *La familia y la escuela en relación con la delincuencia juvenil* (1952), un extenso *Curso sobre delincuencia juvenil* (1952) en el que trataba de manera particular las características del delito de menores, las ideas que fundamentaban su visión científica sobre el tratamiento del problema y la prevención de la delincuencia juvenil. Publicó también algunas de las ponencias que presentó en seminarios y congresos y algunas de sus charlas radiofónicas sobre el tema.

Clara gozó de mucha popularidad en esos años. Todavía se la recuerda en su papel de cuidadora de los niños, niñas y adolescentes, quizás porque dedicó grandes esfuerzos a divulgar sus conocimientos y sus ideas a través de artículos de periódico y charlas radiales. Pero lamentaba los obstáculos que enfrentaba: “Las mayores dificultades surgen de la falta de fondos. Además nuestra labor no es muy bien comprendida. No se entiende la filosofía que inspira este Tribunal y se confunde con otro ordinario en donde el criterio punitivo y de venganza priva sobre lo demás. (...) Todo pupilo del Tribunal lo es del Estado, quien es responsable de su disciplina, corrección y bienestar. Aquí no se habla de ‘penas’ sino de tratamientos y pretendemos aplicar métodos científicos y humanos”. El Tribunal encarnaba las atribuciones de un buen padre, en este caso de una buena madre de familia.

Durante sus años en el Tribunal contribuyó también a la difusión de sus ideas en



Clara González a la derecha en su despacho del Tribunal Tutelar de Menores en los años 50. Archivo familiar.

la región latinoamericana. Fue presidenta del Comité de Legislación Juvenil de la Federación Internacional de Abogadas, perteneció a la Sociedad de Abogadas Panameñas y desde estas organizaciones abogó por la aprobación y ratificación de la Declaración de Derechos del Niño de Naciones Unidas, en 1959. Participó en una gran cantidad de congresos internacionales sobre la situación de la niñez. En 1991 la Asamblea Legislativa de Panamá aprobó una ley por la que la sede del Tribunal Tutelar de Menores lleva el nombre de su fundadora y primera jueza y el Instituto Nacional de la Mujer le ha dado su nombre al estudio sobre la situación de las mujeres en Panamá, que realiza periódicamente.

Visión retrospectiva de la obra de Clara

En 1968, en vísperas de las elecciones, con la distancia de la jubilación y la reflexión libre de las ataduras de los cargos oficiales, Clara analizaba el camino reco-

rrido por las mujeres en Panamá y llegaba a la conclusión de que había que retomar la lucha del feminismo en vista de lo mucho que faltaba para alcanzar la igualdad. De la misma forma, en el último año al frente de la institución, sus conclusiones acerca de la labor del Tribunal Tutelar de Menores eran más bien tristes y pesimistas: "La idea generalizada es que el Tribunal debe hacerlo todo, (...) entonces se nos culpa de los males y del aumento de la delincuencia juvenil", y criticaba la incapacidad para hacer comprender la misión y las enormes dificultades que enfrentaba el Tribunal con la falta de recursos que tenía: "Creo que nosotros hemos hecho mal en no dar a conocer la labor que este Tribunal realiza y por eso todo lo que se señala de él son las fallas y nunca las cosas positivas". Sentía que su labor estaba inconclusa.

Clara se jubiló en 1964 y siguió a su marido Charles a su retiro en California. Pero Charles murió dos años después y, aunque desconsolada por su fallecimiento, regresó a Panamá. Acompañada de Gilberto atra-



Con un grupo de pupilos del Tribunal Tutelar de Menores en las instalaciones de la institución en Chapala, Arriaján, a comienzos de los años 60. Archivo familiar.

vesó Estados Unidos en ferrocarril, desde California hasta New Jersey, para llevar el féretro de Charles y darle sepultura junto a su madre, tal como él hubiera deseado. Su estado de salud en los últimos años de vida no le permitió regresar a la vida pública, aunque siguió de manera activa los acontecimientos del país. Murió en el complejo hospitalario de la Caja del Se-

guro Social en febrero de 1990, donde había vivido la invasión de diciembre de 1989. Si recordamos el balance que hacía en 1963 de su labor en el Tribunal y sus palabras sobre la situación de las mujeres en 1968, se puede afirmar que pensaba que los objetivos por los que trabajó toda su vida no habían sido conseguidos, que la lucha tenía que continuar.

Agradecimientos

Gracias a su sobrina, Laura González, por preservar su memoria. A Jorge Giannareas, por su experta opinión.

Bibliografía

Giannareas, J. (2003). Orígenes de la protección judicial de la niñez en la era republicana [Archivo PDF] [https://www.organojudicial.gob.pa/uploads/wp_repo/blogs.dir/cendoj/2-proteccionjudicialdelaninez.pdf]

González, C. (1925). El destino social del derecho. Revista La Ley, 1 (1).

— (1930). *Las Cortes juveniles y el sistema de libertad vigilada*. Imprenta Nacional.

— (1952a). *La familia y la escuela en relación con la delincuencia juvenil*. Tribunal Tutelar de Menores.

— (1952b). *Curso sobre delincuencia juvenil [Archivos personales]*. Ciudad de Panamá.

— (julio 1953). *El Tribunal de Menores como expresión del nuevo derecho de menores* [Ponencia] Seminario Nacional sobre Protección a la Infancia, auspiciado por el Ministerio de Trabajo, Previsión Social y Salud Pública y el Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia, Ciudad de Panamá, Panamá.

— (1968). ¿Cuál va a ser la actitud de las mujeres en los próximos comicios? [Archivos personales]. Ciudad de Panamá.

Marco, Y. (2007). *Clara González de Behringer -Biografía-*. Agencia española de cooperación internacional para el desarrollo, Universidad de Panamá.

Ofelia M. Hooper Polo

Socióloga del mundo rural y activista del cooperativismo

(Las Minas, Herrera, 13 de noviembre de 1900 -
Ciudad de Panamá, 23 de septiembre de 1981)

Por Yolanda Marco

Pionera de la sociología y especialmente preocupada por la sociología rural. Su interés por mejorar la situación de la población rural panameña la impulsó a no quedarse en el oficio de maestra y la llevó a investigar la situación social del campesinado. Participó en la elaboración del primer Censo Agropecuario de 1943 y sus estudios sociológicos fueron pioneros. Convencida de que el camino para la superación de la situación de postración del mundo rural era el cooperativismo, dedicó sus esfuerzos a su desarrollo en el seno del Ministerio de Agricultura. Fue una mujer polifacética: investigadora, poeta, escritora y activista.

Hondas raíces interioranas

Ofelia fue hija del ingeniero de minas de origen irlandés Maurice Hooper y de Ma-

ría Olimpa Polo Valdés, panameña de Las Minas. Maurice Hooper llegó a Panamá procedente de Portland Cottage, Jamaica, contratado por la compañía británica que explotó las minas de oro de Cana en Darién, a finales del siglo XIX. Sin embargo, el trabajo en Cana no resultó lo que prometía y Maurice se disponía a regresar a Jamaica cuando, en un paseo por la avenida Central de la ciudad de Panamá, vio una enorme pepita de oro en el escaparate de una joyería, así supo que procedía de un poblado herrerano llamado Las Minas. Cambió su rumbo y se dirigió allí. En Las Minas conoció a María Olimpa Polo Valdés, con la que se casó, teniendo ella 16 años y él 29. El matrimonio vivía de lo que producía una tiendita, más el trabajo artesanal de María Olimpa, bordando polleras, y con el producto que Maurice podía obtener de unas minas de su propiedad, que nunca fue mucho.



La pareja tuvo diez hijos, cinco varones y cinco mujeres, de los cuales solo superaron sus primeros años de vida un varón y cuatro mujeres. Ofelia fue la segunda de las hijas sobrevivientes. Nació en Las Minas, el 13 de noviembre de 1900. Su nombre legal era Ofelina “debido a que así la nombró el párroco que la bautizó, a pesar de que sus padres le corregían”, pero siempre fue Ofelia para todos, un nombre mucho más acorde con la cultura familiar (otros hermanos se llamaron Marco Antonio y Tiziano) y con sus inclinaciones literarias. El padre de Ofelia murió en 1936 y la madre en 1957.

Su infancia se desarrolló en un contexto de dificultades y cambios para el país y especialmente para el mundo rural: la destrucción económica y social causada por la Guerra de los Mil Días, la agitación política por la separación de Colombia en 1903 y las transformaciones por las obras del Canal y por la modernización del Estado panameño. Sus primeros años se desarrollaron en un país que cambiaba a marchas forzadas, pero que, sin embargo, en las provincias del interior de la república permanecía adormecido y casi sin cambios de ningún tipo.

Su padre ejerció una gran influencia en la vida de Ofelia desde su infancia en el mundo campesino. Su comprensión y empatía con ese mundo se inició con él de la mano, como escribió a la muerte del padre: “(...) Fui a los sembrados y vi como los sembradores cooperan con Dios llenando de vida los yermos, y en su amor por las siembras, encontré tu reverencia por la vida. Con el corazón alegre regresé a mis bosques cuando terminó la lluvia y llegó la brisa de la estación lluviosa. Encontré tu corazón en las delicadas y sencillas veraneras silvestres que abren

profusamente en enero, un ramo de las cuales tú le llevabas cada año a mi madre, la mujer que te amó y compartió su vida contigo desde sus diez y seis años y a quien tú amaste profundamente hasta la muerte”. Las preocupaciones por el mundo rural y su gente, y la sensibilidad de su visión empática y poética de ese mundo, tienen profundas raíces en su infancia en Las Minas.

Formación y primeros estudios sociológicos

Sus primeros años de educación transcurrieron en la precaria escuela de Las Minas. Más tarde la familia se trasladó a la capital para que la prole pudiera seguir sus estudios. Ofelia ingresó en la Escuela Profesional de Mujeres, probablemente en 1913, año en que la escuela se inauguró, aunque cerró tres años después por falta de alumnado (la escuela no volvió a abrir sus salones hasta 1923). En la época, la escasez de maestras y maestros hizo que se contratara como tales a quienes con alguna formación pudieran enseñar a los niños y las niñas. De esa manera, Ofelia se convirtió en maestra de primera enseñanza tempranamente y ejerció como maestra rural sin grado a partir de 1917. Ejerció en Océ. Años después, cuando la ley de coeducación lo permitió, ingresó en el Instituto Nacional, donde obtuvo el título de maestra de enseñanza primaria y de bachillerato en Humanidades en 1927. Graduada como maestra, volvió a ejercer en Océ y Pesé, en su provincia natal. Sus experiencias como maestra en el medio rural inspiraron su literatura.

De esos años data su colaboración en varios medios escritos del país, entre ellos

La Antena (1931) y la publicación de su libro de poesía, *Primicias*, en 1927. Dentro de la poesía panameña, Rodrigo Miró la consideró una de las primeras exponentes de la vanguardia literaria junto a Eda Nela. En la década de los treinta, colaboró con la revista *Caminos y Frontera*. Ese mismo año, viajó a Jamaica por razones familiares y probablemente a Estados Unidos.

Al abrir sus puertas la Universidad de Panamá, en 1935, Ofelia ingresó y fue alumna de los docentes inmigrantes alemanes, austriacos y españoles procedentes de algunas de las mejores instituciones educativas europeas. Fue alumna del geógrafo Ángel Rubio y de Richard Behrendt, sociólogo y economista alemán fundador de los estudios de sociología en Panamá, quien dirigió su tesis de licenciatura en Ciencias Sociales y Económicas. Se graduó en 1941.

En 1943, el Ministerio de Agricultura y Comercio, a través de la Dirección de Estadística y Censo de la Contraloría General de la República, realizó el Censo Agropecuario del Distrito de Penonomé, que se publicó en diciembre de ese mismo año. La investigación fue un proyecto piloto con el que se buscaba perfeccionar la metodología para estos trabajos, que había resultado inadecuada en algunos censos precedentes. Ofelia, quien tenía el cargo de asistente del segundo secretario del Ministerio de Agricultura y Comercio, fue la encargada del estudio sociológico. En este estudio se diagnosticaron los principales problemas de la gente del campo: tierras improductivas por falta de comunicación, o por otros problemas que se podrían solucionar; la titulación de las propiedades agrarias para quienes las utilizaban y vivían en ellas; la propiedad en minifundios y la agricultura de autosubsis-



Fotografía de una casa de Las Minas perteneciente al Archivo familiar.

tencia; las fuentes de agua y pozos; la falta de implementos agrícolas y de recursos sanitarios para la población; la carencia de programas educativos para el fomento agrícola, para la educación del campesinado; la importancia del trabajo y del papel de la familia y especialmente de las mujeres, a las que se les daba poca o ninguna importancia; las pequeñas industrias artesanales productivas de la zona; las viviendas insalubres; el escaso poder adquisitivo de la población con salarios bajísimos que les alejaba de la economía de mercado; la necesidad de créditos para la agricultura; el bajo rendimiento agrícola y ganadero como consecuencia de todos estos problemas y la situación de pobreza y abandono de la población rural.

Vida familiar y social

Aunque estaba radicada en la ciudad de Panamá, la vida de Ofelia transcurrió en los pueblos interioranos, donde podía dedicarse a la educación del campesinado y a la promoción del cooperativismo, que consideraba el mejor recurso para el



Ofelia vestida con una de las polleras que su madre bordaba, rodeada por dos amigas. Probablemente la foto se realizó en los años 40. Archivo familiar.

desarrollo de la población y la economía rural. Se dedicó a fomentarlo desde su puesto de trabajo en la institución que creía mejor orientada a esa finalidad, el Ministerio de Agricultura, pero no se limitó a producir investigación sociológica sino que con la base de sus investigaciones trató de modificar la situación existente y erradicar los problemas del campesinado. Su dedicación casi apostólica llamaba poderosamente la atención de quienes la trataron. El sociólogo Milciades Pinzón la conoció siendo niño. La describe como una mujer hermosa que, por ser blanca, rubia y de ojos azules, él supuso que era norteamericana,

y que se convirtió, en los campos por donde trabajaba, en una imagen muy poderosa por su constancia y tesón. Recuerda cómo, día tras día, llegaba Ofelia, con gran determinación, a enseñar a los campesinos del lugar los beneficios del trabajo en cooperativa, para mejorar la producción agropecuaria, sus vidas y las de sus familias.

Ofelia tuvo muchos pretendientes, estuvo a punto de casarse al menos en una ocasión, pero, a última hora, cuando casi estaba todo organizado para la boda, desistió. Su prometido era estadounidense. Casi todos sus pretendientes eran extranjeros; entre ellos, hubo también un peruano, porque hay que notar que Ofelia tuvo una amplia red de amistades facilitada por su conocimiento del inglés y sus visitas al extranjero. Muchas de sus amistades femeninas se beneficiaron del préstamo que ella les hacía de las polleras que su madre había bordado. Desde los años 1930, mantuvo muchas relaciones con instituciones estadounidenses dedicadas al mundo agrario y rural, a través de la Unión Panamericana, que se incrementaron en las décadas posteriores y se ampliaron a organizaciones latinoamericanas y europeas.

No tuvo hijos a pesar de lo mucho que le gustaban los niños, a los que dedicó una parte muy importante de su literatura. Crió como propios a los cuatro hijos de una de sus hermanas y a uno de sus sobrinos-nietos. Sus sobrinas Aracely y Teresa la recuerdan como una mujer muy cariñosa, sencilla, a quien su hermana Lilia le confeccionaba los vestidos. Ellas preservan hoy sus recuerdos, sus fotos y escritos con mucho cariño. Ofelia siempre estuvo muy cerca del mundo infantil y juvenil, al que había que educar para

el futuro y también amar y cuidar, ante todo. Para los niños y niñas compuso canciones y poemas. En sus composiciones, asomaban los recuerdos y vivencias de su infancia de niña campesina: el caballito moro de su canción era el caballito que movía el trapiche de la molienda de caña en su casa de Las Minas, y de la misma manera los animales y lugares de sus otras canciones procedían del recuerdo de esa infancia feliz en el campo. Un campo y una naturaleza que le inspiraron toda su vida, como lo demuestra su poesía: “El sol tiene inclemencias que gozo y sufro en mi diario caminar. Cuando el sol me castiga, las sombras de los árboles son oasis piadosos./ Bendigo los árboles que le dan sombra a mi camino, a las manos que los sembraron y a los corazones que les permiten vivir”.

De la melancolía poética al activismo para el cambio

En la obra de Hooper está indisolublemente unida la investigación con la acción; la investigación sociológica del mundo rural con el impulso del cooperativismo. El lugar desde donde operaba era el Ministerio de Agricultura, donde trabajó desde los años 40 hasta su jubilación.

Ofelia participó en la elaboración del Censo de 1940, que fue liderado por Georgina Jiménez de López, otra pionera de la sociología panameña, y en el que también trabajó la demógrafa Carmen Miró. Esa fue una experiencia que nutrió mucho sus conocimientos. Entre 1942 y 1943, publicó varios artículos en inglés sobre el campesino panameño, en las revistas: *Human Organization* (“Pos-

sibilities for improvement among Rural Panamanians”); *Land Policy Review*, de Washington, y *Rural Sociology* (“Rural Panama: Its needs and prospects”), esta última del Departamento de Agricultura de Estados Unidos. Su posición en el Ministerio de Agricultura y las relaciones que mantenía la institución con la oficina de Economía Agrícola de Estados Unidos explican posiblemente la publicación de sus estudios sobre el mundo rural panameño en revistas estadounidenses. Es probable que estos trabajos se fundamenten, al menos parcialmente, en los hallazgos de la investigación del Censo Agropecuario de Penonomé de 1943. Fueron de referencia obligada para los estudiosos del tema y reconocidos por los científicos sociales, como Mavis y John Biesanz en su libro *The People of Panama*, publicado en 1955.

En su tesis pionera *Aspectos de la vida social rural de Panamá* estudió nueve temas que daban un panorama muy completo de la situación del agro panameño: condiciones físicas básicas del país, la población, la distribución de la tierra, la economía del campesino, las comunicaciones y los medios de transporte, las relaciones de vecindad y cooperación, las condiciones de salubridad, la educación rural, y como conclusiones abordó los medios de mejoramiento y avance. Se publicó en el Boletín del Instituto de Investigaciones Sociales y Económicas de la Universidad de Panamá, en 1945.

Poco tiempo después, a comienzos de la década de 1950, Ofelia participó en un estudio de carácter regional sobre las clases medias en América Latina, proyecto en el que coincidió también con Georgina Jiménez. El resultado de la investigación se publicó con el título de

"The Middle Class of Panama", en *Materiales para el estudio de la clase media en América Latina*, en 1950. Colaboró con Caroline Campbell en este estudio.

Al crearse en el MIDA el Departamento de Educación Cooperativa, en septiembre de 1954, que formaba parte del Servicio de Divulgación Agrícola, fue nombrada su directora y, desde allí, intensificó su labor logrando incrementar la fundación de cooperativas agrícolas por todo el país y de manera especial en las provincias de Azuero. En las memorias de varios ministerios de las décadas de los 50 y los 60 se pueden encontrar las compilaciones de estadísticas agrarias y sobre el movimiento cooperativista fruto de su trabajo y compromiso.

En la introducción a su libro *Semblanza del hombre rural de Panamá* de 1969, Hooper explica lo que la motivó a estudiar la situación de la población campesina panameña y a su activismo social. Recordaba una escena de su infancia: estando al lado de la carretera con su familia, mientras tomaban el jugo de caña que elaboraba una campesina, su hijo de pocos meses permanecía en una hamaca colgada del árbol de mango que les daba sombra, el niño estaba enfermo por las lombrices. Escenas como estas le suscitaron algunas de las preguntas que quiso responder con sus investigaciones: ¿por qué este niño estaba donde estaba? ¿por qué estaba como estaba? ¿por qué los niños rurales estaban en ese entonces donde estaban y como estaban? y ¿dónde estarían y cómo estarían nuestros niños rurales veinticinco años después? Su propósito era no solo conocer la situación de la gente en ese campo, sino actuar para cambiarla, en ese texto se desvelaron los objetivos que guiaron

su vida y su trabajo: conocer el cómo y el por qué de la situación los problemas sociales de la población rural y trabajar para cambiarla en el futuro. *Semblanza del hombre rural de Panamá* fue un estudio elaborado para la Comisión de Estudios Interdisciplinarios para el Desarrollo de la CEPAL, en 1969, y publicado en una edición mimeografiada por el Departamento de Planificación y Análisis de Productividad de la Caja del Seguro Social y por la Sección de Nutrición del Ministerio de Salud Pública.

A lo largo de su vida de trabajo, Ofelia realizó y publicó muchos estudios relacionados con sus actividades para organizar el cooperativismo en Panamá y con su participación en el movimiento. Mantuvo relaciones con instituciones promotoras del cooperativismo en América y Europa. Estos estudios dan cuenta de su enorme compromiso con el tema y su profundo conocimiento de las necesidades del mundo rural panameño. Algunos de estos trabajos son: "*Algunos principios, métodos y propósitos del Servicio de divulgación agrícola de Estados Unidos aplicables a la América Latina*"; con Hugo Navarro: "*Experiencias sobre vivienda rural en la República de Panamá*"; con Luzmilda de Ceballos y Pedro Moreno: "Estudio socioeconómico del movimiento cooperativo de Panamá al 31 de diciembre de 1961"; "Informe preparado para el Seminario sobre cooperativismo rural en América Latina patrocinado por la Fundación Alemana para los países en desarrollo" (1963); "Bancos de los pobres" (1967); "Los agricultores jóvenes de Panamá" (1969); el "Informe para la Organización de Cooperativas de América (OCA)" y el "Informe del movimiento cooperativo en Panamá" (1972).



Recibiendo un reconocimiento probablemente del Departamento de Agricultura de Estados Unidos, institución con la que se relacionaba por sus labores en el Ministerio de Trabajo. Sin fecha. Archivo familiar.

Como parte de su activismo, Hooper escribía artículos periodísticos e intervenía en la radio con charlas. Entre estos trabajos se pueden recordar: "De la cutarra a la avioneta" (*Panamá-América dominical*), "Don Ángel Rubio" (Cuatro domingos, *Panamá-América*), "Una posible causa de miseria" (Charla radial. Programas radiales de la UNESCO en Panamá), y "William S. Campbell" (*El Día*).

Literatura infantil y otras obras inéditas

Desafortunadamente las obras sociológicas de Ofelia Hooper no son muy conocidas, quizás lo sean más sus letras de canciones infantiles, a las que el compositor Gonzalo (Chalo) Brenes puso música y que fueron publicadas en hermosos libros. De 1946 a 1955 aparecieron varios libros con las letras de las canciones, acompañadas de las partituras musicales de Brenes e ilustradas por Roser Oduber.

En el libro *Tonadas del Trópico Niño*, publicado en 1955, se encuentran: *Tonada del caballito moro*, *Tonada de la paloma titibúa*, *Tonada de la niña lavandera*, *Tonada de la quebradita cristalina*, *Tonada del lorito real* y *Arrullo de hamaca*, editado por el Departamento de Bellas Artes y Publicaciones del Ministerio de Educación, de Panamá. En algunas escuelas todavía se enseñan sus canciones, y las niñas y niños las cantan con la música de Brenes.

Ofelia Hooper escribió muchas otras obras que no fueron publicadas y por lo tanto permanecen invisibilizadas, y varias de ellas se han perdido para siempre. Se trata tanto de trabajos de carácter sociológico como literario. Entre los escritos sociológicos se encuentran: *Las fronteras interiores de Panamá*, libro inédito cuyo material utilizó en trabajos posteriores; *Los recursos y el despertar de Panamá*, libro que no fue publicado y que también fue utilizado para trabajos posteriores; *Historia del movimiento cooperativo*



Ofelia con una tía durante su visita a la familia de su padre en Jamaica. Años 30. Archivo familiar.

de Panamá (1960, mimeografiado), "Los agricultores y las cooperativas rurales de Panamá", "Posibles ganancias para la empresa privada" (1964, texto inédito), "Recopilación de datos sobre la población indígena" (que presentó al Concurso Ricardo Miró, no fue premiado y está perdido); *Informe para la Memoria del Ministerio de Agricultura, Comercio e Industrias de 1957*, en coautoría con Tacher Lamestus, Santiago O'Donnell y Luzmilda de Ceballos. "Información general sobre la República de Panamá" (Informe de la delegación de Panamá al Curso internacional de perfeccionamiento en cooperativas agrícolas. Stuttgart Hohenheim, Alemania, 1965, inédito), "Qué es el Departamento de Educación Cooperativa" y "Panama Rural Children Meet Point Four People" (ambos inéditos).

Existen obras literarias suyas también inéditas: *Los tesoros de mi mundo* (trabajo con el que optó de nuevo al Premio Ricardo Miró en 1960 y que tampoco fue premiado), la canción infantil *Un lucero muy hermoso*, 1969, el libro infantil *Mi escuela*, el poema *Mi padre* (1973) y *Hermanas* (1973).

Su legado

Según el sociólogo Alfredo Figueroa Navarro, a Ofelia, "egresada de la Universidad Nacional en su edad de oro", no se le reconoce adecuadamente su posición de primera socióloga panameña. Ni se conocen con propiedad sus estudios ni se valora la importancia económica y social que le daba al mundo rural. Ofelia realizó su licenciatura bajo la influencia del profesor Richard Behrendt, con el sistema alemán de los Seminarios y con un programa que, en el tercer y último año de su licenciatura, dedicó atención especial al estudio del mundo del trabajo y del desarrollo del cooperativismo. Desde 1937, se impartían clases en la universidad sobre las posibilidades del cooperativismo agrario y su Centro de Investigaciones Sociales, Económicas y Jurídicas, creado por Behrendt "para ayudar a la solución de problemas prácticos del país", organizaba conferencias y seminarios prácticos sobre este mundo. De modo que sus conocimientos sobre el tema tenían unas bases teóricas sólidas y del más alto nivel académico de la época, con las que examinó las estructuras del agro panameño y se aplicó a buscar soluciones mediante la creación de cooperativas.

El profesor Ramón Camargo, director de la Fundación Educativa para el Desarrollo

llo Humano, y varias veces presidente de la Cooperativa de Servicios Múltiples El Educador Veragüense, Responsabilidad Limitada (COOPEVE, R.L.), conoce la importancia de Ofelia Hooper en el desarrollo del cooperativismo en Panamá. Por esa razón la COOPEVE creó la “Orden al Mérito Ofelia Hooper, Pionera del cooperativismo en Panamá”, que cada año reconoce a quien haya hecho aportes al sistema cooperativo. En opinión del profesor Camargo, el sistema cooperativo en Panamá tuvo un crecimiento importante desde los años 40. Calcula que las cooperativas de educadores, que han sido y son las más extendidas, hacia 1970 tenían unos 250 asociados y que en 2001 habían aumentado a unos

40 000 con unos 83 millones de dólares de activo. Sin embargo, en las últimas décadas el movimiento cooperativista entre los educadores ha ido decreciendo y actualmente cuenta solamente con unos 23 000 socios en todo el país. Las cooperativas agrícolas han sido significativamente menos numerosas. En su opinión, el legado de Ofelia se ha ido debilitando por la falta de comprensión sobre sus beneficios, es decir, por la falta de educación sobre su significado, sobre su filosofía, y por la falta de recursos y apoyo por parte de las instituciones estatales responsables. Sin duda, hoy Ofelia tendría un gran reto y emprendería una nueva campaña por el rescate del agro y del cooperativismo.

Agradecimientos

Gracias a Aracely y Teresa Salazar, sobrinas de Ofelia, que han guardado su memoria. A los profesores Milcíades Pinzón y Alfredo Figueroa Navarro, cuyos trabajos nos precedieron.

Entrevistas

21 de febrero de 2022. Entrevista presencial a Alfredo Figueroa Navarro por Patricia Rogers y Yolanda Marco.

2 de marzo de 2022. Entrevista virtual a Milcíades Pinzón por Patricia Rogers y Yolanda Marco.

12 de marzo de 2022. Entrevista presencial a Aracely y Teresa Salazar, sobrinas de Ofelia Hooper, por Patricia Rogers y Yolanda Marco.

31 de marzo de 2022. Consulta telefónica a Ramón Camargo por Yolanda Marco.

9 de abril de 2022. Consulta telefónica a Alfredo Figueroa Navarro por Yolanda Marco.

Bibliografía

Castro, C. (1986). Antecedentes, situación actual y perspectivas de las Ciencias Sociales en Panamá. *Revista Ciencias Sociales*, 33, 107-122.

Dirección de Estadística de la Contraloría General de la República de Panamá (diciembre 1943). *Censo Agropecuario del distrito de Penonomé*.

Figueroa Navarro, A. (1988). *El desarrollo de las ciencias sociales en Panamá, Estudio introductorio, Antología y Bibliografía*, Biblioteca de la Cultura Panameña, Universidad de Panamá.

Hooper, O. (1945). Aspectos de la vida social rural en Panamá. *Boletín del Instituto de Investigaciones Sociales y Económicas de la Universidad de Panamá*, 2 (3), 67 – 315.

Carmen A. Miró Gandásegui

La hija del poeta que quiso ser científica

(Ciudad de Panamá, 19 de abril de 1919 - 28 de septiembre de 2022)

Por Yolanda Marco

Carmen se aficionó a leer de la mano de su padre, el poeta, pero su vocación se fue hacia el conocimiento útil del mundo en el que vivía. Quiso estudiar su sociedad, indagar en los números y sus representaciones, y encontró en la demografía la ciencia que le permitiría comprenderlos. Es una de las primeras científicas panameñas en el campo de las ciencias sociales desde los años cuarenta del siglo pasado. Tuvo una larga y prolífica vida hasta sus últimos años y un gran reconocimiento internacional por sus trabajos y por la gestión de instituciones de investigación.

En el parque de Santa Ana

En el recinto histórico de la ciudad de Panamá, fuera de lo que ya solo eran las ruinas de la muralla y de la Puerta de Tierra,

la Plaza de Santa Ana era el corazón de la ciudad a comienzos del siglo XX, cuando nació Carmen Atala Miró Gandásegui en 1919. Allí latía el pulso social y político de la sociedad panameña.

La familia materna vivía en una calle cercana al Colegio San José de Malambo, situado entonces en la calle 16, a lo que se ha llamado tradicionalmente “extramuros” de la ciudad, las barriadas donde habitaban las clases populares. El abuelo llegó a Panamá después de un periplo latinoamericano procedente de Perú, la abuela Carmen era costurera. Blanca, la madre, también se dedicó a la costura, era adolescente cuando nació su hija.

Su padre era Ricardo Miró, el poeta más reconocido de Panamá, hijo de una familia acomodada de San Felipe, en el “in-



tramuros” de la ciudad. Las murallas habían separado desde la época colonial a las clases sociales y las castas de la ciudad. Ricardo Miró era escritor, también diplomático, fundador y director de revistas literarias. Su obra recibió la influencia del neorromanticismo y del modernismo. Cantó a la patria, a su paisaje, a la herencia hispana y al amor. En su honor se instituyó en 1942 el Premio Ricardo Miró, premio nacional de literatura. Tenía 36 años cuando nació Carmen Atala.

La niña recibió la impronta materna en el nombre heredado de su abuela, y la huella de su padre en su segundo nombre, Atala, inspirado en el personaje de la novela de François-René de Chateaubriand, el iniciador del romanticismo francés a quien el poeta admiraba. Blanca y Ricardo tuvieron otro hijo, nacido en 1918, que recibió el nombre de René, invocando también la novela de Chateaubriand de ese título. Dos tradiciones se unían en la niña Carmen Atala, una poética y otra apegada al mundo real.

Una familia de la época

Blanca llevaba por las tardes a René y a Carmen al parque de Santa Ana. Allí, los niños se reunían con su padre. Los niños jugaban. Ya de mayor, Carmen se dio cuenta de que era la forma en que la pareja se podía reunir. Porque la suya fue una familia en la que el padre tenía una esposa y una familia con varios hijos, con quienes vivía en San Felipe, una familia más acorde con su posición económica y social. Carmen y su hermano vivían con la madre, los abuelos y la tía Azucena.

Ricardo Miró estuvo presente en la vida de la niña. Carmen contaba que todos los días en el parque su padre le daba la

tarea de aprenderse para el día siguiente el significado de una palabra del diccionario, que ella recitaba como si fuera una poesía. Carmen diría años después que fue esa práctica la que originó su amor y su hábito por la lectura diaria.

El poeta logró incluir a su hija Carmen en la vida cotidiana de su familia. La llevaba a su casa de San Felipe donde le daba los libros y diccionarios para sus lecturas y en la que conoció y se trató con sus medio hermanos. La relación con Rodrigo Miró, uno de ellos, sería muy cercana a lo largo de toda su vida. Sin embargo, esa inclusión fue parcial. Ricardo Miró no le dio a Carmen su apellido y fue ella, ya de adulta, quien consiguió el reconocimiento de su paternidad.

Carmen, al regresar desde San Felipe a su casa, tenía la sensación de que su identidad cruzaba la muralla que dividía la sociedad de la ciudad, participaba y a la vez no participaba de ambos mundos.

Estudios y primeros trabajos

Al terminar los estudios primarios, en la familia se planteó cuál sería el futuro de Carmen. Le propusieron que estudiara magisterio, pero a ella no le gustó la idea de tener que lidiar con niños. Se decidió entonces que estudiara perito mercantil en el Instituto Nacional, una carrera de cuatro años que terminó a los 16 años. Terminados sus estudios, su tío Marco Gandásegui, hermano mayor de su madre, en sus palabras “hombre muy recto y de carácter enérgico”, de gran influencia en su vida, le ofreció su primer trabajo como secretaria de su emisora radial.

Ese mismo año se creó la Universidad de



Una joven Carmen Miró dirigiendo los trabajos del Censo de 1950, fotografiada con dos de sus colaboradores. Archivo familiar.

Panamá y Carmen ingresó a la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales para estudiar Administración y Contabilidad. Mientras estudiaba trabajó como secretaria de dos contralores de la República y pasó luego a la Presidencia de la República. Apenas con veinte años de edad se convirtió en la secretaria del Consejo de Gabinete, trabajo que hacía a la vez que elaboraba su tesis de graduación. De esos trabajos, recuerda el miedo y las inseguridades propias de su juventud y las travesuras infantiles que de vez en cuando hizo, como caer en brazos del mismísimo presidente del Gobierno al deslizarse corriendo por uno de los salones del palacio presidencial.

Carmen ya mostraba su carácter de genio tremendo y exigente combinado con el ímpetu y la espontaneidad explosiva que la caracterizarían toda su vida. Era una joven de constitución mediana, que

ya impresionaba por su energía, su capacidad de trabajo y su decisión. Bromeaba cambiando el acento de su segundo nombre a la primera letra, Átala, aludiendo a su carácter explosivo y transgresor.

Se ganó una beca del Instituto Internacional para realizar estudios en Saint Catherine College en Minnesota, Estados Unidos. Allí obtuvo el título de Bachelor of Arts con un Major en Sociología y un Minor en Estadística. Un lugar donde pasó mucho frío, pero donde profundizó en los estudios que seguiría desarrollando. A su regreso al país, la esperaban experiencias de trabajo y activismo político que marcaron el rumbo de su vida.

Intensa juventud

Durante los años de la II Guerra Mundial el país era un hervidero de personas de

nacionalidades diversas, de soldados norteamericanos, de exiliados políticos europeos, de mercancias y de negocios. Fueron años de movilizaciones sociales, del renacer del protagonismo de la juventud estudiantil.

A comienzos de los años cuarenta se creó en Panamá el Frente Patriótico de la Juventud y, a finales de la década, el que fuera un movimiento juvenil de carácter cívico se convirtió en un partido político, el Frente Patriótico. De composición social e ideológica diversa, se caracterizaba por su antimilitarismo, antiimperialismo, antiliberalismo y por un reformismo vagamente expresado. Cuando el Frente Patriótico se transformó en partido político, Carmen quiso participar en él. Su hermano René, que ya era miembro del Frente, le dijo que eso "no era para mujeres". Su respuesta fue inscribirse de inmediato en el partido y ser parte activa de su construcción. Carmen tuvo una destacada participación en el movimiento que se opuso a la firma del Convenio Filós-Hynes en 1947, y como parte de él fue una de las mujeres que lideró la manifestación de las mujeres a la Asamblea Nacional para exigir que no se ratificara. La movilización de las mujeres en esta oportunidad fue lo que finalmente impidió que se consumara este hecho.

Carmen y su copartidario Rubén Darío ("Chinchorro") Carles, que sería luego un prestigioso contralor, se enamoraron, hicieron planes para casarse incluso, pero, según contaría ella misma, la familia de él no la aceptaba. Al parecer no creían que tuviera la posición social ni de nacimiento adecuadas para su enamorado. Y no hubo matrimonio. En esos años Carmen tuvo muchos pretendientes entre sus jóvenes copartidarios. A finales de los años 40, la

temprana muerte de Blanca dejó a Carmen huérfana de madre, pero bajo el cuidado de su tía materna, Azucena, quien sería hasta su muerte una segunda madre. El padre ya había fallecido en 1940.

La obra intelectual de Carmen Miró se extiende a su compromiso social y político. Su pensamiento y activismo social se fraguaron en la década de los años 40 y 50, sobre todo. Aunque sus ideas se inscriben en el ámbito de la izquierda política, nunca perteneció a ningún partido socialista. En la entrevista que le hizo Magela Cabrera, Carmen resumiría su pensamiento político: "Eso que llaman ser de izquierda debería ser una cosa casi natural; porque lo que pasa es que una se preocupa porque los que tienen menos tengan una mejor vida (...) ¿Eso es lo que me convierte en una izquierdista?".

En 1947 fue designada Directora de Estadística y Censo de la Contraloría General de la República, cargo que ocupó durante 10 años. Con una beca del Population Council realizó sus estudios en Demografía y Economía en la London School of Economics. Fueron los años en los que Panamá se convirtió en un referente regional para la organización de las estadísticas nacionales y los trabajos de los censos nacionales. Georgina Jiménez de López y otras profesionales la habían precedido en ese trabajo. El Censo de 1950, organizado y liderado por ella, se convirtió en un referente para toda la región de cómo hacer estos trabajos. Pese a la importante labor desplegada por ella y al prestigio que le reportaba al país, no obtuvo el beneplácito del Gobierno para culminar sus estudios de doctorado.

Sus estudios en Demografía y Economía en la London School of Economics y su

experiencia de trabajo en la Dirección General de Estadística y Censo de Panamá le sirvieron para obtener el cargo de directora del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), en 1957, a instancias del reconocido bioestadístico español, el Dr. Marcelino Pascua. Carmen emprendió una nueva etapa de su vida.

Intensa madurez

Los 18 años que Carmen dirigió el CELADE en Santiago de Chile fueron de trabajo intenso. Las habilidades que había demostrado tener en sus trabajos anteriores se desplegaron en la organización de este organismo perteneciente a la Comisión Económica para América Latina y el Caribe. En CELADE, el trabajo administrativo no impidió que ella desarrollara sus investigaciones y participara también como docente de los cursos que se impartían. Empezó la etapa más productiva de su trabajo científico: innumerables publicaciones y participaciones en congresos y seminarios dan cuenta del crecimiento de su obra científica.

Sus aportes al conocimiento de la demografía latinoamericana han sido analizados por sus discípulos. Resaltan su reflexión sobre la problemática teórico-metodológica que vincula la investigación con las políticas sociales y, particularmente, las políticas de población, y ponen de relieve que en toda su producción emerge el análisis crítico de los procesos sociales. Según los demógrafos formados por ella, fue impulsora de la “demografía crítica latinoamericana”, orientada a plantear problemas, explorar alternativas y ofrecer soluciones viables, según las situaciones sociales, económicas y demográficas particulares de

los países. Fue constante su preocupación por dar cuenta de la relación entre la evolución poblacional y el desarrollo económico y social.

Para su discípulo Dídimo Castillo, abrió nuevos horizontes teóricos a la disciplina porque “enfrentó y rebatió las ideas neomalthusianas de la época, las más ortodoxas, que asociaban la pobreza con el rápido crecimiento poblacional, pero también las concepciones más renovadas que asumían que la caída de la fecundidad a tasas o niveles de reemplazo (por sí sola) tendría un efecto sobre el desarrollo económico”.

En opinión de la misma Carmen, ella perteneció a una generación fecunda y comprometida con la producción del conocimiento científico y las transformaciones sociales de América Latina. En su intervención en el Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo (México, 1983), señaló que pertenecía a la generación que promovió la acumulación de información sobre la dinámica demográfica, que abrió caminos, rompió prejuicios e inició la formación del personal capaz de seguir este trabajo, construyendo una parte importante de las bases que sostienen la disciplina.

En las décadas de los 60 y 70 en Naciones Unidas se debatía sobre el crecimiento explosivo de la población y los problemas que ello planteaba. Se realizaban conferencias internacionales para tratar de establecer las políticas demográficas adecuadas (Conferencia de Belgrado de 1965, Conferencia de Bucarest de 1974). Carmen sostenía que el problema no era el exceso de población, que era como se veía desde las posiciones neomalthusianas predominantes, sino que existía el problema de

poblaciones que no podían satisfacer sus necesidades. Entendía que la situación de las mujeres, su acceso a la educación y al trabajo, eran las condiciones que permitirían el cambio necesario en la evolución demográfica de los países, y que para que eso se produjera “las mujeres tenían que tomar sus vidas en sus manos”.

El contexto en el que se desarrolló su pensamiento y obra fue muy rico en la reflexión y el debate crítico. A la par de la creación y desarrollo del CELADE, se creó la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS, 1950), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO, 1957) y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO, 1967).

Chile en el corazón

Sus años en Chile fueron también una experiencia de vida muy intensa. Parece que todo en la vida de Carmen tiene una gran intensidad. En Chile vivió la euforia,

las grandes esperanzas del gobierno de Salvador Allende y también la debacle del golpe militar que lo derrocó. En la represión que se desató, se esforzó por ayudar a las personas perseguidas por la dictadura y sufrió la desaparición y asesinato de su compañero Carmelo Soria, el jefe de la sección Editorial y de Publicaciones del CELADE en 1976, que la afectó mucho.

En Chile se desarrolló también su amistad y la colaboración intelectual con otra pionera, la geógrafa panameña Ligia Herrera Jurado, que duraría toda su vida, a quien acogió y ayudó cuando llegó al país con su hijo pequeño para estudiar su doctorado. Esta relación tuvo gran importancia en el trabajo de Carmen, quien tuvo la oportunidad de incorporar la visión de la geógrafa a sus estudios demográficos, de la misma forma que Ligia la sumó a los suyos.

En 1976, al retirarse del CELADE, trabajó cuatro años en El Colegio de México



Carmen Miró en sus oficinas de CELADE, en Chile, en la década de los años 60. Archivo familiar.

como profesora e investigadora. También visitó China en dos oportunidades en misiones de Naciones Unidas para impulsar lo que la revolución cultural había destruido y para verificar el buen funcionamiento de las organizaciones y programas que se habían creado. Trabajando como consultora del Fondo de Población de las Naciones Unidas se dedicó más intensamente a la investigación y a la publicación de sus resultados. La lista de sus publicaciones da cuenta de sus trabajos de investigación. Recientemente sus discípulos Dídimo Castillo y Brígida García han publicado una antología muy representativa de sus trabajos desde 1970 a 1998 con un estudio introductorio (*Carmen A. Miró: demógrafa latinoamericana y luchadora social*, CLACSO, 2015).

U Thant, el secretario general de Naciones Unidas, le ofreció la dirección de la División de Población de la organización, pero Carmen no quiso asumir esa responsabilidad porque tenía su objetivo muy claro: regresar a trabajar en Panamá.

Disfrutando de Panamá nuevamente

Al regresar al país en los años ochenta, Carmen se hizo construir su casa en el barrio de San Francisco, una casa alrededor de un gran árbol de mango. El árbol en la entrada al frente de la casa determinó su arquitectura. La casa recoge el aire de los países en los que ha vivido. En un amplio salón está la biblioteca, en la que estanterías corredizas contienen una gran cantidad de libros y documentos. En esa casa vivió también su tía Azucena hasta su muerte en los años noventa.

Al lado, construyó también su casa Ligia Herrera. Para su cuidado y el de la casa, Carmen tuvo siempre la asistencia de empleadas domésticas, las mismas durante muchos años.

Recién mudada a la casa nueva, la “tía Carmen” le dio un trabajito para ayudar a Rosabel Miró, quien tenía 17 años. Era una especie de secretaria que arreglaba su biblioteca (aunque, en realidad, se dedicaba sobre todo a leer novelas). Cuenta Rosabel que la tía al comienzo la asustaba, “era muy estricta, seria, para mí fue una experiencia difícil (...) tenía un carácter muy fuerte” aunque reconoce que siempre que hacía falta ayudaba a sus hermanos. Ya de adulta, Rosabel ha podido apreciar el enorme valor que la obra de su tía tiene para el país.

El fuerte carácter de Carmen intimidaba a la gente. Adrián Chang, que fue su asistente por varios años en el CELA, da su opinión: “Carmen era muy exigente, buscaba siempre la perfección, quería que la gente con la que trabajaba estuviera siempre a su altura, que nadie se quedara atrás”. Pero tras esa impetuosa y muchas veces dura forma de relacionarse con las personas, había una Carmen que se preocupaba por la gente, “asustaba pero no mordía” en palabras de Adrián. Él la vio muchas veces negociar con personas por asuntos de su trabajo. Adoptaba posiciones muy duras al comienzo, “marcaba su territorio antes de negociar”, ese era su método.

En sus primeros años en Panamá después de su periplo latinoamericano, fue la primera directora del Instituto de Estudios Nacionales de la Universidad de Panamá (IDEN, 1987-1992), que impulsó

como nunca antes las investigaciones sobre las problemáticas sociales y económicas del país. Después dirigió el equipo del Centro de Estudios Latinoamericanos "Justo Arosemena" (CELA). En ambas instituciones dejó una huella importante. Quienes han trabajado con ella reconocen sus dotes como formadora de equipos de investigación. Adrián Chang recuerda su forma de trabajar, de la que él aprendió prácticamente todo. También acerca de su carácter y de sus relaciones con las personas que trabajaban con ella y con instituciones nacionales e internacionales. Carmen mantenía relaciones sistemáticas para sus trabajos con la Dirección de Estadística y Censo de la Contraloría y con otras muchas instituciones internacionales. Formaba parte del consejo editorial de la revista *Tareas* y de revistas internacionales. Constantemente le llegaban consultas (y consultorías) de especialistas. Mantuvo relaciones permanentes con colegas de todas partes. Se mantenía permanentemente actualizada. Trabajaba todos los días de la semana de manera sistemática y organizada. Era muy programada.

Y disfrutaba de la vida, a su manera, recuerda Adrián Chang. Hacía la siesta todos los días. No veía televisión, prefería sus lecturas. En la sala de su biblioteca tenía una mesa, sillas y sillones donde se reunía con la gente con la que trabajaba. A mediodía solían almorzar juntos y era una hora de esparcimiento y relax. Ligia Herrera estaba presente en los momentos de esparcimiento, en los almuerzos, en la casa de la playa donde iban a descansar. Carmen contaba anécdotas de ella y Ligia manejando por los caminos y carreteras, trabajando, llenas de barro. En esos momentos, cuando Carmen hablaba, tenía la "mirada perdida y reía".

En una de esas reuniones vivieron el ataque a las Torres Gemelas de 2001, que preocupó mucho a Carmen.

Varias generaciones de sociólogos y pioneros de la demografía en América Latina y también en Panamá fueron alumnos suyos: Dídimo Castillo; Gustavo Cabrera, exdirector del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de México; Raúl Benítez Zenteno, exdirector e investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. En su faceta de activista, Carmen fue candidata a la vicepresidencia de la República en la candidatura del Dr. José Renán Esquivel, en 1984, y fue la primera mujer candidata a la rectoría de la Universidad de Panamá, aunque en ambos casos no resultó ganadora.

Se jubiló, pero no se retiró

El trabajo y la vida de la incansable Carmen Miró ha sido reconocido de muchas formas. En 1987 recibió el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de La Habana, Cuba, y en el 2006 de la Universidad Nacional de Córdoba de Argentina. El Colegio de México y la Fundación Colmex le otorgaron el Premio Daniel Cossío Villegas 2016 "por su trayectoria en apoyo a las Ciencias Sociales, a la Demografía Latinoamericana, al pensamiento sobre la población y el desarrollo y a su papel como animadora y forjadora de instituciones". También la Universidad de Panamá le concedió el Doctorado Honoris Causa en 2019, y previamente le había otorgado el Premio Universidad en Ciencia y Tecnología en 1996. Entre otros reconocimientos, se destaca el Premio Mundial de Población de Naciones Unidas, en 1984. Carmen no se cansó nun-



Fotografía de la familia Miró Gandásegui de los años 30. Carmen es la primera por la izquierda de la fila superior. La abuela está en el centro rodeada de hijos y nietos. Archivo familiar.

ca de impulsar la investigación científica y la formación de profesionales, como demuestran sus esfuerzos apoyando a la Asociación Nacional para el Avance de la Ciencia (APANAC) y a la Secretaría Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (SENACYT). Recientemente el Centro Internacional de Estudios Políticos y Sociales (CIEPS) le dedicó una sala en sus instalaciones en reconocimiento a su trabajo pionero.

Carmen siguió viviendo en su casa de San Francisco bajo los cuidados de su primo Marco Gandásegui Jr., su familia y una enfermera. Gozó en sus últimos años de vida de una tranquilidad como nunca tuvo. "A mí nunca me ha provocado estar tranquila", diría en una ocasión, y así fue su vida, incansable. Carmen nunca se retiró, los problemas de salud y la vida misma la retiraron. Tal como ella misma afirmó: "Yo me jubilé, ¡pero no me retiré!".

Agradecimientos

Nuestro agradecimiento a sus familiares, Marco Gandásegui y Rosabel Miró. A quienes nos dieron testimonio de su trabajo, Adrián Chang, Xiomara Rodríguez y Nicolasa Terreros.

Entrevistas

27 de julio de 2021. Entrevista virtual a Adrián Chang por Vannie Arrocha y Yolanda Marco.

10 de septiembre de 2021. Entrevista telefónica a Nicolasa Terreros por Yolanda Marco.

14 y 15 de septiembre de 2021. Entrevista telefónica a Marco A. Gandásegui por Yolanda Marco.

16 de septiembre de 2021. Entrevista telefónica a Rosabel Miró por Yolanda Marco.

20 de agosto de 2021. Entrevista telefónica a Guillermo Castro y Lourdes Lozano por Yolanda Marco.

Bibliografía

Cabrera, M. (2008). La mía es una actitud vital: hasta cuando el cuerpo y la mente funcionen trabajaré. *Revista Tareas*, (128), 121-130.

Castillo, D. y Brígida G. (2015). *Carmen A. Miró, América Latina, Población y Desarrollo*. CLACSO, Siglo XXI Editores.

Castillo Fernández, D. (2018). Carmen A. Miró y la demografía latinoamericana. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 33 (1), 253 - 257. DOI: <http://dx.doi.org/10.24201/edu.v33i1.1808>

Ligia Herrera Jurado

Conociendo Panamá palmo a palmo

(David, Chiriquí, 4 de mayo de 1918 - Ciudad de Panamá, 20 de enero de 2023)

Por Yolanda Marco

Ligia Herrera tuvo que romper con la sociedad en la que vivió la primera parte de su vida para ser quien quería ser, para estudiar e investigar. Tuvo que romper barreras y enfrentar los obstáculos que a las mujeres de clase media panameña divorciadas se les atravesaban en el camino de su autonomía. En Ligia Herrera Jurado encontramos a Panamá, “ese país que somos”, como diría en uno de sus trabajos. Ella se descubrió a sí misma estudiando su país, y ha sabido transmitir con fundamento científico y con pasión amorosa el territorio que conoció. Panamá en su paisaje y en sus gentes, diversa, contradictoria y única. Todos los colores están en su retrato del país, vívidos y luminosos. Pero supo estudiar también las sombras grises, las regiones que la oscurecen y que no se quieren ver.

David, a la que llamaban ciudad

El nacimiento de Ligia en David no solo fue biológico, allí también se hizo las primeras preguntas esenciales buscando el conocimiento: “¿Por qué hay esos colores tan bonitos cuando el sol se está ocultando? ¿Por qué el agua del mar es salada? En el texto que escribió a manera de prólogo a su libro *El país que somos. Treinta años de geografía humana de Panamá*, donde narra su infancia y primera adolescencia en David, describe la ciudad de entonces y algunas de sus costumbres y paisajes.

La niña que era se emocionaba con la naturaleza, viendo nacer las semillas, las rosas de su madre o con las largas ca-



minatas con su padre. Experimentaba tratando de entender cómo le nacían las raíces a los tronquitos de los rosales que su madre plantaba. El David semi rural en el que creció, al que sus habitantes llamaban orgullosamente “la ciudad de David”, le permitió una convivencia con el paisaje y con sus habitantes que la marcó para siempre. En ese mundo se fundían sus emociones con sus deseos de descubrimiento. Muchos años después diría: “Hasta el día de hoy me emociona este hecho de la naturaleza que me hace sentir la sensación de vida”.

La familia, “una historia muy chiricana”

El padre de Ligia fue un teniente mulato colombiano del ejército conservador que llegó a Panamá durante la Guerra de los Mil Días. La madre descendía de la rama empobrecida de los Jurado, que en su origen fueron terratenientes. A la familia no le sobraban los recursos. El padre,

al que Ligia recuerda con mucho cariño, no tenía educación superior, pero era un hombre con sensibilidad artística, que viajaba bastante por su trabajo. En la casa, la madre cuidaba de sus cuatro hijas y de sus dos hijos, y tejía randa con la que elaboraba unos pañuelitos que vendía. “Era una señora blanca, cuyo único capital en la vida era el color de la piel y el apellido”, dice su nieto. La familia contaba también con ayuda doméstica, pero realmente la infancia de Ligia transcurrió en la pobreza.

La abuela materna, a quien Ligia describe como “alta, delgada, enérgica y aventurera”, con la que subía al cerro San Cristóbal, vivía cerca de la familia y Ligia tuvo bastante relación con ella, acompañándola en algunas actividades de la iglesia. Ligia fue la más pequeña de los hermanos, tenía tres hermanas mayores, seguían dos hermanos y luego ella, que tenía cinco años menos que el menor.

En David realizó los estudios hasta sexto grado. Una de sus hermanas fue su



Ligia con sus dos hijos, Nils, el mayor, y Guillermo, el pequeño, cerca de 1952. Archivo familiar.

maestra. Dos de sus hermanas habían estudiado en la Escuela Normal Rural que tenía su sede en la ciudad, pero la familia tuvo que seleccionar a las dos mejores estudiantes para seguir estos estudios. La tercera estudió telegrafía en David. La costumbre de las familias que podían permitírselo era que las muchachas estudiaran los dos primeros años en ese centro educativo, que equiparaba sus estudios a los de la secundaria de Panamá, y luego las enviaban a terminar sus estudios de magisterio, es decir, el año que les faltaba, en la Escuela Normal de Institutoras en la capital. De esa manera se podían ahorrar los costosos gastos de la ciudad. Ese fue también el plan para Ligia.

A los 11 años ingresó en la Normal Rural. Sus recuerdos de la escuela son muy gratos. Su director, el Dr. Sebastián Gilberto Ríos, dejó huella en su alumna. Este profesor, educado en Europa, luchaba denodadamente por mejorar las condiciones de educación, higiene, culturales y sociales de la población, e imponía una disciplina muy estricta en la escuela. Las alumnas realizaban trabajos en la granja agrícola dos veces por semana. El trabajo era rudo: limpiaban el campo con azadones, arrancaban las malezas de raíz y las volteaban para que el sol las secase. También plantaban vegetales: hortalizas, frijoles, maíz, arroz. En una ocasión Ligia ganó un concurso de velocidad para la cosecha a mano del arroz.

Maestra y ama de casa

En 1930, a los doce años de edad, viajó a Panamá para iniciar otra etapa de su vida en la Escuela Normal de Institutoras como estudiante interna. Ya no volvería a vivir de manera permanente en David.

En Panamá fue una estudiante destacada de la Escuela Normal de Institutoras. Allí conoció como directora a Esther Neira de Calvo. Recuerda que la directora frecuentemente la seleccionaba junto con otras estudiantes cuando había que realizar alguna actividad que mostrara a la Escuela ante el público o las más altas autoridades, con sus uniformes blancos y su esmerada apariencia. Al parecer, esa etapa de su vida transcurrió como era de esperar; terminó sus estudios, se graduó de maestra y empezó a trabajar.

De nuevo en Chiriquí y trabajando ya como maestra, conoció al que sería su esposo, en Puerto Armuelles. Su marido era costarricense, de extracción social muy humilde. Había logrado con una beca estudiar un bachillerato en ciencias en Bélgica y a su regreso consiguió trabajo como laboratorista en la compañía bananera de Puerto Armuelles. El matrimonio se celebró porque la madre de Ligia lo consideró una buena oportunidad para su hija, que tenía unos dieciocho años cuando se casó. Pero las diferencias de ambos empezaron ya a surgir desde muy pronto, según su hijo Guillermo Castro: "Mi mamá quería ir hacia adelante, mi papá quería ir hacia arriba, y eso es una tragedia". Ligia puso todo su empeño en salir de Puerto Armuelles, que era un enclave de la compañía bananera sin ningún aliciente cultural y con una segregación racial y de clase sofocantes. Para eso escribió cartas a un sinnúmero de embaajadas solicitando una beca para que su esposo estudiara medicina. De esa manera consiguió que el Gobierno brasileño le concediera una beca para estudiar en Río de Janeiro. En 1938 nació el hijo mayor del matrimonio, Nils, y la familia compuesta por ellos tres viajó hacia Brasil. Guillermo, el hijo menor, nacería

mucho después, en 1950. En Brasil, Ligia se formó como bibliotecóloga sin contar para ello con el apoyo de su esposo. Se matriculó y estudió la única carrera que con sus medios propios podía estudiar. Allí empezaron a separarse los caminos del matrimonio.

Estudios universitarios y divorcio

Ya de regreso a Panamá, en los años cuarenta, Ligia había descubierto su vocación definitiva, quería ser geógrafa. Pero su marido no toleraba que quisiera hacer una carrera universitaria. Su hijo Guillermo cuenta que, “según la leyenda familiar, mi padre salió con “la patriarcalada” de que si te matriculas te dejo y mi madre dijo: ¿dónde firmo?”. Y así terminó el matrimonio, a principios de los años cincuenta. En esa época un divorcio en Panamá para las mujeres de las clases medias era una experiencia muy dura, pero Ligia no se conformaba con seguir siendo esposa de médico y ama de casa por el resto de su vida. Se divorció e ingresó en la Universidad de Panamá a finales de los años cincuenta.

Aprendió a mantenerse sola y terminó trabajando como profesora de educación para el hogar en el Instituto Justo Arosemena de Panamá y en una escuela para señoritas. Ambos trabajos pagaban el alquiler y las cuentas. El hijo mayor estaba en México estudiando desde su adolescencia a instancias del padre que no deseaba que Nils, activista político en el Instituto Nacional, se desviara del curso que él había planeado para sus hijos. Ligia y su hijo menor, Guillermo, vivían con estrecheces pero sin miseria, en Panamá. Por las noches Ligia

asistía a las clases en la universidad, “fue una década de un peso inmenso, de una complicación inmensa para ella”, narra Guillermo. Afortunadamente tuvo la ayuda de una empleada doméstica. Esos fueron los años del movimiento migratorio de muchas mujeres del campo hacia la ciudad buscando empleo como domésticas, “comprobó en esos años que detrás de toda gran mujer hay una gran empleada doméstica”, dice su hijo.

Además de estudiar, Ligia aprovechó su libertad para activarse en la política. Participó en las luchas contra el presidente Remón y su régimen militarista. Su horizonte político ya entonces era “una sociedad más decente, menos corrupta que la que ya era Panamá entonces, a principios de los años 50”. Su padre murió en los años cuarenta, no llegó a conocer las “aventuras” de Ligia. Su madre no aprobaba sus decisiones, no entendía lo que le pasaba a su hija.

Se graduó en Geografía e Historia en 1962, a los 44 años de edad. Fue alumna de Ángel Rubio, el geógrafo fundador de la escuela de Geografía de la Universidad de Panamá y maestro de muchos profesionales de la disciplina. Luego consiguió una beca muy modesta de la Organización de Estados Americanos (OEA) para hacer su doctorado en Chile y, con la ayuda de un sobrino, consiguió el permiso del Ministerio de Educación para ir a estudiar fuera, aunque sin salario.

Guillermo partió con su madre hacia Chile. Recuerda su partida de Panamá así: “Una mañana de marzo de 1962, un avión de Pan Am y una madre de 44 años llegando allá con su hijo de 12 años... con una beca miserable. Pero la mujer echó



Ligia trabajando en una oficina probablemente de CELADE en Chile, en los años 60. Archivo familiar.

p'ante pues". El hijo mayor, Nils, había salido de México y llevaba ya dos años en Cuba como voluntario y profesor. Guillermo, Nils y su madre no se volverían a encontrar hasta 1968. "La familia estaba amarrada con tela de araña muy elástica, pero andaba, andaba como andaba", explica Guillermo.

La Ligia que conocemos y su obra

En Chile se produjo el feliz encuentro de Ligia con Carmen Miró, que dirigía entonces el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE). Ella dio alojamiento y soporte a Ligia y a su hijo, quienes estuvieron viviendo en su casa los seis años en los que ella hizo sus estudios de doctorado. También la apoyó en la crianza de su hijo, porque era una mujer sola con un niño, en un país extraño. Para Guillermo, era "una persona con la que siempre se podía contar" y quien

cumplió, además, un papel importante en la formación ya adulta de su madre. La ayudó a entender mejor lo que le había pasado, "todas sus desventuras en la cultura patriarcal". Porque, a pesar de que fue siempre una mujer que tuvo confianza en sí misma y en su manera de entender la vida, Ligia tardó años en superar lo que Guillermo denomina "culpas, temores y vainas que le habían dejado en la forma que tuvo que separarse de la sociedad en que vivía para poder ser ella misma. Y lo hizo". Desde entonces entre ambas mujeres se formó una gran complicidad.

Ligia tuvo que superarse mucho en sus estudios porque su formación, según ella, no era buena, pero terminó siendo una de las mejores estudiantes. Terminó su doctorado en 1965 y trabajó dando clases e investigando. Esa es la persona que conocemos hoy, según su hijo Guillermo, "mi madre empezó a ser la Ligia Herrera que conocemos hoy a los

cuarenta y nueve años de edad, que fue cuando terminó su doctorado con todos los méritos y talentos”.

En 1968 Guillermo terminó la escuela secundaria y se fue a Cuba a estudiar. Ligia permaneció en Chile. Trabajaba en un mundo muy masculino, pero llegó a ser reconocida en el campo de la geografía aplicada a la planificación regional. La amistad con Carmen Miró tenía una faceta de colaboración intelectual muy importante porque a ambas les interesaban problemáticas similares y tenían puntos de vista parecidos. La suya fue algo así como una “hermandad intelectual”, como la ha definido la socióloga Xiomara Rodríguez. En Chile también seguía con pasión la situación política. Toda su vida se la pasó “haciendo investigación en geografía y conspirando en política, siempre por el lado de la izquierda”, dice su hijo. El golpe militar que truncó la experiencia del gobierno de la Unidad Popular fue un duro golpe para ella también, que lo vivió junto a Carmen Miró.

La Ligia que salió de Panamá maduró en Chile y regresó siendo la mujer que realizó estudios memorables sobre Panamá. Una mujer muy independiente, que podía ser muy dura, de juicios certeros e incisivos, “no tenía ningún interés en quedar bien o serle útil a la oligarquía blanca del país”. Recordaba a menudo un episodio de su infancia, el de la señora que se hacía lavar los pies en el portal de su casa por una empleada indígena, ngäbe, en lo que a Ligia le parecía un acto de abuso y dominación inadmisibles. Hechos como este provocaban su rebeldía, poco o nada proclive a hacer concesiones. Una anécdota retrata su carácter: asistía con Carmen Miró a una actividad del Instituto de

Estudios Nacionales de la Universidad de Panamá (IDEN) y, al llegar la presidenta de la República Mireya Moscoso, todo el mundo se levantó a modo de saludo respetuoso, pero ella permaneció sentada y se negó a darle un reconocimiento que en su opinión no se merecía. Pero Ligia tenía otra faceta, Adrián Chang, el asistente de Carmen Miró, la recuerda como una mujer “amena, clara y directa, activa, equilibrada y amable”, y que “la geografía era su pasión”. Su hijo Guillermo considera que tenía la capacidad de manifestar, con suma sencillez, sus ideas y conocimientos, “una claridad que expresaba, sin embargo, un pensamiento muy complejo”.

Su pasión por la geografía y Panamá tuvieron como fruto una serie de trabajos inéditos a su regreso al país. De su colaboración con el Dr. José Renán Esquivel, entonces ministro de Salud, surgió el primer *Atlas de salud de Panamá*, 1970, que tuvo tres reediciones, en 1980, 1990 y 2000 Otro trabajo pionero fue el análisis del territorio nacional para la identificación de las zonas de riesgo de desastre natural, *Desastres naturales y zonas de riesgo en Panamá: Condicionantes y opciones de prevención y mitigación*. Finalmente hizo una obra que se considera maestra de geografía aplicada a los problemas del desarrollo: *Regiones de desarrollo socioeconómico de Panamá*, en la que mide y compara los cambios en los niveles de vida en los distritos del país aplicando una metodología innovadora. Ligia recorrió el país palmo a palmo, para hacer estos trabajos.

Ligia fue, a mediados de los años 90, la primera investigadora que ubicó geográficamente la pobreza en el país y la midió y, en consecuencia, constituyó una base



Los años no la han alejado del trabajo y la investigación, como muestra esta foto de Ligia anciana ya, trabajando en su escritorio. Archivo familiar.

fundamental para el desarrollo de las políticas públicas en el país. La socióloga Xiomara Rodríguez, quien trabajó con ella en el IDEN, opina que: “En ciencias sociales, para quienes hacemos investigaciones sobre la pobreza y otros temas relacionados, hay un antes y un después de Ligia y sus estudios sobre pobreza. Antes de ella, se sospechaba cuáles eran las áreas o lugares más vulnerables del país, pero sus estudios en la década de los 80 aclararon el panorama y se conocieron no solo los lugares sino sus características”. Sus estudios fueron consultados obligada en los 90 y posteriormente para quienes estudiaban la pobreza, la ganadería y el ambiente en Panamá. La misma Xiomara Rodríguez dice: “Creo que su obra será imperecedera porque aun cuando pasen los años siempre habrá que leerla para conocer las condiciones del país en esa época. Ella es parte del desarrollo de las ciencias sociales panameñas”. Sus trabajos fueron el cimiento para otras investigaciones y estableció también una metodología de

trabajo que sirvió a estudios posteriores. Sin embargo, a pesar de la valoración que su trabajo suscita, su hijo Guillermo recuerda que a su madre le ha dolido pensar que quizás sus investigaciones no son debidamente apreciadas en Panamá, probablemente porque nunca le fue posible formar parte del cuerpo docente de la Universidad de Panamá. Pero su trabajo investigativo y sus publicaciones le han hecho acreedora del homenaje como pionera de la geografía por la Secretaría Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (SENACYT) (2013) y el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Las Américas (UDELAS).

Ligia ha hecho también múltiples y valiosas aportaciones en el campo de la geografía en los países en los que vivió antes de su regreso definitivo a Panamá, en Chile, México y América Latina en general: *La geografía de Chile Central*; el *Atlas de los asentamientos humanos de América Latina*; *El modo en que crecen*

las ciudades en América Latina, y Las relaciones entre la estructura agraria y la distribución de la población en México.

De regreso a David

En su vejez, Ligia fue cuidada por su familia, especialmente por su hijo Guillermo y Lourdes, su esposa. Contó también con la asistencia de una enfermera y de Odilia, la empleada doméstica de la familia durante años y de la familia de ella. Siguió viviendo en la casa de San Francisco, adosada a la de Carmen Miró.

Guillermo cree que su madre ha sido una madre severa, pero siempre pendiente de sus hijos, uno en la distancia, el otro

más cercano. No fue una madre sobreprotectora y consentidora, “su mundo era muy del esfuerzo propio” y así educó a sus hijos. Una madre generosa y preocupada por sus hijos, pero siempre exigente. Acostumbrada a la dureza de la vida, transmitía a sus hijos esa misma idea. Repetía siempre “conseguí sobrevivir sin quebrarme”, cuenta Guillermo que incluso esa frase fue una de las últimas que le oyó decir antes de que la enfermedad la regresara al mundo de su infancia; al mundo de su David semirural, en el que muy leal a sus afectos preguntaba y conversaba con su padre.

Ligia murió en su casa de San Francisco el 20 de enero de 2023.

Agradecimientos

Gracias a su hijo Guillermo Castro y a su esposa, Lourdes Lozano, por sus memorias familiares.

A Xiomara Rodríguez por las apreciaciones sobre su obra.

Entrevistas

18 de julio de 2021. Entrevista telefónica a Xiomara Rodríguez por Yolanda Marco.

22 de julio de 2021. Entrevista telefónica a Adrián Chang por Vannie Arrocha y Yolanda Marco.

6 de agosto de 2021. Entrevista virtual a Guillermo Castro Herrera por Vannie Arrocha, Patricia Rogers y Yolanda Marco.

20 de agosto de 2021. Entrevista telefónica a Guillermo Castro y Lourdes Lozano por Yolanda Marco.

Bibliografía

Herrera, L. (2003). *El país que somos: 30 años de geografía humana en Panamá*. Instituto de Estudios Nacionales (IDEN), Universidad de Panamá, p. 237.

Reina Torres de Araúz

El privilegio de ser panameña

(Ciudad de Panamá, 30 de octubre de 1932 - 26 de febrero de 1982)

Por Yolanda Marco

Pionera de los estudios antropológicos y etnográficos en Panamá y férrea defensora de la preservación del patrimonio histórico. Con sus estudios antropológicos y etnográficos supo despertar el interés por el conocimiento y la valoración de la cultura y el patrimonio nacional del público y de los gobernantes. Como docente en el Instituto Nacional y en la Universidad de Panamá, entusiasmó a sus alumnos y alumnas en su proyecto renovador de la enseñanza de las culturas indígenas. Como gestora y administradora, su labor fue imprescindible para la creación de leyes, instituciones y museos para el país. Su trabajo y conocimiento fue reconocido por las principales instituciones internacionales en las que desempeñó cargos directivos. Su temprana muerte fue una gran pérdida para el país.

Familia y primera educación

Nació en la ciudad de Panamá el 30 de octubre de 1932. Hija del maestro Bernardo Torres y de Carmen Pérez. Bernardo Torres era hijo de inmigrantes canarios llegados para la construcción del Canal, se graduó de maestro de escuela en Santiago. El abuelo materno también era canario, nacido en Santa Cruz de Tenerife, se llamaba Cándido Pérez y fue obrero en la construcción del Canal. La abuela materna, Fina, le recordaba así: "era bonito, era bonito, tenía los ojos azules", pero, al parecer, desapareció pronto de la historia familiar. La madre de Reina, Carmen, es recordada por su nieto Hernán como una mujer muy tra-



bajadora, que se dedicaba a la venta de billetes de lotería, una mujer emprendedora que llevaba su negocio por todo el país. Reina era una niña de inteligencia vivaz y tanto la abuela como la madre estuvieron dispuestas a que tuviera una educación acorde con sus posibilidades intelectuales.



Reina Torres en su oficina trabajando. Probablemente en los años 50. Archivo familiar.

Reina estudió un año en la Escuela Normal de Santiago, en Veraguas, donde conoció a Omar Torrijos, en ese tiempo uno de sus compañeros de colegio. Tras un breve paso por el Liceo de Señoritas, recibió su diploma de bachiller en el Instituto Nacional en 1948, a los 16 años. Fue una "aguilucha", recuerda su hijo Hernán, en una época en la que las ideas y las luchas nacionalistas tenían su epicentro en esta institución. El Panamá en el que se formó era el del surgimiento de las organizaciones nacionalistas, de la Federación de Estudiantes de Panamá y el Frente Patriótico de la Juventud, asentados firmemente en el Instituto Nacional.

Buenos Aires

Apenas graduada, partió hacia Buenos Aires. Permaneció allí siete años, durante los cuales no regresaría a Panamá. Sin embargo, encontró en la familia Carboni, que la acogería en su hogar, el cariño necesario para enfrentar la dureza de la separación familiar y los estudios en la exigente Universidad Nacional. Reina llegó a la Argentina de la época de Perón, que había recibido los beneficios de la llegada de intelectuales y profesores europeos a las universidades del país huyendo del nazismo y de las guerras. La sedujeron inmediatamente los estudios de antropología y etnografía. Fueron algunos de sus profesores Osvaldo Menghin (ex ministro de educación de Austria y ex rector de la Universidad de Viena), José Imbelloni (ex rector de la Universidad de Roma), Marcelo Bórmida (director del Museo Etnográfico de Buenos Aires) y Claudio Sánchez Albornoz (historiador español, ex ministro de la II República española).

Las preguntas que ella tendría acerca de la identidad nacional y de la realidad del país debieron encontrar respuesta en sus estudios universitarios bonaerenses. Eran los temas que estaban en el debate nacional, aunque en ellos no aparecían sino de manera muy secundaria los grupos indígenas a los que ella situaría en un primer plano de importancia. El concepto de pluralismo cultural comenzaba a gestarse, con el reconocimiento de las diferencias culturales en un país donde el modelo de lo que llamamos identidad nacional se basaba en la visión de la cultura, del folclor, de las provincias centrales. Ella creía en la integración nacional, pero dentro de una pluralidad cultural.

En palabras del antropólogo e historiador Francisco Herrera: “Sí, creo que, en alguna forma, ella comenzó a romper un poco el esquema eurocentrista que tenían las ciencias sociales”.

Reina se formó como una gran profesional y adquirió una cultura humanista amplísima: estudió varias lenguas modernas y las clásicas, latín y griego, historia del arte, piano y música clásica. Ese período de su vida forjó también su personalidad, como su esposo Amado Araúz diría: “Su carácter se templó, su voluntad se tornó férrea, aprendió a ser frugal y autosuficiente, conservó su honestidad y moldeó su espíritu combativo”. En 1955 obtuvo los títulos de Profesora en Historia, Licenciada en Antropología general y Etnografía y técnico de museo. Su tesis “Cultura, material y ceremonial del grupo amazónico tukuna” fue calificada con la nota de sobresaliente y recomendada para su publicación. Tenía veintidós años y el propósito de seguir sus estudios de doctorado.

La joven profesora en Panamá

En 1955 nació su hijo Óscar, fruto de su primer y corto matrimonio. Fue el mismo año del regreso a Panamá y de su incorporación como profesora al Instituto Nacional, donde impartió clases de Antropología cultural. Sus estudiantes recuerdan que su entonces esposo, Iannello, del cual se divorció después, la esperaba siempre al frente del Instituto, en un carrito inglés. Su presencia y su forma de enseñar fueron una pequeña revolución, Osvaldo Gudiño Aguilar, uno de sus alumnos, recordaba: “no sa-

líamos de nuestro asombro al ver que una dama tan joven ingresaba a la docencia secundaria”.

Francisco Herrera fue también su alumno y recuerda que “todo el mundo hablaba de una profesora nueva, guapa, muy atractiva” y sobre todo de su dinamismo y la forma de enseñar, muy didáctica y expresiva. Las giras con sus estudiantes fueron experiencias inéditas que marcaron la diferencia para muchos de ellos. La gira al cerro Guacamaya, cerca de Penonomé, para visitar un sitio arqueológico que había sido devastado por unos supuestos arqueólogos estadounidenses, fue la introducción a los estudios de campo de antropología y arqueología para futuros profesionales en una época en la que no existían en Panamá. Esas mismas prácticas de enseñanza las continuó en la Universidad de Panamá. Francisco Herrera fue también alumno suyo allí y con ella realizó su primera gira a Guna Yala, entonces San Blas. Su testimonio es especialmente interesante: recorrieron varias islas desde Porvenir a Narganá, conocieron a algunos dirigentes gunas como Charles Robinson y Estanislao López. Para él sus clases dieron un vuelco a su vocación de historiador porque provocaron su interés por conocer mejor la realidad nacional y le inclinaron a los estudios antropológicos. En esa época, Reina compartió sus aulas con grandes profesores universitarios, como el historiador Ricaurte Soler y los filósofos Chuchú Martínez y Ricardo Arias Calderón. Con ella sus estudiantes hicieron una gira por Bocas del Toro, para realizar el trabajo de campo de su estudio etnográfico sobre los nasso y los teribe. En esos momentos en el ambiente académico internacional

se urgía al rescate etnográfico, a realizar investigaciones rápidas para identificar pueblos que se consideraban perdidos o que estuvieran en proceso de cambio.

Años más tarde daría clases en la extensión universitaria de Penonomé, donde fue profesora de la historiadora Marcela Camargo a comienzos de los años 60. También en Penonomé llamaba la atención entre sus estudiantes por su dinamismo, el conocimiento de los temas, su apasionamiento y su enorme interés por conocer los pueblitos de alrededor, a la gente, a los campesinos, a los moradores de las comunidades cercanas, que visitaba con su esposo.

Pero su trabajo docente no se desarrolló solo en las aulas. Reina llevaba a cabo campañas de charlas dirigidas a toda clase de personas, explicando lo que eran los grupos indígenas del país. Francisco Herrera, que la asistía en estas labores, afirma que eso generó una mejor comprensión de la población indígena de Panamá y de su contexto. Según él, la concepción nacionalista de Reina era que estas poblaciones debían integrarse a la llamada cultura nacional, pero desde el contexto del reconocimiento de su pluralidad cultural, no en el contexto de la homogeneización que planteaba el sistema educativo hasta ese momento.

Su primera publicación fue *La mujer kuna*, fruto de la investigación que realizó para el Instituto Indigenista Interamericano, en 1957. Un año después publicó sus primeros estudios sobre los indios chochos en el Darién, un ensayo en *América Indígena*, órgano divulgador del Instituto Indigenista Interamericano, y un análisis

sobre su problemática en el XXXIII Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en San José, Costa Rica.

La expedición Trans-Darién

Amado Araúz recuerda su primer encuentro con Reina: “Un día de enero de 1958 llegó a mi oficina una joven profesora del instituto Nacional de Panamá en busca de información sobre los indígenas del Darién”. Y ahí empezó una gran aventura profesional para Reina y una vida que compartirían ambos de ahí en adelante. En diciembre de 1959 se casaron y poco después participaron en la primera travesía en vehículos desde Panamá hasta Bogotá, cuatro meses y veinte días por las selvas de Darién, la expedición Trans-Darién.

Relata Amado Araúz que, durante el trayecto, Reina observaba, tomaba apuntes, hablaba con la gente: “En realidad, con sumo cuidado recogía material para su tesis doctoral que luego sería una obsesión a medida que se compenetraba con la cultura chochoe”.

El trabajo y futuro de Reina probablemente hubieran sido muy distintos de no contar con la complicidad y colaboración de su esposo.

Amado Araúz fue una persona muy especial para una mujer como ella, también muy especial. Nacido en 1923, era de origen ecuatoriano, explorador, escritor y cartógrafo autodidacta. Había llegado a Panamá en 1948 con su familia; su padre era ingeniero y fue quien enseñó a sus hijos geografía y cartografía. En 1951 empe-



En la foto Reina está con una familia guna. La foto es de la autoría de su esposo, Amado Araúz y fue tomada durante la expedición Trans-Darién de 1960.

zó a trabajar para el Servicio Geodésico Interamericano en la Zona del Canal y luego para el Subcomité del Darién creado por los Gobiernos de Estados Unidos, Panamá y Colombia para realizar los trabajos de exploración, diseño y construcción de la carretera Panamericana que se pensaba construir a través del Darién. El Subcomité tenía una gran cantidad de información sobre la región en forma de mapas, fotografías y películas. El mismo Amado era un gran fotógrafo y tenía una vasta experiencia por sus expediciones anteriores por el Darién. La expedición sería su luna de miel. El objetivo de la expedición era demostrar que el llamado Tapón del Darién podía ser atravesado en un transporte terrestre. El proyecto para la construcción de la carretera fue desestimado definitivamente al tomarse en cuenta los daños que ocasionaría a la selva.

Tiempo de preparación y maduración

Poco después "de la aventura darienita", como la llamó Amado Araúz, Reina

dejó el Instituto Nacional para dedicarse exclusivamente a la docencia en la Universidad de Panamá, donde creó las cátedras de Antropología y Arqueología de Panamá, el Centro de Investigaciones Antropológicas (1961) y la revista *Hombre y Cultura*. Organizó un equipo de trabajo entre sus estudiantes a los que incorporó al Centro de Investigaciones Antropológicas, entre quienes estaban Marcela Camargo y Francisco Herrera. Las giras fueron un recurso que ella utilizó con mucha frecuencia con las que lograba sensibilizar a sus estudiantes en el aprecio y valoración del patrimonio cultural panameño y muy especialmente del patrimonio arqueológico.

Como todo en la vida de Reina, los primeros años de la década de 1960 fueron trepidantes e intensos. Nacieron Hernán y Carmela, fruto de su matrimonio con Amado, presentó su tesis doctoral en Buenos Aires y siguió sus proyectos de investigación a la par que emprendía acciones para la defensa del patrimonio histórico y cultural panameño.



Su estudio de las mujeres gunas fue pionero. La foto la muestra con una mujer guna. Fotografía de Amado Araúz perteneciente a la familia.

Con Amado, Reina viajó a Buenos Aires de nuevo en 1963 para defender su tesis doctoral y compartió con él sus recuerdos de la ciudad y a la familia Carboni que tanto la había ayudado. Su tesis titulada: "Estudio etnológico e histórico de la cultura Chocó" fue calificada con sobresaliente por sus maestros. En el artículo que Amado Araúz escribió a la muerte de Reina, muestra algunas de sus cualidades, pensamiento sistemático, organización y capacidad de resolución: "Reina había alcanzado la meta que se propuso y ahora se lanzaba al mundo profesional con una sólida base intelectual y académica que le permitiría con gran señorío alternar con profesionales asimismo cultos en cualquier parte del mundo".

La familia Torres-Araúz

Reina con su esposo y sus hijos constituyeron una familia compenetrada. Lograron armonizar sus trabajos con las relaciones familiares y el cuidado de los hijos y la hija. Hernán afirma que nunca sintió la ausencia de su madre: "Fue una madre ejemplar y yo nunca puedo decir que mi mamá no nos prestaba atención porque estaba metida en el monte o porque estaba viajando por los museos, no". A él, que estaba muy apegado a su madre, Reina lo llevaba consigo en sus viajes de trabajo por el país y fuera de Panamá. Algunos de los recuerdos más tempranos de Hernán desde los seis o siete años son de museos o sitios arqueológicos de Francia y otros lugares remotos. La familia tenía la asistencia doméstica que hacía posible el trabajo de los progenitores y, si esta faltaba por algún motivo, la abuela, Doña Carmen, salía en su ayuda.

Su participación en 1964 en el Congreso Mundial de Antropología celebrado en Moscú fue su presentación ante la comunidad académica internacional. Allí presentó su conferencia sobre las culturas panameñas y una película filmada por su esposo sobre los chocoes, y fue invitada a repetir la presentación en la Universidad de Moscú. En el futuro viajarían en muchas ocasiones dando a conocer en diversos países de distintas partes del mundo las culturas panameñas y participando en diversas misiones de la UNESCO, de la que llegaría a ser vicepresidenta del Patrimonio Mundial años más tarde.

Uno de sus trabajos más relevantes, Darién: *etnoecología de una región histórica*, se originó en la investigación para

la que fue contratada junto a su esposo por el Instituto Conmemorativo Batelle, de Columbia, Ohio, en 1966, que estudiaba la posibilidad de abrir un canal a nivel utilizando explosiones nucleares controladas o por métodos convencionales. En esta oportunidad estudió la relación de los ecosistemas con las culturas humanas y publicó algunos trabajos sobre el tema. Esta experiencia le sirvió para defender posteriormente, cuando participaba en la redacción de la Constitución de 1972, el deber del Estado en la preservación y cuidado del medio ambiente y su equilibrio. Algunos de sus estudiantes, Raúl González, Francisco Herrera y Aníbal Pastor la acompañaron en ese proyecto darienita.

... y estalló La Pólvora. La defensa del patrimonio histórico

La creación de la Comisión Nacional de Arqueología y Monumentos Históricos (CONAMOH) tiene su origen en la protesta que Reina llevó ante el presidente de la República por la destrucción del edificio de La Pólvora en Portobelo en 1961, dinamitado para la construcción de una carretera. La preocupación por el estado de abandono y, como en este caso, la destrucción del patrimonio histórico del país se extendía a otras situaciones precarias como la de las ruinas de Panamá la Vieja o el intento, que ella abortó, de derribar el edificio de la antigua estación de ferrocarril de Panamá, que sería luego la sede del museo de antropología. Al crearse la Comisión fue nombrada presidenta, y el arquitecto Demetrio C. Toral participó también, ambos desem-

peñaban su trabajo *ad honorem*. Desde allí lograron la disolución de la asociación de "arqueólogos" que operaba desde la Zona del Canal, dedicados a la huaquería. La CONAMOH sería el germen de la actual Dirección de Patrimonio Histórico. Múltiples actividades se sucedieron: la organización del Primer Simposio Nacional de Antropología, Arqueología y Etnohistoria de Panamá, visitas a museos extranjeros, institutos de antropología y sitios arqueológicos. Su experiencia le sirvió cuando, en 1969, el Gobierno la convocó para asumir la Dirección de Patrimonio Histórico del Instituto Nacional de Cultura y Deportes (INCUDE) y el Museo Nacional de Panamá (llamado luego Museo del Hombre Panameño y finalmente Museo Reina Torres de Araúz).

La labor de Reina en esta institución se orientó hacia el rescate del patrimonio arqueológico e histórico y a su divulgación en diferentes museos del país. Llamó para estos trabajos a profesionales, exalumnos suyos que ya habían colaborado en el Centro de Investigaciones Antropológicas de la Universidad de Panamá. Gestionó becas para que sus discípulos pudieran estudiar museografía, taxidermia, restauración y otras disciplinas necesarias. Marcela Camargo estudió museografía en México, también Bertilda Tejeira, Raúl González, Dalva Figueroa y muchos otros; en el área de patrimonio histórico, Jaime Caballero, Jacinto Almendra, Antonio Rodríguez, Erin Herrera. Estos profesionales a su regreso al país se incorporaron a la Dirección de Patrimonio Histórico y posteriormente continuaron la labor de Reina en diversas instituciones: Marcela Camargo, por ejemplo, fue directora del Museo Nacional y directora del Museo Antropológico.



Una joven Reina Torres en 1960 durante la expedición Trans-Darién. Foto de Amado Araúz perteneciente a la familia.

Su enorme capacidad de trabajo y de organización hicieron posible el cumplimiento de las tareas que se propuso. Sus colaboradores recuerdan que Reina los organizaba en equipos de trabajo para cada uno de los objetivos propuestos. Marcela Camargo lo explica así: "Reina tenía una personalidad muy especial. Reina trazaba la línea. Y no podías desviarte mucho, no le gustaba". Tenía una visión muy clara de lo que quería hacer en Panamá y con quiénes lo haría. Tenía además una gran capacidad de persuasión, no confrontaba sino que mostraba sus argumentos y evidencias para convencer. Eso debió de ser de gran ayuda para conseguir sus metas. Aunque no siempre lograba convencer, no cedía. Probablemente fue controvertida para quienes no participaban de su forma de actuar, pero para quienes trabajaron con ella era una persona muy especial y cariñosa.

El Gobierno del general Torrijos y su equipo fomentaba justamente el volver la vista hacia los orígenes, hacia el folclor, hacia la historia. Esa afinidad con la que se encontró Reina hizo posible el establecimiento de tantos museos que contribuyeron a afianzar la idea de identidad nacional. También los organismos internacionales en los años sesenta y setenta promovieron la cultura y las investigaciones con los grupos indígenas. "Y yo creo -dice la profesora Camargo- que todo eso contribuyó justamente a que Reina se decantara por conocer y por divulgar ese patrimonio panameño". Promovió también que sus estudiantes hicieran sus tesis en zonas ignoradas hasta entonces por los investigadores en Panamá y que realizaran trabajos de campo.

Reina no solo promueve el conocimiento de los pueblos indígenas, les

expresa su aprecio y su respeto, algo que impresionaba a sus estudiantes. Por ejemplo, en acciones tan sencillas pero llenas de significado como aceptar el ofrecimiento de comida cuando llegaba a una comunidad o el promover el consumo de ciertas comidas, participar en eventos folclóricos, todo lo que demostraba su cariño por la gente y el país.

Fue una visionaria también en cuanto a cómo brindar mayor seguridad y cómo proteger ese patrimonio cultural e histórico. Planeó hacer un inventario del patrimonio que se encontraba en los museos, que solo estaba registrado en parte, pero no se pudo completar. La idea que primaba en el momento era que, en vez de los museos grandes de tipo nacional, se fragmentaran y se hicieran museos especializados: de arte religioso, de historia, de ciencias naturales y de antropología. Los museos que se crearon contaban con un departamento de investigaciones, a cargo de Marcia de Arosemena, pero nunca tuvieron personal ni recursos suficientes. Según el relato de Marcela Camargo, se adelantó bastante en el ámbito de la conservación y restauración de monumentos y de patrimonio cultural, y de las piezas que constituirían las colecciones de los museos. Y se creó la profesión de restauración que no había existido hasta entonces en Panamá. Tanto la profesora Camargo como el profesor Herrera coinciden en apreciar que la labor de Reina “tiene un extraordinario mérito, porque el Estado no quería o no estaba siquiera preparado en términos económicos para financiar todo un programa en el campo del patrimonio nacional”.

Redacción de la Constitución de 1972

Según Amado Araúz, Reina no participó en las políticas indigenistas del país, pero sí intervino cuando le tocó ser comisionada en la redacción de la nueva Constitución y fue nombrada vicepresidenta de la Comisión de Reformas a la Constitución. Logró que se estableciera que “(...) el Estado reconoce y respeta la identidad étnica de las comunidades indígenas nacionales (...)” y que se desarrollara la normativa pertinente. Promovió otra serie de reformas a la Constitución, entre ellas que se contemplara el patrimonio cultural en los capítulos referentes a Hacienda Pública y Cultura; que se velara por la protección del medio ambiente y el deber de la nación de proteger la institución de la familia, a la mujer y a los niños, refiriéndose de manera específica a la creación de un organismo “de prevención y protección social para el fomento de la paternidad responsable”. Sobresale su colaboración en la fundamentación del proyecto de ley que dictaminaba las medidas sobre custodia, conservación y administración del patrimonio histórico de la nación. Su empeño, sin embargo, se vio truncado por la congelación de la ley durante diez años.

Ella fue una “reina” en todo el sentido real o imaginable...

Esas palabras las escribió la antropóloga Betty J. Meggers a la muerte de Reina, en febrero de 1982, y son una muestra del aprecio que despertó entre las personas que la conocieron.

Omar Jaén Suárez se referiría a ella en estos términos: “Reina Torres de Araúz nos ofrece el ejemplo de un panameño que la providencia dotó de cualidades extraordinarias y de un talento excepcional que ella puso, sin condiciones de ninguna clase y sin ánimo de retribución material, al servicio de sus semejantes, a disposición de su país. Ella es un ejemplo magnífico de integridad moral y de inteligencia dedicadas enteramente a Panamá”.

Fue reconocida su participación en reuniones y misiones internacionales, de la (UNESCO) y otras organizaciones. Estando ya muy enferma, la UNESCO la nombró vicepresidenta del Patrimonio Mundial y, como tal, asistió a reuniones en Egipto, Israel, Ecuador e Italia. El maestro de historiadores, el Dr. Carlos Manuel Gasteazoro, decía de ella que era “infatigable”.

La vida de la familia Torres Araúz cambió de pronto cuando el hijo mayor, Óscar, cayó gravemente enfermo de cáncer y murió en poco tiempo a los veintitrés años de edad. A Reina le diagnosticaron

un cáncer, que se trató por más de dos años pero que no pudo superar. La conjunción de estas dos desgracias “fue demasiado para ella”, relata su esposo. Estaba escribiendo entonces su libro *Panamá indígena*. Amado describe su trabajo en esas condiciones: “Prefería resistir el dolor físico antes que tomar drogas potentes para mitigarlo, pues temía perder su lucidez mental que era el medio principal para hacer su trabajo diario. Ese preciado tesoro lo mantuvo casi hasta el momento de su muerte acaecida en la mañana del 26 de febrero de 1982. Tenía apenas cuarenta y nueve años de edad”.

Desde la década de los años ochenta la situación ha ido cambiando. Se dispersó al personal preparado de la Dirección de Patrimonio Histórico, que fue mandado a otras direcciones, los recursos destinados a los museos fueron escaseando, los guardias de seguridad fueron retirados y poco a poco todo ese gran esfuerzo que se había hecho se vino abajo. ¿Cómo hubiera sido ese tiempo de haber vivido Reina?

Agradecimientos

Nuestro agradecimiento a su hijo, Hernán Araúz Torres, porque compartió con nosotros la memoria de su madre.

Nuestros agradecimientos a Francisco Herrera y Marcela Camargo por sus testimonios.

Entrevistas

31 de julio de 2021. Entrevista presencial a Hernán Araúz Torres por Vannie Arrocha, Patricia Rogers y Yolanda Marco.

13 de agosto de 2021. Entrevista virtual a Marcela Camargo y Francisco Herrera por Patricia Rogers y Yolanda Marco.

Bibliografía

Araúz, A. (1982). "Fue reina en el sentido real o imaginable". *Revista Lotería*, (314-315-316), 5-17.

Batista, J. (2015). Reina Torres de Araúz En Sucre, C., Mendoza, C. y Roquebert, L. (Coords). *Protagonistas del siglo XX panameño* (Tomo 5), Nomos Impresores.

Camargo, M. (2018). Reina Torres de Araúz, [texto inédito] Proyecto *Mujeres de la ciudad de Panamá*, en la conmemoración de los 500 años de fundación de la ciudad. Municipio de Panamá.

Figueroa Navarro, A. (1982). Reina Torres de Araúz. *Revista Lotería*, (314-315-316), 29-30.

Jaén Suárez, O. (1982). Reina Torres de Araúz, panameña ejemplar. *Revista Lotería*, (314-315-316), 25-27.

Sánchez, K. (2013). *El Centro de Investigaciones Antropológicas (CIAUP) de la Universidad de Panamá: Reapertura, funcionamiento y programa de producción académica*. [Archivo PDF] : https://www.academia.edu/26422473/EL_CENTRO_DE_INVESTIGACIONES_ANTROPOLÓGICAS_CIAUP

Olga F. Linares Tribaldos

De los petroglifos chiricanos a los arrozales de Senegal

(David, Chiriquí, 19 de noviembre de 1936 -
Ciudad de Panamá, 20 de diciembre de 2014)

Por Yolanda Marco

Pionera de la arqueología y de la antropología cultural. Su obra permitió contemplar la historia antigua panameña con una mirada diferente: descubrir el país como un territorio poblado por sociedades ricas en cultura y no solamente como un lugar de tránsito. Sus investigaciones en Centroamérica y África sustentaron novedosas teorías acerca de la relación de las sociedades humanas con su medio ambiente y de las sociedades antiguas con las actuales.

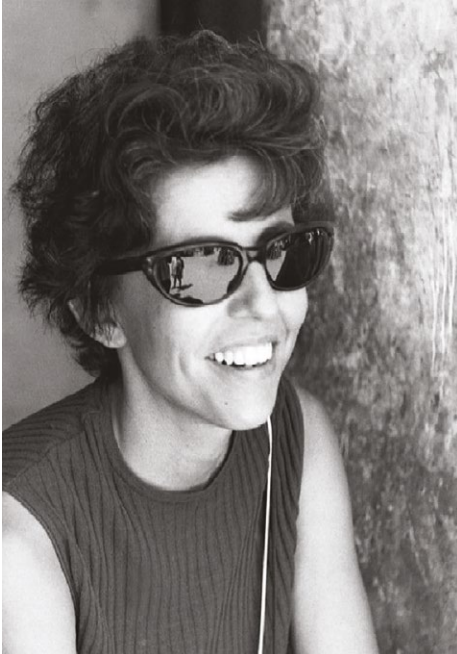
Familia e infancia en el país de la huaquería

El 19 de noviembre de 1936 nació Olga Francesca Linares Tribaldos en David, Chiriquí. Hija de Olga Tribaldos Jurado, descendiente de dos acaudaladas fami-

lias chiricanas, y de Francisco J. Linares Danz, puertorriqueño hijo de inmigrantes: español el padre y alemana la madre. El padre era agrónomo. Llegó a Panamá para trabajar con la administración estadounidense del Canal de Panamá y se quedó en el país.

Olga fue la mayor de los hijos del matrimonio. Tenía una hermana, Iddy, y un hermano, Francisco Esteban. Según la misma Olga, creció con la idea de que era “el patito feo” del grupo familiar, lo que probablemente significara que sus intereses intelectuales y su afición por la vida sencilla, el arte y la cultura la diferenciaban del ambiente social en el que se desenvolvía su familia. Mantuvo, sin embargo, unas sólidas relaciones familiares toda su vida. De hecho, el suicidio de un sobrino adolescente la afectó profundamente.





Retrato de una joven Olga, probablemente de los años 60. Fuente: STRI News.

El mundo infantil de Olga se asemejaba al que vivió el antropólogo también chicicano Stanley Heckadon-Moreno, quien narra sus experiencias: “En mi infancia, a orillas del Chiriquí Viejo, tras un día de trabajo era hora de la conversa. Desde el barranco veíamos caer la noche sobre el río y la selva. Temas frecuentes eran las minas de oro, tesoros escondidos y huacales con oro de los indígenas que habitaron estas tierras. Arraigada en la cultura chiricana es la huaquería. Para el campesino dar con una huaca con oro es ganarse la lotería.”

Olga creció en esta región rica en yacimientos arqueológicos, saqueados de forma habitual e inmisericorde, en permanente riesgo de desaparición. Había lugares en los que se utilizaban las pie-

dras grabadas o petroglifos para lavar la ropa sucia. Su padre la inició en el conocimiento de ese mundo desde niña. Olga visitaba, con él, las excavaciones arqueológicas de los sitios funerarios precolombinos de Chiriquí, y tuvo entonces la oportunidad de conocer algunos de los lugares investigados por el arqueólogo alemán Wolfgang Haberland. Seguramente estas experiencias tempranas y su posterior amistad con el historiador Roberto de la Guardia, profesor en el Colegio Félix B. Olivares, de David, alimentaron su inclinación a los estudios de arqueología y antropología.

Formación en Estados Unidos. Docente e investigadora.

Las primeras etapas de estudios de Olga se desarrollaron en la ciudad de David, probablemente en el colegio Félix B. Olivares. Posteriormente ingresó en el Vassar College de Nueva York, una universidad exclusiva para mujeres, considerada una de las instituciones educativas más prestigiosas y elitistas de Estados Unidos. Vassar College fue uno de los primeros centros de educación superior para mujeres desde su fundación en 1861 y formó parte de las Siete Escuelas Hermanas (las primeras universidades estadounidenses para mujeres). En ella estudió también décadas antes la reconocida antropóloga Ruth Benedict. Olga se graduó en Antropología allí, en 1958.

Posteriormente ingresó en la Universidad de Harvard en Cambridge, Massachusetts, para realizar estudios de postgrado. En ese período de su formación participó en el proyecto de investigación

“Interrelaciones de las Culturas del Nuevo Mundo” auspiciado por el Instituto de Investigaciones Andinas, que trataba de encontrar evidencias de las relaciones por el Pacífico entre la antigua América Central y la América del Sur durante el período formativo de su historia (2000 a.C. a 200 d.C.). El estudio en el sector de Panamá corría a cargo del arqueólogo Charles McGimsey de la Universidad de Arkansas y Olga participó en la primera temporada del proyecto, inspeccionando la costa panameña bordeada de manglares y las islas de las provincias de Chiriquí y Veraguas. Olga obtuvo para su trabajo de campo la ayuda de su padre, quien le prestó un vehículo todo terreno y botes. En su tesis doctoral, en 1964, Olga resumió los resultados de las excavaciones de prueba que realizó en varios basureros costeros de Chiriquí.

Ya doctorada, Olga trabajó brevemente como profesora de antropología en Harvard. Poco después también fue profesora de antropología en la Universidad de Pensilvania, en Filadelfia, de 1966 a 1971, donde conoció y se casó con David Sapir, quien era profesor de lingüística en esta institución académica. Sapir estudiaba la lengua de los jola, en Senegal, y por esa razón Olga entró en contacto con ese pueblo. En 1973, pasó a ser parte del personal científico del Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales (STRI), con sede en Panamá, hasta su jubilación en 2008, aunque permaneció como investigadora emérita hasta su fallecimiento.

Siempre combinó la docencia con la investigación. Practicó la docencia como profesora asociada visitante en la Universidad de Texas, Austin, en 1974. Trabajó como becaria en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Stanford en Ca-

lifornia, de 1979 a 1980, y como profesora visitante en 1982. En esa misma década fue becaria en St. John’s en la Universidad de Cambridge, en Inglaterra, de 1986 a 1987.

A lo largo de toda su carrera profesional realizó trabajo de campo para sus múltiples investigaciones, viajando continuamente de América a África, hasta que una lesión en la columna vertebral, causada por un accidente en unas escaleras mecánicas en Francia, la obligó a usar un rígido corsé que se lo impedía.

Panamá, Mesoamérica y Senegal en su obra

De sus primeros trabajos enfocados al estudio de las relaciones de las sociedades precolombinas entre Centroamérica y Sudamérica, Linares dedujo que Panamá no era exclusivamente un corredor que las comunicaba, sino que hubo poblaciones que vivían, cazaban y cultivaban en la región, lo que resultaba una forma totalmente distinta de comprender la historia antigua de Panamá.

De esa etapa son sus trabajos de la década de los ochenta, en los que documentó cuarenta y cinco sitios arqueológicos en los alrededores del volcán Barú, e identificó cinco zonas arqueológicas: Cerro Punta, Bambito, Zona Intermedia, Los Llanos y Zona Suroeste. Los sitios Barriles y Barriles Bajo se encuentran en la Zona Suroeste, que comprende en total cinco sitios. El informe final y el inventario de la excavación se encuentran en el Instituto de Investigación en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Chiriquí, en David, y en la Dirección Nacional de Patrimonio Histórico del Instituto Nacional de Cultura, en la Ciudad de Panamá.



Olga en un trabajo de campo con su asistente y discípulo Anthony J. Ranere. Se trata probablemente del Sitio Refugio de Aguadulce en 1975. Fuente: STRI News.

En esta misma época estudió la ecología cultural de los jola, población de agricultores de arroz en húmedo a pequeña escala que habitan la región sudoccidental de Senegal, que ya conocía desde los años sesenta. Tanto en sus trabajos arqueológicos en Panamá como en Senegal le interesaba conocer la interacción de los humanos con su entorno y específicamente los patrones de radiación y respuestas culturales a la adaptación ecológica, así como las formas en que los humanos transforman sus ambientes. En su interpretación, las culturas humanas se adaptaban a su entorno exterior a lo largo del tiempo y, a la vez, las organizaciones sociales cambiaban en función de esta dinámica. Estos temas eran muy novedosos en la arqueología de la época, como atestiguan el antropólogo Francisco Herrera.

Según Piperno, Cooke y Santos-Grane-

ro en la publicación que hicieron en su homenaje, Olga fue una de las primeras en América en incluir para sus trabajos la colaboración de botánicos, zoólogos y paleoambientalistas, para analizar e interpretar restos biológicos recuperados de sitios arqueológicos. Desde finales de la década de 1960, la Nueva Arqueología tuvo el recurso de la datación radiocarbónica que le permitió volverse más antropológica, más interdisciplinaria y propensa al estudio diacrónico de la humanidad. Linares formaba parte de esta corriente de la arqueología. Ella consideraba que la colaboración de estas ciencias era necesaria para estudiar la organización social de los sistemas agrarios, así como la relación entre "ecología, economía política, migración y la dinámica cambiante de la producción de alimentos entre los pueblos rurales que viven en las regiones tropicales". Hoy

estos trabajos multidisciplinarios se consideran esenciales en la investigación arqueológica y han sido retomados por las siguientes generaciones, comenzando por quienes fueron sus discípulos más cercanos de esos años, Richard Cooke y Anthony J. Ranere.

Olga publicó dos trabajos muy influyentes en la década de 1970. El primero es un artículo en la revista *Human Ecology* llamado "Garden Hunting in the American Tropics" ("Cacería en huertas en los trópicos americanos") en el que propuso, en contra de la idea que prevalecía, que la tala de bosques a pequeña escala a través de métodos de tala y quema para plantar huertas no necesariamente tenía efectos perjudiciales, porque genera nuevos hábitats que atraen a una gran cantidad de animales del bosque que se alimentan de las plantas de la huerta -en su mayoría tubérculos- y que eventualmente son cazados por los propietarios de las huertas. La reversión paulatina de estas huertas a bosque, luego de ser abandonadas como sitios de producción agrícola primaria, también genera una variedad de hábitats que promueven la presencia de conjuntos particulares de animales y plantas.

Otro trabajo significativo, según las opiniones de Cooke, Piperno y Santos-Grano, fue su monografía titulada *Ecology and the Arts in Ancient Panama: On the Development of Social Rank and Symbolism in the Central Provinces* (*Ecología y las artes en el Antiguo Panamá: Sobre el desarrollo del rango social y el simbolismo en las provincias centrales*) en la que trataba el tema desde una perspectiva que se alejaba de la usual, la raíz eurocéntrica, e interpretaba el arte precolombino de Sitio Conte en Coclé desde una perspectiva indígena, que priorizaba la

relación entre las personas y su ambiente, es decir, la costa, los estuarios y las sabanas, característicos del lugar. Utilizando todas las evidencias proveídas por la arqueología y las restantes disciplinas en las que se apoyaba, Olga concluyó que se trataba de una sociedad altamente jerarquizada en la que los artistas locales "utilizaban motivos animales como metáfora para expresar las cualidades de agresión y hostilidad características de la vida social y política". Sus ideas sobre la ecología y las artes en el Panamá antiguo todavía se citan en artículos y libros sobre temas que van desde el simbolismo cultural hasta la arqueología ambiental y la domesticación de animales. El fenómeno de la cacería en huertas recibió una atención importante en la literatura antropológica y de conservación, y su artículo sobre la cacería en huertas es uno de los dos principales estudios de caso utilizados para el desarrollo de "teorías de interacciones ecológicas", que pueden acomodar varios modelos evolutivos y teorías en arqueología.

En su última línea de estudios sobre ecología cultural en África no solo se centró en los aspectos destructivos de la actividad humana sobre el medio ambiente, sino también en su dimensión más creativa, es decir en cómo las actividades humanas a menudo conducen a la creación de nuevos hábitats que preservan e incluso fomentan la biodiversidad, lo que lleva a la creación de paisajes creados culturalmente. Estos temas están recibiendo mucha atención hoy en día en el discurso arqueológico y antropológico en todo el mundo.

Fruto de sus investigaciones en Senegal es el libro *Power, Prayer and Production: The Jola of Casamance* (*Poder, oración y*

producción: los Jola de Casamance), publicado en 1992. En él, examinó cómo las creencias religiosas pueden fomentar la conservación ambiental en paisajes profundamente humanizados. Así lo mostró con su estudio sobre los jola, quienes con el cultivo de la única variedad africana de arroz conocida transformaron radicalmente su entorno, preservando los bosques sagrados de alrededor excluidos de las actividades agrícolas y de caza. La creencia sagrada de que en estos bosques habitan fuerzas espirituales que ordenan y preservan el cosmos y las sociedades humanas fue un factor fundamental para la preservación de la biodiversidad y permitió de esa forma la reproducción de una gran variedad de animales y plantas silvestres que se utilizaban para rituales religiosos, para la alimentación y con fines medicinales.

Linares estudió también las nuevas formas de la agricultura poscolonial, que llamó "agricultura urbana", que eran el resultado de la migración del campo a las ciudades después de la independencia del país. En las ciudades, los jola adaptaron sus prácticas tradicionales de agricultura de subsistencia a la "agricultura de traspasamiento", no solo para tener una fuente alternativa de alimentación sino también como una forma para mantener y fortalecer los lazos de amistad y cooperación interétnica. En su último libro, *Home Gardens and Agrobiodiversity (Huertos caseros y agrobiodiversidad)*, de 2010, del que fue coautora, con el experto en biodiversidad Pablo Eyzaguirre, destaca la importancia de los huertos caseros para la subsistencia humana y el mantenimiento de la biodiversidad, cuya relevancia ha sido subestimada sobre todo en su papel ecológico de reservorios de la diversidad genética en los entornos urbanos más degradados

por las actividades humanas, constituyendo algo parecido a un "banco de genes". Olga continuó haciendo trabajo de campo en Casamance, Senegal, hasta poco antes de su muerte, a pesar de su lesión en la espalda.

Aportes a la arqueología y a la antropología

Olga Linares goza de un reconocimiento internacional como pocas científicas panameñas tienen. Es conocida por su trabajo sobre la ecología cultural de Panamá y más recientemente por sus trabajos en Senegal. Sus teorías son consideradas por la comunidad científica como innovadoras y de gran importancia, especialmente las relaciones que ella establece entre "ecología, economía política, migración y la dinámica cambiante de la producción de alimentos entre los pueblos rurales que viven en las regiones tropicales".

Piperno, Cooke y Santos-Granero resumen un aspecto principal de su obra en la integración de la arqueología, la ecología humana y la antropología social y económica en una vía común de investigación. Según estos autores, su obra es "un ejemplo excelente de la interrelación entre el patrimonio histórico, la ecología humana, los sistemas de subsistencia y la economía política entre las sociedades pasadas y las presentes", y su interés por estudiar las sociedades agrarias contemporáneas a pequeña escala, en particular los jola del Senegal, con relación a sus antecedentes más lejanos constituye una posibilidad de conocimiento relevante. Durante sus estancias en el sur de Francia, sus observaciones en las zonas más silvestres de la región le hicieron darse cuenta de que se habían convertido en

refugio para animales y plantas que aseguraban la diversidad genética. Aunque no estudió de manera específica el tema, era una anécdota que compartía con sus amigos en las tertulias que organizaba en su casa del Casco Antiguo.

Su obra ha sido profusamente publicada y conocida, en inglés sobre todo, aunque algunas de sus publicaciones también fueron en español. Se puede mencionar su trabajo en español "Creación de la diversidad cultural: los bosques tropicales transformados", en *Ecología y evolución en los trópicos*, de 2008.

Linares colaboró con el Museo Nacional y el Museo del Hombre Panameño, cuando los dirigía Marcela Camargo, para la organización de algunas de sus salas. Participó también en el 1er Congreso Nacional del Patrimonio Cultural, con su ponencia "Comercio y producción agrícola en el Istmo (1823-1833)". Se relacionó con Reina Torres de Araúz, con quien compartía intereses, aunque sus trabajos se enfocaron a objetivos distintos.

Su legado

Olga trabajó más de treinta años en el STRI donde jugó un papel importante para establecer su liderazgo como centro de investigación interdisciplinaria tropical. Formó parte de numerosos consejos internacionales, incluido el consejo de administración del Instituto Internacional de Recursos Fitogenéticos en Roma, desde 2002, y fue miembro activo de muchas sociedades profesionales. La Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos reconoció todos sus méritos académicos y sus contribuciones ecológicas y antropológicas, eligiéndola como uno de sus miembros en 1992.



Olga con unos campesinos en los arrozales de Senegal, en fecha indeterminada. Foto tomada de la publicación del STRI News (diciembre de 2014); In Memoriam Olga Linares (1936-2014).

Su talento como educadora aún es recordado por exalumnos de Harvard y Pensilvania, quienes la consideran una de las mejores maestras que han tenido. Sus considerables habilidades como oradora le permitieron difundir ampliamente sus hallazgos al público en general. Cuando se convirtió en miembro sénior del personal de STRI, Olga todavía disfrutaba estar rodeada de jóvenes, interactuar con los estudiantes e incluso mostrarles los mejores mercados de alimentos en la ciudad de Panamá, cuando llegaban de otros países. Era una gran anfitriona.

La Olga más cercana

De su primer matrimonio con el filólogo David Sapir, estudioso del jola, la lengua que se habla en la región de Casamance en el oeste de Senegal, datan sus primeros contactos con esta cultura. Durante

esta relación, a comienzos de los años 60, Olga Linares llevó a cabo excavaciones en sitios costeros y quedó fascinada para toda su vida por el sistema de cultivo del arroz húmedo de la gente de la región, que siguió estudiando a lo largo de toda su vida. Durante su matrimonio, Olga sufrió la pérdida de un embarazo que la afectó mucho, y quizás fuera una razón de que no tuviera hijos.

Su segundo matrimonio con Martin Moynihan, director del STRI, especialista en comportamiento animal, en 1973, duró hasta la muerte de él en 1996. Moynihan era un reconocido etólogo que estudiaba aves, primates y cefalópodos. El matrimonio compartía amistades, aficiones y viajes. Quienes fueron sus amigos y colegas, entre ellos Marcela Camargo, Fernando Santos-Granero, Richard Cooke o Dolores R. Piperno, recuerdan que tanto su casa de campo en el sur de Francia, como su hogar en el Casco Antiguo de Panamá se convirtieron en maravillosos lugares de visita para sus amigos y colegas, en los que recalaban también muchos de los científicos visitantes del STRI.

La historiadora y museóloga Marcela Camargo, quien fue su amiga desde que se conocieron en México, en 1970, relata como Olga siempre la trató con un afecto especial y con una simpatía casi protectora; su amistad permaneció toda su vida. El retrato de Olga que emerge de su relato la muestra como una mujer sensible, cercana, sencilla, con unos gustos y una cultura muy destacable, que la diferenciaba de la sociedad en la que había nacido. Para el antropólogo Francisco Herrera la cercanía y sencillez de Olga se acompañaba de una mirada profunda y una observación minuciosa de las personas.

Olga permaneció viuda hasta su reencontro con un antiguo novio de su juventud universitaria en 2005. Ese año, en Estambul, Olga volvió a encontrarse con Fenwick ("Fen") C. Riley, oftalmólogo graduado en Harvard en 1960. Se casaron en 2006. Fen era pintor aficionado y Olga desarrolló durante toda su vida su afición a la fotografía de la que hizo una práctica destacable. Fen murió en Panamá, en abril de 2014, y en diciembre de ese mismo año murió Olga. Su fallecimiento en su residencia en el Casco Antiguo de la Ciudad de Panamá, el 2 de diciembre de 2014, a los 78 años, sorprendió a sus familiares y amistades. A Olga le sobrevivieron su hermano, Francisco Esteban Linares, su hermana, Iddy Linares, y sus sobrinos Manolo, Roberto, Francisco y Emelia. Su muerte resultó muy dolorosa y sorpresiva para sus amigos, dejándoles el sabor amargo de los proyectos inconclusos y de las palabras que no fueron dichas. Marcela no pudo entregarle el obsequio que le había traído de un viaje reciente a México y que guarda todavía en su casa para ella.

En el reconocimiento que el STRI publicó a su muerte, sus colegas escribieron estas palabras: "Como colegas suyos en STRI, nos consideramos afortunados no solo de haber tenido la oportunidad de resumir su carrera, sino también de haber estado entre sus mejores amigos. Junto con sus otros amigos y colegas, siempre recordaremos las numerosas reuniones en su hermosa casa en el Casco Antiguo de la ciudad de Panamá, donde se servía la mejor comida y corría el vino, y que reunió no solo a científicos sino también a artistas y escritores de Panamá y del extranjero.

Agradecimientos

Gracias a Francisco Herrera y Marcela Camargo, que compartieron con nosotras sus memorias de una Olga menos conocida y cercana.

Entrevistas

19 de febrero de 2022. Entrevista virtual a Francisco Herrera por Yolanda Marco y Patricia Rogers.

3 de marzo de 2022. Entrevista virtual a Marcela Camargo por Yolanda Marco y Patricia Rogers.

Bibliografía

Beilke-Voigt, I., Joly, L., Künne, M. (s.f.). Fechas por Radiocarbono de la Excavación Arqueológica en el Sitio Barriles Bajo (BU-24-I), Chiriquí, Panamá. [Archivo PDF]: http://www.unachi.ac.pa/assets/descargas/vip/fechamiento_por_radiocarbono.pdf

Cooke, R. y Sánchez, L. (2004). Arqueología en Panamá (1888-2003) En Comisión Universitaria del Centenario de la República, Panamá: *Cien años de República*, Manfer, S.A., Panamá.

Gómez, B. (2007). Sitios arqueológicos en peligro. <https://charcoazul.wordpress.com/2007/04/16/sitios-arqueologicos-en-peligro/>

Heckadon-Moreno, S. (22 de noviembre de 2021). El Tesoro de Andalencio Rodríguez. *El Panamá América*. <https://www.panamaamerica.com.pa/opinion/el-tesoro-de-andalencio-rodriguez-1197532>

Mendizábal, T. y Martín, J. (julio-diciembre 2019). Richard Cooke: pasado, presente y futuro de la arqueología panameña, *Cuadernos de Antropología*, 29 (2).

Piperno, D., Cooke, R. y Santos-Granero, F. (2017). *A Biographical Memoir by Dolores R. Piperno, Richard Cooke and Fernando Santos-Granero*. National Academy of Sciences. Recuperado el 8 de febrero de 2022 en: <http://www.nasonline.org/publications/biographical-memoirs/memoir-pdfs/linares-olga.pdf>

Smithsonian Institution Archives, Record Unit 9624, Smithsonian Tropical Research Institute Oral History Interviews. Recuperado el 20 de febrero de 2022 en: https://siarchives.si.edu/collections/siris_arc_381497

STRI News (diciembre 2014) *IN MEMORIAM*. Olga Linares (1936-2014). Recuperado el 8 de febrero de 2022 en: https://stri-sites.si.edu/sites/strinews/PDFs/STRINews_Dec_5_2014.pdf

Carmen Antony García

La referente de la criminología feminista latinoamericana

(Santiago de Chile, 15 de marzo de 1930 -
Ciudad de Panamá, 20 de noviembre de 2020)

Por Yolanda Marco

Carmen Antony fue pionera en el estudio de la delincuencia femenina desde la perspectiva feminista, que desmiente las tesis sexistas que han predominado a lo largo de su historia. Como tal, tiene un gran reconocimiento internacional. Se inició como criminóloga crítica de los sistemas jurídicos latinoamericanos en la década de los años setenta, en Chile, su país natal. Desde Panamá investigó y teorizó la situación de las mujeres en las leyes y los sistemas penitenciarios panameños y latinoamericanos, temas muy desconocidos en la época.

Familia y educación católica de una atea

Carmen nació en Santiago de Chile el 15 de marzo de 1930. Fue hija única de

una familia muy humilde. La vida de su padre, Charles Antony, estuvo marcada por la Primera Guerra Mundial. Según el testimonio de Rodrigo, el hijo mayor de Carmen, su abuela paterna lo mandó a pelear a Francia, donde fue soldado. Sobrevivió a la guerra, pero quedó tan traumatizado que nunca se recuperó de la experiencia. Murió a los cincuenta años, cuando Carmen tenía veinte. Ella siempre recordaría con tristeza que tenía que ir a buscar a su padre, alcohólico, a la parada del autobús para llevarlo a casa. La condición paterna sumió a su madre y a ella, que constituían toda la familia, en una situación de escasez y precariedad.

La madre, Raquel, era una mujer humilde con estudios elementales. Toda su vida trabajó de cajera. La ayuda de Aída, la hermana de Charles, fue indispensable



CRIMINOLOGÍA
FEMINISTA

para la manutención de la familia. Carmen atribuía su gran afición al cine a que su madre trabajó en la boletería de un cine donde ella, desde pequeña, tenía entrada gratuita para ver todas las películas que allí se proyectaban. Doña Raquelita fue siempre una persona muy religiosa, católica practicante, que educó a su única hija en sus creencias; sin embargo, Carmen al crecer decidió ser atea, pero siempre respetó mucho las ideas y la práctica religiosa de su madre. Para Rodrigo, aunque su madre rompió con las creencias religiosas en las que fue educada y era una mujer liberal, era al mismo tiempo conservadora en su forma de ser.

Carmen se educó en el sistema público y gratuito de educación chilena de su época. Cursó estudios secundarios en el Liceo No. 1 de Niñas de Santiago. A pesar de las adversidades familiares de su infancia y adolescencia, logró ingresar en la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Chile, que en ese entonces era gratuita. Según el testimonio de su amiga, Gabriela Rosas, la selección de la carrera de leyes fue casi fortuita y se debió principalmente a la influencia de un novio que tenía en ese momento.

Una alegre juventud formativa

Apenas terminó sus estudios, empezó a trabajar con una de sus mentoras, la persona que la introdujo en los temas políticos con los pensadores e intelectuales de la época. Fue su amiga Vera Binder. Según Rodrigo, Vera era comunista, una mujer muy culta y cosmopolita, que hablaba seis idiomas. Raúl Lillo, Vera Binder y Carmen abrieron su primer bufete de abogados en los años cincuenta. Carmen

se empezó a relacionar con un amplio grupo de personas que más tarde formarían el equipo de trabajo de Salvador Allende, en las sucesivas ocasiones en que este fue candidato a la presidencia de la república, desde 1952 hasta que finalmente fue electo presidente de Chile en 1970, por la alianza política y electoral denominada Unidad Popular, en la que participaban partidos y fuerzas políticas de izquierda, cristianos y radicales.

Los años cincuenta y sesenta fueron los de su juventud alegre y feliz, de su formación como abogada, pero también de su formación política, en los que su afán de conocimiento por los problemas sociales la llevó a preguntarse por los temas que la condujeron a los estudios criminológicos. Durante los años 70 tuvo a su cargo un programa en la Televisión Nacional de Chile titulado “Conozca sus derechos”, que fue el modelo para el consultorio jurídico que desarrolló en la *Revista Paloma* (revista para la mujer) editada por la editorial Quimantú, empresa creada en 1971 por el Gobierno de la Unidad Popular, que duró hasta el golpe militar de 1973. El desconocimiento por parte de la población y la vulneración de sus derechos humanos que conoció directamente en estos trabajos influyeron enormemente en la orientación que le dio a su trabajo posterior. En esa época también trabajó como directora de personal de la Línea Aérea Nacional de Chile.

Tuvo muchos amores, pero, según sus amigas, a ninguno se lo tomó en serio hasta que conoció a Manuel Alejandro Coloane. Se conocieron en París, donde Carmen vivió su último año de un viaje por Europa, probablemente en 1957, invitada a asistir a uno de los festivales mundiales de la juventud y de los estu-



Carmen Antony en su programa de TV
Conozca sus derechos - 1972?

Carmen en su programa de TV en 1972 probablemente. Archivo familiar.

diantes, organizados por la Unión Soviética. Según su hijo Rodrigo, Carmen nunca quiso comprometerse hasta entonces, ni pensó en tener hijos y una familia. Se casó con Coloane y tuvo su primer hijo, Rodrigo, a los treinta y cinco años. El matrimonio se instaló en Santiago, pero la unión no duró mucho tiempo. Coloane les abandonó cuando su segundo hijo, Pablo, tenía tan solo meses. En opinión del hijo mayor, el padre le exigía a su madre que se mantuviera en su papel doméstico y como ella no lo aceptó, los abandonó y regresó a Francia. Fue un desconocido para sus hijos. Su único contacto se produjo cuando, ya de adulto, Pablo lo visitó en Francia. Carmen los crió con su trabajo, aunque contó con la ayuda de su madre Raquelita y de Melania, la empleada doméstica que la acompañaría también a Panamá.

El golpe militar contra el Gobierno de Salvador Allende de 1973 cambió el rumbo de su vida y el de su familia. Separada de su marido, con dos niños pequeños

y con su madre, se quedó sin trabajo en LAN Chile y seguramente se dedicó exclusivamente a litigar, iniciándose en la criminología. El régimen dictatorial instalado en el país y el papel que jugaba el sistema judicial y penal sobre este, profundizaron su interés por su estudio y por la defensa de los derechos humanos.

Primer exilio. De la criminología crítica a la criminología feminista

La catástrofe del golpe militar en Chile precipitó su autoexilio. Al principio regresó a su trabajo como abogada en la creencia de poder ayudar a sus amigos detenidos y desaparecidos. Sin embargo, como ella relatara: "esos intentos chocaron contra una muralla impiadosa. Poco o nada se podía hacer: los poderes fácticos se habían apoderado del Estado". Su situación y la de su familia se fue tornando cada vez más peligrosa.



Carmen con sus hijos, Rodrigo y Pablo, en Chile. Archivo familiar.

En 1975, Carmen decidió salir de Chile. Primero pensó en Luxemburgo como destino, pero conversando con su amiga panameña, Delia Urrutia de Brenes, y después de una corta visita que hizo al país, escogió a Panamá para su autoexilio. Delia la ayudó a instalarse.

En Panamá, Carmen se encontró con una colonia de exiliados chilenos, uruguayos y de otros exilios, que la acogieron con los brazos abiertos. Se rodeó de un grupo muy amplio de amigas, entre ellas, Alondra Badano y Gabriela Rosas, exiliadas como ella, y Lesly Pouyol, una ambientalista panameña recién regresada de Alemania. Fue amiga también de la demógrafa Carmen Miró y la geógrafa Ligia Herrera, con quienes compartía ideas y recuerdos de Chile. Lesly recuerda que

“se reunían para arreglar el mundo y tomar ron”. Fueron tiempos muy duros para Carmen, su salario era muy bajo y de ella dependía toda la familia; le decía a Lesly: “cuando mis hijos eran pequeños, lloraba porque no comían; ahora que son grandes, lloro porque comen”.

Pudo desarrollar una fructífera carrera académica en la Universidad de Panamá. Su nuevo país cambió e impulsó su vida profesional. Estudió una maestría en Criminología en la Universidad del Zulia en Venezuela y formó parte de la generación dorada de la criminología crítica latinoamericana, de la mano de Lola Aniyar de Castro, Rosa del Olmo, Raúl Zaffaroni, Roberto Bergalli y Emiro Sandoval Huertas. Este grupo latinoamericano, a su vez, se relacionó estrechamente con penalistas como Juan Bustos, Manuel de Rivacoba, Hernán Hormazábal y Eduardo Novoa Monreal. Estos juristas defendían una perspectiva sociopolítica de la criminología y reflexionaban sobre el papel de control social que el sistema jurídico y especialmente el jurídico-penal tenían en la sociedad.

Se desempeñó como investigadora asociada del Instituto de Criminología de la Universidad de Panamá en temas de derechos humanos, victimología, género, derecho penitenciario y criminología. Esta institución suscribió el Manifiesto de 1981 del Grupo de Criminología Crítica, que impulsaba la necesidad de la investigación interdisciplinaria y de incluir los contextos sociales para la prevención y la corrección del crimen.

Carmen había compartido en Chile con organizaciones de mujeres las obras clásicas de la literatura feminista, como las de Simone de Beauvoir. En Panamá, in-

corporó la perspectiva feminista a su investigación y trabajo. Su primer trabajo en el país trató de la violencia doméstica en colaboración con la feminista Gladys Miller, investigadora sobre la violencia machista. Como ella misma señalaba, ya era “portadora del virus de género”, y tratando de darles voz a quienes son invisibilizadas y silenciadas se “estrelló” con las mujeres criminalizadas, en particular con las privadas de libertad. Su amiga Lesly recuerda sus palabras cuando empezó sus investigaciones: “no tienes idea de la situación de las presas, de cómo llegan a las cárceles, de cómo las tratan...”.. Muy pronto destacó por sus aportes criminológicos en victimología con enfoque de género y su defensa de los derechos de las mujeres y, muy especialmente, las mujeres privadas de libertad. Sostuvo una larga y profunda amistad con Vilma Núñez, la emblemática defensora nicaragüense de los derechos humanos, fundadora y presidenta del Centro Nicaragüense de Derechos Humanos (CENIDH), que sigue luchando hoy por los derechos humanos y de los presos políticos en su país.

La criminología tradicional consideraba la delincuencia femenina algo inusual e impropio de las mujeres, porque suponía una transgresión a las normas de género y porque las mujeres delinquentes eran muy pocas, en comparación con los hombres. En consecuencia, se las estudiaba muy poco y con marcados sesgos de género. En general, todavía hoy los estudios de criminalidad se realizan sobre la delincuencia masculina y sus resultados se aplican a las mujeres. Los estudios sobre la situación de las personas privadas de libertad también excluían a las pocas mujeres presas, invisibilizando las específicas situaciones vividas por ellas; en gran

parte, determinadas por su condición de género, como la misma Carmen evidenció en sus trabajos.

En los años 70, surgió la criminología feminista con un prometedor argumento: si las mujeres cometen menos delitos, quizá haya características de la situación de las mujeres que ayuden a encontrar las causas de delito. Es una teoría analítica de la sociedad, que, en el ámbito de la criminología, se concreta en la crítica al trato que la sociedad tiene con las mujeres delinquentes e indaga en las diferentes fuentes: religiosas, científicas, históricas, económicas, etc. para desmentir las falsedades y acabar con los prejuicios en lo que a delincuencia se refiere.

Las investigaciones de Carmen sobre la delincuencia femenina y el trato que el sistema judicial y penal les daban la hicieron partícipe de esta corriente. La defensa de los derechos humanos la condujeron a la crítica feminista de las leyes y a la defensa de la aplicación de la perspectiva de género en la administración de justicia y la gestión penitenciaria. Un trabajo fundamental en la criminología feminista latinoamericana es su libro *Las mujeres confinadas*, de 2000, lectura obligada para quienes estudian el tema.

Fue profesora titular durante diecisiete años en la cátedra de Criminología en la Universidad de Panamá, y publicó sus trabajos en los Cuadernos Panameños de Criminología. Una de sus últimas publicaciones, *Hacia una criminología feminista*, recopila muchos de estos trabajos. Sus alumnos, como el criminólogo Fernando Murray, la recuerdan como una gran profesora de la que aprendieron mucho. La exprocuradora y exdiputada Ana Matilde Gómez fue alumna suya y apreciaba también mucho sus enseñan-

zas. Carmen se sentía muy orgullosa del reconocimiento de sus alumnos.

Su solidaridad, su constante entusiasmo y generosidad en compartir sus conocimientos la llevaron a colaborar como experta nacional e internacional para diversos organismos nacionales e internacionales, tales como el Alto Comisionado para los Derechos Humanos, el Fondo Mixto de Cooperación Hispano Panameño, la Procuraduría de la Nación de Buenos Aires, el Instituto Latinoamericano de Prevención del Delito, la Oficina Regional para el Empleo, entre muchos otros. Fue parte también, durante años, del Comité Latinoamericano y del Caribe para la defensa de los Derechos de la Mujer (CLADEM).

Asimismo, entre sus más importantes aportes se encuentran aquellos que realizó al Comité Permanente de América Latina para la revisión de las Reglas Mínimas de Naciones Unidas para el Tratamiento de Reclusos, conocidas como “Reglas Nelson Mandela”, de cuya redacción participó.

Fue invitada de honor en el 4to Congreso estudiantil de Derecho Penal, organizado por la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, en 2017, donde impartió la conferencia “La falta de perspectiva de género en el derecho penal y sus consecuencias en las mujeres privadas de libertad”. En estas mismas fechas, inauguró el primer Encuentro de Mujeres Penalistas y Criminólogas chilenas.

Madre, hijos y amistades

Además de su familia, constituida por su madre y sus hijos, Carmen tenía una fa-

milia ampliada formada por sus amigas, amigos y colegas que eran parte del círculo de personas con el que compartía afectos y complicidades. Aunque parecía una mujer adusta, combinaba en su carácter la doble faceta de ser extremadamente disciplinada y seria y de tener una enorme capacidad de trabajo, con una alegría y disposición para disfrutar de las fiestas, de las conversaciones con sus amistades, de la playa, de la lectura y también del baile. Siempre buscaba el mar, en Panamá, le encantaba pasar los fines de semana en Isla Grande, en casa de su amiga Gabriela. A sus hijos les impresionaba que hasta cumplir ochenta y cinco años, disciplinadamente se levantaba muy temprano tres días a la semana para ir a nadar. Nadar y leer eran dos de sus grandes pasiones, además de sus hijos, nietos y amistades.

Carmen siempre cuidó de su madre, en Panamá y al regresar a Chile, donde finalmente murió. Fue también muy apegada a sus hijos. Para algunas de sus amigas, una mujer que no conocía el descanso. Para sus hijos fue siempre una madre muy amorosa y, aunque pudiera parecerles lejana por su intensa dedicación al trabajo, los fines de semana siempre eran para ellos y, aun sin tener dinero, se las ingeniaba para hacer algo agradable. Rodrigo recuerda con nostalgia que todos los días les pedía un masaje en los pies. Como ama de casa, no era muy solvente; Melania y doña Raquelita se ocupaban de los oficios y tareas domésticas, y Rodrigo, desde los 13 años, fue el administrador de la casa. La relación con su hijo mayor, quizás parecido a ella por su forma de ser independiente, chocaba en ocasiones, y él se emancipó muy joven, pero siempre estuvo muy cerca de ella. Carmen siempre estuvo rodeada

de gente que la quería mucho, gente de distintas generaciones, sobre todo, mujeres. Tenía un carácter fuerte, no negociaba con sus principios. Su amiga y colega Gladys Miller considera que era muy moderna para su edad, nada convencional, que rompía con los estereotipos de su época. Lesly Pouyol la definió como una mujer de mente abierta, nada dogmática, dispuesta siempre a buscar la objetividad, muy valiosa por sus criterios, muy cariñosa, y como una mujer de pensamiento político de centro-izquierda.

Segundo exilio. Invasión a Panamá y de nuevo Chile

Un segundo hecho que la impulsa a un segundo exilio fue la invasión estadounidense a Panamá, en diciembre de 1989. Carmen regresa a Chile para estar también más cerca de sus hijos. Rodrigo se había mudado a Chile por trabajo, y Pablo, el hijo menor, se acababa de graduar en la Universidad de Chile. De manera que, en 1991, la familia se reencontró en Chile. Permaneció doce años viajando con frecuencia a Panamá hasta que volvieron a establecerse allí sus hijos y nietos. A Carmen le ocurrió lo que a muchos exiliados: se encontró un Chile muy distinto al que ella había dejado, el Chile que ella conocía ya no existía. El desasosiego de sus responsabilidades familiares y el exilio le impusieron unas prioridades en su vida que dejaron en un segundo plano la posibilidad de crear una relación de pareja estable, por eso, aunque tuvo varias relaciones a lo largo de su vida, no se planteó una vida en común, ni siquiera con el compañero que tuvo durante sus últimos años de residencia en Chile.



Carmen fotografiada con su madre. Archivo familiar.

Su carrera profesional creció en la Universidad de Chile. A sus más de sesenta años, Carmen siguió trabajando arduamente. Desde la Facultad de Derecho impartió los cursos de Criminología, entre los años 1997 y 2002. Pero quizás lo más gratificante fuera para ella haber aceptado un trabajo en la Universidad de Antofagasta. Allí, fue una de las fundadoras de la carrera de Derecho en 1993 y la primera decana de la Facultad de Ciencias Jurídicas, entre 1993 y 1996. Durante su gestión incorporó el estudio de los derechos humanos y de la mujer por primera vez en su currículo. A su muerte, el rector de esta universidad, Luis Alberto Loyola Morales, la recordaba como “una eminencia del derecho” muy recordada por sus colegas y estudiantes, “además de su generosa personalidad se la recuerda por su erudición jurídica especialmente en materias de Derecho Penal, Criminología y una disciplina en

esos tiempos nacies: la igualdad de género". Según el testimonio de sus colegas, las primeras generaciones que la tuvieron como profesora llevan su impronta: fueron mujeres políticas, juezas, fiscales y directoras de reparticiones públicas. También fue docente en la Universidad Arcis, en cursos de pregrado y de maestría.

De nuevo en Panamá, Carmen siguió trabajando e investigando. Dedicaba los fines de semana a sus tres nietos. Pero seguía siendo la Carmen independiente, que no quería ser una carga para nadie. Llegó a ser panameña de corazón, con el tiempo se fue "tropicalizando". Quería tanto a Panamá como a Chile.

Su legado: feminismo en la criminología

Antony formó a decenas de mujeres latinoamericanas en el área de la criminología, siendo inspiración para muchas académicas y académicos, quienes han tomado sus textos como referentes a la hora de proponer cambios jurídicos o penitenciarios con enfoque de género.

La abogada y coordinadora académica de la Unidad de Género de la Universidad de Antofagasta, Fabiola Rivero Rojas, fue su alumna y resalta que "había que derribar el estereotipo de género, ese es su gran legado. Era una destacada criminóloga que inspiraba a sus estudiantes a ver el derecho como un medio, no desde la élite o desde la pureza de la ilustración, nos instaba a acercarnos al derecho como un medio efectivo para generar justicia social".

Además de su trabajo de docencia, sus publicaciones siguen siendo indispensables para la formación en criminología. Entre las más importantes se encuentran: *Las mujeres confinadas* (2000), *Estudio sobre violencia de género: mujeres transgresoras*, Editorial Universitaria (2005), *Mujeres desaparecidas en Panamá* (2015) en colaboración con Gladys Miller, y la ya mencionada *Hacia una criminología feminista* (2017). Asimismo, publicó varios artículos y capítulos de libro: "Mujeres desaparecidas. Vivas las llevan, vivas las queremos" (2014), "Violencia contra la mujer en el sistema penitenciario" (2014), "Seguridad ciudadana y la perspectiva de género" (2014), "Androcentrismo en la criminología y sistema penal" (2013), y "Muertes violentas de mujeres en América Latina: los femicidios".

En marzo de 2021, Carmen coordinó con la penalista chilena Myrna Villegas la publicación del libro *Criminología feminista*. "La profesora Carmen Antony es probablemente la mayor exponente en temas de género en criminología de América Latina", sostiene Myrna Villegas, y destaca que la mayoría de las autoras que colaboraron en este libro han incluido la producción académica de Carmen en su formación profesional.

Villegas concluye su mensaje diciendo: "Yo creo que el mayor legado que ella nos dejó fue el habernos enseñado a ponernos los anteojos de género para poder examinar no solo las instituciones penales o las categorías dogmáticas, sino que en definitiva los anteojos de género para nuestras propias vidas".

Su labor fue reconocida a través de múltiples agradecimientos y distinciones tanto



Carmen Antony en una de las últimas actividades académicas en las que participó en Chile. Archivo familiar.

en Chile como en Panamá: “Cien mujeres por la vida y la dignidad nacional”, de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Panamá (2004); distinciones por la Defensoría del Pueblo de Panamá, por su compromiso en el trabajo en beneficio de las mujeres panameñas (2010 y 2011); fue honrada como Miembro Honoraria del Comité Consultivo del (CLADEM), y miembro honoraria del Instituto de Criminología de la Universidad de Zulia, de Maracaibo, Venezuela.

La despedida a Carmen

Su última visita a Chile fue en noviembre de 2019. La Universidad de Valparaíso le rindió un sentido homenaje en reconocimiento a sus aportes a la criminología feminista, en el que estuvo rodeada de jóvenes abogadas chilenas, lo que la emocionó profundamente.

Casi a sus noventa años, Carmen colaboró, en 2016, con su exalumna y abo-

gada Zagrario Pérez, en el estudio *Niñas madres, balance regional*, un estudio regional para CLADEM sobre el embarazo infantil; y dos años después en la actualización del mismo estudio publicado con el título *Jugar o parir*. De una u otra forma, Carmen nunca dejó de trabajar por los derechos humanos y los de las mujeres en especial.

Al mismo tiempo que se declaraba el confinamiento de la población en marzo de 2020 por la pandemia de COVID-19, se le diagnosticó la enfermedad a Carmen. Su amiga Gabriela Rosas escribió: “Vivimos el ocaso de su vida desde que le diagnosticaron el cáncer en marzo del 2020 hasta su desenlace en noviembre. La acompañamos en este triste proceso de debilitamiento, pero, en junio, en medio de la pandemia y cuarentena, celebramos juntas por última vez mi cumpleaños. (...) Muy emotivo, desde luego, porque sabíamos que nos estábamos despidiendo”. Carmen vivió sus últimos meses con su hijo Pablo. Rodrigo la vi-

sitaba casi cada día. Ella no deseaba visitas, pero recibía con mucha felicidad los libros que Gabriela le llevaba y que le entregaba por el balcón de su casa. Ferviente e incansable lectora, siguió disfrutando de la lectura de todo tipo hasta su muerte el 20 de noviembre de 2020.

Desde Chile, el III Encuentro Nacional de Mujeres Penalistas y Criminólogas le dedicó un sentido homenaje y reconocimiento. Sus hijos, nietos y amistades celebraron su vida con un encuentro en el que compartieron recuerdos y fotos de toda su vida.

Agradecimientos

Gracias a su hijo, Rodrigo Coloane, por permitirnos acercarnos a la Carmen más familiar y próxima.

A Lesly Pouyol, Gabriela Rosas y Gladys Miller, por mostrarnos a su amiga Carmen. A Zagrario Pérez por compartirnos las memorias de su maestra y amiga.

Entrevistas

26 de febrero de 2022. Entrevista presencial a Gladys Miller por Yolanda Marco y Patricia Rogers.

28 de febrero de 2022. Entrevista presencial a Lesly Puyol por Yolanda Marco y Patricia Rogers.

2 de marzo de 2022. Entrevista virtual a Rodrigo Coloane por Yolanda Marco y Patricia Rogers.

10 de marzo de 2022. Consulta por correo electrónico a Gabriela Rosas por Yolanda Marco.

29 de mayo de 2022. Consulta telefónica a Zagrario Pérez por Eugenia Rodríguez Blanco.

Bibliografía

Aedo Rivera, M. (2021). In Memoriam, Carmen Antony García (Pionera de la criminología feminista latinoamericana). *Revista de Ciencias Penales*, Sexta Época, Vol. XLVII, 437-442. Recuperado el 3 de mayo de 2022 en: <http://revistadecienciaspenales.cl/wp-content/uploads/2021/05/06.Ciencias-Penales-Primer-Semestre-2021-ok-FINAL-443-447.pdf>

Aniyar de Castro, L. (1986). "El jardín de al lado o respondiendo a Novoa sobre la criminología crítica". *Doctrina penal*, (9) 33, 34-45.

Aniyar de Castro, L. (2003). "Las Mujeres confinadas" de Carmen Antony García. *Capítulo Criminológico* (31) 1, 121-125.

Antony, C. (2007). *Mujeres invisibles: las cárceles femeninas en América Latina*. Nueva Sociedad, 208, 73-85.

Castillo Pastrian, A. (2021). "Criminología feminista", una compilación de Carmen Antony. *Idealex.press*. Recuperado el 25 de febrero de 2022 de: <https://idealex.press/criminologia-feminista-una-compilacion-de-carmen-antony/>

"Fallecimiento de ex académica Carmen Antony García" (20 de noviembre de 2020). *Universidad de Chile*. Recuperado el 25 de febrero de 2022 en: <http://derecho.uchile.cl/noticias/171036/fallecimiento-de-ex-academica-carmen-antony-garcia>

López Pulgar, C. (21 de noviembre de 2020). En Panamá falleció Carmen Antony García primera decana de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la U. de Antofagasta. *Prensa UA*. Recuperado el 25 de febrero de 2022 en: <http://www.comunicacionesua.cl/2020/11/21/en-panama-fallecio-carmen-antony-garcia-primera-decana-de-la-facultad-de-ciencias-juridicas-de-la-u-de-antofagasta/>

UNDAV Ediciones (1 de diciembre de 2020). Falleció en Panamá Carmen Antony, destacada autora del catálogo de UNDAV Ediciones. *Universidad Nacional de Avellaneda*. Recuperado el 25 de febrero de 2022 en: <https://ediciones.undav.edu.ar/?p=3084>

Humanidades

Felicia Santizo Henríquez

Innovadora de la educación y primera investigadora del Congo

(Portobelo, Colón, 5 de febrero de 1893 – La Habana, Cuba, probablemente 1965)

Por Katherine Marino¹

Afrodendiente originaria de Portobelo, Colón. Música, musicóloga y folclorista, educadora y autoridad de la pedagogía, activista y feminista. Felicia Santizo dedicó su vida y talentos a hacer accesibles la cultura y la educación a la población panameña. Combinó su trabajo investigativo y académico con su activismo político. La investigación de la cultura del Congo de las comunidades atlánticas fue una de sus contribuciones más importantes a la cultura nacional. Llevó el ritual de los Congos al escenario nacional por primera vez y lo hizo parte del patrimonio y del folclore del país.

Niñez en Portobelo y Colón

Santizo nació el 5 de febrero de 1893 en Portobelo, Colón. Fue “hija natural” de Florencia Henríquez y José de Jesús Santizo. Sus progenitores se casaron años después de su nacimiento con otras personas con las que tuvieron hijos, los hermanos Santizo.

No sabemos mucho de Florencia, su madre, pero sí que se mudó a la ciudad de Colón y tuvo hijos con su marido Julián

¹. Historiadora estadounidense, profesora asociada de la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA). Sus áreas de interés son la historia de Estados Unidos y América Latina en el siglo XX, historia de las mujeres e historia del feminismo transnacional en las Américas. Es autora del libro: *Feminism for the Americas: The Making of an International Human Rights Movement* (UNC Press, 2019). Agradecemos su participación en este libro.



Lowe, un inmigrante chino. Su padre, Jesús, fue un político liberal, seguidor de Belisario Porras en Portobelo. Al parecer, Felicia se relacionó con ambos progenitores y con sus familias respectivas y probablemente viajaba a menudo entre Colón y Portobelo en su juventud.

Los registros de bautismo no mencionaban la raza o el color de la gente en esa época, pero podemos deducir que Felicia se hubiera identificado a sí misma como afrocolonial, el término utilizado para distinguir a los afropanameños de habla hispana de los afroantillanos llegados posteriormente al país. Ambos progenitores habían nacido en Portobelo, donde la mayoría de los habitantes descendían de cimarrones, africanos esclavizados que se rebelaron y huyeron.

Vivir en ciudades de población predominantemente afrocolonial como Portobelo y con gran mestizaje como Colón, debió influir en sus deseos de educar a esa población empobrecida así como en su sentido de orgullo racial. Creció viendo al Cristo Negro de Portobelo y participando en la tradición del Congo. La música, el baile y las prácticas que compusieron el ritual de los Congos eran una dramatización, un escape de la esclavitud de los cimarrones que fueron sus antepasados directos. La práctica se había transmitido de generación en generación, de abuelos a nietos. La tradición del Congo, sin duda, contribuyó al fuerte sentido de autoestima de Santizo, a estar orgullosa de la historia de su pueblo, le inculcó el deseo de luchar contra las injusticias y despertó su amor por la música y el folclore.

Su educación como maestra

Su padre creía en la importancia de la educación de las mujeres y ayudó a su hija a ingresar a la Escuela Normal de Institutoras en 1909, cuando tenía dieciséis años. La Escuela se había fundado solo cinco años antes, y ella era una de las pocas estudiantes afrodescendientes. En 1909, en la Escuela de Institutoras, tuvo que repetir el año "por su aplicación pésima", pero ella sospechaba que en su mala calificación existía un sesgo racista. Se graduó como maestra de Enseñanza Primaria en 1914.

Ese año Felicia regresó a Colón. Al finalizar las obras del Canal, muchos obreros afroantillanos se quedaron en Colón con sus familias y constituían una población necesitada de casi todo. Santizo creía que las escuelas tenían la misión de mejorar la vida de las personas necesitadas y ella quería ser parte de ello.

Consecuente con esas ideas, fundó los primeros Comedores Escolares y Clubs de Padres de Familia en Panamá. De esa manera, los niños pobres podían recibir comidas saludables gratis. El Club de Padres de Familia actuaba como puente entre la escuela y la familia, y les ayudaba a comprender su papel en la educación de sus hijos, y a veces incluso ofrecía clases a los padres. Estas innovaciones fueron muy exitosas y se hicieron populares en la ciudad de Panamá. También ayudó a crear bancos de ropa para estudiantes y bibliotecas escolares. Fue fundadora de la Escuela de Menores Desajustados Sociales y Emocionales en el Gimnasio Everardo Núñez en Colón.

Educación musical

La enorme energía de Santizo y sus vocaciones multifacéticas la llevaron a viajar a Estados Unidos. En este país vivió un tiempo estudiando música en un conservatorio prestigioso de Massachusetts. Según su contemporáneo, Víctor M. Franceschi, Santizo se benefició del patrocinio de la poeta Nicolle Garay. Lo más probable es que estudiara en el Conservatorio de Boston (hoy "Boston Conservatory at Berklee"), que fue uno de los primeros conservatorios en los Estados Unidos que admitieron estudiantes afroamericanas y mujeres. También viajó a California y a Europa, donde amplió su educación artística.

En el conservatorio, Santizo perfeccionó sus habilidades para tocar el piano. El piano sería la pasión de toda su vida. Su contemporáneo, Daniel George Jr., recordaba que Santizo "tocaba el piano a las mil maravillas y sus dedos morenos y delicados arrancaban a las teclas del piano tanto las notas de Mozart, Chopin, Beethoven, como el ballet de los negros Congos".

Varios años después, en septiembre de 1927, cuando tenía treinta y tres años, viajó de nuevo a Estados Unidos. Zarpó de Colón a Nueva York con su sobrina, Virginia Kerwick, que en ese momento tenía alrededor de once años. Las dos vivieron primero en Detroit, Michigan, y luego en Milwaukee, Wisconsin, durante al menos seis años, o quizás más. Probablemente fueron a los Estados Unidos para que su sobrina prosiguiera su educación. Según la documentación de migración, Santizo trabajó como profesora de música y también como ama de llaves.

En este país, Felicia Santizo experimentó el racismo que sufrían los negros y los inmigrantes de habla hispana, agravado con la Gran Depresión en 1929. Es indicativo de esta situación el hecho de que trabajara de ama de llaves, teniendo una educación superior. Y es que las opciones de trabajo para las mujeres negras se limitaban a los trabajos más serviles y con salarios más bajos, como el trabajo doméstico o el lavado de ropa, y rara vez las contrataban en las fábricas. Sin duda, estas experiencias le abrieron los ojos a las conexiones entre el racismo y el imperialismo estadounidense.

Vivir en Detroit y en Milwaukee no fue coincidencia. Ambas ciudades fueron destinos preferentes del asentamiento negro del sur de Estados Unidos después de la Gran Migración (la reubicación de más de seis millones de afroamericanos del sur rural a las ciudades del norte, medio oeste y oeste desde 1916 a 1970). En ambas ciudades prosperaban también inmigrantes mexicanos, atraídos por su prosperidad industrial y a veces huyendo de la violencia racial del suroeste.

En ambas ciudades, la música facilitaba la vida comunitaria. En Detroit, Felicia y su sobrina fueron parte importante de las actividades del grupo de teatro amateur mexicano-americano "Cuadro Artístico Anáhuac". En Milwaukee también se insertaron en la vida musical y cultural de la comunidad mexicana, tocando el piano clásico para eventos organizados por la Sociedad Mutualista Hispano-Azteca. Un artículo de un periódico del cinco de mayo de 1932 habla de ella entreteniéndola a la comunidad con sus habilidades con el piano y del grupo bailando hasta altas horas de la noche.

En esos años, el resentimiento angloamericano hacia los inmigrantes mexicanos que creían que les estaban quitando el trabajo llevó a la repatriación y deportación dramática de entre 355 000 y 2 000 000 de mexicanos e incluso de ciudadanos estadounidenses de ascendencia mexicana. No sabemos si Santizo (a quien algunos documentos de inmigración estadounidenses registraron incorrectamente como "mexicana") fue objeto de deportación, pero esta amenaza sin duda influyó en la partida de Santizo con su sobrina alrededor de 1934. Pero antes de marcharse registró una canción que había compuesto, "Everything you want, valse song" ("Todo lo que quieras, canción de vals") para los derechos de autor en Estados Unidos. En 1931 ya había registrado otra canción: "\$ Mr. Dollar \$" ("Sr. Dólar").

De regreso a Panamá, Santizo componía varias canciones importantes y populares, como "El cangrejal", "Qué bonito es Panamá" y otros. También, fue autora de la música para poemas de autores panameños, como "Istmo de Panamá" de Gaspar Octavio Hernández.

La alfabetización y la pedagogía

De regreso a Colón, alrededor de 1934, Felicia comenzó a enseñar en la Escuela República del Paraguay. Desde este puesto, volvió a ser más activa en la organización comunitaria y en la organización educativa contra lo que veía como una creciente amenaza del fascismo en Panamá.

Santizo sabía que el derecho a la ciudadanía en esos años de nacionalismo cada vez más exacerbado dependía en gran

parte de aprender a hablar y escribir en español. Por eso estaba convencida de que los maestros desempeñaban un papel fundamental en las luchas cívicas y redobló sus esfuerzos en la alfabetización.

Quizás su contribución más importante a la alfabetización y la pedagogía fue su libro *El método natural de lectura-escritura por combinaciones; para la enseñanza de la lengua castellana a niños y adultos, metodología*, en 1938. En él, fusionó sus objetivos de alfabetización, su experiencia pedagógica y su profundo conocimiento y pasión por la música. Se basó en métodos que había utilizado en el aula durante muchos años. El libro mostró a los maestros y padres de familia cómo enseñar a leer y escribir en español a través de la música, de sonidos, escalas y canciones. Aunque el libro no menciona las leyes xenófobas y racistas contra los antillanos angloparlantes, parece haber sido una respuesta a estas políticas, y está explícitamente orientado a maestras y padres de familia. Sus métodos eran "para niños y adultos".

En su concepción pedagógica, establecía una relación entre la alfabetización y el poder de las personas para cambiar el mundo por razones de "justicia y verdad". Más allá de la alfabetización, su objetivo era que los niños desarrollaran sus mentes y se dieran cuenta de que el poder estaba dentro de ellos mismos. En el libro, describió la "sublime tarea de la enseñanza" como "(tratar) de plantar los primeros tallos de la ciencia en las inteligencias tiernas de los niños cual en tierra virgen". Para ella era importante mostrar que todos los niños tenían potencialidad dentro de sí.

Aunque enfatizaba que su método no estaba "basado en estudios de textos académicos", sino en la experiencia ad-

quirida durante sus años de magisterio en Panamá y otros lugares, su libro se basó, al menos en parte, en las innovaciones pedagógicas de los años veinte en Europa y en las Américas, una literatura científica de la que Santizo estaba empapada. Expertos en educación y pedagogía, como María Montessori, John Dewey y otros habían ayudado a desarrollar un “método natural” que se aplicaba a la alfabetización de los niños. Las claves de este método eran observar y escuchar a los niños, pensar en los niños como participantes y líderes de su propia educación.

Santizo fue una defensora de este método, pero lo que distinguió su enfoque del de Dewey y otros fue su uso de la música. La música, según Santizo, podría hacer que el proceso de aprendizaje fuera significativo y lingüísticamente relevante para el niño. La música podría ayudar a vincular el proceso de aprender a leer, escribir y dar sentido del mundo a los contextos sociales de las personas. Basándose en la literatura de las ciencias médicas del momento, pensaba que cantar promovería el desarrollo mental.

Además, la música podría ser una fuerza democratizadora. Ella sabía que el acceso a la educación y a la alfabetización en Panamá no era igual para todo el mundo, que dependía de la raza, la nacionalidad, la etnia, la clase, el género, e incluso el idioma y la geografía. Pero sabía también que todos tenían música, porque conocía las ricas tradiciones musicales y culturales de Portobelo y su ritual del Congo. Creía que la música tenía la clave para generar el interés y la motivación de los niños y de todas las personas para aprender. En su libro, promovía un sistema de aprendizaje para todos, independientemente de su “sexo o privilegio”.

El libro de Santizo fue conocido en todo el continente americano, incluso entre la población de habla hispana en los Estados Unidos y en Cuba. En 1939, en el concurso de libros organizado por el Instituto Internacional de Ideales Americanos y la Biblioteca Pública de Matanzas adscrita a la Secretaría de Educación en La Habana, donde se encontraban representados todos los países americanos, el libro de Santizo resultó vencedor, y ella recibió el Gran Diploma de Honor en Pedagogía. En 1944 escribió un librito de ejercicios de lenguaje y música (continuación del anterior): *Método natural de lectura y escritura: guía metodológica, boletín de ejercicios prácticos*, que incluía un cuento y una canción sobre las letras del abecedario compuesta por una de sus alumnas de ocho años de la escuela República de Paraguay.

Sus ideas y métodos tuvieron resonancia entre sus estudiantes en Colón. Una generación de niños que fueron sus alumnos recuerdan con cariño haber aprendido los sonidos de las vocales A, E, I, O, U, cantándolas en escalas, como recuerda Esteban Lan Archer, cuyo hermano era uno de sus jóvenes estudiantes.

Política y educación

En la década turbulenta de los años cuarenta, la actividad educativa y política de Santizo creció. Se había casado con Antonio Mier García, originario de la provincia de Huelva, en España, que había llegado a Colón desde Cuba en 1928. Según la vigilancia militar estadounidense, Antonio Mier, luchó en la guerra civil española en el ejército republicano. Él, como ella, era socialista, y su matrimonio pareció acelerar más que ralentizar su activismo y trabajo. Se casaron cuando

Felicia probablemente ya tenía cuarenta años o más y no tuvieron hijos juntos.

Se involucró aún más en su activismo por una educación más libre y accesible para las comunidades pobres en Colón y apoyó el movimiento a favor de la creación del Colegio Abel Bravo, fundado en junio de 1942. Fue una de las primeras maestras de esta escuela donde ocupó la cátedra de música hasta su jubilación. Abel Bravo se convirtió en el epicentro de un importante movimiento de innovación pedagógica, ya que tanto estudiantes como maestros se convirtieron en algunos de los actores sociales más influyentes en la educación y en la política panameña.

Las tensiones políticas y sociales dieron lugar a la formación de nuevas organizaciones como Magisterio Panameño Unido y la Federación de Estudiantes de Panamá. Santizo colaboró con ellos. También participó con Clara González en la creación de la Unión Nacional de Mujeres. Y, aunque no resultó electa, fue la primera mujer panameña candidata a la primera Vicepresidencia de la República y mantuvo un papel central en el Partido del Pueblo. En 1952, la Federación Democrática Internacional de Mujeres (FDIM), la invitó a su Conferencia Mundial de la Infancia en Viena a la que asistió. Luego viajó por Europa del Este y la Unión Soviética y quedó especialmente impresionada por las estructuras educativas y sociales que encontró en la Unión Soviética.

De regreso en Panamá, Santizo, con la sindicalista Marta Matamoros y una maestra y feminista guna, Felicia Alvarado, crearon el Comité de Amas de Casa.

Este grupo trataba temas relacionados con los altos precios de los alimentos y el alto costo de la vida en general. Pero en el contexto de la Guerra Fría, el trabajo de Santizo se veía altamente sospechoso. El coronel José Antonio Remón Cantera a su llegada a la presidencia ilegalizó al Partido del Pueblo. Esto condujo al encarcelamiento de varios de los amigos más cercanos de Santizo y líderes del partido, y al aumento de la vigilancia de Santizo tanto por los servicios policíacos nacionales como por los Estados Unidos.

En 1956, Santizo se retiró por un tiempo de su activismo político para cuidar a su esposo enfermo, quien murió ese mismo año. Pero pudo publicar su último volumen sobre la alfabetización titulado *De la lecto-escritura y los métodos de enseñanza*. En él, defendía su método para enseñar las vocales como primer paso y usar los sonidos musicales, e instaba a las autoridades educativas a un estudio más exhaustivo y científico de la alfabetización en Panamá.

Sería en el campo de la música y la cultura donde Felicia haría otra gran contribución en la segunda mitad de los años cincuenta.

El ritual de los Congos

En las décadas de los años 1940 y 1950, Felicia se dedicó a la investigación exhaustiva del folclore afropanameño. El Congo había fascinado a Santizo desde su infancia. El ritual había sido iniciado por los cimarrones de Portobelo y otras comunidades costeras del Atlántico. Aunque el Congo lo habían introducido originalmente los españoles para promover el cristianismo entre las personas



Bateria de Santiago en Portobelo, provincia de Colón.

esclavizadas, los cimarrones lo habían cambiado y adaptado para dramatizar su resistencia a la opresión. En estos bailes, la reina del Congo representa el pináculo del poder, lo que la distingue de otras tradiciones carnavalescas en las Américas. En estas otras tradiciones, existe una jerarquía de personajes similar, pero generalmente el rey es el jefe de la actividad. Santizo se embarcó en la labor de un amplio estudio de esta práctica. El periodista Victor M. Franceschi describió su obra así: “después de diez años de paciente y tesonera labor, de visita en cada pueblo, cada puerto, cada isla y cada hogar disperso a lo ancho de la costa, concluyó el más serio estudio que se conoce sobre el folclore de los Negros Congos de Panamá”.

En un momento en que los científicos sociales, antropólogos y folcloristas panameños comenzaban a recuperar y celebrar la herencia y el folclore indígenas de Panamá, cuando nació el Ballet Folklórico de Cuba, y cuando el arte popular negro en Panamá comenzaba a desafiar las

percepciones blanqueadas del nacionalismo, Santizo quería recuperar e inscribir la tradición del Congo en el patrimonio nacional del país. Santizo sabía que el Estado no dio importancia a los pueblos de la costa atlántica y que tampoco invirtió en el desarrollo económico, social, político y cultural de Colón por prejuicios raciales. Pero porque el ritual de los Congos en sí mismo representa, como decía Santizo, “la epopeya de una raza humillada, pero no vencida” creía que era importante conocer esta historia y cultura.

Trabajó con un grupo en Colón que comenzó a realizar varios de estos bailes (“Los Congos de calle 4”) y fue con este grupo de teatro a la ciudad de Panamá para presentar el Primer Ballet de Congos Costeños. En 1958, realizaron varias representaciones nacionales en el Estadio Nacional Juan D. Arosemena, en la Casa del Periodista y en la Universidad de Panamá. Pero no todo el público lo recibió así, Melva Goodin, en su libro *People of African Descent in Panama*, escribe que cuando Santizo presentó el Congo en Panamá

hubo una reacción negativa y racista por una parte del público.

Hizo algunos cambios para hacer el ritual legible y apelar a la audiencia de académicos, agentes culturales y políticos de la Ciudad de Panamá que no estaban familiarizados con esta tradición. Estilizó algunos pasos, conservando la intensidad y pureza del baile y el canto, y también ajustó el vestuario. Estos eventos en la Ciudad de Panamá fueron ampliamente cubiertos por la prensa.

Santizo también dedicó sus esfuerzos académicos y científicos a estudios que la legitimaron. Como investigadora, legó a los estudiosos de las danzas del Congo y los ritmos costeros monografías, notas, melodías, versos y dramatizaciones. En algún momento Santizo publicó una monografía, *Los Congos Negros*. Roger Bastide, el famoso sociólogo y antropólogo francés, que se especializó en religiones y sociedades afrobrasileñas y afrocaribeñas, escribió artículos académicos que citaban el estudio de Santizo. Lo elogió por su originalidad y comprensión de las formas de resistencia de los esclavos.

De esta investigación lo más cercano que conocemos es una descripción del poeta y periodista panameño Víctor M. Franceschi en la revista *Lotería*. Franceschi escribió: "puede decirse, sin pecar de exageración alguna, que es la doctora Felicia Santizo a quien se debe el rescate de los 'Congos,' o mejor dicho, a quien la patria debe el que uno de los más preciosos mosaicos de nuestra legítima riqueza folklórica ocupe su justo lugar!"

Su obra abrió nuevos canales de investigación científica y folclórica en Panamá.

Cuando era niña, la experiencia de ver al grupo de Congos de Felicia Santizo en Calle Cuarta y Avenida Amador Guerrero en Colón, inspiró a Luz Graciela Joly Adames a estudiar estos temas. Joly escribió su tesis doctoral en antropología en la Universidad de Florida en 1981 sobre *El lenguaje del juego ritual de los congos*.

Actividades educativas y musicales finales

La influencia de Santizo se detecta en múltiples esferas a la vez. Casi al mismo tiempo que Santizo estaba investigando a los Congos, se estaba encendiendo una nueva ronda de protestas contra la ocupación estadounidense de la Zona, y Colón estaba en el centro de la atención política panameña. En octubre de 1959, un grupo de jóvenes, la mayoría de ellos exalumnos de Santizo, organizaron la Marcha del Hambre y Desesperación, en la que miles de colonenses marcharon de Colón hacia Panamá para denunciar la difícil situación de los trabajadores en Colón. Esta marcha atrajo la atención nacional y marcó el comienzo de reformas sociales como la Ley de Salario Mínimo, la Ley Inquilinaria y la Ley de Reforma Agraria.

En sus últimos años, Felicia Santizo viajó por muchos países, incluso a China, en 1960. La vigilancia sobre ella del ejército estadounidense fue especialmente intensa. Se mudó a Cuba en 1960, luego de la revolución cubana de 1959.

En Cuba continuó sus investigaciones sobre el folclore y cultura musical en la cuenca del Caribe. Participó en la campaña de alfabetización cubana. Varios relatos dicen que la campaña de alfabetización utilizó su libro sobre cómo alfabetizar a través de la música. Según

Eugenio Barrera, discípulo de Santizo, fue por “la efectividad del método de la consagrada educadora, por lo que el Gobierno cubano decide adoptarlo en sus campañas de alfabetización de adultos en el plano nacional”.

Después de una larga enfermedad, Felicia Santizo murió en La Habana en 1965. Sus restos fueron devueltos a Colón.

Panamá nunca tomó en serio los métodos de alfabetización de Santizo, ni los institucionalizó de ninguna manera, a pesar de su insistencia. En un discurso, la también afropanameña colonense Thelma King, dijo: “Quiero (...) rendir este homenaje a las grandes mujeres colonenses, Felicia Santizo, ya desaparecida, quien consagró su vida a defender a los humildes y a proteger a los niños. Para estos creó un sistema de enseñanza escritura-lectura usado

en otras latitudes, pero ignorado en su patria chica”. Su ideología política influyó sin duda en la falta de consideración hacia su trabajo, pero es plausible también considerar que fue una manifestación de racismo hacia su persona.

Su legado vivió a través de sus sobrinos-nietos, los músicos y muralistas Ignacio (“Cáncer”) y Virgilio Santizo, quienes crearon a fines de la década de 1970 la primera brigada muralista de solidaridad con Nicaragua llamada Brigada Felicia Santizo. Rindieron así homenaje a su tía abuela, que había estado en la primera línea de la lucha contra el racismo, el imperialismo y el sexismo, y que utilizó sus dotes científicas y de maestra en la música, la enseñanza y el folclore como elementos centrales de su activismo.



Baile Congo de Panamá. Foto obtenida de la web del Ministerio de Relaciones Exteriores (29 de noviembre de 2018).

Agradecimientos

A Luz Graciela Joly por sus recuerdos.

Entrevistas

6 de septiembre de 2019. Entrevista a Esteban Lan Archer por Katherine Marino.

13 de abril de 2020. Entrevista virtual a Rafaela Moreno por Katherine Marino.

22 de noviembre de 2020. Entrevista virtual a Luz Graciela Joly Adames Por Katherine Marino.

Bibliografía

Barrera, E. (1980). Felicia Santizo: *una educadora al servicio de su pueblo*. Centro de Estudios Latinoamericanos Justo Arosemena.

Bastide, R. (1960). A propos de quelques livres récents sur les Afro-Américains. *Cahiers d'Études Africaines*, 1(4), 115-124.

Correspondencia entre Felicia Santizo y la Comisión Interamericana de Mujeres, Caja 84, Papers of Doris Stevens, 1884-1983, Schlesinger Library, Radcliffe Institute, Harvard University, Cambridge, Massachusetts.

Craft, R. (2008). 'Una raza, dos etnias': The Politics of Be(com)ing/Performing 'Afropanameño'. *Latin American and Caribbean Ethnic Studies*, 3(2), 123-147.

Craft, R. (2015). *When the Devil Knocks: The Congo Tradition and the Politics of Blackness in Twentieth-Century*. Columbus: Ohio State University Press.

Del Vasto, C. (1999). *Historia del partido del pueblo (1943-1968)*. Panamá: Editorial Universitaria "Carlos Manuel Gasteazoro".

El cuadro artístico 'Anahuac' prepara una fiesta interesante. (17 de mayo de 1930). *La Prensa* (San Antonio).

Felicia Santizo, 1893-1966. (1975). [Folleto] Instituto Nacional de Cultura INAC.

Franceschi, Víctor M. (1960). Los Negros Congos en Panamá. *Revista Lotería* 93-107.

George Jr., D. (17 de noviembre de 1965). Murió en Cuba la profesora Felicia Santizo de García. *La Estrella de Panamá*.

Joly Adames, L. G. (2006). *El lenguaje del juego ritual de los congos*. [Archivo PDF] <https://luzgracielaajoly.com/wp-content/uploads/2021/09/El-lenguaje-del-juego-ritual-de-los-Congos.pdf>

Kunzle, D. y D'Escoto, M. (1995). *The Murals of Revolutionary Nicaragua, 1979-1992*. Berkeley: University of California Press.

Lan Archer, E. (2016). *Grandes Oradores: Biografías, discursos, conferencias, Colón, Panamá, 1885-2015*. Imprenta Colón.

Leonard, Thomas M. *Historical Dictionary of Panama*. Lanham: Rowman & Littlefield, 2005. Los 'Congos' en la Universidad Hoy (17 de abril de 1958). *La Estrella de Panamá*.

Lowe de Goodin, M. (2014). *People of African Ancestry in Panama, 1501-2012*. Editorila Sibuste, S.A.

Marco Serra, Y. (2002). Ser ciudadana en Panamá en la década de 1930. En Asunción, L. y Rodríguez, E. (eds.) *Un siglo de luchas femeninas en América Latina*. Editorial Universidad de Costa Rica.

— (2007). *Clara González de Behringer -Biografía-*. Agencia española de cooperación internacional para el desarrollo, Universidad de Panamá.

(s.f.). *Mujeres votantes en Panamá: Cambiando radicalmente el ejercicio de la ciudadanía (1941-1956)* [artículo inédito].

"Mier, Felicia Santizo." Records of the Army Staff [Archivos de la Armada] (Record Group 319), National Archives and Records Administration, II, College Park, Maryland.

Milwaukee, Wis. Será Conmemorado El Cinco de Mayo (1 de mayo de 1932). *La Prensa*.

"Quintacolumnismo comunista en Panamá: Felicia Santizo García de Mier, disociador fermento del Soviet en el Istmo de Panamá." (28 de enero de 1953). *La Estrella de Panamá*.

Se organiza el Homenaje a la Prof. F. Santizo. (7 de junio de 1960). *La Estrella de Panamá*.

Sterling, R. (s.f.). *Colón, Ciudad de Indomables: un aporte de los colonenses a la descolonización y liberación nacional*. 52

Un nuevo libro para la enseñanza rápida del español. (10 de marzo de 1939). *La Prensa* (San Antonio).

Elsie Alvarado de Ricord

Con ch de Chiriquí

(David, Chiriquí, 23 de marzo de 1928 – Ciudad de Panamá, 18 de mayo de 2005)

Por Vannie Arrocha

Elsie comenzó publicando poesía, continuó con los ensayos y las críticas literarias y, con sus estudios lingüísticos, se catapultó como gran intelectual.

Investigadora de una lengua rica y viva, el español; analizó la evolución de este sistema de comunicación en su país natal, Panamá, sin perderse en la densidad de la materia, porque, aunque para expresarse prefería el lenguaje culto, reconoció y defendió la riqueza del habla en su diversidad. Tuvo sus triunfos y derrotas, como tener que aceptar que la *ch* y la *ll* perdieran su autonomía en el alfabeto para formar parte de la *c* y la *l*. Independientemente del resultado de sus batallas, sus discursos tenían conocimiento y valentía.

Infancia en David, adolescencia en Santiago

En David, Chiriquí, residía la familia Alvarado Moreno, con sus doce hijos, la quinta fue Elsie Alvarado. Su papá tenía afición por la gramática, probablemente de allí viene el primer acercamiento de la niña con el español. En la escuela primaria, tuvo una maestra que fomentó la escritura de sus versos al punto de enviárselos a la poeta María Olimpia de Obaldía. La alondra chiricana los leyó y comentó, y la niña fue a la casa de la poeta a darle las gracias.

Que sus hijos e hijas estudiaran era algo fundamental para el contador Manuel Balbino Alvarado Palacios y la ama de





Un retrato de su adolescencia. Archivo familiar.

casa Emma Moreno Quiel. Elsie fue enviada al internado de la Escuela Normal Juan Demóstenes Arosemena a estudiar magisterio, debido a la distancia entre Santiago y Chiriquí.

Un día un grupo de estudiantes universitarios fue a la Normal. Tuvo que haber sido un evento estudiantil el que propició que Elsie declamara y que el estudiante universitario de Derecho, Humberto Ricord, diera una oratoria. La atracción emergió entre los dos jóvenes. Entonces, Humberto pidió permiso para escribirle cartas a Elsie. ¿Qué dirían esas cartas?

El enamoramiento no trastocó los estudios de Elsie, quien se graduó de maestra. En ese periodo, su padre murió. Enton-

ces, la chiricana se trasladó a la ciudad de Panamá, entre 1945 y 1946, donde ya vivía una de sus hermanas mayores, para continuar estudios universitarios: la licenciatura en español.

Al cabo del primer semestre de universidad de Elsie, Humberto, de 24 años y quien le aventajaba seis años a su enamorada, ya se había graduado de abogado y tenía un trabajo. De tal modo que el 23 de agosto de 1946 se casaron. Desde ese momento, a la que llamarían “la poeta del amor” comienza a firmar como Elsie Alvarado de Ricord.

Una pareja igualitaria

Elsie estuvo tan ilusionada por casarse que no tuvo en cuenta que nunca había atendido una casa. En su hogar, tenían ayuda externa y, en el internado, otras personas le proveían sus necesidades para mantenerse como estudiante. Por eso, preocupada, le confiesa a su esposo que no sabe cocinar. Él la tranquilizó diciéndole que no se había casado con ella con ese propósito.

A pesar de que los roles clásicos se imponían a mediados del siglo XX, según su hija Élide, sus padres, ambos, eran feministas. “Mi papá le dijo a mi mamá: ‘coge tú el doctorado primero. Después yo tomo el mío’. Mi hija, hoy, en el 2021, se asombra de que sus abuelos fueran tan avanzados para la época”.

A lo largo de su vida, Elsie tuvo gente que la ayudó a mantener su hogar en orden y la comida caliente, y ella les agradeció enseñándoles a leer y escribir, mientras que su esposo les enseñaba a leer el reloj. Ambos procuraron facilitarles los es-



Hablando con colegas, en Montevideo, Uruguay, en diciembre de 1965. Archivo familiar.

tudios formales a las personas que trabajaron para ellos; algunas se graduaron de secundaria y otra de universidad.

Elsie se dedicó de manera casi exclusiva a mostrarle el mundo a su hija, porque no trabajó fuera de casa hasta que Élide, única hija del matrimonio Ricord Alvarado, asistiera al kínder. Cuenta Élide que su mamá le enseñó las plantas, los insectos y a decir, como una de sus primeras oraciones, ‘yo soy librepensadora’, yo repetía como lorita, pero ni sabía lo que era eso”.

Élide fue hija única porque Elsie y Humberto opinaban que solo se debían tener los hijos que se pudieran mantener y atender.

Por los estudios de doctorado de Elsie, ella y su hija se fueron a Madrid, España. Esa aventura académica requirió que Humberto vendiera varios terrenos heredados en San Carlos, Panamá Oeste.

En España, un prejuicio hacia los latinoamericanos, como personas rumberas e

irresponsables, fue un obstáculo al principio para los estudios de la panameña. Le insinuaban que estaba allí para divertirse y no para estudiar, hasta que notaron su sed de conocimiento y su inteligencia poco comparable, recuerda su hija.

Con su tesis de doctorado sobre “La obra poética de Dámaso Alonso” obtuvo puntaje sobresaliente y ganó su publicación con la editorial Gredos.

Trayectoria de una lingüista y académica

El español de Panamá – Estudio fonético y fonológico 1971 es una publicación de Elsie Alvarado de Ricord. Para este diagnóstico entrevistó a cien personas (cincuenta mujeres y cincuenta hombres) de dieciocho a sesenta y cinco años, varias veces, para poder observar tanto su habla culta como su habla informal. La conclusión de este estudio, que expuso, primero, la escasa influencia indígena en



Con "Aproximación a la poesía de Ricardo Miró", obtuvo, en la categoría de ensayo, el premio literario Ricardo Miró de 1972. Archivo familiar.

nuestro léxico y, por otro lado, la aceptación de otras influencias, para luego pasar a las formas de pronunciación, indica que: "Diecisiete fonemas consonánticos y cinco fonemas vocálicos constituyen el sistema fonológico del español de Panamá, no alterado todavía por la diversidad de realizaciones fonéticas comentadas". Según Rodolfo de Gracia, ayer estudiante de Elsie y hoy secretario académico de la Academia Panameña de la Lengua, aún ese texto es un referente en la lingüística de Panamá.

1973 es el año en que se abren las puertas de la Academia Panameña de la Lengua para Elsie. La silla ocupada por Octavio Fábrega queda vacante y se le otorga a la doctora en filología. Elsie fue la tercera mujer en sentarse a la mesa. La antecedieron las poetas María Olimpia de Obaldía y Stella Sierra. Fue, además, la primera en llevar la dirección de esta institución, de 1991 a 2002.

Elsie respetaba que el hablante de Panamá mantenía orgánicamente aquellas palabras antiquísimas que, por el contrario, en otros territorios habían caído en desuso o eran encasilladas como vulgarismos, como fue el caso de "enantes". Elsie defendió su uso en varios escenarios, incluso en su libro *Usos del español actual*.

Entre las pocas palabras que tienen sabor indígena y que se mantienen en nuestro léxico está Chiriquí, el nombre de la provincia en la que nació, que viene de la expresión Shiril Quil y que significa montaña de la luna, en el lenguaje doraz. De modo que cuando le notificaron que la ch y la ll ya no serían consideradas letras del alfabeto, sino formas de la c y la l, el mundo de la chiricana entró en ebullición. Se preparó y expuso "La defensa de la ch y de la ll" en seis argumentos. El primero y más contundente fue: "los fonemas que se transcriben con las letras

ch y ll no corresponden a las grafías dentro de las que quedarán ubicadas”, es decir la c y la l. A pesar de su estudiada defensa, no ganó la batalla. La exclusión de la ch y la ll se adoptó en el X Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, en 1994.

En el día a día de Elsie, la mañana era para la enseñanza en la Universidad de Panamá y del mediodía hacia final de la tarde para la Academia Panameña de la Lengua. Allí se enfrascaba a atender las solicitudes de charlas o las consultas del idioma vía telefónica, siendo estas últimas semillas para su libro *Usos del español actual*, donde asegura que sus estudios sobre el lenguaje no son por “el purismo o casticismo”, persigue Elsie una misión mayor, la científica.

Esto bien lo sabe Damaris Serrano, una de las pupilas de Elsie, quien en el capítulo IV de su tesis de tres volúmenes sobre la obra de Alvarado de Ricord, advierte que su maestra: “en todo sentido, lleva una línea constante de acercamiento a la realidad, cónsona con los tiempos y las circunstancias especiales que vive la norma de la lengua en Hispanoamérica; una norma que debe ser culta y popular a la vez”.

Otro hecho que nos muestra que Elsie tenía una mirada propia fue su discurso por los setenta y cinco años de la Academia Panameña de la Lengua, en el año 2001. La primera parte de dicho discurso fue para mostrar cómo había sobrevivido la institución, pero la segunda fue para abordar el lenguaje sexista:

“Es ya muy reconocido el mérito del movimiento feminista, de quienes lo iniciaron y quienes lo sostienen, luchando contra la fuerte corriente del machismo

universal. Por ese predominio absoluto del varón, que afecta a todas las acciones colectivas e individuales y es solamente nocivo y bochornoso, la humanidad ha sacrificado el 50 % de su potencial.

Los errores del feminismo son nimios si se comparan con los del machismo, y entre estos últimos, los del lenguaje son apenas un reflejo de lo que se da en el mundo referente”.

Pese a solidarizarse con la lucha feminista, explica con algo de mofa por qué está en contra del planteamiento del lenguaje igualitario, que soluciona con terminar en -as y -os las palabras, por ejemplo, que en vez de utilizar el plural niños, se mencione niñas y niños.

Conciencia social

Cuando, en 1964, Estados Unidos atacó las protestas estudiantiles que reivindicaban la soberanía panameña dejando un saldo de veintiún muertos, la nacionalista se sumó a la lucha con versos:

“Los héroes no yacen en la tumba:
remueven la conciencia de los pueblos”.

Elsie fue poeta pero, sobre todo, crítica literaria de poesía de personajes de la literatura panameña como Rogelio Sinán, Ricardo Miró, Ricardo J. Bermúdez y Demetrio Herrera Sevillano, entre otros. Obtuvo dos premios Miró, precisamente en ensayo, con: *Estilo y densidad en la poesía de Ricardo J. Bermúdez*, en 1958, y *Aproximación a la poesía de Ricardo Miró*, en 1972.

La conciencia social de Elsie cuestiona hacia afuera y hacia dentro. De la poesía de Herrera Sevillano, denominado el poeta del pueblo, dice: “Considero que la autenticidad es la base que sustenta

la verdadera poesía y él fue siempre fiel a sí mismo y a su posición en el mundo. Nació, vivió, escribió y murió entre cuatro estrechas paredes de madera, oscuras y sin aire, que deberían ruborizar a los responsables de semejante desnivel social". Así de afilada era la pluma de Elsie Alvarado de Ricord.

Rodolfo De Gracia escribió en un artículo, luego del fallecimiento de su guía y amiga: "(...) siempre se reconoció, sin importar las afinidades o desavenencias, su especial y sobresaliente talento para las letras y para la lingüística". Fue el único texto, entre varios artículos de despedida, en que el autor se atreve a hacer tal observación. Reconstruir una vida humana y no celestial es el objetivo de esta biografía y Élide, hija de Elsie, está de acuerdo, por eso nos dice que la tenacidad fue en su madre virtud y defecto.

La mayor parte de la obra de Elsie Alvarado de Ricord está en libros de consulta, boletines, revistas y artículos dispersos, que yacen en instituciones que estuvieron cerradas durante los momentos más duros de la pandemia de coronavirus en el año 2020. De allí que Margarita Vásquez, directora sustituta de la Academia Panameña de la Lengua, vea con mayor necesidad "tomar su obra y llevarla a internet para que las nuevas generaciones la conozcan, especialmente las mujeres".

Cuando Elsie fue condecorada con la Orden Rogelio Sinán por el Consejo Nacional de Escritores, en ese entonces, era el difunto Dimas Lidio Pitty el presidente de ese organismo, quien dijo: "Elsie Alvarado es la mujer de letras más completa de nuestra historia cultural".

Agradecimientos

Gracias a su hija, Élide Ricord.

Nuestros agradecimientos a la Academia Panameña de la Lengua, por colaborar con nosotras con las puertas abiertas.

Entrevistas

3 de septiembre de 2021. Entrevista virtual a Rodolfo de Gracia por Vannie Arrocha.

19 de agosto de 2021. Entrevista presencial a Margarita Vásquez por Vannie Arrocha.

27 de agosto de 2021. Entrevista virtual a Élide Ricord por Patricia Rogers y Vannie Arrocha.

Bibliografía

Academia Panameña de la Lengua. (s.f.). Elsie Alvarado de Ricord. Recuperado el 10 de septiembre de 2021 en: <https://aplengua.org.pa/elsie-alvarado-de-ricord/>

Alvarado, E. (2003). La Academia Panameña de la Lengua cumple 75 años. Pasado y presente de la lengua española. *Boletín de la Academia Panameña de la Lengua*, 6 (3), 125 - 140.

— (2003). Demetrio Herrera Sevillano, conciencia y expresión poética de la clase obrera panameña. *Boletín de la Academia Panameña de la Lengua*, 6 (3), 250.

Caballero, E. (27 de abril de 2002). Condecoran a Elsie Alvarado. *La Prensa*.

De Gracia, R. (21 de mayo de 2005). Incansable defensora de la lengua española. *Panamá América*. <https://www.panamaamerica.com.pa/variedades/incansable-defensora-de-la-lengua-espanola-192088>

Etilvia Arjona Chang

El modelo de universidad para la era de la globalización

(Ciudad de Panamá, 12 de marzo de 1939 - 13 de septiembre de 2018)

Por Yolanda Marco y Patricia Rogers

Pioneras de la educación

Al inicio de la historia republicana, el oficio de maestra gozaba de mucho prestigio. Ser maestra fue —por mucho tiempo— casi la única posibilidad de estudios y profesión para las mujeres, y la más valorada junto con la de enfermera. La maestra era el ejemplo de lo que debía ser una mujer “perfecta”. Se la revestía de virtudes y se la suponía portadora de los valores más deseables, dentro de las convenciones masculinas de la época. Porque, en ese tiempo, quienes tenían el poder para dirigir las políticas educativas del país, más allá de sus diferencias sobre la educación laica o religiosa, coincidían en atribuir a las mujeres un papel central en la formación de la ciudadanía y, sobre todo, de una identidad nacional en construcción. Para ellos, las educa-

doras tenían como misión enseñar a la población los valores cívicos deseables. Era un oficio que extendía su función “natural” maternal más allá del ámbito de la familia hacia la sociedad entera (De la Guardia, 2017). La uniformización de la población en torno a los ideales, símbolos y sentimientos nacionales pasó a ser un tema central que quedaba en gran medida en manos de las maestras, que constituían la mayor parte del personal educativo.

En ese contexto, a muchas mujeres se les dio la oportunidad de estudiar educación en países extranjeros, de Europa y América; también a los hombres, más que a las mujeres y en oficios más variados. Regresaron al país formadas e imbuidas, algunas de ellas de las ideas más innovadoras sobre educación: Angélica Chávez



de Patterson, Esther Neira de Calvo, Elida Campodónico de Crespo, Berta Quezada de Moscote, Otilia Arosemena de Tejeira. Otras fueron formadas en el país con profesoras chilenas, alemanas, suizas, estadounidenses: Gumersinda Páez, Sara Sotillo. Antes, a todas ellas las habían precedido otras maestras, muchas colombianas, que desde finales del siglo XIX educaron en escuelas más modestas a jóvenes como Otilia Jiménez o Juana Oller de Mulford.

Entre tantas educadoras, muchas fueron pioneras en algún aspecto de la educación, ya fuera creando las primeras escuelas de párvulos, introduciendo los estudios sobre la higiene y la economía doméstica o incorporando algún método novedoso de enseñanza, como el Montessori o la Nueva Escuela, creando clubes de maestras u otras iniciativas. Una de ellas, Otilia Arosemena de Tejeira (Panamá, 1905-1989), representa lo más granado de las primeras generaciones de educadoras. Otilia se graduó de maestra de la Normal de Institutoras en 1923, fue licenciada en pedagogía en la Universidad de Columbia, Estados Unidos, en 1930, y directora de la Escuela Nueva Federico Libby, anexa al Instituto Nacional, entre 1930 y 1933. Fue profesora de la Universidad de Panamá entre 1942 y 1961, y la primera decana en 1954 de la Facultad de Filosofía, Letras y Educación. Tuvo una proyección internacional muy importante: fue la primera y única panameña en ser electa como miembro del Consejo Directivo de la Unesco en 1962, y trabajó en diferentes puestos en ese organismo de las Naciones Unidas por más de veinte años. En Panamá, fue miembro de la Comisión Nacional de Educación de 1950 a 1962, y tiene una larga historia

como defensora de los derechos humanos y como feminista, desde su participación en el Partido Nacional Feminista en los años treinta.

La historia de la educación de la segunda mitad del siglo XX tiene un contexto contemporáneo muy diferente y temas de preocupación y estudio nuevos. En esta parte destaca Etilvia Arjona.

Investigadora socioeducativa, sus trabajos son pioneros en el campo de la reforma de la educación superior en el contexto de un mundo globalizado. Pensó un nuevo paradigma para la investigación pedagógica y para la creación y gestión de centros superiores de investigación educativa. Conocedora de varias lenguas y culturas, le apasionó el estudio de los efectos de la internacionalización en la cultura y en los sistemas educativos. Es la académica panameña con más títulos, conocimientos y experiencia en el área de la investigación educativa que ha tenido el país.

Una familia multicultural y multilingüe

Etilvia María Arjona Chang nació en la Ciudad de Panamá en 1939. Fue hija única de una familia compuesta por padre y madre probablemente interioranos, su madre, al parecer, era de Pesé. La familia materna era de ascendencia china. Constituyeron una familia inusual en la época, multiétnica, multicultural y multilingüe, hechos que sin duda influyeron en su experiencia de vida, en su pensamiento y en sus intereses. El matrimonio tuvo que enfrentar prejuicios raciales, ya que no eran tan comunes las uniones de

este tipo en una época marcada por el crecimiento de expresiones nacionalistas a veces xenofóbicas. No sabemos a qué se dedicaban sus padres, pero sí que eran personas de un alto nivel educativo, probablemente educadores. Los padres consiguieron que Etilvia cursara al menos sus estudios secundarios en la Balboa High School de la antigua Zona del Canal. De modo que Ety, como luego la llamarían sus amistades, desde niña aprendió a comunicarse en tres idiomas, inglés, español y chino mandarín. Creció en un mundo que le permitió conocer y apreciar el valor de esas tres culturas. Balboa High School era una escuela privilegiada en su momento, con profesores procedentes de universidades estadounidenses, que cuidaba mucho la formación en idiomas, ciencias y actividades deportivas. Ety se comunicaba en inglés como si fuera su lengua nativa, y seguramente en chino con suficiencia.

No sabemos mucho más de su infancia y juventud porque sus parientes más cercanos murieron y no se pudo contactar a ningún miembro de su familia. Marchó joven del país a estudiar y su vida transcurrió en múltiples países de varios continentes, donde diversificó sus estudios y trabajó. Quienes la conocieron y trabajaron con ella coinciden en la apreciación de su carácter y personalidad: fue extremadamente inteligente y curiosa, trabajadora, enérgica, sistemática, persistente. En ocasiones su firmeza producía contrariedad. Fue una mujer de profundas creencias y prácticas religiosas. No se casó y no tuvo hijos, pero sí discípulos y discípulas. Fue una mujer multifacética, marcada por su interés por la promoción de la educación superior y muy interesada por las relaciones entre las diferentes lenguas y culturas.

Una polifacética educación

Cursó estudios universitarios y postgrados en los Estados Unidos y Europa. Estudió su licenciatura en ciencias políticas en S. Sophie Newcomb College, la universidad coordinada para mujeres dentro de la Universidad de Tulane en Nueva Orleans, la primera universidad de este tipo, fundada en 1886. Posteriormente hizo un postgrado en Impresión Offset y Control de Calidad del Rochester Institute of Technology (RIT), una de las mejores universidades de Estados Unidos que tenía y tiene una orientación hacia la intersección de la tecnología, las artes y el diseño.

Su interés por las lenguas y la interculturalidad la llevó a especializarse en Metodología de la Enseñanza de Segundas Lenguas de la Universidad del Estado de Mons, en Bélgica, y también en la Universidad de Dijon y en la Universidad de Besançon, en Francia. Perfeccionó sus conocimientos sobre lenguas y traducción en la Escuela de Intérpretes de la Universidad de Ginebra, en Suiza, donde obtuvo un diploma en Traducción e Interpretación. Para ella, el conocimiento de las lenguas y su difusión guardaba relación con su idea de que la globalización debía servir para conectar culturas distintas en un plano de igualdad y reconocimiento mutuo. Su doctorado en Educación y Psicología de la Escuela de Educación de la Universidad de Stanford en California, en 1976, perfeccionaría sus conocimientos en la que fue su área preferida de trabajo.

Muchos años después se referiría a su experiencia en la Escuela de Educación de

la Universidad en estos términos: “Hace más de veinticinco años mis profesores en Stanford iniciaron la ardua y larga tarea de socializarme en la Academia (...) En mi caso, eso significaba tomar a una persona altamente intuitiva y transformarla en investigadora socio educativa y planificadora educativa. Ese fue, sin lugar a dudas, mi primer encuentro con el cambio paradigmático; experiencia personal que, como todo cambio, se produjo paulatinamente tras mucha resistencia, trauma, dolor, costo en desvelos y ansiedad”. (“Cambio paradigmático: Acreditación y reforma en la educación superior: un punto de vista panameño”, conferencia dictada en el marco del Consejo Centroamericano de Acreditación). La Universidad le dio las herramientas teóricas y prácticas para transformar la idea que tenía de la educación, más intuitiva que razonada, por una forma científica para investigar y diseñar la pedagogía. En ella integró todos los conocimientos adquiridos previamente y los puso a su servicio.

Etty era una persona con una amplia cultura. Su casa en Panamá era como una gran biblioteca, con libros de temáticas muy variadas. Tan extensa como la que tenía en su oficina en la Universidad Católica Santa María la Antigua (USMA), que impresionaba vivamente al Dr. Roldando De la Guardia, director de investigación de la misma universidad, que recibió sus enseñanzas recién llegado de sus estudios de doctorado. Le interesaba mucho la literatura y la filosofía. Tenía libros de literatura clásica muy especiales como el ejemplar de la segunda edición de una novela de Balzac que le regaló al historiador De la Guardia.

El recorrido internacional de Etilvia

La vida y los trabajos de Etilvia transcurrieron, durante los años sesenta, entre Estados Unidos y Europa. Con la preparación adquirida, en 1974, asumió la dirección de la escuela de traducción e interpretación del Monterey Institute of International Studies de California, iniciando su carrera como administradora y profesora. Según la investigadora educativa Nanette Svenson, quien años después trabajaría con ella en Panamá, laboró también en Estados Unidos como consultora principal del programa de certificación de intérpretes de los tribunales federales estadounidenses, para los que elaboró el diseño psicométrico del examen federal, que permanece como modelo en diversos países del mundo.

En la década de 1980 siguió trabajando en Estados Unidos como consultora en la interpretación judicial y dirigió proyectos para capacitar profesores universitarios y mejorar los servicios de los tribunales estadounidenses. También asesoró las reformas curriculares en diversas universidades con programas para la enseñanza de la interpretación en lenguaje de señas. En los años posteriores, seguiría relacionada con este país.

A solicitud de la Universidad de Fu Jen, se trasladó a Taiwán, en 1986, para diseñar, fundar y dirigir el Instituto de Postgrado en Estudios de Traducción e Interpretación (GITIS) de esta universidad, en Taipei. Fun Jen es la institución más antigua de educación superior en idioma chino de los jesuitas. Esta universidad se

expandió en las últimas décadas en número de estudiantes y en influencia social, y su prestigio la situó cerca de la Universidad Nacional de Taiwán. La vida y el trabajo de Etilvia se desplazaron durante esa década hacia la región de Asia-Pacífico, donde también estructuró y dirigió el Centro de Estudios en Interpretación y Traducción en la Universidad de Hawái.

Panamá. La Ciudad del Saber

Su regreso a Panamá se produjo en 1993. Sus padres y dos tías maternas vivían juntos bajo el cuidado de la nana que los acompañó toda su vida. Etilvia retornó al país para poder cuidar de ellos. En Panamá, dedicó sus conocimientos y energía a proyectos de diversa índole, pero todos ellos relacionados con sus preocupaciones principales: la globalización y la educación, así como la calidad de la docencia y de la investigación en las universidades.

En los primeros años de su retorno al país, el proyecto en el que puso más entusiasmo y esperanzas fue la creación de la Ciudad del Saber. Se relacionó con el proyecto porque la Cámara Americana de Comercio de Panamá (AMCHAM, por sus siglas en inglés) solicitó su experiencia para la organización del *Panama Canal College*, un centro de estudios superiores que funcionó a orillas del Canal de Panamá desde 1933, cuyas instalaciones la Autoridad de la Región Interoceánica (ARI) recibió del Gobierno de Estados Unidos en 1993. Las instalaciones del Panama Canal College serían traspasadas al patronato de la Fundación de la Ciudad del Saber, creada ese mismo año pero que empezó a funcionar en su ac-

tual sede en 1998. Finalmente el Panama Canal College se integraría a la actual Florida State University, ubicada en la Ciudad del Saber.

El futuro que vislumbraba la Dra. Arjona para la Ciudad del Saber era la posibilidad de convertirla en un gran centro que recibiera y conectara universidades, centros de estudios superiores e investigación de todas partes del mundo, con una orientación eminentemente educativa y transformadora. Sin embargo, su sueño para lo que ella consideraba una oportunidad única para Panamá, tomaría un rumbo distinto. En la Ciudad del Saber, tal como se organizó, tuvieron cabida instituciones educativas y de investigación, como la Secretaría Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (SENACYT), por ejemplo, pero no exclusivamente. En la opinión de la Dra. Arjona, la Ciudad del Saber se abrió a proyectos de carácter económico con menoscabo de los objetivos educativos, y finalmente, tal como se define en su web, es “una comunidad innovadora que impulsa el cambio social a través de la ciencia, el humanismo y los negocios”, en la que coexisten “empresarios, científicos, pensadores, artistas, líderes de las comunidades, así como expertos del Gobierno, de diversas ONG y de organismos internacionales [que] colaboran para desarrollar iniciativas que generan cambio social”. Nunca llegó a ser el centro de contactos, la red al servicio de la educación, de la investigación y de la interculturalidad, generadora de programas académicos innovadores con alto potencial para el cambio social y el estímulo del desarrollo sostenible que ella había soñado. Su visión de crear un espacio para el intercambio de saberes y de culturas, una especie de Universi-

dad Panamericana, un verdadero campus universitario, no tuvo éxito. Para ella, esto supuso una gran frustración.

Según el testimonio de Rolando De la Guardia, Etilvia tenía una visión muy crítica de cómo se diseñaron las bases de la Ciudad del Saber. Para ella, no hubo un interés suficiente por el desarrollo de la investigación y la docencia, ni por el progreso de la juventud, sino que se primó la búsqueda de los recursos económicos a través del aprovechamiento de las instalaciones del lugar. Ella soñaba que la Ciudad del Saber se convirtiera en un lugar donde se radicaran muchas universidades, con programas de intercambio internacional y de investigación de prestigio internacional, pero se convirtió en un espacio donde la presencia de las universidades se veía limitada por las condiciones económicas que se les exigían. Uno de los primeros proyectos fracasó por esa razón, como el programa de la Universidad Laval de Quebec, que inició con la presencia de un grupo interdisciplinario de investigadores, pero que tuvo que trasladarse a Costa Rica porque no podía cubrir el alto costo del alquiler de las instalaciones de Panamá. Se dieron situaciones similares con algunos proyectos de turismo ambiental.

Centro de Educación Superior de la USMA

Escogió trabajar en la Universidad Católica Santa María la Antigua (USMA) porque le gustaba el espacio físico en el que estaba. También influyó en su elección el carácter religioso de la institución. Además creía que la universidad tenía potencial para desarrollar sus ideas sobre la

educación universitaria. Pudo convencer a las autoridades de cooperación del proyecto estadounidense “Estamos Unidos” para que le concedieran los fondos necesarios para crear el Centro para el Estudio de la Educación Superior (CEDUSMA), donde ocupó el cargo de directora por 22 años.

Su formación y su anterior experiencia de trabajo la hizo una gran conocedora de los sistemas de cooperación, especialmente de los estadounidenses, probablemente eso le daba mucha confianza para poder alcanzar sus objetivos. Fue directora del Centro de Asesoramiento en Educación de Estados Unidos en Panamá, un programa de cooperación que en su momento promovió al CEDUSMA y los intercambios entre universidades estadounidenses y panameñas. Desde esa posición pudo conseguir becas a muchos estudiantes. Uno de sus éxitos fue un convenio de intercambio de estudiantes y profesores con la Universidad de Arkansas.

En su proyecto para el CEDUSMA, ella prioriza establecer convenios internacionales con diferentes universidades y formar investigadores que con sus proyectos hicieran sostenible que el centro se autofinanciara e impulsara la formación de investigadores. Pero sus objetivos chocaban con la orientación de la institución, más abocada hacia soluciones económicas más inmediatas. En opinión de De la Guardia, su plan para el desarrollo del CEDUSMA podía funcionar económicamente. Se basaba en establecer los vínculos con universidades e instituciones internacionales y en una serie de decisiones que la universidad tenía que tomar, como la creación de un programa de educación, una licenciatura o maestría.

Decisiones que nunca se tomaron y que impidieron que se materializara su proyecto. De la Guardia recuerda las muchas horas de trabajo que la Dra. Arjona invirtió en el diseño de programas y planes, en negociaciones con las universidades y en muchas reuniones con las autoridades de la USMA, que no sirvieron para que se tomaran en cuenta sus propuestas.

El CEDUSMA tenía poco personal, la directora, una recepcionista y algunos estudiantes. Pese a sus escasos medios, desde este espacio, ella fue mentora de muchos estudiantes, algunos de los cuales serían profesionales exitosos, como el abogado ambientalista Juan Carlos Montenegro; también hubo investigadores que aprendieron mucho de ella, como Rolando De la Guardia, Nanette Svenson o Nadia de León. Muchas personas que habían estudiado gracias a ella en el extranjero y en Panamá la apreciaban mucho.

Su experiencia como creadora y directora del CEDUSMA fue agrídulce. La existencia del centro en sí mismo fue un logro. El CEDUSMA llevó a cabo investigaciones, formó a estudiantes e impulsó el intercambio estudiantil que tanto le interesaba, pero finalmente la escasa autonomía de la que gozaba no fue suficiente para evitar su decadencia. Las instalaciones físicas del Centro se mantuvieron mientras ella fue su directora, pero en un espacio inferior en tamaño y calidad. Finalmente, no logró sobrevivir a su desaparición física. Según su alumno, el Dr. De la Guardia: "(...) luchó por muchas cosas, pero tuvo muchas frustraciones porque (...) se encontraba con los administradores que le ponían trabas, (...) ella trabajaba haciendo proyectos para avanzar hacia la sociedad del saber, pero no le hacían caso".

Crítica a la globalización de la educación.

Como parte del desarrollo del sistema de acreditación universitaria que se inició en 2006, se creó el Consejo Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria de Panamá (CONEAUPA) en 2010. Este sería el organismo evaluador y rector del sistema de evaluación y acreditación de la Educación Superior Universitaria. La preocupación por la calidad de la enseñanza en un mundo en el que el desarrollo social y económico dependían cada vez más de ella y en el que proliferaban "universidades", generalmente privadas, de dudosa calidad, originó la creación de organismos similares en todo el mundo.

La Dra. Arjona tuvo una participación sobresaliente en el proyecto de Acreditación Universitaria en Panamá. En este marco investigó el manejo y las políticas que dirigían la educación superior. En su estudio "La globalización del sistema universitario de Panamá" examinaba la proliferación de universidades privadas que relacionaba con el fenómeno de la globalización. En su análisis, la cantidad de estas instituciones no significaba necesariamente un aumento de la calidad de la educación superior. Destacaba que muchas de estas universidades ni siquiera contaban con un espacio físico ni programas docentes o de movilidad estudiantil. Etilvia desarrolló, a efectos de su estudio, una base de datos que no existía. Hasta el desarrollo de su investigación, en 2009, no había en el país registros confiables de la certificación de estas universidades.

Su modelo de educación superior ideal estaba basado en el sistema estadouni-

dense, que había inspirado las reformas que se hicieron en la Unión Europea y llegaron a América Latina también. Este sistema, según Etilvia, agrupaba instituciones académicas especializadas en investigación y otras en formación de docentes. La existencia de unas no demeritaba necesariamente a las otras. Unas se orientarían a crear investigadores, teóricos de una disciplina, mientras que las otras formarían pedagogos capaces de transmitir conocimientos. Etilvia consideraba que el sistema público panameño tenía potencial para subdividirse en universidades pedagógicas que fortalecieran la formación docente, y en otra rama que capacitara en carreras técnicas. Estas discusiones no eran nuevas, pero seguiría sin definirse cuál sería el mejor modelo educativo.

Su idea de internacionalización educativa se basaba en las ideas de Phillip G. Altbach, investigador y docente estadounidense, fundador del Boston College Center for International Higher Education, quien creía que era de gran importancia que países del “Sur Global” fortalecieran sus universidades para amortiguar una posible nueva colonización de la educación superior. Etilvia creía que la discusión en Panamá sobre la reforma en el sistema universitario debía tener en cuenta que, en el siglo XXI, donde el mercado y la ganancia mueven más que nunca a la sociedad global, las reglas del juego estaban cambiando para el mundo académico. Con las nuevas tecnologías, nada impedía que en Panamá pudiese existir un centro educativo del más alto nivel si se creaban sistemas sostenibles de investigación que pudieran generar ingresos para las universidades. Paralelamente expresaba su preocupación por la proliferación de universidades fraudulentas,

producto de la misma globalización; por lo que promovió con mucha persistencia el sistema de acreditación universitario.

Etilvia percibía el sistema de educación superior de forma sistémica. Según ella misma escribió, podía ver los problemas de la educación panameña desde varios puntos de vista: como educadora comprometida con la excelencia y la calidad de la educación; como investigadora educativa preocupada por la escasa producción de estudios científicamente fundamentados; y como ciudadana global inquieta por la repercusión que en el futuro cercano tendrían los acuerdos, tratados y compromisos que se estaban dando sobre aspectos de la educación superior a nivel mundial. Sin duda, sus recomendaciones no agradaban a quienes les favorecía el modelo de universidad-negocio que fervientemente denunció: “universidades” fraudulentas que, en su opinión, vendían títulos académicos o administraciones deficientes con un porcentaje más alto de profesores eventuales que titulares.

Poco antes de su muerte, Etilvia estaba trabajando en un proyecto promovido por la Unión Europea, financiado por los fondos “Horizons 2020”. Este proyecto tenía el propósito de hacer un estudio de la situación de la educación en las universidades latinoamericanas. En este iban a participar la USMA, la Quality Leadership University de Panamá (de la Louisville University), la Universidad de Ibagué y la Universidad del Pacífico de Colombia, la Universidad de Zaragoza de España y la Universidad de Glasgow, además de un consorcio de universidades, una eslovena y otra de Alemania. Lamentablemente, ella falleció antes de terminar el proyecto y el trabajo no se culminó.

Mentora de educadores e investigadores.

La obra de la Dra. Arjona fue muy vasta. Con ella se puede elaborar una larga lista. La asesoría en el diseño de la Ciudad del Saber, la creación y dirección del CEDUSMA, su trabajo en el Sistema de Acreditación de la Educación Superior en Panamá y como representante alterna de universidades privadas en el Consejo Centroamericano para la Acreditación de la Educación Superior (CCA). Además fue fundadora de la Asociación Panameña de Traductores e Intérpretes (APTI) en 1984. Elaboró proyectos para el desarrollo del sector turístico de Panamá. Trabajó en el proyecto para la creación de la Universidad Marítima Internacional de Panamá. Asesoró a la Universidad Estatal de Nueva York (SUNY-Binghamton), a la Universidad Internacional de Florida, a la Universidad Estatal de Montclair en Estados Unidos, así como a muchas otras organizaciones internacionales.

Algunos de sus proyectos más queridos no resultaron como ella hubiera deseado. Pese a todo, su obra tiene continuidad en aquellas y aquellos que recibieron su influencia. Fue mentora de varios educadores e investigadores que hoy están activos en Panamá. El Dr. Rolando De la Guardia Wald, historiador especializado en Historia de la Educación, fue director de investigación en la USMA y trabajó con ella en varios de sus proyectos. La Dra. Nanette Svenson laboró también con ella y publicaron juntas su investigación sobre la globalización de la educación, que fue financiada por la SENACYT en el año 2009. La Dra. Nadia de León también aprendió con ella en el CEDUSMA. Etilvia conoció el proyec-



Etilvia Arjona en su oficina de la USMA, sin fecha. Fotografía obtenida de la publicación de SENACYT (2019), De los investigadores a la comunidad.

to de Nadia de León y Nanette Svenson para la creación del Centro de Investigación Educativa (CIEDU), que recientemente ha obtenido su personería jurídica y que, de alguna forma, recoge su obra en el CEDUSMA. Las realizaciones de Etilvia perduran a través de la docencia e investigaciones de quienes fueron sus discípulos y discípulas, y quizás va más lejos de lo que ella pudo imaginar después de vivir tantas frustraciones.

Etilvia Arjona fue una gran autoridad en el sistema de acreditación universitaria, luchó para que se hiciera efectivo el cambio de paradigma que tan necesario le parecía en el contexto de internacionalización mundial de la enseñanza y del sistema económico. Pese a las dificultades que encontró, nunca se dio por vencida. En sus últimos meses de vida, tuvo varios problemas de salud, crisis diabéticas y derrames cerebrales. Estuvo al borde de la muerte en varias oportunidades. Rolando De la Guardia la visitó en el hospital donde estaba ingresada por última vez. Había perdido la capacidad de hablar pero podía escribir y le escribió que estaba mejor. Dos días después murió.

Agradecimientos

Nuestro agradecimiento a los alumnos de Etilvia, Rolando De la Guardia Wald y Nanette Svenson, que nos la hicieron conocer mucho más.

Agradecemos a Nadia De León por ayudarnos a comprender su lugar en la historia de la educación.

Entrevistas

7 de abril de 2022. Entrevista virtual a Rolando De la Guardia Wald por Yolanda Marco y Patricia Rogers.

20 de abril de 2022. Entrevista virtual a Nanette Svenson por Yolanda Marco y Patricia Rogers.

Bibliografía

Arjona-Tseng, E. (2017). Fraude Académico: nueva industria de la educación universitaria globalizada. *Investigación y Pensamiento Crítico*, 5 (1), 77-95. <https://doi.org/10.37387/ipc.v5i1.66>

— (s.f.). *Cambio paradigmático: Acreditación y reforma en la educación superior: Un punto de vista panameño*. Conferencia dictada en el marco del Consejo Centroamericano de Acreditación del Consejo Superior Universitario Centroamericano (CCA-CSUCA).

— (s.f.). "La investigación en el sistema universitario panameño". [Documento inédito] Proporcionado por Rolando De la Guardia.

Asociación Panameña de Traductores e Intérpretes [APTI] (2017). Etilvia Arjona. Recuperado el 17 de mayo de 2022 en: <https://aptipanama.net/etilvia-arjona/>

De la Guardia Wald, R. (2015). Escritoras, política de educación y la creación de la identidad panameña. *Societas, Rev. Soc. Humanist*, 17 (1), 113-134.

Secretaría Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación [SENACYT] (2019). *De los investigadores a la comunidad. 10 años de investigación*. Ciudad de Panamá.

Marcela Camargo Ríos

La nobleza de la historia oral

(Penonomé, Coclé, 19 de julio de 1941)

Por Yolanda Marco

Marcela Camargo debe ser reconocida como la pionera en los estudios de historia oral en Panamá, aunque son más conocidos sus trabajos museográficos y sobre el patrimonio histórico y cultural. Sus investigaciones históricas ponen la mirada en la gente común que no aparecen en la historia ni en sus relatos, para convertirlos en protagonistas. En el centro de sus estudios, aparece otro protagonista invisibilizado: el mundo rural. Marcela ha tenido que recorrer un largo camino para llegar finalmente a donde quería.

Penonomé en el corazón de Panamá

La ciudad de Penonomé, donde nació Marcela Camargo Ríos el 19 de julio de 1941, tiene una historia apasionante.

Situada en el corazón del país, es una tierra mestiza, de población y de cultura. Aunque la ciudad actual se remonta a la época colonial, su historia es mucho más antigua. En ella tienen cabida la tradición indígena, la africana y la hispana, y se mezclan las culturas más antiguas, visibilizadas en el Museo de Penonomé, con el Museo dedicado a dos expresidentes de la república, Harmodio y Arnulfo Arias Madrid, y espacios científicos de reciente creación como el Observatorio Astronómico de Panamá.

Nació en una bonita y sencilla casa de arquitectura tradicional, en una calle cercana al barrio de San Antonio, uno de los más antiguos de la ciudad. Allí transcurrió su infancia y adolescencia. En ese entonces el Mercado Público de Penonomé era el centro de una actividad comercial de base agropecuaria, a la que llegaba tam-





Marcela niña con su diploma del Jardín de la Infancia, cerca de 1947. Archivo familiar.

bién una parte de la producción de los pequeños agricultores del norte de la provincia. Ese sería uno de los espacios donde pasó sus primeros años.

Su madre, Carlota Ríos, nació en Pixbae, un pueblo de pescadores de perlas de la costa veragüense. El dueño de uno de los barcos que llegó al pueblo con buceadores de perlas se llevó a Carlota a trabajar a su casa de Penonomé. Dicen que Carlota era una jovencita hermosa que tenía muchos pretendientes, pero solo uno, Manuel Reinerio (Rene) Camargo la conquistó. Carlota tenía 19 años cuando se unió a Manuel.

La madre de Rene, la abuela Cornelia, había trabajado en Panamá en la casa de los esposos Lola y Alejandro Tapia. Allí refinó su educación y pudo llevar a su hijo Rene al Instituto Nacional. De regreso a Penonomé, Rene fue maestro en Loma Bonita un par de años, pero no le gustaba ese trabajo y se empleó como policía. Como tal, fue el director de la cárcel de Penonomé, pero más tarde se dedicó a manejar un transporte desde Penonomé a La Pintada. Rene tuvo con Carlota dos hijas, Cornelia (Nella) y Marcela, pero fue padre de diez hijos más con otras mujeres. Al menos en una ocasión, Carlota intentó abandonarlo cuando Marcela tenía unos nueve años, pero Rene consiguió hacerla regresar antes de llegar a la ciudad y ella volvió a Penonomé contra su voluntad. La abuela Cornelia vivía con ellos. Varios años después vivieron también con la familia algunas de las otras hijas que el padre tenía.

A pesar de las insatisfacciones de la relación, las hijas le dieron muchas satisfacciones a Carlota y a la abuela. La abuela Cornelia, mujer inteligente y previsora, “de luces largas”, se adelantaba en todo, y ha sido la mayor influencia en la vida de Marcela y Nella. De niñas, les compraba libros y para que los leyeran, las sentaba en las tardes de verano en el patio de la casa y les decía “Nella lee el libro ese que compré”, de esa manera consiguió iniciarlas en la lectura. La de Marcela es una familia en la que las mujeres tienen una fuerte presencia y autoridad.

La rebelión de la joven maestra

Marcela estudió la primaria en la escuela Simeón Conte y luego ingresó en el Primer

Ciclo Secundario, ambos en Penonomé. Por último ingresó en la Escuela Normal de Santiago de Veraguas, que era donde casi de manera inexorable terminaban en esa época los estudios de las mujeres y su preparación profesional. Marcela, como sus hermanas, veía el magisterio como la posibilidad de un trabajo remunerado y honrado. Aunque siempre le ha gustado la docencia, recuerda que ya desde entonces pensaba que no se iba a quedar como maestra: “Yo decía no me voy a quedar siendo maestra (...), quería explorar otras cosas”.

Se graduó en la Normal de Santiago en 1960. Trabajó un par de años como maestra haciendo sustituciones de maestras con licencias por gravedad en Las Delicias de Penonomé y permanentemente en Las Delicias de La Pintada y en Pajonal. Una vez graduada estudió algunas asignaturas de historia en la Extensión Universitaria de Penonomé de la Universidad de Panamá y durante los fines de semana siguió los cursos que dio la antropóloga Reina Torres de Araúz, recién regresada al país procedente de Buenos Aires. Esas clases le causaron un fuerte impacto a la joven Marcela: en ellas descubrió a los indígenas, a los negros coloniales y una desconocida historia de Panamá que nunca había imaginado. Y supo que eso era lo que quería estudiar.

Entonces decidió que ya no seguiría de maestra y que se iba a ir a estudiar a la capital. Así se lo comunicó a la familia. Su padre no estaba de acuerdo con que su hija viajara sola a Panamá, que juzgaba un lugar peligroso para una joven. Su madre, la abuela y su hermana la apoyaron. Marcela consiguió un préstamo de pequeño monto del Instituto para la For-

mación y Aprovechamiento de Recursos Humanos (IFARHU), dirigido entonces por Diógenes Arosemena, que resultó ser compañero de su padre de la escuela y le prometió treinta y cinco dólares para sus estudios en Panamá. Con esa mensualidad más lo que su abuela, su madre y Nella le podían mandar, Marcela emprendió emocionada su nueva vida de estudiante universitaria de escasos recursos, viviendo en una casa de familia con raíces penonomeñas, a quienes pagaba por su alojamiento y manutención.

En 1965 ingresó en la carrera de Filosofía e Historia, de la Universidad de Panamá. Además de Reina Torres, Marcela tuvo como profesor a Carlos Manuel Gasteazoro, padre de la historia científica en Panamá, que sería también maestro de Celestino Araúz, Armando Muñoz y Alfredo Castellero Calvo. Aprendió mucho de los cursos de José de Jesús (Chuchú) Martínez, Ricarte Soler, Ricardo Arias Calderón, Alfredo Castellero, Isaías García y otros destacados profesores de esos tiempos. Su interés se iba decantando por el estudio de los grupos humanos, hacia la antropología, influenciada por Reina Torres. En las clases, coincidió con el estudiante y luego antropólogo Francisco Herrera, cuya amistad y colaboración han sido una constante en su vida.

Cuando Reina Torres fue su profesora en Penonomé se mostró interesada en la formación de Marcela y, una vez en Panamá, la invitó a ella, a Francisco Herrera, Raúl González, Rafael Rivera y Marcia Arosemena a participar en el Centro de Investigaciones Antropológicas que había creado en la Universidad de Panamá. Allí participó en varias investigaciones de campo, en el área teribe y en la Costa Abajo de



Recibiendo un reconocimiento del Dr. Cedeño Cenci, director del INAC, por su trabajo en la organización y dirección del Primer Encuentro Nacional de Política Cultural en 1983. Archivo familiar.

Colón, y estas fueron sus primeras experiencias de estudios con grupos humanos, realizando entrevistas y encuestas, que la entrenaron en las técnicas que utilizaría posteriormente en sus estudios de historia oral. Terminó sus estudios universitarios en 1969 con la tesis "Estudio de la migración azuereña en el regimiento de Tambo, distrito de Penonomé", que dirigió Reina Torres. Fue ella quien le consiguió una beca de la Fundación Ford para estudiar museografía en México, hacia donde partió en febrero de 1970. Bertilda Tejeira y Raúl González fueron compañeros suyos en la experiencia mexicana.

Estudios en México. Del esplendor a la decepción de la museografía

En México estuvo seis meses estudiando en el Museo Nacional de Antropología y en el Museo de las Culturas. Tenía clases

teóricas por las mañanas con el maestro Mario Vázquez Ruvalcaba, director y museólogo jefe del Museo Nacional de Antropología que revolucionó en su momento la museología y museografías mexicanas, y luego tenía clases prácticas en las salas del Museo, participando en la organización y el montaje de las exposiciones con los expertos. Como parte de su aprendizaje realizó muchas visitas a los distintos museos del país. Fue una experiencia muy grata porque, además, las personas la trataron muy bien.

En México conoció a la pionera de la antropología panameña Olga Linares y entablaron una cercana amistad que perduró toda su vida. Olga invitó al grupo de panameños a recorrer con ella muchos lugares de México. Más tarde volverían a reencontrarse en Panamá.

A su retorno a Panamá, Reina Torres, en la Dirección Nacional de Patrimonio Histórico, le confió la dirección del Mu-

seo Nacional. Era un gran reto para una joven de 29 años, pero Marcela no se arredró y aceptó. Era consciente de que necesitaba ayuda, especialmente para documentar la colección de arqueología que era muy buena, pero estaba mal expuesta y peor documentada. Recurrió a Olga Linares que la ayudó a organizar estas salas del Museo. Después consiguió también la ayuda del arqueólogo Richard Cooke. Olga Linares le ofreció la posibilidad de ir a estudiar los museos del Instituto Smithsonian (STRI) de Washington con una beca, pero Reina Torres no le dio su aprobación a la beca y no pudo aprovechar la oportunidad.

El Museo Nacional se convirtió, bajo la dirección de Marcela, en 1976, en el Museo del Hombre Panameño, cuando se instaló en el edificio que había sido la antigua Estación del Ferrocarril. A través de la gestión de Reina Torres, tuvo la colaboración de Felipe Lacouture, destacado museólogo mexicano, con el apoyo de la OEA y del Museo de las Culturas de México, y de la arquitecta panameña Marcela Toral. Colaboraron también conservadores, restauradores y museógrafos: Jacinto Almendra, Manuel Antonio Rodríguez y Balbino Soo, pero no había recursos humanos para la investigación y, durante el tiempo que fue directora del Museo, tuvo que recurrir en muchas ocasiones a la colaboración del STRI. Inexplicablemente en 1982 la sustituyeron por una persona que no tenía formación museográfica. Pretendieron que se encargase de la dirección del Museo de Historia, pero ella no aceptó. Se rebeló y consiguió que, contra su voluntad, la enviaran a los Archivos Nacionales donde trabajó dos años. El Museo del Hombre Panameño cambió su denominación en

1983 y recibió el nombre de Museo Antropológico Reina Torres de Araúz.

La manera en que se manejaban las políticas culturales en el país las sometían al vaivén de los intereses políticos de los gobiernos, que no priorizaban la adecuada formación y experiencia del personal que debía llevarlas a cabo. Marcela se sentía cada vez más decepcionada. De 1983 a 1990, estuvo en diferentes cargos, desde los que pudo organizar exhibiciones en escuelas y museos, a pesar de no contar con el personal adecuado. Sus trabajos causaron una intensa huella en el público. La antropóloga Guillermina De Gracia recuerda así la visita al Museo Reina Torres de Araúz, donde llegó desde su escuela de Penonomé en 1988: la emoción de la sala del oro y el descubrimiento de un mundo que la guiaría hacia los estudios de antropología.

Fueron años de intensos enfrentamientos políticos y sociales, que desembocaron en la invasión estadounidense a Panamá de 1989 y el saqueo y robo del Museo Reina Torres de Araúz. Poco después de la invasión, Marcela fue nombrada su directora. El Museo, como otras instituciones de cultura, padecieron esas dificultades y no tenía recursos para casi nada. Lo único que pudo hacer fue solicitar la ayuda de algunos organismos internacionales para restaurar algunas piezas, publicar las fotos de algunas piezas robadas en la revista *Museum* tratando de evitar su venta, así como reabrir el Museo. Ocupó la Dirección Nacional de Patrimonio Histórico entre 1990 y 1994, con una interrupción en 1991. En ese interregno, sin trabajo y muy desilusionada por los acontecimientos, Marcela buscó trabajo en la Universidad de Panamá y comenzó a dar clases en la

sede de La Chorrera. En los pocos años que estuvo en la Dirección de Patrimonio Histórico, trató de actualizar la información de los museos, empezar a restaurar las piezas dañadas y, sobre todo, catalogar las piezas que no estaban registradas. A lo largo de los años de dedicación al patrimonio histórico y a los museos, Marcela desplegó una intensa actividad: respaldó investigaciones arqueológicas; organizó y celebró el 1er Congreso Nacional del Patrimonio Cultural; se retomó la publicación de la revista *Patrimonio Histórico* y se hicieron grandes esfuerzos por controlar la huaquería. Se dieron los pasos iniciales sobre la restauración del Conjunto Monumental de Portobelo, publicó varios trabajos sobre el patrimonio cultural e histórico panameño y la historia de los museos y estuvo muy activa en la creación de la Asociación de Antropología. Se retiró definitivamente de la institución en 1994 sin poder culminar su trabajo.

Familia y profesión

El arqueólogo inglés Richard Cooke estaba desde finales de los años sesenta realizando sus trabajos de doctorado en Coclé (posteriormente formó parte del STRI) y visitaba el entonces llamado Museo Nacional. Marcela se le presentó como su directora y le pidió ayuda para organizar la sala de arqueología, para presentarla y documentarla mejor. Luego él llegó varias veces a su oficina, fueron a una práctica de campo, en el Sitio Sierra, cerca de Aguadulce, y empezó la relación más cercana entre los dos. Marcela y Richard Cooke se casaron en Penonomé en 1974. Olga Linares asistió al enlace de la misma forma en que Marcela fue invitada al matrimonio de Olga con Martin Moynihan el año anterior.

Cuando era una jovencita de quince o dieciséis años Marcela pensaba: “Aquí en Penonomé yo no me caso” porque no le agradaba el trato que los muchachos le daban. Le silbaban en la calle y ella se paraba y les decía: “Yo no soy un perro, yo me llamo Marcela”. No podía imaginarse casada con un hombre así. Hasta que llegó Richard, que era diferente, que conocía otras cosas, que la trataba de otra manera, y eso marcó la gran diferencia. Hasta entonces había tenido muchos admiradores, pero ningún novio.

Cuando iban a darle la noticia de su embarazo a la familia en Penonomé, Marcela, que iba manejando el coche, empezó a sangrar y temió perder a su hija. Afortunadamente no fue así y en marzo de 1976 nació Juana Carlota. Tiempo después tuvo un aborto espontáneo y en 1979 un embarazo ectópico. Esa última fue una experiencia terrible que la puso al borde de la muerte. Era la época de las grandes manifestaciones de los educadores a finales de los años setenta, que dificultaban mucho el tránsito por las calles de la ciudad; por suerte pudieron llegar pronto al hospital donde la intervinieron de urgencia. Pero Marcela quiso antes pasar por el Museo porque insistía en que tenía que dar cuenta de su ausencia. Su hija Juana Carlota recuerda esta anécdota que ilustra la firmeza del carácter de su madre, su rectitud para cumplir con su trabajo. Juana Carlota tuvo en su madre un modelo de mujer de principios firmes, muy disciplinada, trabajadora y considerada con su personal.

Después de casada, Marcela visitó con su marido la ciudad de Guildford, cercana a Londres, donde había nacido Richard, y realizaron un recorrido por varios países y ciudades de Europa: París, Bruselas, Alemania, Venecia, Génova, y de nuevo Ingla-

terra. El matrimonio duró nueve años, se separaron y posteriormente se divorciaron. Al principio fue muy doloroso y triste. “Nosotros teníamos tanto en común que me dolió horrores”, recuerda. Pero en la relación, además de una hija en común, había algo muy importante que se ha mantenido todo el tiempo: su admiración por el trabajo que Richard hacía en arqueología y su insistencia para que otras personas aprendieran. Y un cariño y admiración mutuos que han perdurado hasta el presente.

Durante su matrimonio el trabajo de ambos esposos era muy intenso. Marcela tenía exposiciones temporales además de apoyar en el montaje de otros museos, actividades en el auditorio y con las embajadas y Richard sus investigaciones y su trabajo de campo. Tenían una nana que cuidaba de Juana Carlota. La abuela Carlota ayudó los primeros meses y más tarde en ocasiones la niña acababa en la oficina de la madre o del padre. Otra señora ayudaba en la cocina y en la limpieza. Según su hija, a Marcela no le gusta cocinar, en la casa prefiere el cuidado de las plantas y de sus animales, pero ayudaba en todo, y en la actualidad Juana Carlota se ocupa de esa tarea cuando no disponen de otra ayuda y se lo permite su trabajo. En muchas de sus fotos de niña, Juana Carlota aparece en las primeras filas del público en las actividades que su madre organizaba en el Museo. Por no desatender a su familia y a sus labores, Marcela no quiso aprovechar una oportunidad que le brindó Reina de trabajar en la Universidad porque, dice: “Yo quería hacer las cosas bien”.

El aprecio de Marcela por el trabajo de Richard estaba por encima de todo lo negativo que pudiera quedar de su relación, y

prevaleció. De vez en cuando Marcela iba a alguna de sus presentaciones, y a veces lo invitaba para que diera alguna conferencia en los cursos que daba en la universidad. Cuando Richard se enfermó gravemente, su hija le pidió que lo recibiera en su casa para que ella, que vive con su hijo Adrián y su compañero Florencio Díaz en la casa materna, lo pudiera cuidar. Marcela lo aceptó y Richard estuvo seis meses convaleciente con ellos.

En el año 1973, llegó la antropóloga estadounidense Gloria Rudolf a la Dirección de Patrimonio Histórico buscando información porque deseaba hacer una investigación relacionada con los asentamientos campesinos. Marcela le presentó a una pequeña comunidad rural de Coclé, Loma Bonita, en la que Gloria, cambiando su idea inicial, decidió realizar su investigación. Durante los frecuentes viajes de Gloria a Panamá por su trabajo, ha residido en la casa de Marcela. La gente de Loma Bonita es la protagonista de su libro *La gente pobre de Panamá* y de su nuevo libro *Esperanza Speaks*. La amistad que nació entre Gloria y Marcela se mantiene hasta hoy y se visitan frecuentemente.

La convivencia con Richard Cooke y su gran amistad con Olga Linares y Gloria Rudolf la aproximaron al mundo de la arqueología y la antropología. Su interés por el estudio de los grupos humanos en la historia se iba ampliando y profundizando. A su formación de historiadora se le agregaron nuevas inquietudes relacionadas con el mundo de la gente humilde de la sociedad rural, con su cultura y sus vivencias. El conocimiento de las técnicas investigativas de la antropología la prepararía para llegar con mucha facilidad a un nuevo territorio científico, la historia oral.

Encuentro con la historia oral

Marcela inició una nueva etapa de su vida en la Universidad de Panamá, como docente y como estudiante de historia. Su gusto e interés por acercarse y conocer el mundo de la gente común y del campo la condujeron hacia una visión de la historia en la que descubrió la metodología y las técnicas de la historia oral, que le permitían incorporar al relato histórico el de la gente anónima. De 1994 a 1996, realizó sus estudios de Maestría en Historia de Panamá y América en la Universidad de Panamá e inició su investigación en historia oral con su tesis de graduación, publicada años después bajo el título de *Producción y comercio en la sociedad rural de Penonomé durante los primeros cincuenta años de la República*. El sociólogo Alfredo Figueroa Navarro escribió que quien leyera el libro “descubrirá un país nunca visto, harto ignorado por las cartillas polvorientas, llenas de perogrulladas y lugares comunes. Un capítulo importante, un honroso capítulo metodológico de historia patria —rural— (...).”

Fue el historiador Alfredo Castellero Calvo, su director de tesis, quien la indujo a hacer su investigación en historia oral. Marcela recordaba ver a los campesinos en el mercado de Penonomé, caminando por las calles, vendiendo sus artesanías y productos agrícolas, y el menosprecio de mucha gente hacia ellos. Y siempre se planteaba cómo ayudarles. Así que pensó que escribiendo sobre ellos podría hacerlo. Estas personas habían mantenido su cultura a base de esfuerzo, de su penoso trabajo en el campo, y eso fue lo que se reflejó justamente en el trabajo.

Quería destacar a estos campesinos que desde sus antecesores estaban cultivando la tierra, trabajando duro, llevando productos al pueblo y que sus descendientes, los actuales campesinos, mantenían esa costumbre, trabajaban y vivían con dignidad a pesar de su pobreza, a pesar de todo. Cuando regresó a una de las comunidades con las que trabajó para mostrarles a sus informantes el trabajo publicado en el que aparecían sus testimonios, les leyó sus palabras y uno de ellos dijo muy contento: “Oye Marcela, mira, es que ahora yo estaré en la historia como Cristóbal Colón”. Esa reacción le produjo un gran impacto y le confirmó el poder que la historia oral ofrece a los campesinos, al considerarse hacedores y parte de la historia.

La historia oral es una forma nueva de entender la historia, que desde los años sesenta era una de las nuevas corrientes de la historia, pero que en Panamá no había tenido seguidores hasta entonces. Introduce en la investigación histórica técnicas usadas por la antropología y la sociología, fundamentalmente las entrevistas, con el objetivo de recuperar con ellas las memorias de las personas anónimas cuyas vidas, problemas y hechos, no aparecen en la historia oficial. De esa manera, los documentos audiovisuales y la transcripción de las entrevistas se constituyen en fuentes primarias para la investigación. La historia oral crea documentos, fuentes para el estudio, allí donde no existían y, en consecuencia, incorpora a la historia a protagonistas ignorados hasta entonces, como la población analfabeta, indígenas, campesinos pobres, mujeres, etc.

Trabajando en la sede capitalina de la Universidad de Panamá, Marcela fue di-



Marcela Camargo con la señora Migdalia de Flores, informante para su tesis de maestría *Producción y comercio en la sociedad rural de Penonomé en los primeros cincuenta años de la República, que está acompañada de su hijo. Año 1997. Archivo familiar.*

rectora del Centro de Investigaciones de la Facultad de Humanidades (CIFHU), que retomó la publicación de la *Revista Catedra* para convertirla en una revista indexada. Su compromiso con los estudiantes y con la actualización de los estudios de historia fueron un sólido apoyo a la dirección que el Departamento de Historia le estaba imprimiendo a la carrera, como opina la historiadora Miriam Miranda, directora entonces del Departamento: "Aunque la tarea pareciera inalcanzable, Marcela con su trabajo metódico y organizado lo sacaba adelante. Fue la gestora de varias actividades en el Departamento de Historia como congresos, seminarios y encuentros académicos con reconocidos historiadores de la historia oral".

En 2005 participó en el Congreso Internacional de Historia Oral en Bogotá.: "Orali-

dad y archivos de la memoria". Se le abrieron las puertas para ampliar su formación teórica y práctica y entró en la Red Latinoamericana de Historia Oral (RELAHO) y en la Asociación Internacional de Historia Oral (IOHA). Conoció la obra de los más importantes especialistas de América Latina y del mundo, como Antonio Montenegro y Regina Güimaraes de Brasil, Gerardo Necochea y Ada Marina Lara Meza de México, los esposos Fabio Castro y Deyanira Laza de Colombia, Liliana Barela de Argentina, Mercedes Vilanova y Miren Lloña de España. Marcela desde entonces ha seguido participando activamente en los congresos regionales y mundiales dando a conocer sus trabajos: México, en 2008; Managua, en 2009; Venezuela, 2011; San Salvador en 2013; Bogotá de 2019. En 2007, con un grupo de colegas de la Universidad de Panamá organizó el II Encuentro Internacional de Historia Oral y el 1er Encuentro Nacional de Historia Oral con el que se pretendía impulsar la investigación en este tema en el país.

Organizó varios seminarios en la Universidad de Panamá con especialistas de Argentina, Brasil, y España: sobre "La exploración de las identidades a través de la vida" (2010); "La historiografía, las prácticas de investigación y de enseñanza y las fuentes orales" (2012); "El uso de la metodología biográfica" (2015); y "Memoria y oralidad en la investigación científica" (2016). En palabras de su colega Miriam Miranda, Marcela: "Presentó trabajos sobre temas y personajes que no eran objeto de las investigaciones históricas hasta ese momento. Con ello abrió, en un terreno árido, una fuente inagotable de posibilidades de hacer historia no tradicional", y logró que algunos estudiantes participaran en los seminarios y algún congreso internacional.

Pese a eso, la historia oral no tiene todavía muchos seguidores en Panamá. Uno de los objetivos principales de la historia oral, que es la construcción de un archivo de historia oral para preservar sus documentos, no se ha conseguido todavía.

De sus publicaciones sobre historia oral se pueden destacar: “Influencias canleras en la sociedad rural: un estudio de cinco casos” (2006); y “Memorias del sindicato agrícola de El Coco” (2009). En el año 2010, se publicó su trabajo “Experiencias de Historia Oral con la sociedad rural penonomeña, provincia de Coclé, Panamá. Ahora yo entraré en la historia como Cristóbal Colón”. En el 2011, publicó “Rebeldía y perseverancia en el sindicalista Perseverando Bernal”. Su trabajo más reciente es “Las medidas tradicionales en la ruralidad panameña, expresiones culturales y de resistencia” (2020).

El territorio de la casa común

Marcela siempre quiso ir más allá. No quiso ser solo maestra, pero siempre fue maestra. Fue museógrafa, y puso los museos al servicio de la docencia. Tuvo una educación informal en antropología y arqueología, con lo que comprendió mejor a los grupos humanos de su tierra, y sus conocimientos los puso al servicio de la gente común y corriente. Y yendo más allá se encontró con los estudios de historia oral que sintetizaron todo lo que ella quería estudiar para devolvérselo a sus protagonistas, a la gente de su pueblo, y con ello dignificarla. Su recorrido es de muy largo alcance, pero siempre tiene un camino de retorno. Siempre regresa a la casa común que representa su bonita casa de Penonomé.

Marcela se jubiló de la Universidad de Panamá en 2016. En la actualidad sigue trabajando en una de sus líneas de investigación de historia oral. Ha regresado al poblado costero coclesano de El Coco, donde ya había estudiado la historia de la constitución de un sindicato agrícola, para investigar no solo el trabajo y la vida cotidiana de sus moradores sino, especialmente, las relaciones entre los diferentes grupos sociales. Además, continúa enseñando en el “Diplomado internacional en metodología de la investigación social; enfoque cuantitativo, cualitativo y mixto” de la Universidad de Panamá.

El compromiso y la ilusión que mueven el trabajo de Marcela probablemente no han obtenido todavía los resultados que ella desearía y a la historia oral le queda un largo recorrido por delante para instalarse en el país. Pero, aunque quizás ella no lo sepa todavía, seguro que muchos de sus alumnos la recuerdan y les ha tocado su pasión por el estudio de la historia tal como ella lo hace, la historia de la gente desde abajo. La antropóloga Guillermina De Gracia y la historiadora Miriam Quirós son algunas de las personas a las que inspiró.

Marcela vive en Cáceres, Arraiján, en una finca atravesada por una quebrada y rodeada de naturaleza, hermosas flores que cultiva con gran dedicación, cuidando de sus perras y su gata. Vive en compañía de su nieto adolescente Adrián, su hija Juana Carlota, abogada, activista de derechos humanos y feminista, y con el compañero de esta. Además de sus trabajos, hay que destacar de ella que es una mujer de exquisita sensibilidad, optimista, amante de las plantas, protectora de la naturaleza y de los animales, ligada profundamente a su tierra natal, a su familia y a su gente.



De izquierda a derecha, Marcela, su hija Juana Carlota y su hermana Nella, en el centro abajo su sobrino Toby. Año 2001. Archivo familiar.

Agradecimientos

Gracias a Marcela Camargo por confiar en nosotras.

Gracias a Juana Cooke Camargo por compartirnos las memorias de su madre.

Gracias a Francisco Herrera, a Guillermina De Gracia y a Miriam Miranda por sus valoraciones de un trabajo que conocen tan bien.

Entrevistas

19 de febrero de 2022. Entrevista virtual a Francisco Herrera por Yolanda Marco y Patricia Rogers.

23 de febrero de 2022 y 3 de marzo de 2022. Entrevista virtual a Marcela Camargo por Yolanda Marco y Patricia Rogers.

12 de abril de 2022. Entrevista virtual a Juana Carlota Cooke Camargo, hija, por Yolanda Marco y Patricia Rogers

26 y 27 de abril de 2022. Consulta telefónica a Miriam Miranda Estribí por Yolanda Marco.

Bibliografía

Camargo, M. (2002). *Producción y comercio en la sociedad rural de Penonomé durante los primeros cincuenta años de la República* [Tesis de maestría, Universidad de Panamá] Vicerrectoría de Investigación y Postgrado. Agenda del Centenario.

—— (21 de marzo de 2008). "Reina Torres de Araúz en mi recuerdo". *La Prensa*.

—— (2020). "Las medidas tradicionales en la ruralidad panameña, expresiones culturales y de resistencia". *Cambios y permanencias*, 11 (2). Dossier VIII Encuentro Internacional de Historia Oral y Memorias. <https://revistas.uis.edu.co/index.php/revis-tacy/article/view/11766>

Ciencias médicas

Lidia G. Sogandares Rivera

La Doctora de la salud reproductiva de la mujer

(Isla Taboga, 17 de octubre de 1907 – Ciudad de Panamá, 21 de marzo de 1971)

Por Vannie Arrocha

Lidia fue una mujer de muchas primeras veces, de sentarse en la mesa o, inclusive más, presidirla; abrió la puerta de par en par para otras. Lidia fue la primera panameña graduada de médica cirujana (o médica general, como coloquialmente se le llama en Panamá) y primera mujer ginecobstetra. Su legado se centra en tres áreas: el gremio, la enseñanza y la atención de la salud de la mujer. En la primera, se destacó como miembro proactiva en las asociaciones a las que perteneció; como docente enseñó a varias generaciones de estudiantes de enfermería y de medicina, pero, sobre todo, "La Doctora" se dedicó al servicio de la atención de la salud de la mujer, dedicando igual esmero a la esposa del mecánico como a la del presidente.

Decidió no casarse y no tuvo hijos. En una época en que la sociedad panameña limi-

taba a la mujer a ser hija, esposa y madre, Lidia rompió ese patrón.

La primera de las primeras veces

Lidia nació el 17 de octubre de 1907 en Isla Taboga, del matrimonio conformado por Manuel Sogandares, mecánico, y Lidia Rivera, ama de casa. La pareja tuvo siete hijos, pero la primogénita murió a los pocos días de nacida. Por motivos de trabajo, Manuel junto a su familia se mudaron a la ciudad. De tal manera que Lidia culminó su educación primaria, que había comenzado en la isla, en la Escuela de Niñas de Santa Ana #2.

En 1918, el colegio más prestigioso del país era el Instituto Nacional. Su cuerpo docen-





Lidia Sogandares en su niñez. Archivo personal de Carmencita Sogandares.

te contaba con profesores como Octavio Méndez Pereira, José Daniel Crespo, Fermín Naudeau, Jephtha B. Duncan y otros, sin embargo, era un recurso exclusivo para varones, hasta que se introdujo la educación mixta mediante el Artículo 21 de la Ley 35 de 1919. Esta medida, que atendió asuntos económicos y pedagógicos, causó alarma entre las mentes más conservadoras, pero prevaleció la nueva normativa, dándole oportunidad a las niñas y las adolescentes a recibir una formación distinta a magisterio, taquigrafía o modistería. Ese fue el caso de Lidia, quien pudo estudiar un bachiller en Humanidades, el primer paso hacia su sueño de ser médica.

De los años de Lidia en el Instituto Nacional (IN), hay que rescatar dos hechos:

se convirtió en la primera reina de las novatadas de los aguiluchos (nombre que reciben los estudiantes del IN) y se graduó con el primer puesto de honor del bachillerato en Humanidades (sección de letras y ciencia que preparaba a los estudiantes para estudios universitarios).

El graduarse con el primer puesto de honor le dio los créditos para una beca de licenciatura en el Colegio Santa Teresa, en Winona, Minnesota, Estados Unidos, otorgada por la Unión Panamericana (hoy Organización de los Estados Americanos).

Tal beca generó una discusión en la familia Sogandares Rivera: Manuel no estaba de acuerdo con que su hija se fuese a estudiar al extranjero por dos razones: él supuso que Tula (como le llamaban en casa) tras graduarse del Instituto comenzaría a trabajar para ayudar en la economía del hogar, ubicado en avenida B; además, Manuel era del pensamiento de que ninguna joven decente duerme fuera de su casa.

En este punto interviene Esther Neira de Calvo, la gestora de la beca, quien era la Inspectora General de Enseñanza Secundaria, Normal y Profesional de la Secretaría de Instrucción Pública. Según la hija de doña Esther, Gloriela Calvo, su madre visitó a Manuel Sogandares. Neira de Calvo le dijo a Manuel que Lidia, graduada de doctora en medicina, sería más útil a la familia y a la patria. Luego de esa conversación, Lidia no solo obtuvo la autorización, sino que su padre movió cielo y tierra para ayudarla con los gastos de su viaje.

En nueve años, Lidia logró su cometido. Obtuvo primero el título de Licenciada

en Artes y Química en el Colegio Santa Teresa, de Winona; el grado de doctora en medicina en la Universidad de Arkansas en Little Rock, e hizo el internado en obstetricia y ginecología en el Hospital de las Mujeres de Filadelfia¹. Inspiración y oportunidades son las palabras que definen los doce meses que estuvo Lidia en este hospital, donde llegó a ser primer asistente en el sala de operaciones.

Tras la extraordinaria experiencia de Filadelfia, su sed por poner en práctica lo aprendido en su tierra natal fue tan grande y su ambición intelectual de igual tamaño que rechazó una propuesta de matrimonio de un amor que surgió en sus años de estudios; sin embargo, el retrato de Daniel reposaría en su habitación por años.

Todos los médicos eran hombres hasta que llegó ella

Julio de 1935 fue el momento de regresar a casa. Se había ido una adolescente de pelo largo y regresó una mujer de pelo corto, segura, vanguardista. Católica devota. En su personalidad convergieron dos cualidades disonantes, temple y dulzura, atestiguó Lucila, su hermana menor, en una carta escrita en 1972.

Lidia fue nombrada oficialmente en el Hospital Santo Tomás el 10 de octubre de 1936, mediante el Decreto número 37 como “médico interno de primera cate-

goría”. Más datos sobre su nombramiento ofrece *Relieves en el Istmo* (1942), de Jorge Enrique de Ycaza y Juan de Dios Córdoba, que indica que Lidia fue llamada por el Gobierno nacional a prestar sus servicios como asistente del jefe de la sala de maternidad, el doctor Gaspar Arosemena.

El primer caso que atendió, según *Valores Femeninos Panameños*, de Juana Oller de Mulford, fue un parto de gemelos por cesárea. Tomando en cuenta las limitaciones de la época en anestesia y otros recursos, es evidente que fue una tarea tan difícil como bien resuelta.

“Éramos solamente tres médicos en Maternidad, el Dr. Luis Prieto, la Dra. Sogandares y yo. El trabajo era agotador y deprimente, pues teníamos que tratar todos los casos anormales de la provincia de Panamá y la ciudad de Colón. Pensé que ella no resistiría el trabajo, pero su voluntad de acero, su amor y determinación al trabajo la hicieron triunfar”, declaró Arosemena muchos años después al diario *Crítica*.

Lidia hizo prácticas de verano en el Gorgas, el Hospital Panamá y en el Hospital Santo Tomás, según una carta que escribió en 1934. No obstante, tras su regreso a Panamá esperó un año y tres meses para ser nombrada en el *Elefante Blanco* (apodo que recibía el hospital), mientras su mentora y madrina de confirmación, Esther Neira de Calvo, le consiguió trabajo en la Escuela Normal de Señoritas.

¹. Correspondencia de Esther Neira de Calvo. Special Collections at Georgetown University Library. https://findingaids.library.georgetown.edu/repositories/15/archival_objects/1302533. Fecha de consulta: 24 al 28 de Junio 2019.

Precaria salud femenina

Durante las primeras décadas del siglo XX, las mujeres se provocaban abortos con quinina, soluciones de bicarbonato de sodio o permanganato de potasio, sustancias que dejaban quemaduras o perforaciones en la pared vaginal. Esta realidad la tiene que haber palpado Lidia de primera mano, pues Julio Armando Lavergne asegura, en su libro *Recuerdos: Memorias del doctor Julio Armando Lavergne*, que “a mediados de la década de 1930 regresó a Panamá un grupo de médicos que habíamos hecho estudios en el exterior... Todos nosotros, en una u otra ocasión, tuvimos que atender a mujeres con infecciones pélvicas severas y hemorragias masivas producidas por abortos inducidos”. Testimonio que nos habla de los problemas de la época.

En 1949, “La Doctora” — como le decían sus pacientes — agobiada y golpeada en su humanidad, dio una declaración trascendental a la *Revista Épocas*:

“Tenemos un buen salón de operaciones pero las salas de caridad son sumamente estrechas para los muchos casos que hay que atender. Antes eran solamente unos 50 partos al mes, ahora pasan de 400. [Es un] triste cuadro de innumerables madres acostadas en colchones esparcidos por el suelo, en los corredores, en cualquier rincón disponible. Y, ¡qué se hace! No podemos despacharlas para que den a luz en sus hogares, si es que así se puede llamar al cuartucho donde vive aglomerada una familia entera. A las 24 horas de nacido el niño, todavía con peligro de hemorragia, tenemos que devolverlas a su casa. Con el alma oprimida y el corazón hecho un trapo tenemos que

hacerlo, pues hay que disponer del reducido espacio donde yace su cuerpo, para que lo ocupe otra pobre que lo necesita con mayor urgencia.(...) Es muy común el caso de mujeres que no han pasado de los veinte años y ya tienen tres o cuatro ‘hijos sin padre’. Los hombres que las seducen, apenas se dan cuenta que van a ser madres, las abandonan en el mayor desamparo. Para estas mujeres la maternidad no es el más alto y noble de los estados, sino un estigma que las coloca automáticamente en el arroyo. (...) Ciertamente que la maternidad para ellas no tiene nada de placentero ni agradable, es sencillamente una tragedia. Da lástima verlas acabadas, envejecidas en plena juventud”.

Su pronunciamiento sobre los problemas de la maternidad temprana y la paternidad irresponsable fue motivo de algunas críticas.

Según el Fondo de Población de las Naciones Unidas, para 1969, en el mundo, la mujer promedio tenía 4,9 hijos y el 35 % de las mujeres casadas utilizaban algún método anticonceptivo para retrasar o prevenir el embarazo; en los países menos desarrollados, sin embargo, la mujer promedio tenía 6,7 hijos, y aproximadamente el 2 % utilizaba algún método anticonceptivo.

A pesar de que el país contaba con regulaciones de esterilización femenina voluntaria desde 1938, el protocolo no facilitaba la toma de decisión de la mujer. Salvo por el artículo 6 de la Ley 48 de 1941, que decía: “Se considera esterilización de emergencia aquella que debe practicarse como parte de alguna operación quirúrgica”, no había una respuesta

adaptada a la demanda de la mujer, es más, se requería consentimiento del marido. Lidia fue amenazada por un hombre debido a la esterilización efectuada a una paciente.

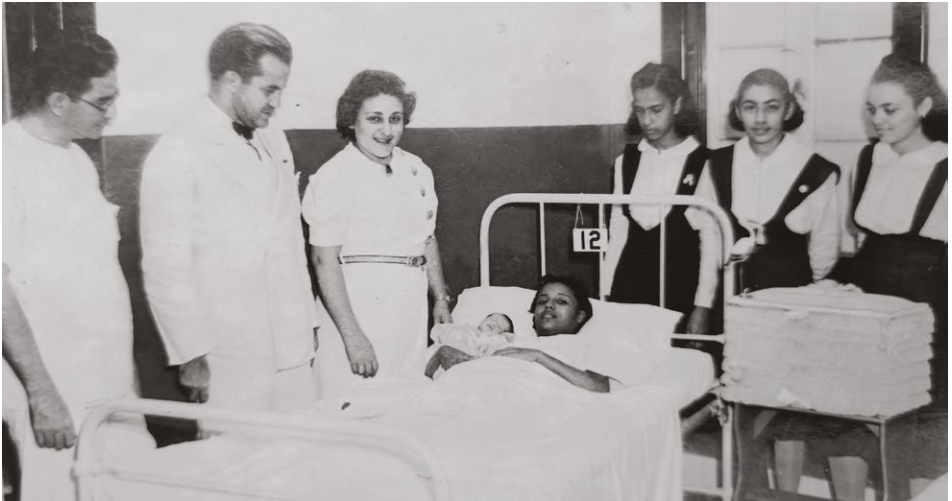
La Doctora, en 1954, escribió un artículo titulado el "Sangramiento vaginal durante el parto", donde abordó las diferentes causas de hemorragias obstétricas y cómo atenderlas. También publicó sobre la ruptura del útero, la placenta previa y la complicación de un embarazo por un quiste gigante.

Ímpetu por hacer

Para atender a las pacientes en instalaciones dignas, la doctora aprovechó su capital social y la celebración de sus veinticinco años de profesión, en junio de 1959, para recoger fondos para la sala de maternidad en el Hospital Santo Tomás.

En el marco de su celebración, recibe la condecoración de la Orden Vasco Núñez de Balboa en grado Comendador por parte de la primera dama Mercedes Galindo de De la Guardia, en calidad de presidenta de la Cruz Roja Nacional, en un almuerzo en el Club Unión. No obstante, este homenaje plantea una interrogante: ¿por qué la condecoración es entregada por una primera dama y no por el presidente?

La voluntad de Lidia y sus ganas de hacer por su país no cesaban. Cuando fue la primera presidenta de la Academia de Medicina y Cirugía de Panamá, en 1965, volvió a hacer uso de su capital social para hacer miembro honorario de este gremio a John Parks, decano de la facultad de Medicina y del Hospital de la prestigiosa Universidad George Washington. Ese mismo año cofundó la Asociación Panameña para el Planeamiento de la Familia (APLAFA) junto a su amigo La-



El presidente Enrique Jiménez, a la izquierda de Lidia Sogandares, visita la Maternidad del Hospital Santo Tomás. Archivo personal de Carmencita Sogandares.



Reunión anual de la Academia de Medicina y Cirugía, realizada en febrero de 1971. Foto proporcionada por el Dr. Rodolfo Young.

vergne. Con esta asociación, se comenzó a educar a la población capitalina en planificación familiar y educación sexual, un hito en la historia del país. Las dos primeras clínicas de APLAFA estuvieron ubicadas en El Marañón y en San Miguelito, en la primera se enseñó planificación familiar y, en la segunda, educación sexual y reproductiva en las escuelas, con el beneplácito de los moradores.

Dos testigos orales mencionan que Sogandares promovió entre sus pacientes con hijas la consulta ginecológica para adolescentes como una buena práctica, desbancando mitos y prejuicios.

Varias personas coinciden en que La Doctora tenía temple e inspiraba confianza, como Narcisca Álvarez, de 93 años, una enfermera formada por Lidia en la antigua Escuela de Enfermería que tenía el hospital. “Nos enseñó a atender a la embarazada con el corazón, como si fuésemos la

segunda mamá de ese niño por nacer”. Lidia trabajaba en el hospital y también atendía en su clínica privada y, en ambos lugares, le pidieron ser la madrina de niños y niñas, a quienes les obsequiaba cada Navidad, según cuenta su sobrina Carmen Sogandares de Mackenzie.

Tula contaba con el apoyo de su madre y de su empleada, que vivían con ella y la atendían para que tuviese todo el tiempo disponible para trabajar y la casa arreglada cuando quería celebrar, como bien aprendió en Estados Unidos: *Work hard, play hard*. Su casa era el punto de reuniones y su trago favorito era el whisky.

Tras la muerte de Lidia, el domingo 21 de marzo de 1971, en el Hospital San Fernando, Esther Neira pasó un año tratando de escribir una despedida; en ese escrito publicado en *Tierra y dos Mares*, aseguró que fue el Santo Tomás el lugar de trabajo predilecto de Lidia.

Agradecimientos

Gracias a su sobrina Carmen Sogandares de Mackenzie, siempre.

Entrevistas

29 de enero de 2014. Entrevista presencial a Carmencita Sogandares de Mackenzie por Vannie Arrocha.

29 de junio de 2019. Entrevista presencial a Gloriela Calvo por Vannie Arrocha.

13 de agosto de 2021. Entrevista presencial a Narcisa Álvarez por Vannie Arrocha.

Bibliografía

"Antes se atendían 50 madres mensuales ahora se atienden 400" dice la Doctora Sogandares. (1949) *Revista Épocas*, (60), 19 y 56.

Arjona, E. (15 de marzo de 2020). Tras los pasos de la doctora Lidia Sogandares. *La Estrella*. Recuperado el 15 de agosto en: <https://www.laestrella.com.pa/cafe-estrella/cultura/200315/pasos-doctora-lidia-sogandares>

Canal Pablo E. Morán. (18 de septiembre 2019). Visión de la primera ginecóloga panameña Lidia Sogandares por Vannie Arrocha [Archivo de Vídeo] Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=-pwgVVciync>

Fondo de Población de las Naciones Unidas [UNFPA] (2019). *Estado de la Población Mundial 2019*, p. 8.

"La Doctora Sogandares amaba a su prójimo más que a sí misma-" Dijo el Dr. G. Arosemena. (31 de marzo de 1971). *Crítica*.

Neira de Calvo, E. (1972). Lidia G. Sogandares 1908 - 1971. *Revista Tierra y dos Mares*, 11 (61), 50.

Ostrander, M. (ed.); Oller de Mulford, J. (1978). *Valores Femeninos Panameños*. 187-188.

Sogandares, L. (1954). Sangramiento vaginal durante el parto. *Archivos Médicos Panameños*, 3 (4), 279 - 285.

Enid A. Cook de Rodaniche

La viróloga que venció al racismo

(Pensilvania, Estados Unidos, 25 de octubre de 1907 - Ciudad de Panamá, 1989)

Por Yolanda Marco

La mitad de la vida de Enid Appo Cook de Rodaniche transcurrió en su país natal, Estados Unidos, y la otra mitad en su país de adopción, Panamá. En ambos lugares, dejó un enorme legado científico, como investigaciones y nuevos conocimientos que hicieron avanzar a las ciencias médicas en el campo de la virología y la bacteriología. A sus orígenes le debió su vocación científica y su determinación. En Panamá, con su esposo, su compañero y cómplice en la investigación, pudo dedicarse completamente a su pasión por la ciencia.

De una estirpe singular

Enid fue la menor de los cinco hijos de Charles Chaveau Cook y Mary Adelaide Abele. Los cinco hijos fueron: Charles C. Cook, Adelaide H. Cook, Robert A.

Cook, Mary D. Cook y ella, Enid Appo Cook. Nació el 25 octubre de 1907 en Filadelfia, Pensilvania, o, según fuentes familiares, el 30 de octubre del mismo año en Washington, distrito de Columbia.

Su padre descendía de una familia reconocida en la comunidad y económicamente acomodada. Era el tercero de los cinco hijos de Helen Appo Cook (1837-1913) y de su esposo John F. Cook. Nació en Washington en 1869 y murió en 1910. Fue uno de los tres primeros afroamericanos graduados en la Universidad de Cornell, con Jane Eleanor Datcher y George Washington Fields.

La Universidad Cornell, en el estado de Nueva York, se creó en 1865 y empezó a funcionar en 1868, poco después de la guerra civil estadounidense. Sus fun-



dadores la concibieron como una institución no sectaria, mixta, que admitiera estudiantes sin distinción de raza o religión y ya en 1870 también a las mujeres. Tenía como uno de sus objetivos enseñar y contribuir en todos los campos del conocimiento, desde las ciencias tradicionales hasta las ciencias aplicadas. Era una universidad poco convencional para la época.

Charles se casó con Mary Adelaide Abele en 1894 en Filadelfia. Trabajó como profesor en la Universidad de Howard. Esta universidad, ubicada en Washington D.C., fue fundada en 1867 y ha sido una de las facultades y universidades históricamente negras (HBCU, siglas en inglés de *Historically black colleges and universities*). Las HBCU son instituciones de enseñanza superior que se establecieron en Estados Unidos durante la etapa de la segregación racial, antes de 1964, fundamentalmente en los estados del sur, para atender a estudiantes afroamericanos. Durante ese período, la mayoría de las instituciones de enseñanza superior no admitían a estudiantes negros.

La madre de Enid, Mary Adelaide Abele Cook, nació el 24 de noviembre de 1869 en Filadelfia. Era hija de Charles Abele y Mary Adelaide Jones Abele. Al quedarse viuda en 1910, vivió sola con sus cuatro hijos menores: Charles, Robert, Mary y Enid.

Enid recibió la herencia de su abuela, Helen Appo Cook, en el nombre que le asignaron. La historia de vida de la abuela Helen es muy singular. Perteneció a una familia afrodescendiente adinerada de Washington, que residió en varias ciudades como Filadelfia y Washington

debido al trabajo del padre, William Appo, pero finalmente se estableció en Nueva York. Helen fue una destacada activista de la comunidad afroamericana de Washington, fundadora y presidenta de la Liga de Mujeres de Color, que en 1896 se convirtió en la Asociación Nacional de Mujeres de Color. Desde estas organizaciones luchó por el derecho al voto de las mujeres negras y de la comunidad afrodescendiente. También fue miembro destacado del Movimiento Niágara, que se opuso a la segregación racial y a la privación del derecho a voto de los afroamericanos.

Las ideas de Helen Appo Cook se fueron gestando desde su adolescencia. Su pensamiento sufragista y abolicionista se formó en las reuniones a las que asistía con su madre los domingos por la tarde en casa de la sufragista Lucretia Mott, en Filadelfia, y aprendiendo de activistas abolicionistas de la época como el inglés George Thompson.

La familia de Enid fue el espacio ideal para formar su espíritu luchador y persistente, y despertar en ella el interés por la educación y por la ciencia.

La lucha por su derecho a la educación

Enid realizó sus estudios secundarios en Dunbar High School, en Washington. Esta fue una de las primeras escuelas secundarias públicas de Estados Unidos para estudiantes negros y era considerada una escuela de élite. Fue fundada como una misión educativa por una iglesia presbiteriana. Enid figura en la lista de las exalumnas más destacadas de la escuela.

Después de graduarse de Dunbar High School, Enid Cook pasó un año en la Universidad de Howard. Pero quería estudiar en el Bryn Mawr College, la universidad privada femenina situada en Pensilvania que forma parte de las Siete Escuelas Hermanas (*Seven Sister Colleges*, las siete primeras universidades exclusivamente para mujeres, fundadas entre 1837 y 1889), por cuyas aulas pasaron algunos de los mejores profesores y profesoras de la época. Pero encontró muchas dificultades para ingresar en este centro al que hasta ese momento solamente tenían acceso las mujeres blancas.

A pesar de su ejemplar expediente académico, no pudo ingresar en el primer intento que hizo en 1926. Su decisión, sin embargo, no se debilitó. Paul H. Douglas, un activista cuáquero que la ayudó en ese empeño, escribió en 1926: "Se han hecho grandes esfuerzos para informar a la Srta. Cook sobre la recepción que probablemente tendrá y está completamente dispuesta a aceptar cualquier desaire personal que pueda experimentar a manos de sus compañeros de estudios. En otras palabras, ella ha tomado su decisión y me parece que eso debería ser suficiente para la Junta". Ella se mostraba inflexible.

En el fracaso de su primera solicitud al Bryn Mawr College, enfrentó la oposición, disimulada a veces, de la dirección de la escuela, los intentos más o menos sutiles de desanimarla en sus propósitos y el temor al previsible hostigamiento o aislamiento de sus futuras compañeras. El racismo más crudo se expresaba en las excusas que se le daban: "Estoy segura de que una niña de color se sentiría infeliz si se le permitiera vivir en la residencia

y (...) muchos estudiantes se resentirían de su presencia", escribía la presidenta Marion Park y añadía: "Personalmente, no me gustaría que me obligaran a aceptar a una chica de color como compañera de mesa durante un año o parte de un año, y no debería querer ser tan descortés con ella como debería sentirme".

Tras mucha insistencia y polémica ante argumentos difíciles de contrarrestar por una institución que ya había roto los prejuicios contra la educación de las mujeres, la institución cedió. Paul H. Douglas utilizó en su defensa este argumento: "No pretendo (...) sonar moralista, pero me parece una paradoja un tanto amarga que después de luchar para superar los prejuicios que los hombres tenían contra las mujeres, (Bryn Mawr) debería estar inclinado a sucumbir al prejuicio que tienen los blancos contra los negros. ¿No es el ser humano lo importante, independientemente del sexo o el color?"

Enid fue aceptada en 1927, pero con la condición de que no viviría en los predios del campus del colegio. Antes de la admisión de Cook, la única educación disponible para las mujeres negras en Bryn Mawr College eran las clases impartidas por las estudiantes blancas a las sirvientas del colegio. Se vio obligada a residir fuera del campus, en Lower Merion, como huésped de Mabel Tunnell. Fue una alumna brillante y la primera estudiante afroamericana en graduarse en Bryn Mawr College con honores en química y biología en 1931.

Ocho décadas después, el Bryn Mawr College nombró Enid Cook '31 Center (ECC) a un edificio renovado en 2015 e inaugurado en 2016 con la asistencia de



Edificio del Instituto Conmemorativo Gorgas de Panamá.

Denice Rodaniche, una de sus sobrinas políticas. El ECC es un centro cultural y residencia para estudiantes negras.

Estudios de doctorado y primeros trabajos

De 1931 a 1937, Enid realizó sus estudios de doctorado en la Universidad de Chicago con el trabajo titulado "Studies on the Virus of St. Louis Encephalitis" (Estudios sobre el virus de la encefalitis de San Luis). Terminado su doctorado, pasó a ser profesora en el departamento de medicina de esta universidad entre 1937 y 1944. Durante su tiempo en la universidad, publicó varios artículos de revistas sobre la encefalitis y el herpes.

Es difícil imaginar hoy el ambiente en el que vivió Enid esos años si recordamos que el racismo era muy fuerte en la ciudad: por poner un ejemplo, entre 1930 y 1960, en Chicago se produjeron linchamientos de negros e incendios para mantener

"vecindarios segregados", según la documentación del escritor Ta-Nehisi Coates.

En la Universidad de Chicago conoció al que sería su esposo, el panameño Arcadio F. Rodaniche. Según unas fuentes se casaron el 16 de septiembre de 1937 en St. Joseph, Indiana, aunque otras fuentes registran 1944 como la fecha de su boda.

Matrimonio y familia

Arcadio Francis Rodaniche nació en 1903 en Panamá. Se trasladó con su madre y hermanos a Nueva York en 1922 para asistir a la escuela en Estados Unidos. Su padre trabajaba en bienes raíces. La familia Rodaniche desciende de un marinero llamado Marco Radonicic, originario de Montenegro, que llegó a Panamá en los años de la construcción del canal francés, probablemente procedente de las Antillas.

Arcadio Rodaniche estudió medicina en la Universidad de Chicago. En 1944 regresó a Panamá con su esposa y co-

menzó una larga carrera como médico generalista en una pequeña clínica de su vecindario. También trabajó en el Hospital Santo Tomás.

El matrimonio de Enid y Arcadio no tuvo hijos. Sin embargo, “adoraban a los niños”, según su sobrina política, la Dra. Brittanía Rodaniche. En su memoria quedan los gratos recuerdos de cuando su padre, hermano del esposo de Enid, los llevaba a ella y sus hermanos, con amigos también, los sábados a pasar todo el día a la casa de “la tía Enid”, les dejaba todo el día allí y les recogía en la noche. Era un lugar de recreo extraordinario para los niños porque Enid y Arcadio vivían entonces en Juan Díaz, en las afueras de la ciudad de Panamá. De mayores, Enid y Arcadio se mudaron a una casa en El Cangrejo.

Brittanía Rodaniche, que hoy es ginecóloga, recuerda a Enid como “una mujer muy buena, alta, delgada, de pelo gris rizado, dulce, calmada”. Fue alumna suya en la Universidad de Panamá y dice que “fue una profesora extraordinaria”, “sus clases eran como cuentos”, “podíamos ver los *bichitos* cuando ella hablaba”. Piensa que su vida era la educación y proyectar a sus estudiantes su interés por el estudio de los *bichos*. Describe al matrimonio Cook-Rodaniche como una pareja muy bien avenida, muy armoniosa. A Enid le gustaba vestirse de color azul pastel y Arcadio era un hombre elegante, que le gustaba fumar su pipa.

A la pareja la unía, también, la ciencia y la medicina. Realizaron investigaciones conjuntas que tuvieron importantes repercusiones, quizás la más conocida sea “An Epidemic of Acute Anterior Po-

liomyelitis in Panamá in 1950-51” (Una epidemia de poliomyelitis anterior aguda en Panamá en 1950-51), obra conjunta de ambos desde las instituciones en las que laboraban, el Instituto Gorgas y el Hospital Santo Tomás, respectivamente. Con este trabajo se identificó y caracterizó la cepa viral responsable del brote de poliomyelitis en Panamá a inicios de los años 50. En enero de 1951, por una epidemia de polio se cerraron los parques, salas de cine y cantinas y se prohibieron las reuniones públicas en Panamá. Ese año también se canceló el carnaval. El virus era altamente contagioso e incluso los enfermos asintomáticos, que eran mayoría, lo podían transmitir, como el COVID-19. El primer caso de polio se detectó tras la muerte inesperada de un niño hospitalizado con fiebre. Así lo describe un documento publicado en 1952 en el *American Journal of Tropical Medicine and Hygiene* por la Dra. Enid C. de Rodaniche y el Dr. Arcadio Rodaniche.

Después de su jubilación, se dedicaron a conocer Panamá y a viajar a Estados Unidos y Europa. Según su sobrina, llegaron a comprar una casa en España. Les gustaba mucho compartir sus experiencias de viajes con la familia cuando se reunían en Panamá.

En el Instituto Conmemorativo Gorgas y la Universidad de Panamá

La Dra. Cook de Rodaniche desarrolló sus investigaciones en Panamá en el Laboratorio Conmemorativo Gorgas (hoy Instituto Conmemorativo Gorgas de Estudios de la Salud) desde 1947. Fue jefa

del Laboratorio de Salud Pública del Instituto que colaboraba con las autoridades sanitarias del país y fue la primera mujer panameña investigadora en esta institución, en los años en los que ingresaron también los primeros investigadores varones panameños, el Dr. Pedro Galindo (1948) y Eustorgio Méndez (1959).

En su reseña sobre el Laboratorio Conmemorativo Gorgas, el Dr. Abdiel Adames se refiere a ella:

“El ingreso de investigadores nacionales se inicia, en 1947, con la incorporación de la Dra. Enid de Rodaniche, especialista en virología. La Dra. Rodaniche fue la primera mujer investigadora y primera científica panameña de la institución. Inicialmente fue encargada de dirigir el laboratorio dedicado al estudio de enfermedades producidas por virus y rickettsias que, en colaboración con el Departamento de Salud Pública del Gobierno nacional, se estableció en el laboratorio”.

El Dr. Adames resume de esta forma los principales logros de la Dra. Cook, dice:

“La notable contribución científica de la Dra. Rodaniche se refleja en sus 32 artículos científicos publicados, los cuales incluyen resultados de sus estudios sobre las rickettsiosis (fiebre Q, tifo murino o endémico, fiebre maculosa de las montañas rocosas), la poliomielitis, la fiebre amarilla selvática; siendo además pionera en estudios sobre la encefalitis de San Luis, la encefalitis Ilheus y los arbovirus en general”.

Enid publicó más de cincuenta artículos científicos en el campo de los virus transmitidos por artrópodos a lo largo de su

carrera, que tuvieron y tienen un gran reconocimiento internacional. Su trabajo exploró una amplia variedad de rickettsiosis, incluida la fiebre maculosa de las montañas rocosas y el tifo, y las enfermedades virales ya mencionadas, como la polio y la fiebre amarilla. Su investigación en parasitología incluyó trabajos sobre toxoplasmosis, giardia y malaria. En el Gorgas fue mentora de investigadores, muchos de los cuales hicieron pasantías en el Gorgas provenientes de Estados Unidos y de Perú.

Recientemente, en 2016, la revista *International Microbiology* la distinguió como pionera de la microbiología con un artículo sobre ella. Las generaciones de científicos y científicas actuales conocen y reconocen sus trabajos, aunque no la hayan conocido personalmente, como, por ejemplo, el reconocido virólogo, Dr. Robert Tesh, de la Universidad de Yale, y la panameña Dra. Sandra López Vergès, también viróloga.

Cuando se creó la Facultad de Medicina de la Universidad de Panamá, ella fue la primera profesora de la Facultad desde 1951, impartía clases de parasitología y microbiología. También allí sus trabajos son muy conocidos. El Dr. Ceferino Sánchez, que inició sus estudios de farmacia ese año, la recuerda como una mujer seria. Enid no fue su profesora porque daba clases en los hospitales.

Reconocimiento a una vida dedicada a la ciencia

Enid Appo Cook de Rodaniche comenzó su carrera de investigadora en Estados Unidos, pero fue en Panamá y para Pana-

má y el mundo donde la pudo desarrollar plenamente. No podemos saber cómo habría sido su vida y su obra de otra forma. Lo cierto es que en Panamá compartió con su esposo, el Dr. Rodaniche, sus intereses y éxitos, y, por lo que sabemos, disfrutó de una vida apacible y fructífera. Se jubiló de la Universidad en 1974. Los testimonios familiares nos hablan de la vida de jubilados de la pareja dedicada a los viajes y al goce sencillo de la compañía familiar. Enid murió en julio de 1989. Su esposo la sobrevivió tres años, murió en 1992.

Como mencionamos antes, el Bryn Mawr College, que tanto se resistió a aceptarla como alumna, le dio su nombre a la casa cultural y residencia para estudiantes negras en esta institución. Recientemente el Club Rotario de Panamá ha creado

una distinción para las científicas panameñas y otorga la “Medalla Dra. Enid Cook de Rodaniche”. En 2020 fue galardonada con este premio la Dra. Mairim Solís, que, como ella, trabaja en el Instituto Conmemorativo Gorgas.

Es una lástima que ella no pudiera conocer el reconocimiento que le ha hecho el Bryn Mawr College y sus alumnas. Hubiera sido una gran compensación para ella saber que su lucha para convertirse en una mujer científica sirvió para que las mujeres que la siguieron no encontrarán obstáculos por su condición de raza. Constatar que su obra científica es reconocida y celebrada hoy como ayer en todas partes la hubiera llenado de orgullo. Enid fue una mujer valiente, de espíritu inquebrantable, de una vocación científica que nunca flaqueó.

Agradecimientos

Nuestro agradecimiento a sus sobrinos, Britannia Rodaniche y Carlos Rodaniche, por sus recuerdos.

Agradecemos a Betty Dutary porque nos enseñó sobre la historia de la investigación de los virus en Panamá y fue una gran ayuda para comprender a Enid Cook.

Nuestros agradecimientos a Juan Manuel Pascale por sus valiosas opiniones.

Entrevistas

27 de julio de 2021 y días siguientes. Entrevista vía telefónica a Britannia Rodaniche por Yolanda Marco.

3 de agosto de 2021. Entrevista vía telefónica a Sandra López Vergès por Yolanda Marco.

6 de agosto de 2021. Entrevista vía correo electrónico a Denice Rodaniche por Yolanda Marco.

15 al 21 de agosto 2021. Intercambio de correos electrónicos entre William Tesh, Sandra López Vergès y Yolanda Marco.

Bibliografía

Adames, A. (2003). El Laboratorio Conmemorativo Gorgas: La Contribución Panameña, 1928-1983. *Revista Cultural Lotería*. (449) 13-14.

Berenjer, J. y Guerrero, R. (eds) (2015). Back cover. Pioneers in Microbiology. *International microbiology* 18(4) 4 LINK: https://issuu.com/institut-destudis-catalans/docs/im18-4_issuu

Pusey, G. (9 de febrero de 2015). *Enid Cook, 1927- 1931: Bryn Mawr's First Black Graduate*. Black at Mryn Mawr. Recuperado el 5 de septiembre de 2021 en: <https://blackatbrynmaur.blogs.brynmaur.edu/2015/02/09/enid-cook-first-black-graduate/>

Helen Appo Cook (21 de julio de 1837 - 20 de noviembre de 1913). En Wikipedia https://en.wikipedia.org/wiki/Helen_Appo_Cook

Organización Panamericana de la Salud. [OPS] (7 de abril de 2014). Pequeñas picaduras, grandes amenazas. Recuperado el 24 de julio de 2018 en: <https://www.paho.org/es/noticias/6-4-2014-pequenas-picaduras-pueden-significar-grandes-amenazas-advierten-expertos-dia>

Rodaniche, E. y Rodaniche, A. (1949). Studies on Q fever in Panama. *American Journal of Epidemiology*. 49(1) 67-75. DOI: <https://doi.org/10.1093/oxfordjournals.aje.a119260>.

Rotary Club Panamá. [Usuario]. (24 de octubre de 2020). Club Rotario de Panamá entrega la medalla "Dra. Enid A. Cook de Rodaniche" a la Dra. Mairim Solís. [Video] Facebook. <https://www.facebook.com/ClubRotariodePanama/videos/club-rotario-de-panamá-entrega-la-medalla-dra-enid-cook-de-rodaniche-a-la-dra-ma/692420451397498/>

The Albert M. Greenfield Digital Center for the History of Women's Education. (s.f). Enid Cook. Recuperado el 9 de febrero de 2015 de <http://greenfield.brynmaur.edu/items/show/2943>.

Rosa María Britton

Ciencia y compromiso por la salud de las mujeres

(Ciudad de Panamá, 28 de julio de 1936 - 16 de julio de 2019)

Por Yolanda Marco

Su trabajo científico como parte del equipo investigador del papiloma humano hizo posible la vacuna contra esta enfermedad oncológica. Fue una mujer polifacética. Muy conocida como ginecóloga oncológica y directora del Hospital Oncológico de Panamá. Fue una de las escritoras más leídas del país. Tuvo un gran protagonismo mediático por su defensa intransigente del derecho a la educación sexual y reproductiva de las mujeres.

Familia y libros

Fue hija del matrimonio de Matías Crespo, nacido en la provincia de Pinar del Río, en Cuba, y de la panameña Carmen Justiniani. Nació y se crió en la ciudad de Panamá. El padre tenía una fábrica de ropa y telas y una tienda en la avenida central de la ciudad, "Modas Crespo",

delante del Banco Nacional. La madre era maestra, había trabajado en Nombre de Dios, en Colón, y siempre les recordaba a sus hijas la belleza de esa región. La pareja tenía tres hijas y un hijo, Rosa María era la segunda de las mujeres después de su hermana Carmen. Según contaba Rosa María, la suya era una familia de mujeres inteligentes y educadas, que fueron maestras.

La familia tenía su domicilio en la avenida B de la capital. Pero el padre vivía en Veraguas, donde tenía otra mujer e hijos, y no estaba muy presente en la vida cotidiana de las hijas en Panamá, a donde llegaba de vez en cuando. Sin embargo, sí era muy conocido en Veraguas. Al parecer, esa situación causó pesar a Rosa María que, según el testimonio de su hija, se dirigía siempre a él por su nombre, Matías, y no como papá. La madre





Retrato de una jovencísima Rosa María Britton. Archivos digitales de la Biblioteca Nacional de Panamá.

llevaba el peso de la familia. Era una mujer seria, exigente, poco dada a mimos y juegos con las hijas.

Rosa María creció rodeada de libros en su casa. En la casa no tenían teléfono pero había muchos libros y Rosa María ya era una ávida lectora antes de cumplir nueve años. Le dejaban leer cualquier libro sin ningún tipo de restricción, hasta las lecturas más tenebrosas. Para ella era una aventura leer y leer, se definió alguna vez como una “comelibros”. Los lugares donde transcurrió su niñez inspiraron años después los escenarios y personajes de sus cuentos.

Cursó estudios primarios en el Colegio María Inmaculada, en su sede contigua a la iglesia de San José, en el barrio de

San Felipe. Era un colegio para niñas regentado por las Hermanas Franciscanas de María Inmaculada, que había sido fundado por la hermana Caridad Brader, de origen suizo, en 1919. Su formación se basaba en la ética y moral cristianas. Aquí estuvo Rosa María portándose mal y recibiendo regaños y castigos pues, como se aburría en las clases porque “se sabía” ya las lecciones, la mandaban al pasillo a leer para que no molestara.

En Panamá no había mucha oferta educativa para las mujeres en los años 40, fuera de mecanografía, enfermería o pedagogía, así que su madre, doña Carmen, juzgó conveniente enviar a sus dos hijas mayores a un colegio muy elitista de La Habana, el de las Dominicas Francesas.

Newton en la escuela de las Dominicas Francesas

La mamá no quería que sus hijas estudiaran con hombres y prefería para ellas un tipo de educación que, a su juicio, no podían obtener en Panamá. En 1948, Rosa María y su hermana Carmen fueron enviadas a estudiar internas a Cuba. El viaje lo vivió como una aventura excitante, que iniciaba una etapa feliz de su vida. Como afirmará años después, sus años en el internado fueron muy dichosos.

El internado de monjas Dominicas Francesas era una escuela muy exclusiva. Con las monjas dominicas, Rosa María recibió una educación “muy burguesa”, la que se le ofrecía a las hijas de las clases privilegiadas de la sociedad, acorde con los estereotipos de la época sobre cómo debían ser y comportarse las mujeres de las élites sociales, que les daba acceso a

una cultura y educación cosmopolitas. El colegio tenía una coral fundada en 1931, afamada en La Habana, que quizás influyera en su afición por el canto. También allí aprendió a tocar piano y guitarra. Seguía portándose mal, era la estudiante inquieta que alborotaba en la clase y que lo sabía todo, por lo que sus compañeras la llamaron “Newton”. Las monjas, de acuerdo con las ideas de la época, les enseñaban a sus discípulas que casarse era importante para las mujeres, pero que “tenían que hacer algo antes del matrimonio” y las incitaban al estudio y a profesionalizarse. En el colegio las preparaban para ser mujeres con la educación conveniente a una buena madre y esposa, que brillasen en la sociedad de las clases adineradas, pero también a ser disciplinadas y responsables para conseguir sus propósitos.

La escuela la marcó mucho. A las estudiantes les hacían verse como personas especiales, que “todas iban a ser reinas” (como recordaría luego en una de sus novelas), mujeres con un futuro social y profesional privilegiado. Allí terminó su bachillerato. En algunas entrevistas realizadas décadas después recordaría que todavía guardaba sus libros de bachillerato, el Baldor de matemáticas, el de lógica, el de filosofía. Le gustaban las matemáticas y se aficionó a la literatura sobre los microbios y la medicina. Rosa María era una mujer pragmática y, como luego les diría a sus hijos, pensaba que todas las personas tienen temperamento artístico —en su caso la música, el piano— pero no todas tienen el talento necesario para poder vivir de él, por lo que había que tener una profesión que le permitiera “pagar las cuentas”. Por eso, pese a que era una excelente pianista y

consideró seriamente dedicarse al piano, decidió estudiar medicina.

Ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana y cursó allí hasta tercer año de la carrera. Entonces la Universidad vivía muy agitada por las protestas contra la represión del régimen dictatorial de Fulgencio Batista. Fidel Castro arengaba en la cafetería y ella se confesaba muy poco valiente. En marzo de 1957 asesinaron al dirigente estudiantil José Antonio Echeverría y poco después cerraron la Universidad. Los padres de Carmen y Rosa María decidieron enviarlas a estudiar a España. El Gobierno español tenía entonces un convenio de educación con el cubano por el que se convalidaban los estudios de ambos países. De esa manera llegaron ambas al frío de Madrid, y a una sociedad gris y reprimida por la dictadura franquista, donde los estudiantes vestían corbata, saco o capa, en vez de las guayaberas tropicales. El cambio fue total, pero no se arredraron.

Estudios y matrimonio

Conoció al que sería su esposo, Carl Britton, un ingeniero estadounidense, en la Embajada panameña de Madrid, en una celebración en la que ella bailaba tamborito vestida con el traje típico del país. Seis meses después se casaron. Era el año 1958 y Rosa María tenía 22 años. Su padre tuvo un gran disgusto porque pensaba que dejaría de estudiar, pero no fue así, ella siguió sus estudios hasta terminarlos en la Universidad Complutense de Madrid, mientras que Carl regresó a trabajar a Estados Unidos. La pareja no se reunió ni empezó a vivir junta hasta 1962.

Vivieron primero en Newfoundland, Canadá, un lugar muy frío, donde había muchos cubanos exiliados. En los Estados Unidos vivió por doce años, en California, en Nashville (Tennessee) y Nueva York. Sus dos hijos, Walter y Gabrielle, nacieron en Nueva York, después de la boda, en 1967 y 1970, respectivamente. En el Brooklyn Jewish Medical Center de Nueva York, uno de los mejores y más grandes complejos hospitalarios de Brooklyn, estudió ginecología y obstetricia entre 1962 y 1966. Llevó a cabo su internado, residencia y especialización en ginecología, obstetricia y cirugía oncológica en California y ejerció exitosamente la profesión de medicina en Nueva York. La Dra. Britton llegó a ser conocida en esos años en Suramérica y Nueva York por su práctica oncológica. En Estados Unidos le tocó vivir los cambios que en la década de los 1960 y 1970 experimentaba el país, y en una ocasión tuvo que entrar por la cocina del hotel donde se iba a desarrollar una conferencia del Princeton Club de Nueva York, la organización social de profesores y alumnos de la Universidad de Princeton, porque el Club no aceptaba todavía a las mujeres.

Regreso a Panamá. Investigación oncológica

En 1972, su marido Carl vino a Panamá de vacaciones con su hija Gabrielle. Pasó un mes y no regresaban, ella estaba en Nueva York con Walter. A Carl le ofrecieron un trabajo en el Canal de Panamá y lo aceptó. Renunció a su trabajo en Nueva York y se instaló en Panamá mientras esperaba la llegada del resto de la familia. Rosa María contaría que “seis meses después ya estaba enguayabado y

panameñizado totalmente”. Le gustaba tanto el país que nunca quiso regresar a Estados Unidos. Ella regresó a Panamá veintitrés años después de su partida hacia Cuba y se estableció con su esposo y sus dos hijos. Para poder ejercer la medicina en Panamá tuvo que realizar un año de internado y se le asignó una plaza en La Chorrera, donde experimentó por primera vez las necesidades de salud de la población pobre de Panamá.

Luego de su internado ingresó en el Hospital Santo Tomás, donde laboró en el Centro Cancerológico Juan Demóstenes Arosemena. Allí lideró la modernización de la atención oncológica en el país y la creación del Instituto Oncológico Nacional. Sobre el tratamiento de los enfermos oncológicos en los años setenta opinaba “que era un desastre”. Consiguió el apoyo de Omar Torrijos y del presidente Arístides Royo y, junto con el Dr. Aníbal Villarreal, viajó a Japón en 1979 y consiguieron la cooperación del Gobierno para crear el Instituto Oncológico. Trabajó en el Hospital Oncológico durante veinte años, y fue su directora de 1982 a 1987. Cuando dejó la dirección tomó su bata blanca y siguió en su puesto de médica, sin importarle dejar el puesto de dirección, muy segura de sí misma y de su valía. A su empeño personal y profesional se debe en gran parte la atención especial que recibiera el cáncer como especialidad en Panamá.

En su trabajo, según decía la Dra. Britton, estaba “harta de ver tanto cáncer en las mujeres” y se puso en contacto con el Dr. Abraham Bennenson, director del Instituto Conmemorativo Gorgas, para investigar sobre el tema. Por su experiencia y conocimientos, ella sospechaba

que el cáncer cervicouterino lo producía un virus. Sus primeras publicaciones sobre el tema datan de finales de los años 70. Formó parte del Grupo Multinacional de Estudio sobre el Papiloma Humano, integrado también por la Dra. Idalmis de Torraza, de Panamá, y un conjunto de especialistas de Costa Rica, Colombia, México, Estados Unidos y Canadá, que publicaron en 1987 el artículo “Estudio controlado de casos de cáncer cervicouterino e infección con el virus papiloma humano en América Latina”. Se trataba del informe de la fase piloto de un estudio controlado de cáncer invasor de cérvix uterina efectuado en Panamá y Costa Rica, a nivel nacional, y en la ciudad de Bogotá, Colombia, de julio a septiembre de 1985. Esta investigación permitió confirmar “una asociación significativa entre la infección con el VPH 16 y 18 y el cáncer de la cérvix uterina” y concluía además que la infección con el VPH 16/18 aparecía como el factor de riesgo más importante, seguido por la edad del inicio de la vida sexual. Ni el fumar, ni el número de compañeros sexuales contribuyeron significativamente como factores de riesgo de cáncer de la cérvix, en este estudio piloto. El estudio sugería también que las mujeres con cáncer en la cérvix uterina se infectaban a una edad temprana.

En Panamá, la incidencia de la infección por el VPH es muy alta (según el Instituto Conmemorativo Gorgas de Estudios de la Salud, 75 % en 2012), y, aunque solo un pequeño porcentaje de quienes la tienen desarrollan cáncer, resulta un problema grave de salud, que amenaza especialmente a las mujeres jóvenes. La Dra. Britton conocía muy bien esta problemática que, junto con las altas tasas de enfermedades de transmisión sexual



Foto de su boda con Carl Britton en 1958. Archivos digitales de la Biblioteca Nacional de Panamá.

y la maternidad infantil y adolescente, motivaron su interés por la investigación y su activismo a favor de la prevención.

Las investigaciones en las que colaboró se encuentran entre las más citadas sobre el tema y fueron importantes para la elaboración de la vacuna del VPH que se empezó a utilizar desde 2006. Algunas de las publicaciones que dan cuenta de su trabajo científico sobre el virus del papiloma humano son: “Seroepidemiology of the HTLV-III virus in a high-risk Panamanian population. Preliminary report” (1986); “Preventive measures to limit legal liability in pediatric emergencies: an

analysis through cases concerning failure to diagnose meningitis" (1986); "Confidentiality in family practice" (1987); "Risk factors for genital papillomavirus infection in populations at high and low risk for cervical cancer" (1994), y "Adenomyosis: diagnosis and treatment" (1998).

Todavía en 1985 no existía una institución en el Estado panameño que se ocupara de promover, financiar y estimular la ciencia y la tecnología. Un grupo de personas de la comunidad científica, con el aliento de la Universidad de Panamá, se unieron para crear la Asociación Panameña para el Avance de la Ciencia (APANAC). Rosa María Britton fue cofundadora y también vicepresidenta de la asociación. Además fue presidenta de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Cancerología (FLACSA, 1993-1997).

Defensora de la salud sexual y reproductiva de las mujeres

El pediatra y epidemiólogo Xavier Sáez-Llorens trató mucho a la Dra. Britton porque ambos compartían el interés por la salud sexual y reproductiva y la educación. Ella era muy activa en el área de la docencia, dando charlas y conferencias, y se encontraban muy a menudo en medios de comunicación y escuelas secundarias para dar charlas de educación sexual. Cuando Sáez-Llorens regresó al país después de estudiar su especialidad, investigó mucho sobre el VIH en niños y escribió su libro *Sida en niños, una triste realidad*, al que ella le escribió una reseña. Ella siempre lo llamaba para decirle que le gustaban las columnas que él escribía en el periódico,

porque ambos tenían muchas afinidades, su pensamiento agnóstico y el activismo en contra de grupos religiosos opuestos a la educación sexual en las escuelas. Les unía además la investigación sobre el VIH, y Sáez-Llorens conocía la investigación sobre el virus del papiloma humano que ella realizaba dentro de los hospitales, no en el laboratorio.

Sáez-Llorens la define como una "persona muy luchadora, de mucho carácter y personalidad" y una amiga incondicional que defendía a sus amigos con todo. Dice de ella que, aunque tuteaba a la gente, siempre mantenía el respeto y, "aunque su lenguaje era agresivo y duro, no era vulgar". En el campo de la ginecología fue pionera en darle escenario mediático. Y fue pionera como divulgadora de conocimientos en educación sexual ya que trataba de formar a la población y transformarla. Y es que la Dra. Britton no resultaba indiferente a nadie. Su forma de expresarse directa y clara y el no avenirse a las fórmulas que disimulaban o disminuían lo que ella consideraba cuestiones de principio resultaban muy chocantes: o se la amaba o se la detestaba.

Su defensa de la ley de educación sexual y reproductiva la hizo tener una presencia mediática muy habitual. Enfrentaba duramente a las iglesias y grupos religiosos que, con lo que ella consideraba hipocresía e intentos de imponer su pensamiento, se oponían a esta educación. Sentía mucho dolor por la realidad de la problemática de las niñas y adolescentes embarazadas, muchas veces infectadas de VIH, de lo que se lamentaba continuamente: "tú sabes lo que es ver a una niña de diez años parir, eso no te lo quita nadie de la cabeza".

Proponía una educación para enseñar la anatomía, luego fisiología, y después higiene, para evitar el contagio de enfermedades de transmisión sexual y el uso de la anticoncepción. La Dra. Rosa María era querida por las mujeres del pueblo a quienes atendía. El desprendimiento de su madre para ayudar a las personas que la necesitaban nunca dejó de impresionar a su hija. Xavier Sáez-Llorens la calificó como una “genial defensora de la salud sexual y reproductiva, de la libertad de la mujer y de los Derechos Humanos”.

La familia Britton-Crespo

Rosa María y Carl Britton construyeron su relación y su familia de una forma muy inusual. Su romance fue instantáneo, se casaron apenas seis meses después de conocerse porque Carl no estaba seguro de que ella no se arrepentiría. Pasaron cuatro años antes de vivir juntos. Fue una pareja que combinó la espontaneidad con la planificación. Por último, Rosa María y Carl fueron pareja toda su vida, su matrimonio duró cincuenta y nueve años hasta la muerte de él en 2016. Fueron grandes compañeros y cómplices.

Rosa María repitió con su hija y su hijo el patrón educativo que su madre había tenido con ella y su hermana. Por ser un matrimonio mixto, el idioma familiar era el inglés y la educación primaria y secundaria de los hijos siempre fue en ese idioma. En Panamá estudiaron en el colegio Saint Mary y luego en un colegio de Curundú en la antigua Zona del Canal. Al llegar a la adolescencia fueron a estudiar internos a dos colegios de Estados Unidos, donde realizaron también sus estudios universitarios. Probablemente, como su madre, no tuviera mucha fe en la educación que podrían recibir en Pa-

namá y deseaba para ellos una educación más estructurada. En 1984 los dos hermanos partieron a sus colegios en Estados Unidos. Volvían en vacaciones a Panamá, donde no permanecían ociosos sino que tenían que buscar alguna actividad eventual. La familia se desarrolló por separado de manera independiente, pero unida. Gabrielle regresó definitivamente a Panamá en 2006 y Walter en 2019.

La ciencia, el amor y la libertad parecían ser tres elementos de unión en la historia de la familia Britton-Crespo. En el caso de Gabrielle, siguió el camino de su madre y es doctora en neurociencia y psicología, y se dedica a la investigación en el Instituto de Investigaciones Científicas y Servicios de Alta Tecnología de Panamá (INDICASAT, AIP). Su educación hizo de ella una persona muy independiente y autónoma. Walter estudió electrónica y cómputo, y trabaja en el área de las TIC en una empresa estadounidense en Panamá. Sus escuelas en Estados Unidos se regían por un sistema en el que los estudiantes tenían que estudiar y realizar también algún tipo de trabajo. La relación de la madre y la hija no fue siempre fácil, pero con el paso de los años construyeron una relación de mucha complicidad y cariño. Gabrielle ahora aprecia mucho la educación que tuvo. Ya de adulta, compartía con su madre los viajes que realizaba cuando ella tenía que asistir a algún congreso; la madre la convocaba y se reunían en las ciudades que acogían estas actividades. Esta relación adulta la construyeron desde la libertad y la autonomía de cada una de ellas, de dos personas que compartían intereses y valores, y se estrechó mucho más cuando Gabrielle retornó a Panamá.

Pero la hija puso a prueba el espíritu científico y libre de su madre porque su feminismo desafiaba los territorios intelectuales en los que Rosa María se movía con seguridad. La Dra. Britton no se autodefinió nunca como feminista, por más que sus ideas y acciones pudieran parecerlo. Con *Gabrielle*, el feminismo pudo ser un territorio de reflexión nuevo para ella, en el que ambas se conocieron como personas maduras. Para Gabrielle su padre fue su aliado en la adolescencia y juventud, pero de adulta su madre se convirtió en su compañera. Pasaron mucho tiempo juntas, y establecieron una relación única.

Libros y bibliotecas

Quizás lo que le dio más popularidad fueron sus obras literarias. Ha sido la escritora que más libros ha vendido en el país. Ella manifestaba que siempre tuvo deseos de escribir, quería escribir un cuento sobre su abuelo cuando pescaba perlas y así comenzó su primera novela. Empezó a escribir en reuniones. Tenía que asistir a muchas y tediosas reuniones. Y también en sus viajes, en los aviones, en la playa. Escribió su primera novela a mano, su secretaria la mecanografió, *Ataúd de uso*, y la animó a presentarla al concurso Ricardo Miró. Ganó el premio el mismo año que García Márquez obtuvo el premio Nobel de literatura, 1981. En esa ocasión dijo: “Siempre he tenido inclinaciones literarias, he leído mucho toda mi vida y tenía esa ambición de escribir sobre ciertas cosas que pasaron en nuestra familia, en honor a mi madre. Así que me puse a escribir la historia familiar y terminé haciendo una novela”. Esa fue la primera de las seis veces en que resultó premiada. Su libro *La costilla de Adán* es

un tratado sobre sexualidad y ginecología, y fue su libro más exitoso con 30 000 ejemplares vendidos, y se convirtió en un referente sobre el tema en Panamá.

Para Rosa María escribir era algo muy natural. Siempre dijo que escribía sobre cosas, personas y situaciones que conocía, que sus obras literarias tenían siempre referencias a sus experiencias de vida. Creía conocer muy bien a las mujeres y, por ende, decía, a los hombres, y con esa creencia escribía. Fue autora de quince obras en los géneros de cuento, novela y teatro. Recibió el premio Ricardo Miró en los tres géneros literarios en los que escribió. Britton opinaba que sus dos oficios se complementaban porque sus pacientes formaban una fuente inacabable de todo tipo de historias y, en segundo lugar, porque creía que no podía vivir siendo escritora a tiempo completo y necesitaba ambas disciplinas para sobrevivir.

Fue una gran impulsora de la lectura y tuvo un destacado papel en la defensa y modernización de la Biblioteca Nacional “Ernesto J. Castillero R.”, ocupando la presidencia de la Fundación Pro Biblioteca Nacional de 2009 a 2010.

La vida según la Dra. Britton

La Dra. Britton se jubiló tarde. Trabajó en su consultorio hasta los 78 años. Siempre mantuvo su espíritu juvenil y rebelde, animó a su hija y a otras científicas jóvenes en la creación de la asociación Ciencia en Panamá, que pretende obtener mayor apoyo de la sociedad y de las instituciones al desarrollo de la ciencia en el país. Como prueba de su vitalidad —le contó a una periodista— fue capaz de

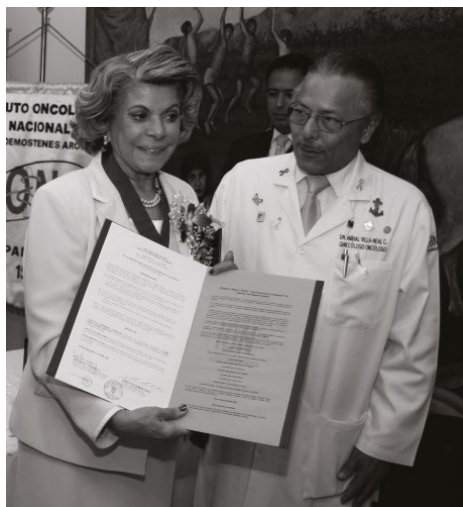


Foto del reconocimiento que le hizo el Instituto Oncológico Nacional (ICON). Archivos digitales de la Biblioteca Nacional de Panamá.

celebrar al extremo sus 80 años de vida buceando en Aruba, con *snorkel* y chapaletas: “Le dije a mi hija, bueno, este es mi último cuplé buceando en Aruba, porque yo tenía que hacer algo así”. Una de las máximas de Rosa María era “aprovechar la vida”.

Nunca perdió los rasgos de su personalidad que la caracterizaron: la tenacidad, la organización, su estoicismo, el orden, el positivismo, la fortaleza de carácter. En su casa siempre había mucha actividad y tenía las puertas abiertas para sus amigos. Fue una excelente cocinera y en sus últimos años le dedicaba más tiempo a esta actividad que a la escritura. Después de la muerte de su esposo, en 2016, vivía con Edilsa Chávez, su asistente y acompañante por más de veinticinco años, en su casa del barrio de San Francisco, cerca de la casa de Gabrielle.

Su pasión por la vida la trasladaba a la lectura, y también en eso fue incansable. Para no desaprovechar el tiempo y también porque su vista no era ya tan buena, descubrió de la mano de Gabrielle los audiolibros y con ellos leyó una gran cantidad de obras literarias. Llegó a tener una biblioteca virtual de seiscientos libros. Un mes antes de fallecer estaba escribiendo un libro que dejó inacabado.

Su pasión por la ciencia aumentó con los años por la desilusión que le producían las actitudes irracionales e intolerantes de las instituciones religiosas y políticas. Radicalizó sus ideas sobre la salud sexual y reproductiva, sobre el derecho de las mujeres a decidir sobre sus embarazos y sobre el matrimonio igualitario, porque, en su opinión, situaciones como los embarazos infantiles “no iban a mejor sino a peor”.

Se enfermó en abril y murió en julio de 2019. Fue un período corto de tiempo que vivió muy estoicamente. Durante esos meses fue resolviendo sus asuntos pendientes con la ayuda de Gabrielle. A su hija la impresionaba mucho su fortaleza, no la vio deprimirse y solamente cuando supo la muerte del que fuera su colega más querido, el Dr. Julio Godoy, lloró.

Rosa María Crespo de Britton vivió una vida de entrega al mundo de la ciencia y al servicio de las personas. Murió como vivió, con gran entereza. En una de las últimas entrevistas que le hicieron dijo: “No le temo a la muerte (...) La muerte va a llegar y, cuando llegue, espero que me coja suave, no con algo doloroso (...). Me gustaría morir tranquila en mi casa, como se murió mi esposo”. Y así fue. Queda su obra.

Agradecimientos

Gracias a su hija, Gabrielle Britton, por darnos a conocer el aspecto más próximo de Rosa María Britton.

A su colega, Xavier Sáez-Llorens, por sus memorias.

Entrevistas

15 de marzo de 2022. Entrevista virtual a Xavier Sáez-Llorens por Yolanda Marco y Patricia Rogers.

22 de abril de 2022. Entrevista virtual a Gabrielle Britton Crespo por Patricia Rogers y Yolanda Marco.

Bibliografía

Britton, R.; Torraza, I.; Gaitán, E.; Morice, E.; Tenorio, F.; Brinton, L.; Kurman, R., Montalván, P. ; Rawls, W. y Causay, D. (1987). Estudio controlado de casos de cáncer cervicouterino e infección con el virus papiloma humano en América Latina. [PDF] Recuperado el 3 de mayo de 2022 en: <http://www.gorgas.gob.pa/BiblioGorgas/pdf/Estudio%20controlado%20de%20casos%20de%20cancer%20cervicouterino%20e%20infeccion%20con%20el%20virus%20pailoma%20humano%20en%20america%20latina.%20Maria%20Brenes.pdf>

Canal de Panamá. (1994). Conversando con Doctora Rosa María Britton - Parte 1 [Archivo de Video] Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=XPzUJFkctaA>

Canal de Panamá. (1994). Conversando con Doctora Rosa María Britton - Parte 2 [Archivo de Video] Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=i5e4pSDH9Dg>

Canal de Panamá. (1994). Conversando con Doctora Rosa María Britton - Parte 3 [Archivo de Video] Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=BRdQ5L_rxKI

Canal de Panamá. (1994). Conversando con Doctora Rosa María Britton - Parte 4 [Archivo de Video] Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=MGZFTy5_bZU

Daniel, L. (2000). Entrevista a Rosa María Britton. *Mester*, 29, 182-191.

NEX Panamá. (s.f.). En nuestra cocina de Ají la Dra. Rosa María Britton #ATuVidaDaleAjí. [Archivo de video] Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=EtnAnQfExKg>

Quirós, J. (22 de septiembre de 2012). Según estudio del Instituto Conmemorativo GORGAS. Incidencia de papiloma humano en Panamá es de un 75%. *Panamá América*. <https://www.panamaamerica.com.pa/nacion/incidencia-de-papiloma-humano-en-panama-es-de-un-75-839326>

Rojas, K. (17 de julio de 2019). 'La muerte va a llegar y, cuando llegue, espero que me coja suave', Britton. *La Estrella de Panamá*. <https://www.laestrella.com.pa/cafe-estrella/cultura/190717/muerte-llegar-llegue-espero>

TecnoEduc507. (25 de octubre del 2016). Conversaciones con la Universidad – Homenaje a la Dra. Rosa María Britton. [Archivo de video]. Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=IriDu_xuWps

Sergia Melita Rodríguez Solís

La primera profesora, una mujer impresionante

(Chitré, Herrera, 25 de enero de 1944)

Por Yolanda Marco

A Melita Rodríguez su profesión la ha llenado de satisfacción. Ha conseguido tener una vida plena, aunando sus aspiraciones científicas con las personales, sus trabajos de investigación con la construcción de su familia. En una época en la que las mujeres tenían todavía vetado el acceso a muchos espacios científicos, ella siguió su vocación de manera exitosa sin que nada ni nadie se lo impidiera.

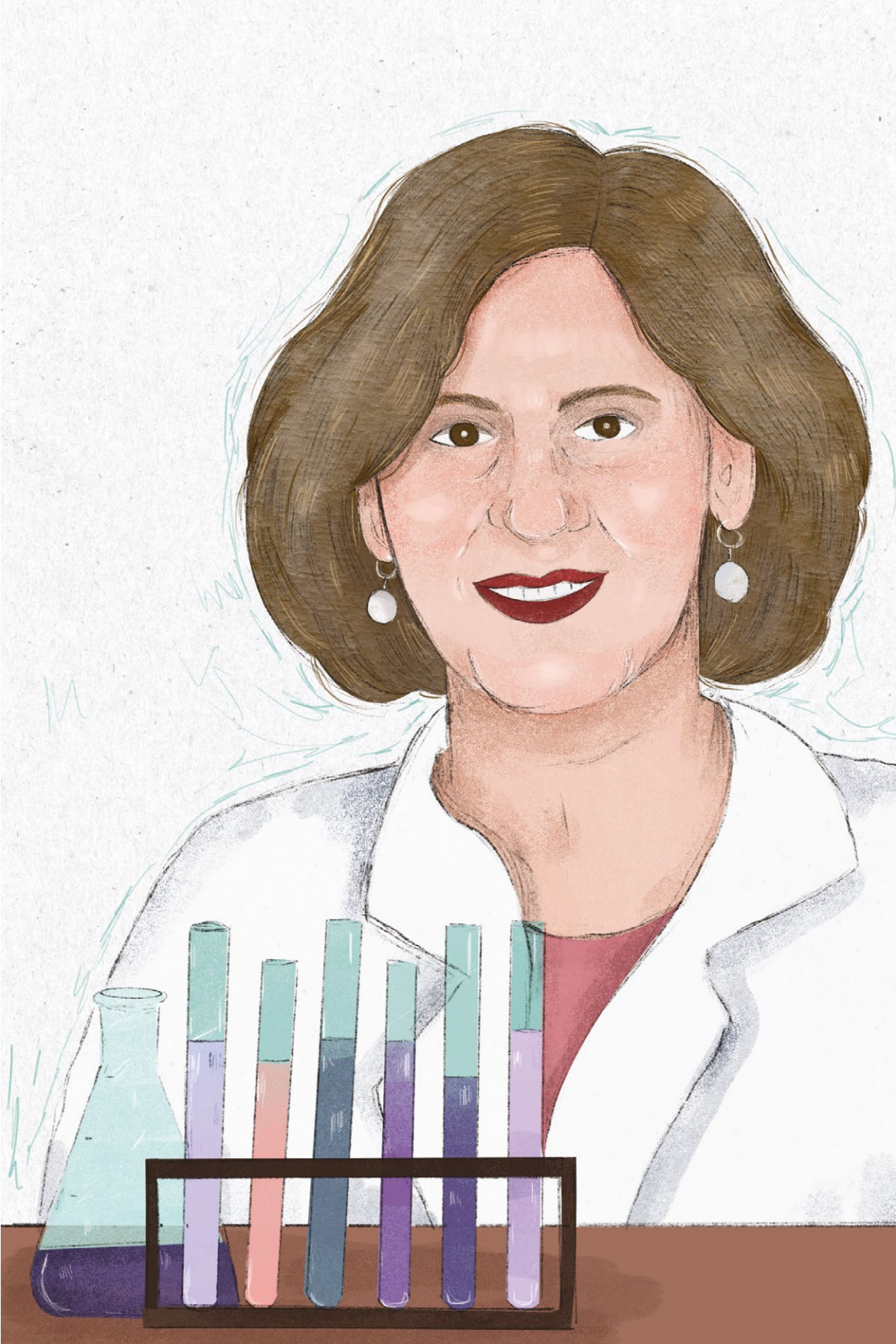
Una familia de mujeres

Sergia Melita Rodríguez Solís es hija de una familia chitreana. El padre, nacido en Las Margaritas de Las Minas, llegó a ser una persona prestigiosa en Chitré. De profesión mecánico, había estudiado en el Instituto Don Bosco de la capital. La madre nació en Chitré, solo pudo estudiar la primaria porque no había escuelas

secundarias en la ciudad. Su familia era pobre, con doce hijos y sin recursos.

La madre de Melita se ocupaba de la familia formada por los dos progenitores y seis niñas. Melita era la tercera. Aunque de escasos recursos, la familia tuvo siempre una empleada doméstica que ayudaba a la madre. Las cuatro primeras hermanas se llevaban un año de diferencia, las dos siguientes, dos años. Buscando al varón, la familia se multiplicó.

Los padres, ambos, impulsaron los estudios de las hijas, "ustedes tienen que estudiar antes de casarse", era lo que todas escuchaban. Melita estudió hasta quinto año en la escuela José Daniel Crespo, de Chitré pero terminó la secundaria en el Instituto Justo Arosemena de Panamá. En la época, la mayoría de las personas en Chitré estudiaban magisterio en la





El padre de la Dra. Rodríguez rodeado de sus seis hijas vestidas con el traje típico panameño. Melita es la segunda por la derecha. Archivo familiar.

Normal de Santiago, que era más accesible, pero su familia decidió que era mejor que la madre se trasladara a la capital con todas las hijas, donde iban a tener mejores oportunidades de estudio.

La familia se separó, la madre con la prole marchó a Panamá y el padre se quedó en Chitré trabajando y viajaba los fines de semana. El traslado no fue fácil, los padres hicieron todo el sacrificio para que sus hijas pudieran estudiar y todas pudieron hacerlo: una fue profesora de Filosofía e Historia, otra de Español, la tercera, Melita, estudió farmacia, y de las siguientes una estudió tecnología médica, otra psicología y la pequeña, influenciada por Melita, farmacia con especialidad en salud pública.

Una vocación muy clara

Melita dice que "siempre le gustó la ciencia". Quería estudiar medicina, pero a su padre la idea no le gustaba porque

la consideraba poco apropiada para una mujer y riesgosa, porque tendría que salir de noche y andar sola. Y, dice ella "como una antes le hacía mucho caso a los padres", empezó a estudiar lo que más se le parecía, farmacia, en 1962. No se arrepintió, esta carrera le encantó desde el principio. Le gustó el mundo de los medicamentos, la bioquímica y la farmacología. Se estudiaban dos semestres de farmacognosia y luego cuatro semestres de farmacología. Su profesor fue el Dr. Ceferino Sánchez, director de la escuela, quien años más tarde sería decano y luego rector de la universidad. Él vio su habilidad en las técnicas del laboratorio y le ofreció la oportunidad de trabajar en eso. A ella le encantó trabajar en el laboratorio. Cree que su aprendizaje tan temprano le fue de gran ayuda en su desarrollo y que así aprendió mucho más, como pudo comprobar en sus estudios posteriores.

En la universidad solo tuvo una profesora, la de toxicología. Para ayudar a la

familia consiguió trabajo en la farmacia del Seguro Social, pero al año tuvo que renunciar porque era muy difícil compaginar este trabajo con sus estudios, prácticas de laboratorio y las clases. Como era muy buena estudiante sus profesores se fijaban en ella, así que el Dr. Jerónimo Averza le ofreció ser ayudante del laboratorio con un salario de doscientos dólares. Esa fue la manera en que pudo seguir sus estudios y contribuir con el sustento de la familia. Se graduó a los veintitrés años, en 1967. Le ofrecieron ser asistente en la escuela y de esta manera se incorporó al cuerpo docente de la universidad, del que no salió hasta su jubilación, como ella dice: "Yo entré a la universidad y nunca salí".

En la Universidad de Panamá

Melita Rodríguez ingresó a la Universidad de Panamá con un grupo de sesenta estudiantes, más o menos igual cantidad de hombres que de mujeres. Pero solamente terminaron tres mujeres y dos hombres, porque muchos de ellos desertaban o se cambiaban de carrera, y algunos volvían más tarde. En su opinión, las mujeres terminan sus estudios porque "son más aplicadas, más metódicas, se dedican más", en definitiva, en su opinión, "las mujeres son más exitosas que los hombres". Fue la primera profesora de farmacología. Después de ella, fueron sus colegas las profesoras Emperatriz de Quintero y Zenaida de Fearon. Trabajaron juntas y fueron muy amigas.

Sus profesores, Ceferino Sánchez, Jerónimo Averza y otros habían sido formados por los doctores españoles llegados a fina-

les de la década de los años treinta, el Dr. Garreta Sabadell entre ellos, a quienes ella ya no conoció. Desde los años cincuenta la Dra. de Rodaniche era profesora en la universidad y también en el Gorgas, pero solo la conoció de nombre, porque tanto ella como la Dra. Sogandares, profesoras clínicas, daban clases en los hospitales y se les veía muy poco, solo en juntas de facultad; las conocía pero no personalmente.

Formación en el extranjero

En 1970, consiguió una beca para estudiar en la Universidad de Pittsburgh que, junto a la licencia con sueldo de la Universidad de Panamá, le permitió realizar sus estudios de postgrado. Necesitaba ampliar sus conocimientos y especializarse y eso solo era posible estudiando en el exterior. El Dr. Ceferino Sánchez tramitó la ayuda de la Universidad de Pittsburgh (Pensilvania) con el Dr. Joseph Buckley, director de farmacología de esta universidad. Existía una política institucional para impulsar los estudios en el extranjero de los profesionales panameños. La idea era que, al regresar, implementaran los conocimientos adquiridos en el exterior.

La estadía de Melita en Pittsburgh fue muy exitosa. Su trabajo era muy valorado. Fue una de las autoras de un artículo con el Dr. Joseph Buckley, quien le había asignado un trabajo en el laboratorio y quien fue su mentor en esta institución educativa. Siguió aprendiendo sobre las técnicas experimentales que ya había desarrollado en su trabajo de grado en la Universidad de Panamá dirigida por el Dr. Sánchez. Permaneció año y medio en Pittsburgh.



Con un grupo de compañeros en un congreso. Archivo familiar.

Como estuvo trabajando en los laboratorios desde su segundo año en la universidad y continuó después de graduarse, llegó a tener mucha experticia. Había desarrollado una gran habilidad y conocimientos en las técnicas de laboratorio en las investigaciones de farmacología. Era experta en todas las tareas que requerían los experimentos: preparación del laboratorio, el montaje del laboratorio, administración del fármaco y el registro de las reacciones y respuestas, que se realizaba ya con los estudiantes.

De regreso a Panamá, en 1970, siguió trabajando en el Departamento de Farmacología. En 1976, con su salario de la Universidad de Panamá y una beca, marchó hacia la Universidad Complutense de Madrid a estudiar su doctorado. Se fue sola pero su hermana menor la siguió un año después, aunque solo por un año. Melita aprovechó su estadía en Europa para seguir algunos estudios en la Universidad de Londres, Inglaterra. En la Complutense de Madrid emprendió sus

estudios sobre los sistemas cardiovascular y autónomo en los que siguió trabajando posteriormente. Su tesis doctoral fue: *Estudio electrofisiológico de los antidepresivos tricíclicos sobre fibras cardíacas*, dirigida por el Dr. Juan Tamargo Menéndez, con quien seguiría colaborando después. En 1978, se reincorpora a la Universidad de Panamá.

Después de su experiencia en Europa, en 1982, publicó su *Manual de laboratorio de farmacología*, que alcanzó cinco ediciones y ha tenido un uso muy extendido en Panamá y fuera del país. El libro lo hizo por iniciativa propia, la idea era unificar todos sus conocimientos y experiencias en un solo documento que tuviera interés para la enseñanza y la investigación.

Ciencia y maternidad

En febrero de 1980 nació su hija, cuando ella tenía treinta y seis años. Melita estuvo a punto de casarse en varias ocasiones, pero se arrepentía en el último momento.

Su alumna, la Dra. Ivonne Torres, fue testigo de sus reticencias al matrimonio. Dos veces estuvo a punto de casarse, pero a última hora se echaba para atrás porque pensaba que casarse era como amarrarse. Siempre fue, según su propia expresión, "muy liberal".

Se preguntaba, ¿por qué hay que casarse? Confiesa: "yo no sirvo para estar casada, no me apetecía estar casada". Así que decidió ser madre soltera, una decisión muy consciente. Nunca nadie la criticó por eso, ni su familia, ni sus colegas, ni sus estudiantes. "A mí la gente me respetaba, nadie, ni siquiera mis padres se metían conmigo, sabían que yo tenía ese espíritu independiente, que yo era así, y nadie, ni colegas ni nadie me irrespetaron. Muchas querían a su esposo, su familia; yo quería otra cosa".

La Dra. Torres destaca estas características de ella: como científica, su constancia, tenacidad, brillantez e inteligencia; como docente, su ética de la docencia, que no se dejaba sobornar ni presionar por nada ni nadie; y como mujer, era mujer de "temple, de carácter", "mujer de una sola pieza, exigía pero daba el ejemplo", "una mujer impresionante".

Su hija nació en Chitré, cerca de su familia, que se hizo cargo de la niña durante meses cuando tuvo que reincorporarse al trabajo y no tenía ayuda en Panamá. Ella viajaba los fines de semana para estar con la hija. Cuando consiguió una empleada, se llevó a la niña a Panamá. Siempre tuvo la tranquilidad de saber que su madre o su hermana menor acudirían en su ayuda. Su hermana menor tuvo también su hijo siendo soltera. Melita reflexiona si es que cuando una mujer estudia y avanza

ya no tiene la necesidad de un matrimonio. Recuerda que las instrucciones de sus padres fueron: "ustedes tienen que estudiar y ser independientes". Su hija, que es arquitecta, ha seguido sus pasos y es feliz. Dice Melita que no es necesario tener un marido.

En la Universidad de Panamá siguió con sus clases y sus investigaciones. Considera que sus mejores trabajos y de mayor proyección son los del área cardiovascular y sus investigaciones para evaluar las propiedades de las plantas autóctonas de las que Panamá tiene una gran variedad. Las líneas de investigación principales de sus estudios han sido sobre las propiedades y efectos de estas plantas, entre ellas algunas de las utilizadas por los indígenas guna (narcóticos). Trabajó en este campo con el Dr. Gupta.

Realizó varios estudios sobre los efectos diuréticos del agua de pipa. Colaboró estrechamente con Mireya Correa en el Herbario de la Universidad de Panamá. En su faceta de docente, ha sido profesora de profesionales reconocidos como el Dr. Pascale, actual director del Gorgas, y de investigadoras jóvenes como la Dra. Ivonne Torres, actual directora del Departamento de Farmacia de la Universidad de Panamá.

Mientras trabajó en la Universidad de Panamá, por su trabajo investigativo mantuvo el contacto con el Instituto Conmemorativo Gorgas de Estudios de la Salud, con los laboratorios del Seguro Social, con el INDICASAT y con otras instituciones nacionales e internacionales. Formó parte del Comité de Bioética del Gorgas. Sus contactos la llevaron a relacionarse permanentemente con la comunidad

científica internacional, principalmente de España, Costa Rica y Brasil. Pero lamenta que esas relaciones tuvieran un carácter personal y no institucional.

Para Ivonne Torres, a Melita Rodríguez se la recuerda: "Así lo haría Melita", dicen sus exalumnos. Cree que marcó a más de una generación, tanto en docentes como en estudiantes. Todos los graduados de hace más de quince años tienen recuerdos de ella. Su influencia quedó fijada porque "sentó las bases de la evaluación de las técnicas cardiovasculares y de las cualidades de medicinas naturales" en la etnobotánica, muy útil para la agronomía. Sus trabajos tienen además el gran mérito de haberlos realizado en condiciones en las que la investigación era muy difícil, porque no se tenían los recursos de hoy, faltaba la cooperación que hoy existe y prácticamente se tenía que pagar la investigación con sus propios recursos.

Una reflexión final

Melita se jubiló, pero lo que realmente la apartó de la docencia fue un problema en la vista. Por su experiencia, tiene una perspectiva privilegiada sobre la situación actual de la ciencia en Panamá. Piensa que cada vez en las universidades se le da menos importancia a adquirir los laboratorios, los reactivos y los insumos necesarios para la investigación. Por eso, entre otras razones, la investigación está todavía en pañales, pese a que Panamá tiene la capacidad de personal y un potencial investigativo que no se ha explo-



Conferencista en un congreso internacional. Archivo familiar.

tado todavía. Dice que falta mucho para que el país tenga un papel digno en investigación.

Su afición actual es la atención de la casa y el cuidado de su jardín, actividades que la ayudan a mantenerse ágil. Es miembro fundador del Club de Leones de Chitré "Melito Rodríguez Zea" de cuya directiva ocupa actualmente la segunda vicepresidencia.

Agradecimientos

Gracias a Melita Rodríguez por confiar en nosotras.

Gracias a quien fuera su alumna, Ivonne Torres, que nos mostró no solo su faceta científica sino también a la mujer. A Ceferino Sánchez por sus sustanciales testimonios.

Entrevistas

2 de junio de 2021. Entrevista vía telefónica a Ceferino Sánchez por Yolanda Marco.

7 de junio de 2021. Entrevista presencial a Melita Rodríguez Solís por Yolanda Marco.

11 de julio de 2021. Entrevista virtual a Melita Rodríguez Solís por Vannie Arrocha y Yolanda Marco.

3 de agosto de 2021. Entrevista vía telefónica a Ivonne Torres por Yolanda Marco.

Bibliografía

Novencido, E. (1987). *El desarrollo de las ciencias naturales y la medicina en Panamá: panorama histórico y antología*. Biblioteca de la cultura panameña, Universidad de Panamá, p. 13.

Universidad de Panamá. (s.f.). *Historia de la Facultad de Ciencias Naturales y Farmacia*. Recuperado el 11 de julio de 2021 en: <https://facciencias.up.ac.pa/resenaHistorica>.

Hildauro E. Acosta de Patiño

La toxicóloga que lucha contra los venenos

(Volcán, Chiriquí, 6 de mayo de 1960)

Por Yolanda Marco

La pasión por la investigación científica, la inteligencia para trabajar en equipo y la perseverancia son algunas de las características que produjeron sus logros. En la dirección del Centro de Investigación e Información de Medicamentos y Tóxicos (CIIMET) de la Universidad de Panamá, desarrolló, junto con sus estudiantes, la patente para el primer antiveneno antiescorpiónico del país utilizando toxinas recombinantes. Hildauro es referente principal del Programa Salud, Trabajo y Ambiente en América Central en Panamá para la salud ocupacional, la enfermedad renal crónica y enfermedades emergentes. Ha sido designada directora del Centro Regional del Convenio de Basilea para Centroamérica y México y del Centro Regional del Convenio de Estocolmo, que tiene su sede en el CIIMET.

Ser la hija mayor en una familia numerosa

Aunque su familia residía en Cerro Punta, Chiriquí, ella nació en Volcán, el 6 de mayo de 1960, porque a su madre la atendía en sus embarazos la partera empírica que vivía en esa localidad y, cuando se le presentó el parto, buscó sus cuidados. Su madre, Hilda Quirós de Acosta, era maestra de primaria, se había graduado en la Escuela Normal de Santiago, después de casarse. Su padre, Julián Acosta Guerra, tenía muchas actividades, pero principalmente se dedicaba a comerciar las mercaderías que producía en tierras de su propiedad llevándolas a la ciudad capital. La vida del matrimonio era dura, tuvieron doce hijos, siete varones y cinco mujeres.





En un desfile patrio llevando la bandera y luciendo la banda que la identifica como miembro del cuadro de honor de la escuela, en David. Archivo familiar.

Su padre tenía que viajar para vender sus productos. Ambos tenían que realizar fatigosos desplazamientos dadas las dificultades de comunicación de la época.

Hildauro tenía dos hermanos mayores, ella era la tercera y la mayor de las mujeres. Por un tiempo, la madre trabajó en Cerro Punta, pero cuando la extensa prole empezó a ir a la escuela, los padres decidieron mudarse a David. Compraron un terreno y construyeron una casa. A la madre le asignaron trabajo en escuelas públicas cercanas, pero tenía que viajar todos los días. En ocasiones le tocaba caminar dos o tres horas para llegar a su escuela y otras tantas para regresar. A Hildauro, desde muy pequeña, le tocó cuidar de la familia, de sus hermanos e incluso de la tienda familiar en Cerro Punta. A los ocho años ya les hacía la comida completa a sus hermanos y suplía la ausencia de su madre.

Aprendió muy temprano a sumar, porque tenía que atender a la gente que llega-

ba a la tienda. Y aprendió también a leer descifrando los letreros de los botes de leche Ideal de la tienda. Tenía solo cuatro años. Entre la atención en la tienda y la motivación que recibía de su madre maestra fue creciendo su avidez por leer y aprender más.

En la familia todos debían colaborar en los trabajos, pero existía una división del trabajo: los niños ayudaban al padre en el trabajo del campo, las niñas en la casa o en los lugares cercanos a la casa, colaborando con la madre en sus tareas y en la tienda.

Ya en David, algunos hermanos iban a la jornada del colegio de la mañana, otros iban en la tarde y ella se encargaba de "organizar la tropa": botar la basura, limpiar la casa, fregar, hacer las tareas escolares. A cada cual le organizaba su agenda de trabajo. Hildauro iba al colegio y, al regresar, atendía sus tareas escolares y apoyaba a sus hermanos con las suyas,

era la maestra de todos ellos. También organizaba la hora de juego y el recreo. Cuando llegaba la madre en la tarde ya estaba todo listo. Para ella, se trataba de apoyarse mutuamente.

Estudios primarios. Internado en Costa Rica

A los seis años llegó a la escuela, recuerda que se convirtió en “la maestra y ayudante de la maestra, de mis compañeritos”. Estudió la primaria en la Escuela República de Francia, de David. Hildaaura siempre estuvo en el cuadro de honor de los colegios en los que estudió. Sus calificaciones eran de cinco. Ya en los años de la escuela primaria ganó becas de la Alianza Francesa en David para estudiar dos años francés y consiguió también becas del Instituto para la Formación y Aprovechamiento de Recursos Humanos (IFARHU) los tres primeros años de la escuela secundaria en el Instituto David. El cuarto año lo hizo en el Colegio Félix Olivares, también de David.

A Hildaaura, con dieciséis años, la enviaron a estudiar interna el quinto año de secundaria en Alajuela, Costa Rica, en el Centro Adventista de Estudios Superiores (CADES). Se trata de un colegio perteneciente a la Iglesia Adventista del Séptimo Día a la que la familia pertenecía. Los padres preferían darles a sus hijos e hijas la educación religiosa que proporcionaba esa escuela, a pesar de los costos.

En el colegio de Costa Rica estuvo un año. El colegio lo pagaba su familia, pero Hildaaura aportaba con las labores que realizaba trabajando en el área de la lavandería para completar la letra mensual.

Eso era a la vez parte de la estructura formativa del colegio. Ya anteriormente en David, en los veranos, cuando no tenía clases, realizaba trabajitos en un almacén como dependienta. Para ella, esos ingresos eran importantes para ayudar a su familia. Esa era una experiencia que le agradaba mucho y que realizaba cada año.

Tener que dejar de apoyar a su madre si se iba a Costa Rica fue su mayor problema. No le preocupaba salir de Panamá, sino dejar a su madre sin su ayuda en las tareas familiares y su aporte económico. Incluso la madre llegó a dudar si le permitiría irse a Costa Rica por esas razones. Los dos hermanos mayores ya habían estudiando en CADES y se preveía que los demás harían lo mismo, que tendrían su oportunidad. El caso de ella fue más complejo por el papel que desempeñaba en la familia. También en el nuevo colegio fue una alumna distinguida, pese a que las dificultades eran mayores y la competencia más fuerte. En el colegio había estudiantes de diferentes países y lenguas. En su grupo de estudio se hablaba inglés y tuvo que superar la barrera del idioma con un conocimiento previo muy elemental. Con el tiempo considera que fue una gran experiencia que la hizo madurar y entender su realidad. Hildaaura era como una esponja que asimilaba de forma natural, intuitiva, todo lo que se le ofrecía para aprender. En el sistema costarricense de enseñanza la secundaria terminaba en quinto año, así que regresó a Panamá al término de su año escolar.

Maestras y maestros

Hildaaura recuerda mucho a su profesora de primer y segundo grado en David, la maestra Doris Halphen. Una maestra de

origen suizo que, como sabía que Hildaaura iba un poquito por delante de los demás compañeros, le preparaba material adicional, lecturas diferentes, operaciones matemáticas más complejas. La tenía en una consideración aparte y siempre estaba pendiente de ella, le preguntaba cómo le iba; en resumen, se generó una relación muy estrecha y especial entre ambas. Hildaaura la considera una maestra única de esa etapa de su infancia.

Luego, en la secundaria, en el tercer año de escuela, Hildaaura representó a la provincia de Chiriquí en los Juegos Florales en los que había concursos de gramática, redacción, oratoria y ortografía. El consejero escolar de ese año, profesor Carlos Grajales, fue su mentor en esos temas y estableció con él una relación casi pater-filial que perdura hasta la actualidad. Él la capacitaba en las disciplinas que complementaban sus estudios académicos. Ella practicaba en su casa, llegó a ser como una hija más para él. El profesor Grajales también animaba a los estudiantes a hacer deporte. Desde la primaria, Hildaaura jugaba voleibol y era buena jugadora. Siguió jugando en la universidad, incluso siendo profesora. Tenían una liga donde participaban docentes y administrativos. Dejó de jugar al casarse y comenzar sus estudios de maestría.

Una vocación muy clara

Hildaaura sabía lo que quería estudiar. Le interesaba la ciencia. El CADES no cumplía sus deseos, porque en Costa Rica solo tenían continuidad en estudios universitarios en el área comercial, derecho, teología y ciencias sociales. Ella quería estudiar medicina. No sabía con precisión de dónde venía su vocación,

pero le gustaba estudiar la anatomía del cuerpo humano, la biología. “Sentía que fluía muy bien” en esos estudios y sacaba las máximas calificaciones. En su imaginación, en sus sueños, se veía como una doctora con su bata blanca.

Para seguir la ruta de la educación cristiana en medicina tenía que irse a México y a su familia no le era posible sufragar los gastos. La familia ya asumía los gastos educativos de otros hermanos en Costa Rica y los de Panamá. Se aplicó entonces a ingresar a la Universidad de Panamá (UP), pero no pudo porque el proceso de admisión en la Facultad de Medicina exigía haber estudiado algunas asignaturas que ella no había cursado por la diferencia entre el bachillerato costarricense y el panameño. No se desanimó y siguió con sus trámites para entrar a la universidad, uno de ellos era realizar un curso propedéutico. Los aspirantes que realizaron ese curso eran muchos, pero solamente tres aprobaron todas las asignaturas de manera muy exitosa, ella fue una de las tres, para el asombro de los directivos de la Facultad de Medicina, sabedores de que su bachillerato había sido más corto y de que no había estudiado algunas de las asignaturas que examinaban. Era el año 1977. Hildaaura había aprobado el curso propedéutico, pero no se había presentado a los exámenes de admisión de la Facultad de Medicina y no podía ingresar a los estudios de medicina. Las trabas que encontró no la desanimaron, decidió regresar a Chiriquí para no seguir ocasionándole más gastos a la familia.

En la sede regional de la universidad, en David, ingresó a los estudios de la licenciatura en Farmacia, que era lo que más se acercaba al área médica. Tomó los dos primeros años de esa carrera. Su interés ini-

cial era estudiar el primer año en farmacia y presentarse en el siguiente año a concursar nuevamente para entrar a medicina. Pero le gustaron tanto los estudios de farmacia que le cambiaron su vocación. Le fue muy bien con la química y especialmente con el estudio del origen de los medicamentos.

Los dos últimos años de la carrera los hizo en Panamá acompañada del grupo de estudiantes con los que había trabajado todos esos años, tres mujeres y tres varones. Alquilaron dos apartamentos cerca de la Universidad, uno al lado de otro, uno para las mujeres y el otro para los varones. Con el transcurso del tiempo, los padres de Hildaaura compraron un apartamento en Panamá que fue el lugar donde muchas estudiantes chiricanas se radicaron para estudiar en la ciudad. Luego empezó a traer a sus otros hermanos para que terminaran o avanzaran sus estudios, algunos en la secundaria, otros en la universidad. La familia casi completa constituyó una comunidad que Hildaaura, de nuevo, como cuando era niña, organizaba.

Fue la presidenta de la Sociedad de Graduandos de la Facultad de Farmacia y coordinadora de las actividades extracurriculares con los farmacéuticos del Colegio Nacional de Farmacéuticos. Organizó también una pasantía que realizaron en algunas industrias farmacéuticas de Costa Rica.

El Dr. Ceferino Sánchez fue su profesor de farmacología, una de las asignaturas que más le interesó. Realizó algunas actividades de investigación con el Dr. Mahabir Gupta y también con el Dr. Tomás Arias en su estudio sobre el genoma de la población de Panamá, quien trató de que hiciera su trabajo de graduación con

él. Pero ella ya tenía decidido su tema de investigación y fue su profesora, pionera de la farmacología, la Dra. Melita Rodríguez, la asesora de su trabajo de graduación, que hizo con su compañero César Barroso y versó sobre el efecto diurético del agua de chayote. Se graduó con el segundo puesto de honor de la promoción de 1982. Le ofrecieron de inmediato la posición de asistente del laboratorio de farmacología de la Facultad de Medicina. Y poco después pasó a ser profesora asistente y profesora regular. La vida la llevó a la Facultad de Medicina, donde intentó estudiar la carrera de medicina, pero quedó siendo profesora de muchos médicos.

Matrimonio, maternidad. Maestría y toxicología.

En la Universidad, conoció a su esposo José Alexis Patiño, que era funcionario del Departamento de Relaciones Públicas. Él había estudiado en la Facultad de Comunicación Social, que hacía giras por las comunidades ofreciendo servicios comunales en diferentes partes del país. En una de ellas, Hildaaura participaba con el personal del área de salud y se conocieron. Siguieron la relación, siendo ella profesora asistente, y finalmente se casaron en 1985.

Ese mismo año Hildaaura se fue a la Universidad Central de Venezuela a iniciar sus estudios de Maestría en Farmacología, que terminó en 1989, gracias a la licencia con sueldo de la Universidad de Panamá. Tuvo que solicitar un préstamo al IFARHU porque sus ingresos no eran suficientes. La toxicología fue parte de su formación en la Maestría en Farmacología, porque en esa universidad, en el

mismo lugar donde daban las clases de farmacología, funcionaba el Centro de Toxicología, que era un programa de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central de Venezuela, y ella hacía las pasantías en ese centro toxicológico después de sus horas de estudio. Fue una de las egresadas del programa de maestría que culminó en el menor tiempo y se ganó la simpatía de sus docentes, en particular, de la directora del programa, hoy decana de la Facultad de Farmacia, Dra. Margarita Salazar, a quien Hildaaura le tiene un especial cariño, la considera una segunda madre.

Tiene tres hijos que nacieron después de sus estudios de maestría, el primero, César, nació poco antes de la Invasión, el 2 de diciembre de 1989. Fue muy difícil porque el niño estaba recién nacido cuando se produjo esta tragedia. Los padres de Hildaaura habían llegado a la ciudad para asistir al nacimiento de su primer nieto. Dos años después nació su hija, Jocelyn, y ocho años más tarde el hijo pequeño, Roberto.

La familia tenía una empleada que realizaba los trabajos domésticos en la casa y cuidaba de los niños y, además, cuando empezaron a ir al colegio, contrataron a una maestra que les atendía en las tardes con sus estudios y las tareas escolares. El marido también ayudaba. Ella trabajaba, además, como profesora en otras universidades como la Universidad Santa María La Antigua (USMA) y la Universidad Latina. Pero se pudo beneficiar de los servicios del Centro de Orientación Infantil y Familiar (COIF) de la UP. El hijo mayor es muy bueno en matemáticas y estudió ingeniería en sistemas de computación en la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP); la niña

optó por estudiar gastronomía en la Universidad del Arte Ganexa, hizo una pasantía en México y se casó allá, y el menor todavía estudia en el área de comunicación ejecutiva bilingüe en la UTP. Sin embargo, hubo ocasiones en las que tenía que llevarse a sus hijos a hacer los experimentos o a sus clases. Los sentaba a su lado, cuando no tenía con quién dejarlos.

Una vocación hacia la salud pública

La profesora Hildaaura Acosta es desde 1994 profesora regular del Departamento de Farmacología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Panamá, en las carreras de Medicina, Odontología y Medicina Veterinaria. Ha desempeñado diversos cargos en la Universidad de Panamá, que la califican como una gran organizadora y gestora, pero todos ellos ligados a proyectos de investigación de manera más o menos directa y con una meta común hacia la mejora de la salud y del sistema de salud pública.

Sus responsabilidades institucionales lo demuestran. Desde 2005 hasta la actualidad, ha sido Coordinadora Nacional del Programa Salud y Trabajo en América Central (SALTRA-Panamá). De 2001 a 2003, fue Coordinadora Nacional y Facilitadora de los Diplomados de Toxicología Clínica y Toxicología de Plaguicidas. Desde 2006, es la directora del Centro de Investigación e Información de Medicamentos y Tóxicos (CIIMET) de la Facultad de Medicina de la UP. Sus investigaciones han estado relacionadas con farmacología, farmacología de productos naturales, farmacovigilancia, toxicología, ofidismo y plaguicidas, entre otros.

Lideró un grupo que trabajó en la capacitación del personal técnico de las instituciones públicas para el conocimiento de los plaguicidas, su nivel de toxicidad y las precauciones a tomar en cuenta. En opinión de la Dra. Luz Cruz, bióloga, es una referente principal del Programa Salud, Trabajo y Ambiente en América Central, bajo la coordinación de la Vicerrectoría de Investigación y Postgrado de la UP, cuyas contribuciones a la salud pública son relevantes.

Desde sus primeros estudios epidemiológico-clínicos de las intoxicaciones registradas en el Hospital del Niño de la ciudad de Panamá, en 1990, ha realizado muchos otros similares en diversos hospitales del país, en la búsqueda de actividad farmacológica en plantas de la flora panameña (ensayos en órganos aislados) y en la validación de técnicas de valoración biológica de venenos de los ofidios y escorpiones, entre otras investigaciones.

La toxina recombinante

En el año 2005, la Dra. Marion Clark, decana de la Facultad de Medicina, a instancias de la Comisión de Salud de la Asamblea Nacional, preocupada por la gran cantidad de fallecimientos en el país por mordeduras de serpientes, convocó a una comisión para estudiar una posible solución al problema. Hildauro Acosta era la persona más indicada para estudiar la situación porque había realizado en 1995 el postgrado "Curso Latinoamericano de Toxicología Clínica" en la Universidad de La Habana, Cuba, patrocinado por la Organización Panamericana de la Salud (OPS), que seleccionó a un grupo de personas en cada país de Centroamérica para ese programa de

postgrado. Además, cuando regresó de su maestría, se incorporó a trabajar en el Centro de Toxicología de la Facultad de Medicina con el Dr. Mario Espósito, y estaban haciendo ensayos de los anti-venenos para utilizarlos en los hospitales.

Quedó encargada de la coordinación de la comisión que elaboró la primera propuesta para presentar la investigación a la Secretaría Nacional de Ciencia, Tecnología e Investigación (SENACYT) y la ganaron. Desde entonces siguieron otras propuestas de investigación. En vista de la magnitud del trabajo, en el año 2007, le propusieron pasar a tener dedicación exclusiva como investigadora. A ella le costaba mucho renunciar a sus clases, porque parte de sus sueños de niña era también verse como maestra. Fue la primera mujer a la que se le dio dedicación exclusiva a la investigación en la UP, solo había tres investigadores y todos eran hombres. Tuvo que aprender las reglas pertinentes: informes, redacción de *papers*, procesos evaluativos. Su anterior experiencia como organizadora y coordinadora le sirvieron de mucho, pero tuvo que aprender formas nuevas y, sobre todo, a construir un equipo de investigación en el que nadie se quedara atrás, una situación compleja.

La Dra. Luz Cruz, quien conoce bien su trabajo, destaca que la profesora Hildauro Acosta y su equipo han trabajado en las guías de las serpientes y de los escorpiones, su nivel de toxicidad, y la efectividad de los sueros. Además ha entrenado personal de campo, lo que ha permitido salvar vidas al aplicar los sueros adecuados o dar los primeros auxilios correctos. Sus investigaciones han servido para determinar la variabilidad geográfica de los venenos de cuatro poblaciones de

Bothrops asper de Panamá, e identificar la diversidad de veneno en el género de escorpión neotropical *Tityus*, en conjunto con investigadores internacionales. El equipo del CIIMET que ella dirige ha concretado la metodología y el conocimiento que permitieron patentar la ruta para el desarrollo del primer antiveneno antiescorpiónico de Panamá; también cuenta con un equipo interdisciplinario de investigadores sobre la enfermedad renal crónica de causa no tradicional.

El desarrollo de una nueva ruta para elaborar antivenenos antiescorpiónicos de Panamá es el trabajo más reciente y por el que quizás es más conocida. Es un trabajo de colaboración internacional con el Dr. Gerardo Corzo del Instituto de Biotecnología de la Universidad Nacional Autónoma de México. Se trata de un método nuevo, diferente al tradicional, para elaborar antivenenos, el de la toxina recombinante, que se patentó. En el sistema utilizado tradicionalmente para producir un antiveneno de serpiente o de escorpión, se le inocular al animal experimental una dosis pequeña del veneno crudo y este, con el tiempo, va generando los anticuerpos. Ese anticuerpo se extrae del plasma de la sangre del animal, se procesa y se obtiene el antiveneno. Se requiere una gran cantidad de escorpiones para obtener unos pocos miligramos del veneno. El antiveneno reconoce la molécula, la atrapa y la neutraliza y ya no es capaz de producir el envenenamiento.

El equipo de Hilda Acosta lo que hizo fue aislar y separar las toxinas del veneno y reconocer la más frecuente, la más común. Aisladas y purificadas estas toxinas se les inyectan a los modelos de experimentación y se observa si son capaces de

producir envenenamiento o no, si mata o no al animal. A continuación, usando una bacteria, como si se tratara de una fermentación (de modo similar a como se elabora el yogur), se producen muchas moléculas de esa toxina mediante esa tecnología recombinante heteróloga. Así se genera el agente inmunógeno que empieza a producir anticuerpos. Es un sistema más eficiente que el tradicional con el que se consigue mayor cantidad de toxinas en un menor tiempo para luego generar el antiveneno.

Una vez patentado, hacer el producto útil para utilizarlo en humanos necesita más investigación y, posteriormente, la producción industrial para su aplicación. En Panamá, fabricar antivenenos con toxinas recombinantes solo podría ser un proyecto financiado por el Estado. La nueva ruta para este antiveneno, la toxina recombinante que patentaron, podría también interesar a algún laboratorio nacional o extranjero.

Trabajo de equipo

La inteligencia y capacidad organizadora de Hilda Acosta la ha aplicado para la construcción del equipo de investigación que ella dirige. En los años 90, Panamá tuvo una crisis muy seria de antivenenos. El Ministerio de Salud la envió a entrenarse a Costa Rica y a México, para poder hacer las pruebas de control de calidad biológica de los antivenenos en Panamá. Entonces había una red formada de laboratorios, productores y de control de calidad de antivenenos, coordinada por el Dr. José María Gutiérrez, del Instituto Clodomiro Picado de la Universidad de Costa Rica. No le fue difícil unir esos elementos para poder seguir avanzando.



En la Facultad de Farmacia, la primera por la izquierda. Archivo familiar.

A esa mínima red existente, sumó a estudiantes graduandos y de tesis de maestría, organizó una cadena de personas con las que trabajaba, un grupo de ocho a diez personas de diversas facultades. La primera tesista que la dirigió es hoy la investigadora Alina Uribe, docente en el Centro Regional Universitario de Veraguas, donde se instaló un laboratorio. El estudiante de química que trabajó la parte metodológica de la toxina recombinante, Marcos H. Salazar, hizo su tesis de licenciatura con la profesora Hildauro. Ese trabajo mereció un segundo premio en el Congreso de APANAC patrocinado por la SENACYT. Posteriormente, estudió un doctorado en la Universidad Nacional Autónoma de México, cuya tesis "Expresión recombinante de las neurotoxinas más nocivas de los venenos de alacranes de los géneros *Centruroides* y *Tityus* de Panamá" es la que generó la información para esta patente. Hildauro sigue construyendo equipos de investigación, orientando y colaborando para que puedan desarrollar proyectos de investigación.

La profesora Hildauro Acosta dedica mucho esfuerzo a la construcción de equipos de trabajo con sus estudiantes porque está firmemente convencida de que ese es el método para conseguir que el conocimiento avance. Así cuando ella se retire, tendrán no solo la información que aprendieron con ella sino la experiencia de trabajo práctico y lo que aprendieron de otros investigadores con las herramientas que ella les está proporcionando.

El CIIMET tiene actualmente espacios de cría de animales, de escorpiones, serpentario, que requieren de una infraestructura compleja, de recurso humano, de suministros, de personas en conocimiento del tema y demás. Tiene un laboratorio de biología molecular y el de ensayos biológicos, además de un laboratorio de microscopía que complementa todas estas investigaciones. En noviembre de 2021 se inauguró la sede del CIIMET en el Centro Regional Universitario de Veraguas, en el que se realizan investigaciones con serpientes y sus ve-



En los laboratorios de la Universidad de Panamá.
Archivo familiar.

nenos. Actualmente, están tratando de conseguir un laboratorio de toxicología clínica, que en Panamá no existe.

Una patente para salvar vidas

Para Hilda, la mayor satisfacción de su trabajo, independientemente de la investigación y del conocimiento científico que produce, es poder ayudar a las personas afectadas. Poder ayudar a alguien que la necesite, sin importar el lugar ni la hora: "Yo suspendo todo porque hay que atender a una persona que tiene el riesgo de morir. Eso es lo que a mí realmente me apasiona. Poder ayudar".

Relata con apasionamiento algunas de sus experiencias. Entre ellas, ayudar a un niño intoxicado por una planta desconocida, La llamaron del Hospital Obaldía de David buscando su ayuda para curar al niño. Ella estudió su cuadro clínico,

consultó a colegas de otros países para establecer un diagnóstico definitivo y para obtener una orientación para el tratamiento. Recuerda infinidad de casos en los que su ayuda fue determinante para salvar vidas de personas: un anciano mordido por una serpiente en la comarca Ngäbe. Ella estuvo pendiente del caso hasta que consiguió que un helicóptero lo recogiera y le pudieron salvar la vida. En otra ocasión, hubo una niña de seis años en el Hospital del Niño; ella estaba en una reunión de trabajo con un equipo y la llamaron, tenían varios días de estar tratándola y no entendían por qué no mejoraba. Se sospechaba de envenenamiento por una oruga. Hilda llamó a varios colegas de otros países y empezó a indagar con la Dra. Fan Hui, del Instituto Butantan de Brasil, y con la colaboración de la OPS de Panamá y la OPS de Brasil al día siguiente estaba el antídoto en Panamá. Eso le salvó la vida a la niña. Otro caso de una niña, también en Chiriquí, la estaban tratando como un accidente físico y no mejoraba.

En ese momento estaba en Panamá un visitante médico colombiano de mucha experiencia, el doctor Rafael Otero, que identificó el caso como producto de una picadura de araña. En forma paralela, se hizo contacto con la Dra. Hui, en el Instituto Butantan, para buscar el antídoto y se hizo el vínculo con expertos del Instituto Conmemorativo Gorgas de Estudios de la Salud (ICGES), los Mgtr. Roberto Miranda y Sergio Bermúdez, quienes fueron al área, encontraron la araña y al día siguiente también llegó ese antídoto. Y esa niña se salvó. Por eso, para ella, "más valioso que publicar en un *paper* es llegar al ser humano, a esa familia afectada. Yo creo que eso es lo que a mí realmente me mueve".

Agradecimientos

Gracias a Hildauro Patiño por confiar en nosotras.

Gracias a Luz Cruz y Milagro Mainieri, quienes nos guiaron hacia ella y supieron mostrarnos la importancia de su trabajo.

Entrevistas

19 de abril de 2022. Entrevista virtual a Hildauro Acosta de Patiño por Yolanda Marco.

19 de abril de 2022. Consulta vía correo electrónico a Luz Cruz por Patricia Rogers.

Bibliografía

Amaya, I. (27 de noviembre de 2020). Hildauro Acosta de Patiño presenta trabajo colaborativo "Lecciones aprendidas: investigaciones sobre el veneno de escorpiones en Panamá". *UP Hacia la Luz, medio informativo de la Universidad de Panamá*. Recuperado el 8 de mayo de 2022 en: <https://uphacialaluz.com/2020/11/27/hildauro-acosta-de-patino-presenta-trabajo-colaborativo-lecciones-aprendidas-investigaciones-sobre-el-veneno-de-escorpiones-en-panama/>

Oldemar Guerra, L. (7 de diciembre de 2021). Centro de Investigación de la UP trabaja con otras instituciones académicas. *Universidad Semanario*. Recuperado el 9 de mayo de 2022 en: <https://launiversidad.up.ac.pa/node/2291>

Telemetro Reporta. (22 de noviembre de 2021). Mentos Brillantes: Hildauro Acosta de Patiño, directora del CIIMET. Recuperado el 9 de mayo de 2022 en: <https://www.youtube.com/watch?v=lsbiOsEeit8>

Ciencias agrícolas

La ingeniería y la agronomía en Panamá

Los primeros ingenieros panameños estudiaron en Estados Unidos, Europa y Sudamérica. Pioneros fueron Pedro J. Sosa que estudió en Nueva York y trabajó para la compañía del Canal Francés; Florencio Arosemena, graduado en Alemania, quien dirigió la construcción de algunas de las grandes obras de los primeros años republicanos; y Abel Bravo, graduado de la Escuela Civil y Militar de Bogotá, quien también trabajó para la compañía del Canal Francés. Se considera a Abel Bravo el pionero de las carreras técnicas en Panamá y a Alberto Saint Malo el padre de los estudios de ingeniería.

Desde 1940 existía en Divisa, provincia de Herrera, el Instituto Nacional de Agricultura, que acogía la Escuela Nacional de Agricultura, la Granja Experimental y la Estación Nacional de Agricultura. Este instituto disfrutaba de la colaboración de la Universidad de Arkansas desde 1951. Era un centro de investigación y experimentación del sector agrícola y ganadero dependiente del Ministerio de Agricultura. Se ocupaba de la educación formal e informal de técnicos y productores.

La preocupación por el sector agrario llevó a las autoridades del país a la fundación de la Escuela de Agronomía, en 1958, adscrita a la Facultad de Ciencias Naturales y Farmacia de la Universidad de Panamá. En este proceso colaboraron académicos panameños y profesionales del Colegio de Agricultura de la Universidad de Tennessee de los Estados Unidos. La Escuela inició sus clases en 1959, con veinticinco estudiantes varones, en su mayoría del interior del país.

Ambas instituciones, el Instituto Nacional de Agricultura y la Escuela de Agronomía de la Universidad de Panamá, serían las que formarían al personal para la investigación y la educación en agronomía, que debería servir para mejorar la explotación racional y científica de los recursos agrícolas del país.

El primer director de la Escuela de Agronomía, y luego decano de la Facultad, fue el ingeniero Enrique Enseñat. La Escuela de Agronomía se transformaría en Facultad de Agronomía en 1965 y posteriormente sufriría varias modificaciones en su estructura administrativa y docente.

La primera ingeniera agrónoma formada en la Universidad de Panamá, graduada en 1964, fue Carmen Damaris Chea Cedeño. La segunda fue Irma Elena Arjona Velásquez, graduada como ingeniera en agronomía fitotecnista por el Instituto Tecnológico de Monterrey, en México.

Carmen Damaris Chea Cedeño

No quería ser docente ni “ingeniera de pupitre”

(Aguadulce, Coclé, 5 de junio de 1940)

Por Yolanda Marco

No le importó ser la primera en ese mundo de varones, ni que la mirasen como a una “extraña”, ni parecerles a algunos tan “poco femenina” con sus pantalones y sus botas llenas de barro. Damaris quiso ser agrónoma. En la tierra, con las plantas y la naturaleza era donde ella se sentía bien. En ese trabajo, su curiosidad la llevaba a descubrir por qué las plantas se comportaban de una manera u otra, por qué un arroz era mejor que otro, a conocer cómo hacer para transformar la producción. A esto dedicó su vida y su intelecto, y nunca se ha arrepentido.

Una familia feliz

Nació en Aguadulce en 1940, en el seno de una familia humilde, numerosa y feliz, esa es la imagen que transmite Carmen

Damaris Chea Cedeño de la suya. El padre había llegado a Panamá desde China muy joven, un tío era su única familia aquí. Probablemente le hubiera gustado regresar a China en algún momento de su vida, pero no pudo. Nunca llegó a hablar bien español pero tampoco les enseñó a sus hijas e hijos su idioma materno, que practicaba solamente cuando se reunía con sus paisanos en la ciudad de Panamá. En esas ocasiones Damaris y sus hermanitas esperaban fuera del local pacientemente que su padre terminara la reunión.

Hombre trabajador, “muy trabajador” en palabras de su hija, buscó tener descendientes varones, que llegaron finalmente detrás de las siete niñas. Carmen Damaris fue la tercera de los nueve hermanos. El padre dejó una profunda huella en





Carmen Damaris Chea en el centro, a su derecha la ingeniera Irma Arjona, en lo que parece ser un congreso. Sin fecha. Archivo familiar.

ella: "Nos dió tanto amor a nosotros. Imagínesse que éramos tantos, y mi papá (...) Nos cargaba, y ahí, en una mecedora, nos mecía para dormirmos", recuerda.

La madre nació en Roble de Aguadulce. Era un ama de casa rural, muy inteligente, en palabras de su hija. No contradecía al padre. El padre no era autoritario, tenía una actitud conciliadora, asumía el papel de proveedor pero trataba de respetar la voluntad de la madre. Normalmente conciliaban sus ideas y voluntades, "él quería complacer a mi mamá en todo". La madre cuidaba de la prole y él se encargaba de las compras, de todo lo demás. La madre era "muy sabia" y también muy cariñosa. A pesar del gran trabajo que suponía cuidar de una familia tan numerosa, se había organizado para que cada miembro de ella tuviera su tarea: les tocaba lavar, fregar, limpiar la casa. Todos tenían su parte de trabajo, los hombres igual que las mujeres, aunque ellos hacían ocasionalmente los trabajos más fuertes, pero todos hacían de todo. No existía en la familia

la división del trabajo que diferenciaba usualmente a los niños de las niñas.

El padre había sido propietario de una tienda en Aguadulce hasta que en 1941 se le prohibió a la población de origen chino detentar la propiedad en el pequeño comercio. Miles de ciudadanos panameños de origen chino fueron despojados de la nacionalidad, de sus abarroterías, cantinas, bares y otras posesiones. En la memoria familiar de Damaris se recuerda todavía lo que se conoció como "la masacre de Cotito", cuando un grupo de inmigrantes suizos y alemanes fueron asesinados por policías en un lugar de Chiriquí. Sin duda estos hechos atemorizaron más al matrimonio y les empujó a huir de Aguadulce. Damaris cuenta que su madre tuvo que esconder a su padre. De esa manera, huyendo, llegaron a Divisa, donde su padre fue contratado como cocinero del Instituto Nacional de Agricultura, en la Granja Experimental. Allí se establecieron el resto de su vida y criaron a su familia.

Divisa era la sede del Instituto Nacional de Agricultura (complejo de la Escuela Nacional de Agricultura, la Granja Experimental y la Estación Nacional de Agricultura), creados en 1940, el mismo año del nacimiento de Damaris.

Las clases se iniciaron en 1942. Años atrás la Secretaría de Instrucción Pública impulsó la formación del personal académico para que se encargara del desarrollo agropecuario del país. De ahí surgió la idea promovida por el ingeniero panameño Manuel Melo y el jamaicano Glaxter Baxter, ambos egresados de la Universidad de Oxford, para la creación del INA y de estos estudios.

La tierra, vocación y estudios

El Instituto Nacional de Agricultura se benefició desde 1951, cuando Damaris era solo una niña, del acuerdo suscrito por el gobierno panameño con la Universidad de Arkansas. Con el convenio de cooperación e intercambio de profesores y estudiantes se crearon mejores condiciones para la enseñanza de las ciencias agropecuarias y, por ende, para el desarrollo agropecuario del país. Se incrementó la investigación, basada en la transferencia de tecnología. El Instituto se convirtió en el centro de investigación y experimentación del sector agrícola y ganadero, y de la educación formal e informal de técnicos.

Contaba con una gran extensión de tierras en los márgenes de los ríos Santa María y Cañazas, con sistemas de riego, establos, galeras e instalaciones de ordeño, viveros, plantas de alimentos, porquerizas. También una infraestructura educativa con

aulas, dormitorios y otras instalaciones destinadas a atender a profesores e investigadores nacionales y extranjeros.

Ese era el "habitat", tal como ella lo llamaba, en el que Damaris se desarrolló: jugaba "entre los cultivos, entre el arado, entre la tierra arada", y eso era "lo normal" para ella. Ese era su mundo. Un mundo, por otra parte, cosmopolita, donde predominaba una gran diversidad cultural por la coexistencia de los extranjeros de distintas procedencias y los nacionales. Un mundo cercano a la tierra, a la naturaleza y con la presencia de personas diversas, su padre entre ellas, y todos aquellos que trabajaron e investigaron en la granja experimental. Su experiencia de observación tan cercana de la naturaleza en el entorno de la sede del INA se convirtió en su escuela empírica de investigación.

A pesar de los medios económicos escasos, tanto el padre como la madre alentaron los estudios de todas sus hijas e hijos. Parecía natural que las mujeres se graduaran como maestras en la Escuela Normal de Santiago, institución cercana a Divisa y donde podían estar internas. Tres de sus hermanas se hicieron maestras en ella. Las otras estudiaron contabilidad y administración pública. Uno de los hermanos fue, como ella, ingeniero agrónomo y otro topógrafo. Todos estudiaron lo que quisieron, ni su padre ni su madre se inmiscuyeron en sus decisiones.

Damaris estudió su primer ciclo en Aguadulce pero se fue a Panamá para continuar sus estudios en el Instituto Nacional. Como su familia no disponía de recursos, en Panamá residió en la casa de unos amigos de su familia, y cuando llegó el momento de buscar una profe-

sión, le pareció lo más normal estudiar agronomía. Supo que quería estudiar agronomía porque para ella esa era la continuidad natural de su vida en Divisa, su “inclinación”, su vocación.

La primera estudiante de agronomía

Damaris fue la primera mujer que estudió esa carrera en Panamá, y la única mujer entre sus compañeros varones. Recuerda que “no tenía medios económicos para poder estudiar, solo tenía las ganas”. Afortunadamente el decano de la Facultad de Agronomía, el profesor Enrique Enseñat, la ayudó desde el principio. Damaris fue a la Facultad y habló con él, que quedó encantado con ella. Al saber que no tenía recursos económicos, le consiguió un trabajito en la biblioteca de la Universidad, en la Colina, limpiando libros, y en los laboratorios, y así su salario de 25 centésimos la hora le alcanzó para pagarse los estudios.

Los profesores y los estudiantes de otras facultades la “miraban de forma extraña”, aunque no sus compañeros de agronomía. En la universidad a la que ella ingresó en 1960, los hombres vestían saco y corbata y las mujeres usaban tacones altos. Ella tenía diecinueve años, vestía pantalones y calzaba botas, muchas veces embarazadas por los trabajos de campo que realizaban en Tocumen. Damaris siempre ha tenido ese aspecto de mujer menuda, de mirada vivaz y escrutadora, apacible y calmada. Su entrada en las aulas donde se impartían asignaturas que no eran las propias de la carrera con esta vestimenta causaba, como mínimo, expectación. Nada de eso a ella le hacía mella.

Un solo profesor le hizo la vida un poco difícil, el de agrimensura, a quien no le gustaba que las mujeres estudiaran. La llamaba a la pizarra, le preguntaba en clase continuamente y la acosaba haciéndole cargar los aparatos, balancearlos y nivelarlos para poder regañarla. Pero sus compañeros la ayudaban: los fines de semana se iban con ella a la Transística para enseñarle a plantar el aparato, balancearlo, equilibrarlo, medir bien, para que no tuviera problemas con este profesor. Sus compañeros fueron muy respetuosos con ella, fueron amigos, la ayudaban cuando hacía falta cargar algún instrumento pesado.

En los últimos años de la carrera tenían profesores norteamericanos, el de suelos y el de veterinaria por ejemplo, porque tenían un sistema de intercambios. A ella ya entonces le interesaban más las plantas que los animales, aunque en la época se estudiaban igualmente fitotecnia y zootecnia, los estudios no estaban separados como lo serían después. Se graduó en 1964 con una licenciatura en ingeniería agrónoma, a los veinticuatro años.

Primeros trabajos y estudios

Los primeros trabajos que consiguió fueron de docente, dando clases de biología, química y zoología en Divisa, trabajando para el Ministerio de Agricultura, Comercio e Industria. También trabajó en la Escuela Normal “Juan Demóstenes Arosemena”, pero no le gustaba dar clases. En sus propias palabras, ella “no había estudiado para dar clases”.

En 1965 ganó una beca para estudiar un curso sobre “Asistencia técnica para

los productores" en Italia, en el Instituto Agronomico per l'Oltremare, de Borgo a Mozzano, cerca de Florencia. Su viaje de dieciocho días en barco, el curso con personas de muchas nacionalidades, sin hablar italiano, fue una gran aventura. Un matrimonio uruguayo la acogió y la llevó con ellos al terminar el curso en un viaje por toda Italia. A ella le interesaba conocer el campo y los productores del país, saber cómo se trabajaba porque el curso había sido más bien teórico y a ella le interesaba siempre la parte más práctica del trabajo. Fueron a ver fincas donde había ganado y cultivos y a relacionarse un poco más con la población rural de Italia. Conoció el país por todos lados.

A Damaris le interesaba la investigación, pero, sobre todo, la aplicación práctica de las investigaciones, tener experiencias nuevas y aprender cómo se hacían las cosas en otros lugares. En 1967 consiguió una beca del Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA) para estudiar "Mejoramiento de plantas" en Turrialba, Costa Rica.

Siguiendo en su afán por ampliar sus conocimientos, consiguió una beca para estudiar un postgrado en la Universidad Chapingo, en México, en 1969. El curso trataba sobre "Planificación de diseños experimentales". Allí coincidió con Irma Arjona, la otra ingeniera agrónoma panameña, quien se había graduado en México uno o dos años después que Damaris. Sus caminos se cruzarían de nuevo pocos años después.

En Divisa seguía dando clases. Pero le dijo al director que no quería dar clases, a lo que él contestó que entonces no podía seguir allí. Damaris habló con el di-

rector del Departamento en Panamá, le contó lo que ocurría y consiguió que la trasladaran a la capital para trabajar con las estadísticas. Justamente lo que a ella le gustaba, porque podía aplicar los conocimientos teóricos aprendidos en México. Su trabajo consistía en analizar los datos estadísticos de los experimentos que se hacían en el campo en Divisa.

En ese departamento había dos áreas: la investigativa y la de extensión de los conocimientos en el campo. En esa época lo que se hacía en Divisa era estudiar variedades de productos traídos de otros países para ver si se aclimataban a Panamá. Se adaptaban semillas, no se creaban. Según Damaris, faltaba un instituto para crear variedades de semillas, no solo para transferir conocimientos.

Irma y Damaris, ¿ingenieras de pupitre?

Comenzando los años 70, se generó un movimiento que agrupaba a los ingenieros agrónomos en una serie de reivindicaciones, entre ellas las salariales. Un grupo obtuvo una cita con el general Torrijos para presentarle sus reclamaciones. Entre ellos se encontraban Damaris e Irma. El grupo era numeroso y fueron los varones los que excluyeron a las dos mujeres y no les permitieron entrar a la reunión. Irma y Damaris se quedaron en la antesala, pegadas a la pared. Cuando salió Torrijos de último las vio y les dirigió la palabra preguntándoles quiénes eran, le respondieron que eran también ingenieras, a lo que Torrijos, incrédulo, les dijo "¿ingenieras de pupitre?". "No", respondieron de inmediato. Torrijos entonces las retó a que fueran con él en

una gira por el campo al día siguiente, “a las 8 de la mañana en el aeropuerto”. Damaris se presentó puntualmente allí. Irma decidió no ir. Esa decisión marcó su futuro.

A partir de entonces, Damaris, invitada por el general, se convirtió en una especie de asesora que acompañaba a Torrijos en sus giras por el país. Tuvo la oportunidad de explicarle la situación del campo tal como ella la entendía: la situación de los productores, lo que se hacía y lo que faltaba por hacer.

Esta era la época de la reforma agraria en la que, según Damaris, hubo un desarrollo agrícola y agropecuario muy importante. Se crearon los asentamientos campesinos, hubo una cierta redistribución de la propiedad agraria y se estudiaban nuevas formas de producción. Existía la oportunidad para la creación del Instituto de Investigación Agropecuaria con el que Damaris soñaba.

El Instituto de Investigación Agropecuaria de Panamá

Cuando el general Torrijos tomó la decisión de crear el Instituto de Investigación Agropecuaria de Panamá (IDIAP) en 1975, Damaris fue su primera directora y la encargada de su organización. El IDIAP tenía que normar todas las actividades de investigación agropecuaria, con la finalidad de aumentar la producción y mejorar el nivel de vida de los pequeños y medianos productores. Era un órgano de consulta del Estado en la materia. El IDIAP tenía estaciones experimentales en Alanje, en Gualaca y en Divisa.

Para promover las investigaciones agropecuarias, en el IDIAP, reclutó al personal que ya trabajaba en investigación, que pasó a trabajar en el nuevo instituto. Pero había que formarlo, académica y administrativamente. La directora, con la ayuda de la Agencia Internacional del Desarrollo de Estados Unidos y otras instituciones organizó un programa de intercambio con universidades, para enviar personal panameño al exterior y para que investigadores de otros países vinieran al país. Con esta finalidad, Damaris visitó veintitrés universidades estadounidenses, de Filipinas y de otros países.

Su trabajo administrativo nunca le impidió ir al campo. Tenía su propio método de trabajo y de supervisión de las investigaciones. En los trabajos de transferencia tecnológica, para revisar los cultivos y ver si se estaba aplicando bien la metodología, había que visitar el campo. Y había que tener un sistema de observación minucioso e integrador para detectar cualquier situación. Ella modificó el sistema usual. Después de su trabajo de escritorio, visitaba los experimentos en el campo. Eso le daba resultado. Le hizo tener una mejor formación y trabajo, quizás eso pudo hacer que las personas la valoraran más, aunque en su modestia le cuesta admitirlo, quizás por eso tiene muchos amigos. Varios alumnos suyos alcanzaron prestigio profesional. En esa época no había todavía estudiantes mujeres en el instituto.

Según Damaris, entre el cuerpo técnico responsable del desarrollo agropecuario se creó una mística de la profesión, como una especie de despertar de una vocación de servicio a la sociedad y a los productores agropecuarios. Pero, en su opinión, el personal no se concentró en su

tarea de enseñar a los productores, sino que les hacían todo, y ese fue un factor determinante de su fracaso ulterior. Los primeros años hubo una producción muy buena, pero luego fue decreciendo.

Aunque para Damaris su tarea prioritaria fue la creación del IDIAP, también investigó y publicó los resultados de sus trabajos, aunque a ese aspecto de su labor ella le concede menos importancia. Cuando tuvo la posibilidad de viajar al exterior para seguir estudios de doctorado optó por quedarse, “mi doctorado, dice, fue ir al campo”. Una de sus investigaciones tuvo como resultado la creación de una variedad de arroz, que fue llamado “arroz Damaris”. Publicó también trabajos sobre el coco, el sorgo, la antracnosis y fumagina, la pyricularia y otros.

En su etapa de directora del IDIAP se crearon colecciones de variedades nacionales de productos: porotos, yuca y otros. En Divisa había un almacén donde se guardaban y las reproducían de tiempo en tiempo. Otro aspecto de su trabajo fue la fundación de la revista *Ciencia agropecuaria*, que ella dirigía y que divulgaba los trabajos de investigación de nacionales y extranjeros realizados por el IDIAP desde 1978. Damaris fue directora del IDIAP de 1975 a 1980.

Es destacable su participación en el Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (CATIE), institución regional en la que representó a Panamá mientras fue directora del IDIAP. En su opinión, esta institución jugó un papel muy importante en el desarrollo e intercambio de conocimientos. También, como directora del IDIAP, representó a Panamá en el Instituto Interamericano de Co-



La joven ingeniera Chea en el trabajo de campo que tanto disfrutaba. Sin fecha. Archivo familiar.

peración para la Agricultura (IICA). Fue la única ingeniera agrónoma fundadora del Colegio de Ingenieros Agrónomos de Panamá (CINIAP) en 1966. Su último trabajo fue en un proyecto con la Unión Europea, de 1994 a 1998.

Visión retrospectiva

Recuerda que tuvo mucha experiencia de trabajo con mujeres en el área rural, cuyo trabajo no se valora. Cree que ellas son más entusiastas, aprenden más rápido y son mucho más compañeras. Siempre “echan p'lante”, quizás porque siempre piensan en sus hijos. Para desarrollar el campo hay que apoyarse en ellas, dice. Sin embargo, a pesar del papel de las mujeres campesinas, no había casi estudiantes femeninas en agronomía.

Tuvo una relación profesional muy cercana con el general Torrijos, piensa que les



Dando una conferencia en la Universidad de Panamá. Sin fecha. Archivo familiar.

daba oportunidad a las personas, hombres y mujeres, para estudiar y formarse. En una ocasión alguien le preguntó qué veía él en Damaris y su respuesta fue: "su inteligencia", él apreciaba a las personas por lo que eran, concluye Damaris. Los ingenieros agrónomos la recuerdan muy bien y tienen gran aprecio por su trabajo y por sus empeños por formalizar la asociación del gremio, lo mismo que los sucesivos directores del IDIAP como el ingeniero Aníbal Fossatti, exdecano de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Panamá. El Colegio de Ingenieros Agrónomos de Panamá (CINAP) le rindió homenaje en 2012 como cofundadora de la organización.

Damaris no se casó ni tuvo hijos, vive con su familia, con una sobrina. No cree que su trabajo tuviera que ver con casarse o no, con tener hijos o no. Simplemente, ocurrió así "porque Dios lo quiso". Su vocación no fue un obstáculo para crear una familia. No sintió nunca ninguna pre-

sión familiar o social para casarse o para tener hijos. Tiene un especial afecto por una de sus sobrinas, doctora en física, que se crió con ella, y, de alguna forma, es su heredera intelectual.

Cuando echa la vista atrás, se siente satisfecha de su trabajo, pero lamenta el rumbo que el IDIAP tomó en las últimas décadas. No quiere hablar del tema porque ha habido muchos retrocesos y eso le duele. Piensa que el sector agropecuario está abandonado, que se ha perdido la mística entre los profesionales y se han dejado perder los frutos de las investigaciones y trabajos realizados entre los años 1970 y 1980.

Damaris Chea goza en la actualidad de un retiro tranquilo. Dedicla la mayor parte de su tiempo a lecturas que le apasionan y a su pequeño jardín urbano, porque no puede visitar tanto como desearía la parcela familiar en Altos de María, donde cuidaba de sus plantas.

Agradecimientos

Gracias a Damaris Chea por confiar en nosotras.

Gracias a quienes fueron fundamentales para conocerla y reconocer su trabajo, Víctor Sánchez, Aníbal Fossatti y Wesdley Tejedor.

Entrevistas

4 de junio de 2021. Entrevista presencial a Carmen Damaris Chea Cedeño por Yolanda Marco.

8 de julio de 2021. Entrevista presencial a Carmen Damaris Chea Cedeño por Vannie Arrocha, Patricia Rogers y Yolanda Marco.

Bibliografía

Asociación Nacional de Egresados del INA [ANEINA] (s.f.). *Historia del Instituto Nacional de Agricultura*. Recuperado el 9 de septiembre de 2021 en: <http://aneinapanama.com/historia-del-instituto-nacional-de-agricultura/>

Batista de Chambers, D. (2003). La Mujer en las Ingenierías: Dificultades y Oportunidades para la mujer dentro de la carrera académica-tecnológica en Panamá. *Revista I + D Tecnológico* 2 (1) 49-61 <https://revistas.utp.ac.pa/index.php/id-tecnologico/article/view/125/html>

Guardia, M. (2 de mayo de 2021). Un mundo a la medida del ingeniero: de Abel Bravo a Héctor Montemayor. *La Estrella de Panamá*. Recuperado el 5 de septiembre de <https://www.laestrella.com.pa/nacional/publicando-historia/210502/mundo-medida-ingeniero-abel-bravo>

(9 de mayo de 2021). Alberto de St. Malo, el padre de la enseñanza de ingeniería civil en Panamá. *La Estrella de Panamá*. Recuperado el 5 de septiembre de 2021 en: <https://www.laestrella.com.pa/nacional/210509/alberto-st-malo-padre-ensenanza>

Ríos Espinosa, R. (2017). *La Facultad de Ciencias Agropecuarias de la Universidad de Panamá y su contribución al desarrollo Técnico – Científico del Sector Agropecuario de Panamá. Origen y Desarrollo: 1958 – 2000*. Recuperado el 23 de julio de 2021 en: https://www.researchgate.net/publication/343815104_La_Facultad_de_Ciencias_Agropecuarias_de_la_Universidad_de_Panama_y_su_contribucion_al_desarrollo_Tecnico_-_Cientifico_del_Sector_Agropecuario_de_PanamaOrigen_y_Developimiento1958_-_2000

Irma E. Arjona Velásquez

La ingeniera agrónoma que clasificó las yucas del país

(Arraiján, Panamá Oeste, 20 de noviembre de 1941 -
Ciudad de Panamá, 6 de febrero de 2022)

Por Vannie Arrocha

El temor que le generaban las partes del cuerpo embalsamadas en el laboratorio fue la alarma que le hizo comprender a Irma que la medicina no era su carrera. Aquel hecho marcó su destino dejándola libre para estudiar agronomía en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, en México. De vuelta a Panamá comienza a trabajar para el Ministerio de Agricultura y Ganadería; allí junto al ingeniero colombiano Carlos Landau, recorre el país clasificando las variedades de yuca, trabajo por el que aún son referentes. Su vida profesional transcurre en varias instituciones, como el Instituto de Investigación Agropecuaria de Panamá, y en la creación del Centro de Producción e Investigaciones Agroindustriales de la Universidad Tecnológica de Panamá.

La estudiante

Irma Elena Arjona nació en la casa de sus padres en Vista Alegre de Arraiján. Fue la penúltima de una familia con seis hijos: cuatro varones y dos mujeres. El papá recibió en herencia una farmacia ubicada en avenida A de San Felipe, y para allá se fue con toda su familia.

Irma hizo sus estudios primarios en la Escuela Simón Bolívar. El primer ciclo de secundaria lo hizo en el Instituto Panamericano (IPA), donde aprendió inglés. Sin embargo, no quiso seguir en esa escuela porque no quería ser secretaria ni contadora. El abuelo paterno de Irma fue médico, el papá era farmacéuta y laboratorista, y la mamá, enfermera, de tal manera que tenía afinidad hacia la ciencia.





Retrato de estudio de Irma Elena. Se desconoce el año. Archivo familiar.

El segundo ciclo lo hizo en el Instituto Nacional (IN), donde se graduó con puesto de honor. Inició estudios de medicina en la Universidad de Panamá, en 1961, pero Irma se dio cuenta que eso no era lo suyo cuando comenzó las clases de anatomía. Nos contó, con mucha jocosidad, que cuando vio una pierna y un brazo en un laboratorio fue su último día como estudiante de medicina.

Entonces vino una corta etapa de incertidumbre por el futuro, cuando recibió una llamada de una compañera del IN y le dijo que estaban dando becas. Irma fue, la acompañó su papá, y consiguió una para el Instituto Tecnológico de Monterrey, en México, para estudiar Ingeniería en Agronomía Fitotecnista. Aunque nunca había considerado la agronomía, la

novedad por estudiar en el extranjero la motivó a dar el paso.

Fue su padre quien la apoyó en toda la gestión para estudiar en México, pues su mamá no quería que saliera del país.

Al llegar al Tecnológico, entre 1961 y 1962, se dio cuenta de que era la primera vez que había una estudiante mujer en su carrera. Recordaba cómo algunos estudiantes se agolpaban delante de su salón para verla. “Me miraban como bicho raro”, dice, pero aprendió a defenderse. A quien intentaba molestarla por ser mujer y estudiar agronomía lo amenazaba con exponerlo ante las autoridades de la institución, que tenía reglas estrictas.

Durante sus años de estudio, fue asistente del laboratorio de entomología.

En ese país se casó con un estudiante panameño de su misma carrera. El matrimonio regresó a Panamá, probablemente en 1966. Instalados en el país cada uno siguió caminos diferentes.

El primer trabajo

Es difícil imaginar que a un hombre en una entrevista de trabajo para un puesto de ingeniería le pregunten si sabe atender su casa. Irma vivió esta situación y, aunque señalaba que es algo que nunca olvidaría, quizás sean los años de por medio que la hicieron que contara la experiencia como un chiste. Rubén Darío Carles, mejor conocido como Chinchorro Carles, cabeza del entonces Ministerio de Agricultura y Ganadería, le preguntó: “Ingeniera: ¿usted sabe cocinar?, ¿usted sabe barrer? y ¿usted sabe atender una casa?”. A lo que ella respondió “sí” y

obtuvo el nombramiento en la Estación Experimental de Alanje como jefe de campo.

Es allí donde comienza su recorrido en la clasificación de 109 variedades de yuca, que tenía como propósito mejorar los tipos que siembra el campesino para su consumo y con miras a una posible utilización industrial.

La yuca arenosa, explicaba, es la que usamos como alimento; la yuca fibrosa es para los animales. En el documento llamado *Ensayos experimentales en el cultivo de la yuca* se revela que diferentes tipos de yuca eran llamados por el mismo nombre.

La maestría y el nacimiento de su hijo

Irma ya había hecho estudios de posgrado en experimentación agrícola en la Escuela Nacional de Agricultura, en Chapingo, México, en 1969. Mientras trabajaba en el Ministerio de Agricultura, Comercio e Industrias recibió una beca para estudios de maestría del Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas de la OEA, para ir al Centro Tropical de Enseñanza e Investigación de Turrialba, en Costa Rica, de 1972 a 1973. Una de las cosas que le atrajo de esta beca era la cercanía a Panamá. Ella pensó que si algo le sucedía a su mamá o papá, estaría relativamente cerca para reaccionar.

En 1974, en su trabajo de tesis de maestría *Un nuevo enfoque de la investigación para Panamá con base en un análisis de la situación agrícola* propone cuál debe ser el camino a tomar: “debe programar-

se la investigación para pequeños y medianos productores con base en sistemas policulturales de producción”, es decir, sembrar cultivos múltiples y no uno solo.

Allá, en Costa Rica, no solo hizo su maestría en Estadística Agrícola, sino que se casó con un dominicano, que era compañero de clases. La pareja tuvo un hijo, Cesar Caonabo Paniagua Arjona. Su hijo nació en 1973. Según Irma, contó con el apoyo de una empleada a tiempo completo, y así logró terminar sus estudios.

Para mantener a la familia unida, se va a Michigan, Estados Unidos, donde su esposo hacía su doctorado. Allí consiguió un trabajo de medio tiempo con el Departamento de Ciencias de Cultivo y Suelos de la Universidad del Estado de Michigan. En las cuatro horas que permanecía en la oficina, una amiga cuidaba del niño. Realizó este trabajo por tres meses y renunció para acompañar a su esposo a Guatemala y luego a Colombia, donde este hacía el trabajo de campo para su tesis de doctorado. El segundo matrimonio llegó a su fin.

Cuando regresó a Panamá, Irma volvió a trabajar en el Ministerio de Desarrollo Agropecuario. Luego pasó al Instituto de Investigación Agropecuaria de Panamá (IDIAP), liderado por la ingeniera agrónoma Carmen Damaris Chea. En algún momento la relación entre ambas fue tan cercana que Irma conoció casi a toda la familia de su colega, Carmen Damaris.

En el IDIAP fue la directora de Biometría. Diseñar experimentos de fitotecnia, mandarlos al campo experimental, luego analizarlos y sacar las conclusiones era el trabajo que hacía Irma.



Irma Arjona en una actividad del Centro de Producción e Investigaciones Agroindustriales. Archivo del Centro de Producción e Investigaciones Agroindustriales de la Universidad Tecnológica de Panamá.

Mientras trabajaba, era su mamá, la enfermera, quien cuidaba de su hijo, así que se sentía tranquila por esa parte.

Estando en el IDIAP, Irma se casaría y se divorciaría por última vez.

En los cimientos de la UTP

La primera vez que Irma escuchó hablar de que Panamá tendría un politécnico fue en México, mientras estudiaba Ingeniería en Agronomía Fitotecnista.

En 1975 fue fundado el Instituto Politécnico, dentro de la Universidad de Panamá, con el liderazgo de Víctor Levi Sasso. Para 1981, el politécnico cambió su nombre a Universidad Tecnológica de Panamá (UTP) mediante la Ley 18 del 13 de agosto de 1981.

Tres años antes del cambio de nombre, Irma comenzó a trabajar para la Facultad

de Ingeniería Industrial, específicamente en 1978. Elaboró contenidos programáticos para varias asignaturas. De 1987 a 1991 fue vicedecana de Investigación y posgrado. En 1991, Irma creó el Centro de Producción e Investigaciones Agroindustriales de la UTP y se convirtió en su primera directora. El Centro, que ya cumplió treinta años, ha tenido cinco directores; el actual es el ingeniero Wedleys Tejedor, doctor en Ciencia y Tecnología de los Alimentos. Tejedor, quien fue estudiante de Irma, asegura que el centro es testigo de lo visionaria que fue. Según él, cuando las investigaciones no eran la prioridad en las universidades del país, ella, como docente, los alentaba a investigar.

Poco a poco fue haciendo la transición de investigadora a docente. Dictó clases en la Universidad del Istmo y la Universidad Santa María La Antigua, además de las que daba en la UTP de donde se jubiló. También colaboró por varios años con el Sindicato de Industriales de Panamá.



Entrevista realizada a Irma Elena Arjona en su casa el 12 de junio de 2021. Foto: Vannie Arrocha.

Antes de morir, el 6 de febrero de 2022, Irma dijo que cerca del mar su salud mejoraba y que echaba de menos trabajar. Previo a su partida, aconsejó a todas las

jóvenes a luchar por lo que quieren, a atreverse. “Tengo una nieta muy inteligente. Yo le digo: ‘La única que la puede salvar es usted misma’.”

Agradecimientos

Gracias a Irma Arjona por confiar en nosotras.

Nuestro agradecimiento a Aníbal Fossatti y Wedleys Tejedor. Gracias a su hijo César, cómplice de este trabajo.

Entrevistas

12 de junio de 2021. Entrevista a Irma Arjona por Yolanda Marco y Vannie Arrocha.

16 de octubre de 2021. Entrevista a Irma Arjona por Patricia Rogers, Yolanda Marco y Vannie Arrocha.

Bibliografía

Arjona, I. (1974). *Un nuevo enfoque de la investigación para Panamá con base en un análisis de la situación agrícola*. [Tesis de maestría, Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas de la Organización de Estados Americanos] pp. 6 y 57.

Arjona, I. y Landau, C. (1975). *Ensayos experimentales en el cultivo de la yuca*. [s.n.]

Ciencias naturales

Las botánicas panameñas

En Panamá, las primeras colectas de plantas para publicaciones y herbarios fueron hechas a inicios del siglo XX por instituciones extranjeras y coleccionistas, pero fue la construcción del Canal lo que avivó y facilitó las expediciones al Istmo, por parte de reputadas instituciones, como el Jardín Botánico de Missouri. Chiriquí, Darién, Coclé y Panamá eran los lugares preferidos. Fueron testigos de algunas de esas expediciones, en los años 60, Novencido Escobar y Mireya Correa.

Ya había pasado la época dorada de las expediciones (1930-1940), cuando comenzó a hablarse de un herbario panameño. Se trata del Herbario de la Universidad de Panamá, que es formalmente instituido en 1968 por gestiones del doctor Octavio Sousa, director en ese entonces de la Escuela de Biología, y gracias al gran interés del doctor Walter Lewis, del Jardín Botánico de Missouri. La curaduría se le ofreció a Mireya Correa, la primera botánica panameña.

Mireya D. Correa Arroyo

La recolectora de plantas vasculares

(Ciudad de Panamá, 6 de febrero de 1940 - 22 de noviembre de 2022)

Por Vannie Arrocha

Mireya Correa es la primera botánica panameña. Colectó alrededor de 12 000 especímenes de plantas vasculares junto a colegas y estudiantes. Haber sido directora del Herbario de la Universidad de Panamá y también del Herbario del Smithsonian Tropical Research Institute fueron sus mayores logros; dos frentes de acción desde donde dirigió su trabajo botánico para provecho nacional e internacional. Hay otro aspecto de la académica no menos importante, la docencia, y en este campo, motivó a varias generaciones con enseñanza de calidad, normas y ética. En especial, a las jóvenes les enseñó a decir “yo puedo”.

La dueña de la tienda

El hogar formado por el panameño Ricourte Correa y la costarricense Olga

Arroyo tuvo tres hijas. La mayor nació en casa, en Calidonia, el 6 de febrero de 1940 y fue nombrada Mireya Dorothea Correa Arroyo. “Fue la primera hija, la primera nieta, la primera sobrina, una consentida”, dice su hermana Mayra Matson.

Mireya hizo parte de sus estudios primarios en el Panama School y los concluyó en la Escuela República de Chile. Mientras sus hermanas jugaban a la maestra, Mireya jugaba a que era la dueña de la tienda y era quien cobraba.

Cada vez que Mireya ganaba un premio y escuchaba a su madre contándole a otras personas, se molestaba. Según Matson, Mireya siempre ha actuado con sencillez y privacidad, al punto que decidió no contarle a su mamá cuando la distinguían por algo.

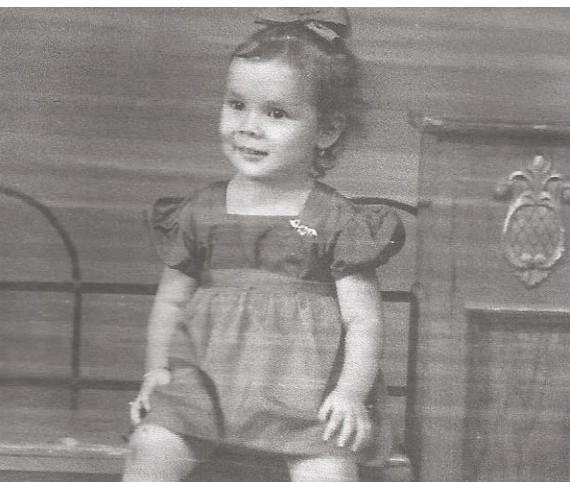


A la joven Mireya le gustaban las ciencias, se graduó en el Instituto Nacional. Es aguilucha. Y, aunque nunca había sembrado una planta en su casa, eligió estudiar biología y química en la Universidad de Panamá, donde obtuvo el profesorado y luego la licenciatura. Cuatro años más tarde, en 1967, hizo la maestría en botánica en la Universidad de Duke, en Estados Unidos. Allí se hace asistente del herbario de esa universidad durante los dos años de estudio (1966-1967).

De regreso a Panamá, comenzó a trabajar como botánica y curadora del U.S. Army Tropic Center.

Los herbarios de Mireya

Gracias a Octavio Sousa, director de la Escuela de Biología, y gracias al interés y apoyo del doctor Walter Lewis, del Jardín Botánico de Missouri, se formalizó, en 1968, el Herbario de la Universidad de Panamá. La curaduría se le ofreció a Mi-



Según su hermana Mayra Matson, Mireya Correa tenía de 2 a 3 años en esta imagen. Archivo de Mayra Matson.

reya Correa y, desde 1968, comienza los cimientos del Herbario de la Universidad de Panamá.

Un herbario es “una colección de muestras de plantas secas, debidamente preparadas, identificadas y conservadas para su posterior utilización. Para cumplir con esta labor, los herbarios tienen personal especializado en recolectar, preparar, identificar y conservar los especímenes”, explicaba Mireya en el portal digital del Herbario de la Universidad de Panamá.

A Mireya le tocó colaborar, en 1980, con la organización del Primer Simposio Internacional de Botánica e Historia Natural de la Universidad de Panamá, cuando se terminó el proyecto *La Flora de Panamá*, que estuvo haciendo y financiando el Jardín Botánico de Missouri, por algo más de cincuenta años. Hay que distinguir aquí a William Darcy, quien, según Novencido Escobar, fue gestor del simposio y gran colaborador del herbario de la UP.

En 1982, Mireya comenzó a trabajar como investigadora asociada con el Smithsonian Tropical Research Institute (STRI) y en 1987 se hizo investigadora permanente. Allí también estuvo encargada del herbario.

Actualmente, el Herbario del STRI tiene 17 000 especímenes, y el de la Universidad de Panamá, 128 000.

Anécdotas de una recolectora

Con tan solo veintiséis años, Mireya formó parte de las últimas expediciones



Mireya Correa en su trabajo con el Smithsonian Tropical Research Institute. Fotografía proporcionada por el Smithsonian Tropical Research Institute (STRI).

que hizo el Jardín Botánico de Missouri en Panamá para culminar los tomos de *La flora de Panamá*. La expedición fue dirigida por el doctor Walter Lewis, de 1966 a 1969, y estuvo acompañado por John Dwyer, Robert Dressler, Tom Croat, James Duke y Novencido Escobar de la Universidad de Panamá. Este último y Mireya, en 1976, atravesaron la cordillera desde Fortuna hasta Gualaca buscando especímenes.

Su hermana, Mayra Matson, recuerda haberla visto usando doble camisa manga larga para protegerse de los insectos, pantalones caqui, botas negras largas y sombrero.

Mireya, como docente de la Universidad de Panamá, "hacía mínimo tres excursiones por semestre. En las giras a La Yeguada, por ejemplo, el grupo se quedaba en un caserón, de un lado dormían las

mujeres y del otro los hombres, y Mireya preparaba un pollo exquisito", recuerda el doctor Alberto Taylor, botánico, colega y amigo.

Recolectar, eso era algo que a Mireya Correa le gustaba hacer hasta que un esguince mermó su capacidad, y luego, con el avance de los años, se sumó la artritis reumatoidea. Cuenta María de Stapf, una de las estudiantes de Correa, quien hoy es profesora del Departamento de Botánica y Directora del Herbario de la Universidad de Panamá que a partir de los 90, la profesora los llevaba al campo pero se quedaba en el carro con su bastón. Antes de que se anunciara la jubilación de Mireya Correa del STRI, en junio de 2021, se podía leer en un enlace sobre la científica lo siguiente: "Durante cinco décadas, mis estudiantes, compañeros del laboratorio y yo hemos viajado por Panamá para descubrir, describir y catalogar la asombrosa biodiversidad vegetal de este país. Hemos viajado a caballo, cruzado ríos y montañas de bosque denso hasta algunos de los sitios más remotos de Panamá para hacer estos descubrimientos, y aún queda mucho por explorar".

Una situación que preocupó a la botánica fue las recolectas de especímenes que se hacían en el país por extranjeros y que no dejaban réplicas. Algo que vino a solventar la Ley 24 de 7 de junio de 1995, de Vida Silvestre, que en su Artículo 42 dice: "los científicos nacionales y extranjeros que realicen recolección de material botánico en el país están obligados a depositar un juego de muestras en el Herbario [de la Universidad de Panamá], que servirán como testigos de sus investigaciones".

Un proyecto trascendental

En su larga trayectoria, Mireya hizo investigaciones, publicaciones y participó en proyectos nacionales, regionales y globales, pero uno a destacar es aquel que pone el conocimiento de los herbarios en línea. Se trata de Global Plants Initiative, patrocinada por The Andrew W. Mellon Foundation, que consiste en digitalizar en alta resolución el material de los herbarios.

Mireya declaró a la Agencia Iberoamericana para la Difusión de la Ciencia y la Tecnología, en enero de 2011: “En el pasado, si queríamos confirmar la identidad de una planta, teníamos que enviar muestras a expertos o viajar a herbarios, ambos extremadamente costosos e imprácticos para científicos en los trópicos”. “Ahora esta información está al alcance de nuestras manos en JSTOR, una base de datos en línea para información académica”.

En la biografía de despedida que hizo el STRI por la jubilación de Mireya se mencionó precisamente este trabajo como “uno de sus mayores aportes a la botánica, a nivel regional y global”. Mediante esta iniciativa de The Andrew W. Mellon Foundation, Mireya convirtió a STRI en un centro regional de digitalización de especímenes de plantas para el Global Plants Initiative, una asociación internacional de más de 270 herbarios en setenta países para digitalizar especímenes de plantas, hongos y algas.

Esta científica recibió un sinnúmero de reconocimientos, entre los que destaca la medalla José Cuatrecasas a la Excelencia en Botánica Tropical, en reconocimiento por sus logros como educadora, administradora y taxónoma de plantas. La entrega del premio se realizó en el Museo Nacional de Historia Natural de la Institución Smithsonian en Washington D.C. en abril de 2008. En ese momento, Mireya se sintió con el valor de expresar frente a La Prensa que: “Es interesante,



Mireya Correa firmando el libro *Hierbas, bejucos y lianas* en el Parque Natural Metropolitano, Panamá. Fotografía proporcionada por el Smithsonian Tropical Research Institute (STRI).

decía yo a manera de chiste, que en el pasado, todas las comisiones administrativas estaban formadas por hombres. ¿Ustedes creen que eso me hizo infeliz? No, porque tenía mucho más tiempo para dedicarme a la botánica y no tenía tantas responsabilidades administrativas”. Un comentario que nos deja entrever lo tesonera que fue la profesora para abrirse paso en sus inicios.

Su labor como docente fue reconocida en 2012, cuando la Universidad de Panamá le otorgó el Doctorado Honoris Causa. Al año siguiente, la Secretaría Nacional de Ciencia Tecnología e Innovación (SENA-CYT) la reconoció como una de las Mujeres Pioneras de la Ciencia en Panamá.

La docente

Hay que mencionar que, cuando joven, la profesora Mireya atraía las miradas de estudiantes y colegas; sin embargo, según fuente cercana, Mireya solo demostró interés por un pretendiente extranjero quien decidió no convertirse en algo más.

En el aula de clases, Mireya trataba de despertar el interés de sus estudiantes. Algo que no toleraba era que terceros entraran a su salón sin pedir permiso y los cierres de la universidad por las protestas.

Las ocho son las ocho para Mireya, ni más ni menos, dice el doctor Taylor, quien recuerda que al principio en el Departamento de Botánica discutían porque su reloj no era tan exacto. Sin embargo, coincidían en que un puesto se gana por formación y no por política o amiguismo. “Levantamos el departamento de botánica entre pocos. Mireya y Noris Salazar [otra botánica pionera] fueron los pilares de las estudiantes”, dice Taylor.

María de Stapf asegura que la doctora les enseñó a decir “yo puedo”, sobre todo al principio de su carrera, cuando lo normal es que los más experimentados duden de la capacidad de los novatos. Según el doctor Stanley Heckadon, excolega y amigo de la profesora Mireya, ella está entre los académicos que “dejan escuela”, es decir que comparten el conocimiento con sus estudiantes para forjar la siguiente generación. Otro atributo que le reconoce es que a la hora de trabajar fue muy colaborativa.

Hoy por hoy coinciden varias personas en que el nombre Mireya Correa tiene el poder de abrir puertas en el área de la botánica en Estados Unidos. Mireya Correa Falleció el 22 de noviembre de 2022. Pasó sus últimos días en su casa peleando por no olvidar del todo sus recuerdos, bajo el cuidado de la misma colaboradora del hogar que cuidó de su madre.

Agradecimientos

Gracias a Mayra Matson, hermana, y a María Sánchez de Stapf. Gracias al STRI por compartir sus fotografías.

Entrevistas

19 de julio de 2021. Entrevista virtual a María Sánchez de Stapf por Yolanda Marco y Vannie Arrocha.

2 de octubre de 2021. Consulta telefónica a Alberto Taylor por Vannie Arrocha.

17 de octubre de 2021. Entrevista presencial a Stanley Heckadon por Vannie Arrocha.

25 de octubre de 2021. Consulta telefónica a Mayra Matson por Vannie Arrocha.

Bibliografía

Agencia Iberoamericana para la Difusión de la Ciencia y la Tecnología. (18 de enero de 2011). *Representantes de 36 países se dan cita en la Iniciativa Global de Plantas*. Recuperado el 3 de octubre de 2021 de <https://www.dicyt.com/viewNews.php?newsId=20328>

Correa, M. (s.f.). *El Herbario de la Universidad de Panamá: Logros y Proyecciones*. Universidad de Panamá. Recuperado el 3 de octubre de 2021 en: <http://herbario.up.ac.pa/Herbario/herb/vasculares/page/view/antecedentes>

Del Moral, T. (15 de mayo de 2008). *Pionera de la botánica local*. La Prensa. Recuperado el 3 de octubre de 2021 en: https://www.prensa.com/cultura/Pionera-botanica-local_0_2292520919.html

Escobar, N. (1987). *El desarrollo de las ciencias naturales y la medicina en Panamá*. Biblioteca de la Cultura Panameña, pp. 67 - 87.

Correa, M. (s.f.). *El Herbario de la Universidad de Panamá: Logros y Proyecciones*. Universidad de Panamá. Recuperado el 3 de octubre de 2021 en: <http://herbario.up.ac.pa/Herbario/herb/vasculares/page/view/antecedentes>

Smithsonian Tropical Research Institute. (s.f.). *Mireya Correa, botánica*. Recuperado el 1 de junio de 2021 en: <https://stri.si.edu/es/cientifico/mireya-correa>

Smithsonian Tropical Research Institute. (s.f.). *Una precursora*. Recuperado el 1 de junio de 2001 en: <https://stri.si.edu/es/noticia/una-precursora>

Noris Salazar Allen

La naturaleza como motor de una mente científica

(Ciudad de Panamá, 30 de enero de 1947)

Por Vannie Arrocha

Las plantas más pequeñas y, posiblemente, unas de las más antiguas del mundo, denominadas briofitas, son la especialidad de la botánica Noris Salazar Allen, quien, en octubre de 2020, publicó su último descubrimiento: un nuevo tipo de musgo. Las briofitas están clasificadas en musgos, hepáticas y antocerotes. A la fecha, ella ha logrado nombrar cuatro especies de briofitas y cuatro subespecies

Desde su infancia, Noris ha sido una observadora nata, ya sea de la vegetación de Cerro Punta o la del Valle de Antón, de los animales domésticos o de la nieve en Penn Yan.

La infancia, el momento de descubrir el mundo

Los abuelos paterno y materno de Noris eran extranjeros, ecuatoriano y chino,

respectivamente. El apellido Allen asegura que fue una deformación de Chi Yen. Cuando ella nació ya sus abuelos no vivían, pero sí conoció a sus abuelas y formaría un vínculo especial con la abuela materna, a quien lloraría cada mañana que debía ir a kínder.

Noris vivía junto a sus padres, su hermana y su abuela materna, en una casa en San Francisco, donde había conejos y plantas. "Era como tener una granja dentro de la ciudad", dice ella misma.

Aún hoy, Noris Salazar Allen, botánica especializada en briofitas, describe su infancia de un modo fantástico.

Su papá llevaba a la familia a pasear a Cerro Punta y al Valle de Antón. Ella disfrutaba de bañarse en los ríos de agua fría, caminar grandes distancias entre la naturaleza u ordeñar una vaca. "Todo eso





Noris Salazar en el campo colectando insumos. Archivo del Smithsonian Tropical Research Institute (STRI).

son experiencias que forjaron en mí el amor por la naturaleza. Desde mi abuela, con los animales y las plantas en San Francisco, luego los viajes de mi padre y mi madre hacia el interior, conocer la vegetación. Ahora Cerro Punta no es lo que yo conocí, Cerro Punta tenía mucha vegetación". Las visitas al Valle de Antón tenían un ingrediente extra: iba toda la "gallada de muchachos" del lado de la familia Salazar, cuenta.

Decisiones

En secundaria, como toda adolescente, Noris tuvo que tomar una decisión,

¿qué estudiar? Humanidades y Ciencias Naturales tenían sobre Noris igual fascinación, pero prefirió ciencias porque "no veía futuro" en las carreras de humanidades; en las de ciencias veía más opciones, gracias al referente que tenía en su profesor de secundaria Novencido Escobar, botánico, quien le transmitió el gusto por las plantas. De tal manera que entró a la carrera de botánica en 1965 en la Universidad de Panamá. Al cabo de unos meses la llamó el director de su antigua escuela, el Instituto Justo Arosemena, para informarle que, con el programa de becas Latin American Scholarship Program of American Universities, estaban formando profesores para la que sería la Universidad Santa María La Antigua. Noris aplicó y pasó todos los exámenes, lo que la hizo acreedora a una de las becas.

Formación en el extranjero

Gracias a la visión de su padre, Noris y su hermana ya habían estado en un intercambio escolar en Penn Yan, en el Estado de Nueva York, Estados Unidos.

Ahora la beca para estudios de licenciatura, que incluía un curso de inglés y vivir con una familia de acogida, era para estudiar en el Trinity College, en Washington D. C. de 1967 a 1969. Estar en este país cuando fue asesinado Martin Luther King fue algo que la impactó, pues no había visto una escena de racismo hasta ese momento. Reflexionó mucho al respecto y entendió dos cosas: que esa gran potencia mundial tenía problemas sociales básicos y que ella, como hispana, debía cuidarse.



En el laboratorio del Smithsonian Tropical Research Institute. Archivo del Smithsonian Tropical Research Institute (STRI).

Finalizados los estudios de licenciatura en Biología General volvió a Panamá y comenzó a trabajar como asistente de botánica en la Universidad de Panamá. No obstante, al cabo de un tiempo, volvió a Estados Unidos para estudiar una Maestría en Briología de la State University of New York, título que obtuvo en 1973.

El doctorado lo realizó varios años más tarde, en Canadá, en la University of Alberta. En el doctorado, su profesor asesor le dice: "si tú no hubieras estado en una universidad estadounidense yo no te hubiera aceptado". "Y eso a mi me pareció tan fuera de lugar porque hay universidades muy buenas en Latinoamérica y cualquiera con una maestría en Latinoamérica puede hacer un doctorado y lo hace bien", opina Noris.

En esa misma universidad se encuentra Noris con dos profesoras que, apenas la conocieron, le brindaron apoyo. Una de ellas le enseñó dónde quedaba todo, cómo era la vida, el día a día en ese entorno, y la otra le prestó un abrigo de plumas de ganso para el frío inmenso que hace en Canadá durante el invierno.

Las briofitas, el mundo de Noris

Las briofitas son musgos, hepáticas y antocerotes, que tienen 450 millones de años de habitar la tierra. Son una de las primeras plantas en colonizar terrenos desnudos, iniciando así la formación de los suelos. Cumplen con importantes funciones, por ejemplo, los bosques de musgos son vitales para almacenar cantidades de agua; de 20 % a 40 % del agua de lluvia se almacena en estas plantas. Sin embargo, en algunos lugares, los musgos son extraídos de sus hábitats para utilizarlos como adornos de nacimientos en Navidad.

En el Herbario de la Universidad de Panamá hay registro de las briofitas que existen en Panamá, gracias al trabajo de Noris en colaboración con Mireya Correa. "Ella [Correa] era la directora del herbario, ella estaba a cargo de las plantas vasculares, y yo estaba entonces encargada de las briofitas y los líquenes y también ayudé a la formación del herbario de hongos", dice Noris.



Noris Salazar se jubiló del Smithsonian Tropical Research Institute, luego de 34 años de servicio, a inicios de 2024. Archivo del Smithsonian Tropical Research Institute (STRI).

Según el botánico y doctor en morfología vegetal comparada, Alberto Taylor, sus colegas, las profesoras Mireya y Noris, fueron dos mujeres pilares del Departamento de Botánica y sirvieron como referentes para sus estudiantes.

Noris reconoce que su aporte está en el conocimiento y divulgación de unas plantas desconocidas para la sociedad. “Levantar una colección [de briofitas] en la Universidad de Panamá que va a quedar para el futuro, para la formación de briólogos, de eso me enorgullezco”, dice. La profesora Nayda Flores, quien es ahora la curadora de la sección de briofitas y líquenes del herbario fue alumna suya. Además, hay un grupo en Chiriquí que inició otra de sus estudiantes, la profesora Clotilde Arrocha. “Ella tiene un grupo muy activo en briología. Ya sé que dejé una semilla en cuanto al estudio de la briología en Panamá”.

Paralelamente por varios años, Noris desarrolló su trabajo tanto en la univer-

sidad como en el Smithsonian Tropical Research Institute (STRI).

Se estima que existen 22 000 especies de briofitas en el mundo; en Panamá se han contado hasta el momento “1236 briofitas: 752 especies de musgos, 484 especies de hepáticas y de antocerotes”, explica Noris, respecto a su trabajo como científica permanente del STRI. Ella ha nombrado cuatro especies y cuatro subespecies.

La botánica Alicia Ibáñez le reconoce a la profesora Noris la envergadura del trabajo de investigar sobre las briofitas a nivel regional, junto a dos investigadores, esfuerzo que culminó con el libro *Guide to the Bryophytes of Tropical America. Memoirs of the New York Botanical Garden*, que es “una obra de referencia sobre los musgos, las hepáticas y los antocerotes”, dice Ibáñez.

La educación, otra contribución

Para ella, la manera de despertar el interés por la ciencia es desde la infancia. “Ojalá a los niños se les llevara al campo y se les permita esa curiosidad de ver una cosita pequeña o grande, de que describan cada cosa, empezaría a imaginar y a crear, a ser creativos y a desarrollar, y si usted le pone entonces las matemáticas y las otras áreas del conocimiento, ya tiene un chico que piensa analíticamente”. Fomentar la inquietud por las plantas desde la educación primaria es algo en lo que incursionó Noris con el libro de colorear *Las briofitas - El mundo de las plantas pequeñas*.

A Noris le gusta enseñar. Según ella, la segunda contribución que ha hecho para



Salazar en Bocas del Toro dictando una charla. Archivo del Smithsonian Tropical Research Institute (STRI).

su país se basa en las personas, sus estudiantes, los que formó como botánicos especializados. Ella explica que se esmeró por ser una guía de honradez, trabajo duro, honestidad, integridad, aspectos que deben prevalecer en cualquier profesión.

Aunque se siente confiada de que ya tiene personas que continuarán con el trabajo de las briofitas, ella opina que Panamá está perdiendo varios talentos debido a que en otros países les ofrecen facilidades para investigar y mejores sueldos. Además, se muestra preocupa-

da por la forma en que se escoge al profesorado en la Universidad de Panamá. "Debería incorporar a los nuevos talentos que están llegando a Panamá con grado de doctorado y postdoctorado a fin de nutrir la academia y desarrollar la investigación".

A sus 74 años, Noris Salazar aún se mantiene activa y sigue trabajando en el STRI. Ha dedicado su vida a la ciencia y no se arrepiente pero sí reconoce que ha hecho sacrificios. Sacrificó tiempo con su familia, tiempo para distraerse y conocer a otras personas.

Agradecimientos

Gracias a Noris Salazar por confiar en nosotras.

Agradecemos a Alicia Ibáñez por compartir con nosotras la importancia del trabajo de Noris en el mundo de las briofitas. Al STRI por compartir sus fotografías.

Entrevistas

9 de agosto de 2021. Entrevista virtual a Noris Salazar Allen por Yolanda Marco, Vannie Arrocha y Patricia Rogers.

10 de agosto de 2021. Entrevista virtual a Noris Salazar Allen por Yolanda Marco, Vannie Arrocha y Patricia Rogers.

2 de septiembre de 2021. Entrevista virtual a Alicia Ibañez por Vannie Arrocha y Patricia Rogers.

2 de octubre de 2021. Consulta telefónica a Alberto Taylor por Vannie Arrocha.

Bibliografía

Salazar Allen, N. (2011). Las briofitas: *El mundo de las plantas pequeñas. Libro de actividades*. Novo Art.

Smithsonian Tropical Research Institute. (s.f.). *Los musgos y la salud de los bosques* [panfleto impreso].

Smithsonian Tropical Research Institute (s.f.). *Noris Salazar*. Recuperado el 3 de octubre de 2021 en: <https://stri.si.edu/es/cientifico/noris-salazar>.

Blanca Calvo de Hernández

Pionera del reino de las cosas pequeñas

(Ciudad de Panamá, 2 de junio de 1940)

Por Patricia Rogers y Yolanda Marco

Blanca Calvo de Hernández es pionera en los estudios de microbiología en Panamá. Abrió el campo de la microbiología a nivel de licenciatura y luego en la maestría en Microbiología Ambiental de la Universidad de Panamá (UP). Ha desarrollado investigaciones de amplio reconocimiento internacional en biodegradación y estudios de fijación de nitrógeno en leguminosas tropicales.

Primeros años

Blanca Calvo Ponce de Hernández nació el 2 de junio de 1940 en la ciudad de Panamá. Su padre, Alberto Calvo Sucre era farmacéutico, graduado de la Universidad de Panamá (UP), profesor de la Facultad de Medicina, especializado en Salud Pública por la Universidad John

Hopkins. Su madre se llamaba Blanca Ponce y era contable graduada del colegio María Inmaculada. A los cinco años, Blanca con su hermano mayor y sus padres se mudaron a Chicago, Illinois, para que Alberto estudiara medicina. Vivieron allí por seis años. Cuando regresaron a Panamá, Blanca continuó sus estudios en la escuela, pero como a los once años solo hablaba en inglés, sus padres la matricularon en la Escuela Ancón y luego en el Balboa High School, en la antigua Zona del Canal.

Recuerda que le gustaba mucho la clase de educación física, las clases de latín y "social studies". Disfrutaba los Spelling Bees en donde dos equipos competían para deletrear palabras. Toda su educación primaria y secundaria la hizo en inglés, lo que facilitó después que pudiera





Fotografía familiar de Blanca con su madre y hermano mayor. Archivo familiar.

hacer sus estudios superiores en este idioma.

Blanca estudió un semestre en la UP, en el que compartió clases con la pionera de la botánica Mireya Correa, que iba a su casa para estudiar. Poco después, Blanca consiguió su beca para estudiar en Estados Unidos.

El padre de Blanca, Don Alberto, estaba empeñado en que alguno de sus hijos estudiara medicina. Lo intentó con su primer hijo, Alberto, quien terminó estudiando derecho. Y luego trató de convencer a su segunda hija, Blanca: la llevaba con él al hospital, a las campañas de vacunación. Pero ella, mientras realizaba sus estudios de Pre-Medicina, se enamoró de la bioquímica. Don Alberto, preocupado por la de-

cisión de Blanca, tomó el primer avión que pudo hacia Estados Unidos para hacerla reconsiderar su decisión, pero ella estaba segura de lo que quería. Finalmente, Arturo, el hermano menor de la familia Calvo Ponce terminaría estudiando medicina.

Los primeros pasos hacia el mundo de las bacterias

En 1958, inició sus estudios de Pre-Medicina en la Universidad de Carolina del Norte pero se cambió al Bachelor in Science en Biología y Química. Todavía hoy Blanca recuerda muy bien la impresión que le causó su clase de Anatomía Comparada. Recuerda que había que diseccionar animales y esto a ella no le gustaba. El olor de la formalina y la visión de la sangre le causaban una gran impresión. Así es como decidió durante su carrera que si iba a estudiar algo, esto tendría que verse con microscopio. "A 100x [de magnificación], nada de 40 ni de 30, 100x y con aceite de inmersión". Le apasionaron sus cursos de Bioquímica en su licenciatura porque era algo "fisiológico" que le permitía "entender mucho los procesos".

Al terminar su licenciatura, se mudó a Nueva York e inició su maestría en Biología Molecular en la Columbia University. Mientras estudiaba, tuvo su primer trabajo en el reconocido Instituto de Cáncer Sloan-Kettering del distrito de Manhattan, en la ciudad de Nueva York. Blanca trabajó por tres años allí como asistente de investigación con bacteriófagos. Le gustaba lo que aprendía en este centro, pero cuando terminó sus materias de maestría, decidió cambiarse al centro de investigación de microbiología de su universidad para dedicar más tiempo a su tesis.

Cuando acababa de llegar a Nueva York, la llamó por teléfono Manuel Ramón Fernández, un extraño entonces para ella. Un conocido le había dado su número porque él quería conocerla. Manuel era un exiliado cubano que trabajaba como fotógrafo de la revista *Life*. Muy poco tiempo después de esa llamada, se casaron en Washington D. C. y, seguidamente, nació su primera hija, Elena. Cuenta Blanca que nunca dejó de trabajar y estudiar, pero la ayudó a cuidar a su hija una empleada doméstica que su mamá le envió desde Panamá. En Estados Unidos no daban licencia de maternidad y eso la ponía en graves dificultades porque su estudio requería la toma de muestras en lapsos de tiempo muy cortos. En ese momento se encontraba estudiando la replicación de las diatomeas, que son una clase de algas unicelulares que pueden vivir en el mar, en agua o en tierra húmeda. Pero a Blanca no le gustaban para nada. Sin embargo, esa era la línea de investigación que tenía su jefe y le tocó ese trabajo.

A finales de los años 1960, cuando Blanca ya había terminado su maestría, su esposo le pidió que se mudaran a Panamá porque quería vivir en un lugar parecido a Cuba. Blanca no estaba segura de querer tomar esa decisión, ya que se encontraba trabajando en el área de Biología Molecular del Instituto de Medicina Albert Einstein, un reconocido centro de investigación de los Estados Unidos. Pero al final su esposo la convenció y se mudaron a Panamá en 1968. Ese mismo año nació su segundo hijo, Manuel.

Ya en Panamá, Blanca consiguió trabajo en el Instituto Conmemorativo Gorgas de Estudios de la Salud como asistente

de investigación. Pero al cabo de un año decidió abandonarlo porque participó en una investigación en donde el investigador principal no les reconoció su crédito a las mujeres del equipo. Nunca más se le ocurrió volver al Gorgas, pese a que durante dos años tuvo que dedicarse a vender cosméticos porque no encontraba trabajo. Cuando lo recuerda dice: “¡Yo, que ni siquiera me maquillaba!”. En 1970, Blanca tuvo a su tercer hijo, Rodrigo, y, en 1972, finalmente comenzó su vida profesional en la UP.

El fin de los “dos reinos”

Blanca empezó a trabajar en la Facultad de Ciencias Naturales de la UP. El decano en ese momento era Alfredo Soler. Cuenta Blanca que el Dr. Soler quería que ella fuera su asistente en el estudio de las diatomeas. Y Blanca le dijo: “Disculpe, Dr. Soler, pero a mí no me gustan las diatomeas, prefiero estar en otra parte”. Cosa que el decano no se tomó a bien. Este fue el inicio de un período difícil en su carrera, ya que, según relata, vivió diversas situaciones de acoso. Una de las anécdotas que cuenta es cómo, durante su periodo de docente de Biología de estudiantes de Pre-Medicina, llegó a recibir amenazas porque calificaba muy bien a sus alumnos y eso iba en contra de una norma no escrita según la cual había que fracasar a un buen número de estudiantes para conseguir que repitieran el curso y garantizar así la matrícula en el curso siguiente.

Blanca recuerda su experiencia como docente durante los años setenta. Según ella, en la Facultad de Ciencias Naturales existían “dos reinos”: el de la botánica



Retrato de juventud. Archivo familiar.

y el de la zoología. Solo se estudiaban estos dos, plantas y animales, y cada vez que se proponían estudios desde la microbiología, un "reino" u otro se interponía. Esto era algo que ella consideraba terrible. Blanca comprendía que la ciencia era mucho más que plantas y animales; siendo microbióloga, ella "se sentaba detrás del microscopio" y comprendía el valor de estudiar "las cosas chiquititas". Estas adversidades, sumadas a la crisis política que vivía el país, causaron en Blanca ciertas frustraciones por lo que decidió aplicar a una beca que ofrecía el sistema de cooperación de Alemania para estudiar una maestría en Costa Rica. Consiguió la beca y durante el tiempo de sus estudios tuvo consigo a sus dos hijos menores, que podían continuar sus estudios allí. Blanca pudo estudiar porque también entonces contó con la ayuda de una empleada doméstica que viajó con ella desde Panamá, mientras su hija ma-

yor se quedó en Panamá viviendo con su abuela y su padre. Blanca no terminó la maestría, pero allí conoció a un profesor que la invitó a doctorarse en la Universidad de California, en Los Ángeles.

Blanca se fue a hacer su doctorado a Riverside, California, sola; su familia se quedó en Panamá y ella viajaba cada tres meses a visitarlos, porque la beca le permitía estos viajes. Al principio, separarse de su familia fue muy difícil para ella. Lloraba mucho porque extrañaba a sus hijos, pero con el tiempo se fue acostumbrando a esa distancia. En 1983, cuando terminó su doctorado en Microbiología Ambiental, regresó a la UP decidida a acabar con los "dos reinos". Con la ayuda del profesor Félix Núñez, se dedicó por al menos un año y medio a diseñar un plan de estudios nuevo para añadir a la facultad las orientaciones en microbiología y parasitología, que fue aprobado por la Junta de Facultad. Este cambio fue fundamental para la actualización de las Ciencias Naturales. Este fue el inicio de una serie de aportes que hizo Blanca a la Facultad y a la Universidad. Estos aportes no estuvieron exentos de dificultades.

Blanca recuerda cuando participó en el concurso de cátedra en la Facultad como uno de los episodios más desagradables de su vida académica y profesional. La comisión evaluadora no quería reconocer su PhD en Microbiología Ambiental. Aducían que las bacterias en las cuales ella se había especializado no causaban enfermedades, por lo que no encajaba con los intereses de la Facultad. Sin embargo, esto no la detuvo y consiguió introducir estos estudios que hasta entonces no tenía la Facultad.

Cuenta cómo en esos años las comisiones más importantes: de evaluación, bancos de datos o concursos de cátedra

estaban compuestas en su totalidad por hombres. Recuerda cómo los hombres siempre se agrupaban entre sí, marginando a las colegas mujeres, en espacios y tiempos en los que las mujeres no podían estar. Considera que esta dinámica todavía perdura en algunos departamentos y facultades. Sin embargo, ella siempre tuvo el apoyo de “sus muchachos”, sus estudiantes y colaboradores en el laboratorio. Pese a las dificultades que vivió, causadas por algunas figuras masculinas de la universidad, recuerda con afecto especial al rector que la empujó a estudiar su doctorado, el Dr. Ceferino Sánchez. Blanca siempre fue sensible a las desigualdades de género que existían en la universidad.

Trabajos pioneros en Microbiología

La carrera científica de Blanca se desarrolló en sus 44 años de docencia e investigación en la UP. Allí fue profesora de Microbiología desde su ingreso en la institución, en 1972, hasta su jubilación en 2017. Fue la fundadora y organizadora de los estudios de microbiología a nivel de licenciatura. En el año 1979, impulsó la creación del laboratorio de Microbiología Experimental y Aplicada de la UP. Este proyecto se realizó con fondos destinados al mejoramiento de infraestructura de la Universidad por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). En la Facultad de Ciencias Naturales se presentaron tres propuestas por parte de la profesora Mireya Correa, el profesor Diomedes Quintero y Blanca. Este laboratorio permitió que los estudiantes de licenciatura y maestría pudieran realizar estudios más especializados. Empezó

con tres cubículos y en la actualidad se ha podido expandir a seis o siete.

En 2003, propuso la creación de una maestría en Microbiología Ambiental que se inició en el 2004 y que ella coordinó hasta su jubilación. Esta maestría cuenta con el apoyo de la Secretaría Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (SENACYT) y al menos la mitad de los profesores y profesoras provienen de otras universidades, como las de México y Arizona. Hasta el momento, se han graduado seis promociones. Durante el período del 2013 al 2017 fue miembro de la Comisión de Acreditación de la Maestría de Microbiología Ambiental de la UP. Y, del 2012 al 2017, fue la directora del Departamento de Microbiología y Parasitología.

Blanca considera que entre sus aportes más relevantes se encuentra la formación de investigadores y docentes de la Universidad, como Humberto Cornejo, Fermín Mejía, Nidia Sandoval y Alex Martínez, que de diversas formas continúan su trabajo. Humberto Cornejo participó en algunos de sus estudios y publicaciones y actualmente dirige el Departamento de Microbiología y Parasitología de la universidad. Alex Martínez es el coordinador de la Maestría de Microbiología Ambiental.

Para sus investigaciones colaboró con una amplia red de instituciones, entre las cuales se encuentran la Universidad de California, la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, la Academia Nacional de Ciencia y el Departamento de Agricultura, ambos de Estados Unidos; el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo de Canadá, la SENACYT y el Instituto de Desarrollo e Investigación Agropecuaria de Panamá (IDIAP).

Reflexionando sobre sus investigaciones, la Dra. Calvo comenta: "Yo trabajé con dos cosas que no son tan conocidas, como la fijación de nitrógeno, que es algo muy especializado y mucha gente no lo entiende. Y ni se hable del proceso de biodegradación, del que hay tanto desconocimiento". Los resultados que sus investigaciones han aportado tienen mucha importancia en la vida actual. Desde 1979, la Dra. Calvo inició una investigación en Panamá sobre la fijación del nitrógeno biológico en los trópicos. Uno de sus temas preferidos que la relacionaron con los estudios del suelo. Compartía ese interés con la pionera de la ingeniería agrónoma, Carmen Damaris Chea, según ella "muy popular" en la época.

Se destacó en el libro "Cien mujeres por la vida y la dignidad nacional" en el que la Dra. Blanca ha publicado más de 30 trabajos sobre la fijación de nitrógeno en leguminosas tropicales. Sus trabajos más relevantes en este tema se han orientado a caracterizar "fisiológica y taxonómicamente cepas de rizobiales tropicales y templadas". En su trabajo "Invalidity of the Concept of Slow Growth and Alkali production in Cowpea Rhizobia", Blanca estudia cómo las bacterias de los suelos en los trópicos crecían más rápido que las de clima templado. Esta investigación se presentó en la Universidad de Cornell en 1983 y fue publicada en la revista *Applied Environmental Microbiology* en 1984.

En el área de la biodegradación, Blanca realizó varias asesorías al Ministerio de Salud para el manejo y descomposición de desechos en Panamá. Explica la Dra. Blanca que estos estudios son importantes ya que hay que saber de qué están compuestos algunos desechos para



En su trabajo. Archivo familiar.

saber cuánto tiempo demoran en biodegradarse. Esto es importante especialmente para afrontar el problema de la contaminación ambiental. Uno de sus trabajos más importantes los realizó con los doctores David Crowley, Dennis Focht y Eric Gilbert de la Universidad de California. Esta investigación estudió el proceso de co-metabolismo para la degradación de bifenilos policlorinados. Este estudio llamado "Composition and method for degradation of Polychlorinated Biphenyl Compounds" fue patentado en 1999 en Estados Unidos. Su importancia radicó en dar una solución a la descomposición de un líquido tóxico que salía de los transformadores eléctricos cuando explotaban. Los estudios de este experimento se realizaron también en Panamá.

Los resultados de sus trabajos en ambas áreas de investigación fueron presentados en conferencias dictadas en Esta-

dos Unidos, Centroamérica, Suramérica, Asia, África y diversos países de Europa. Su línea de investigación de los suelos está siendo incorporada en la actualidad por la Facultad de Agronomía de la UP.

Una persona muy polifacética

Cuando la Dra. Calvo se jubiló en 2017, sus colegas del Departamento de Microbiología y Parasitología le rindieron un homenaje en el que participó su sobrina, la Dra. Arlene Calvo. La razón principal de su jubilación fue que sufría de artrosis, había sido operada de las dos caderas y de una prótesis en la rodilla izquierda y no podía subir las escaleras para llegar al laboratorio en el edificio de investigación.

A pesar de haber desarrollado una carrera científica tan meritoria, a Blanca nunca le interesó que la nombrasen como catedrática emérita de la UP. Nunca fue algo que la emocionara. Consideraba que ese nombramiento tenía mucho de político y no de académico. Pero eso no ha sido un obstáculo para seguir colaborando a título honorífico en las actividades de los proyectos de la Maestría en Microbiología Ambiental, en ocasiones sirviendo de puente entre la Universidad de Panamá y las instituciones extranjeras participantes.

La Dra. Blanca Calvo ha sido un ejemplo para muchas mujeres científicas. Su sobrina, la Dra. Arlene Calvo, en muchas ocasiones ha sido receptora de las muestras de afecto de ellas hacia su tía. Blanca constantemente sigue recibiendo invitaciones para participar en actividades científicas, especialmente de la SENACYT, en los Cafés científicos, de Mujeres

en la Ciencia, y en el Día de las Mujeres y Niñas en la Ciencia. Arlene reconoce a su tía como su mentora, sigue acompañándola y hablando diariamente con ella de temas científicos y del ambiente científico en general. Fue durante su formación el modelo de la científica que ella aspiraba a convertirse. Arlene se reconoce en la rebeldía de su tía: su padre la instaba a ser médico, ella estudió Pre-Medicina en Estados Unidos, pero prefirió estudiar Salud Pública con el apoyo de su tía que la visitaba con frecuencia en su universidad en Estados Unidos. Dice de forma algo jocosa que tienen “vidas paralelas”.

La personalidad de Blanca suma muchas facetas. Siempre fue una gran cocinera y todavía hoy, aunque no puede hacerlo como antes, sigue en su cocina dirigiendo la elaboración de los apetitosos platos en torno a los cuales reúne a su familia. Lo que sí no puede hacer ya es deporte, la actividad a la que se dedicó con mucha pasión toda su vida. Practicó karate hasta que sus muchos viajes (se pasaba a veces medio año viajando) le hicieron muy difícil seguir con esta disciplina. Cuando viajaba fuera del país empezó a correr, “era más fácil correr, meter en la maleta un par de zapatillas para correr” que entrenar karate. Comenzó a practicar karate cuando ya habían nacido sus hijos, a los treinta y tres años, cuando ya tenía más de cuarenta años comenzó a correr.

Todos los días practicaba dos horas de aeróbicos y corría el fin de semana desde muy temprano por el Parque Omar o la Calzada de Amador. Cuando no podía ir a esos lugares por la lluvia u otras circunstancias, subía a la azotea del edificio donde vivía para ejercitarse dando vein-

te, treinta, cuarenta vueltas. Tuvo que dejar de correr a los cincuenta y cinco años porque no tenía tiempo. La artrosis comenzó después.

Blanca se forjó como una mujer fuerte desde muy pronto, el divorcio de sus padres influyó en eso. La hizo más independiente y autónoma en situaciones difíciles para ella. También la hizo más protectora con los menores de la familia, especialmente con la hija de su hermano pequeño, Arlene, con quien ha mantenido una relación muy especial y cercana, como dice Arlene, son una pareja de tres, "sobrina, tía y colegas". Durante la pandemia y el confinamiento consiguiente, fueron compañeras en la distancia y aislamiento. No se vieron en toda la época de la cuarentena, pero hablaban casi todos los días por teléfono. Ella fue la primera persona que le dijo que el virus del COVID-19 se transmitía por aerosoles.

A Blanca le gusta relacionarse con la gente, siempre ha tenido una vida social muy activa. Le gusta recibir a la gente en su casa, organizar fiestas. Todavía sigue manteniendo contactos con sus colegas nacionales e internacionales, con los que habla por teléfono asiduamente. Fue una gran compañera de viajes para Arlene y de restaurantes. Pero es a la vez una mujer reservada y seria.

En la actualidad su salud no le permite tener la actividad de otros tiempos, pero sigue viviendo con pasión la vida, conectada con todo lo que ocurre, especialmente en el mundo de la ciencia. Su sobrina Arlene dice que, "aunque el cuerpo no la acompaña, la mente está muy clarita, como pueden ver". Y es así, la Dra. Blanca Calvo de Hernández sigue teniendo su presencia intacta, sigue siendo quien siempre fue.

Agradecimientos

Gracias a Blanca Calvo por confiarnos su historia.

Gracias a Arlene Calvo por dirigirnos hacia su tía y sus grandes aportes.

Entrevistas

4 de abril de 2022. Entrevista presencial a Blanca Calvo de Hernández y Arlene Calvo por Patricia Rogers y Yolanda Marco.

8 de abril de 2022. Entrevista virtual a Arlene Calvo por Patricia Rogers y Yolanda Marco.

Bibliografía

Golcher, I.; Vásquez, M.; Camargo, J. (2004). Blanca Calvo de Hernández en *Cien mujeres por la vida y la dignidad nacional*, Universidad de Panamá, Panamá, pp. 69-70.

Miryam D. Venegas-Anaya

Doctora Cocodrilo

(Bogotá, Colombia, 9 de abril de 1959)

Por Yolanda Marco

Miryam Venegas-Anaya es una de las pocas científicas en el mundo que goza del reconocimiento de la comunidad científica internacional en el estudio de los cocodrilianos. Es pionera en Panamá en la investigación de la evolución y la genética de las especies que habitan Panamá, Centroamérica y el Caribe, pero sus trabajos la llevan a investigar en todas partes del mundo. Su dedicación contribuye significativamente a la preservación de las especies y también al uso económico y racional que se puede hacer de ellas.

Una familia bogotana

Miryam Doris Venegas Cortés nació en Colombia, en la ciudad de Bogotá, el 9 de abril de 1959. Su madre, Herminia Cortés, es la menor de 15 hermanos de

una familia de clase media. Una mujer “muy bonita”, dice su hija, con una educación formal elemental. Según Miryam, era una mujer muy emancipada para su tiempo.

La vida de la madre de Miryam transcurrió en una sociedad colombiana muy conservadora. En su época, las mujeres permanecían en una situación de gran dependencia y discriminación. No consiguieron que la ley les permitiera la administración de sus bienes hasta 1922, ni el acceso a la educación superior hasta 1933. En 1957, solo dos años antes del nacimiento de Miryam, las colombianas pudieron ejercer por primera vez el derecho al sufragio. El conservadurismo tradicional y la emancipación femenina ya empezaban a coexistir durante esos tiempos: las mujeres podían tener acce-





Retrato de juventud. Foto proporcionada por Miryam Venegas-Anaya.

so a sus propiedades, a portar cédula, a estudiar y a votar.

Su padre, Luis Enrique Venegas, procedía de una familia de clase trabajadora. Una familia de orfebres de larga y reputada tradición. Aunque tuvo una educación formal elemental, fue un hombre culto, educado por orfebres portugueses e italianos, el mejor tornero repujador de su tiempo, que incluso trabajó para el Museo del Oro. Las diferencias por el origen social y cultural de la pareja se hicieron notar y provocaron choques entre los progenitores. Aunque las mujeres de su generación habían sido educadas en los viejos moldes de femineidad hogareña, Herminia era una mujer emprendedora e independiente.

La abuela paterna, Enriqueta, fue un personaje muy influyente en la vida de Miryam. Era la única hija de una bisabuela que había sido violada por el herrero de las mulas del ejército. La abuela Enriqueta tuvo tres hijos de un primer marido al que abandonó por irresponsable. Era una mujer de mucho temple, muy trabajadora, tuvo más hijos y formó un hogar, porque en su tiempo la presencia de un marido era un mecanismo de defensa para las mujeres. Hizo que todos sus hijos estudiaran. Trabajó en la Fábrica de Tabacos de Colombia y sabía leer y escribir, y conocía las grandes obras de la literatura universal por el lector del taller, "el hablador", que les leía. Más tarde, puso una fábrica de dulces. La abuela Enriqueta murió joven, a los cuarenta y seis años. Miryam tenía seis años. A Myriam le decían que se parecía a su abuela y Miryam se reconoce en ella, pese a que casi no la trató. Miryam fue la mayor y la única mujer entre tres hermanos.

En la familia, el padre era muy liberal para algunas cosas y muy conservador para otras, por eso ella se crió "con una muñeca en una mano y con un libro en la otra". Su padre hacía el trabajo de orfebrería y su madre llevaba el negocio familiar. Miryam admira mucho a su madre. Ambos padres viven con ella actualmente.

Educación y estudios

Se educó en un colegio religioso y en algún momento de su infancia quiso ser monja. A los doce años tenía que cuidar de sus hermanos y, además, tenía que encargarse de la empresa familiar, con catorce empleados, cuando su madre no podía. En la escuela tenía autorización para irse cuando fuera necesario para atender

el negocio familiar. Las responsabilidades tan grandes que tuvo a tan temprana edad la hicieron madurar muy pronto.

Recuerda que siempre quiso ser científica. Para ella, la ciencia era hacerse preguntas y tratar de encontrar las respuestas. De su padre aprendió mucho porque le hablaba continuamente de la alquimia, de sus muchas lecturas sobre el tema. En su casa no tenían lujos, pero sí libros, se oía música clásica y también popular, y al menos una vez al año la familia iba al teatro. Su padre le enseñó que había que tener un espíritu puro para trabajar con la alquimia, y ella también opinaba que cuanto más cerca está una persona del conocimiento, más cerca debería estar de ser una mejor persona.

A los diecisiete años ingresó a la Universidad La Salle. Quería estudiar medicina, pero no lo logró porque los exámenes eran muy difíciles por el número limitado de cupos, era casi como ganar la lotería. Desde los quince años militó con su madre en el partido conservador, su padre era del partido liberal. Los políticos pensaron que ella tenía potencial para el partido y la llevaron a la Universidad Javeriana para estudiar Derecho. Pero no le gustaba, así que entró a estudiar Química en La Salle con la idea de pasar luego a medicina. También le encantaba la física, le fascinaba la tecnología de la época que irrumpía en el mundo con la llegada del hombre a la luna, la televisión y también las matemáticas. Siguió estudiando en La Salle.

En su segundo año de Química y Biología en La Salle se presentó a los exámenes de la Universidad Nacional para ingresar a los estudios de Medicina, pero, como

conocía su dificultad, presentó su examen para Veterinaria pensando que al menos estaría cerca de la medicina. Para 40 cupos se presentaron 1500 aspirantes y, para su sorpresa, consiguió uno. Muy pronto la medicina veterinaria la apasionó. En el grupo de estudiantes de veterinaria había dos mujeres y cincuenta y dos hombres. Era el año 1979 y la corriente de pensamiento sobre el desarrollo sostenible estaba cobrando fuerza, una teoría y un movimiento en los que ella encajó muy bien. Pero también fue una época muy violenta de la historia del país, que impactaba en las huelgas y cierres de las universidades. Siguió con sus dos carreras universitarias, la de Química y Biología en la Universidad La Salle y la de Medicina Veterinaria en la Universidad Nacional. En el mundo de la ciencia y sus aplicaciones prácticas se sentía muy cómoda. Empezó a interesarse en la creación de criaderos de iguanas, de zainos y de pumas, que era su especie favorita en ese entonces. En esa época, crecía el interés de los empresarios, en especial de los cafetaleros, por la diversificación de la producción y la crianza de algunas de esas especies con propósitos industriales y ella empezó a relacionarse con ese mundo.

En el Zoológico de Cali, donde tuvo que realizar parte del servicio veterinario al terminar su carrera, fue donde hizo sus primeros contactos con especies de animales silvestres. En esa época le interesaban mucho los pumas para criar de manera sostenible, para evitar su exterminio y porque se reproducen muy fácilmente. Finalizado este servicio, inició su trabajo en la Corporación Aracacuara (COA) en el que participaba la cooperación del Gobierno holandés.

La Sierra de La Macarena, escuela de vida

La COA fue un proyecto de “colonización científica” de las selvas ecuatoriales profundas, como señala Fernando Franco Hernández, profesor de la Universidad Nacional de Colombia, quien fue su director. El proyecto trataba de investigar sobre estas selvas y sus especies animales y vegetales, sus recursos estratégicos y las culturas milenarias que las habitaban, de sus conocimientos, sus usos, y “especialmente, de su aprovechamiento y conservación en un contexto muy inteligente de coexistencia pacífica entre los humanos y la naturaleza”. Se trató de una decisión visionaria de científicos y dirigentes políticos en el marco del movimiento global que se inició en 1972 con la Conferencia de Estocolmo sobre el Medio Ambiente Humano y las sucesivas actividades que la siguieron. El proyecto tenía entre sus objetivos el diseño de líneas de investigación orientadas a la definición de sistemas alternativos de producción y de desarrollo para la Amazonía colombiana, a la par con la investigación básica de inventarios de flora y fauna, dinámica de los ecosistemas y algunos trabajos puntuales de investigación antropológica. Miryam fue contratada para prestar sus servicios como veterinaria y ayudar en la educación de la población para mejorar la producción de sus animales, con el propósito también de ayudar a los campesinos a sustituir sus cultivos de coca por otras plantaciones y fomentar la zootecnia. En una capacitación de la Federación Nacional de Cafeteros que se daba en una finca de zootecnia de codornices aprendió a manejar esta especie.

Trabajó y vivió en la Sierra La Macarena dos años que la marcaron para siempre. Fue una escuela de vida. Se fue de Bogotá

siendo una niña de ciudad sin experiencia a trabajar en comunidades campesinas en un medio muy complicado. La Sierra de La Macarena está situada en el punto de encuentro del ecosistema andino, el amazónico y el orinocense y fue la primera reserva natural establecida en Colombia en 1948. Pero también era un territorio disputado por la guerrilla y el ejército, que se encontraban y enfrentaban, y ocasionaron daños enormes a la población campesina. Un territorio de extrema violencia donde se daban frecuentes desapariciones de personas. Sus compañeros de la Universidad trataron de disuadirla para que no fuera, ya que un compañero suyo había desaparecido del lugar un par de años antes de su llegada, pero no lo lograron.

Su don para la observación, para establecer relación con las personas y el ímpetu de la juventud la transformaron. Aprendió mucho. Empezó a entender a la gente, por qué cultivaban coca a sabiendas de que estaba mal, acuciados por las necesidades que no podían satisfacer de otra forma. Se fortaleció con las largas jornadas a caballo, enfrentando los peligros del trato con los militares y los “muchachos”, los guerrilleros, enseñando a la gente a tratar de prosperar con sus animales y a mejorar sus vidas. Aprendió que para cuidar a sus pacientes tenía que comprender a las personas, a sus dueños. Se ganó el respeto de los campesinos pasando todas las pruebas: salvando al caballo blanco de genes árabes de morir desangrado, o atrapando una boa constrictor que les asustó. La gente la buscaba después para que les atendiera a ellos, no querían al “matasanos” (como llamaban al doctor del pueblo).

En ese mundo apartado de la vida urbana, Miryam sorteó también los peligros

de la guerra de guerrillas. En las fincas se encontraba de todo, guerrilleros, militares, gente que trabajaba en la coca y tuvo que aprender a no juzgar ni participar, a observar tan solo. La vida de las mujeres en ese medio era muy dura. Descubrió cosas de ella misma, su fuerza interior para entender a la naturaleza y resolver problemas, el mundo de los campesinos y de los indígenas y su comprensión del mundo, de lo que ella denomina “el conocimiento natural” que está unido a su conocimiento de la naturaleza, y que los hace aptos para vivir en la naturaleza.

Vivió en medio de peligros que iban más allá de su conciencia. Uno de estos peligros lo vivió cuando un hombre con un sombrero de ala ancha calado hasta las cejas la siguió por meses y ella no supo hasta mucho después que era la guerrilla que sopesaba qué hacer con ella. En otra ocasión conoció a un hombre guapo, hermoso, pelirrojo, a quien, dice ella, “uno lo miraba a los ojos y era como un hombre sin alma”, se trataba, según decían, de un sicario, un “pájaro” en el argot del medio.

La violencia era muy seria y pasó muchos episodios de peligro y miedo. “Aprendí a orar en todas las religiones”, recuerda. En una ocasión, en medio de una oración, empezó a llorar sin parar, tenía una tristeza en el alma terrible y al bajar al pueblo se enteró de que habían masacrado a parte de la familia de su ayudante. En ese mundo, se podía ver tanto la extrema bondad de la gente como su lado más oscuro. Algunos episodios son dignos de una novela de García Márquez.

Algunas lecciones de vida que aprendió para siempre fueron que todo el mundo tiene derecho a elegir su vida, y ella deci-

dió ser coherente en su vida pública, vestir apropiadamente, estando con hombres “pero en la cabecera de la mesa y no sentada en sus rodillas”, así se ganó el respeto de todo el mundo, especialmente de los hombres.

En 1989, salió de la Sierra La Macarena hacia Bogotá para participar en un curso sobre zootecnia. Ella observaba que toda la gente en el campo tenía un animal silvestre, lo criaban y lo vendían y pensaba que eso mismo se podría hacer a lo grande. De eso trataba el curso y había muchos empresarios interesados en el tema.

Ella, una mujer de barro; él, un hombre de letras

En ese curso conoció al que se convertiría en su esposo, Héctor Edmundo Anaya Guerrero. Ella tenía entonces veintinueve años y él cuarenta y seis. Él era un economista panameño, librepensador, una persona muy culta. Su familia era pobre pero estudiada. Estuvo en Israel, después en México y viajó por todo el mundo.

Miryam estaba destinada a casarse con él. Piensa que, si no hubiera aparecido él, nunca se hubiera casado. Aunque eran muy distintos, en sus palabras: ella “era una mujer de barro, de tierra; él, una persona de letras, de números, pero los dos cerebros se conectaban muy fácil”. Héctor nunca se había casado. Decidieron casarse en Colombia y que él se radicaría en ese país. Héctor se fue a Panamá para arreglar los documentos para el matrimonio y debía regresar el 20 de diciembre de 1989. La invasión a Panamá por los Estados Unidos del 20 de diciembre torció sus planes. Finalmente, pudieron casarse en la Embajada de Panamá



Foto con su esposo, Héctor Edmundo Anaya. Fotografía proporcionada por Miryam Venegas-Anaya.

en Colombia, el 16 de febrero, y viajaron a Panamá.

Antes de conocer a Héctor, Miryam no pensaba casarse porque no quería que nadie la mandara. Había visto cómo su madre tenía que pedirle permiso a su padre para casi todo, y ella deseaba ser independiente. Para ella la vida era mucho más que tener hijos, pensaba que las mujeres ya no tenían que optar por casarse o ser monjas, que podían ser profesionales y ser libres. Ella fue criada entre sus hermanos y disfrutó de la misma libertad que ellos. Aprendió a ganarse su puesto en el lugar que fuera, en la universidad y más aún en la Sierra La Macarena. En la sierra, aprendió sobre el poder que tienen las mujeres, en su rol de madres, esposas, y que, piensa ella, a veces no saben utilizar.

Su marido era una persona muy tranquila, dice: “no me mandaba, pero me sabía manejar, me sabía llevar”. Era un hombre con vasta experiencia. Conocía toda la obra de García Márquez, y la llamaba a ella Fernanda del Carpio, que era uno de los personajes femeninos de *Cien años de soledad*, Fernanda era la esposa de uno de los Buendía, a la que sacaron de un páramo lúgubre y tétrico, Bogotá, en su sillón y la llevaron a Macondo. Le decía así porque cuando ella llegó a Panamá traía unas costumbres muy diferentes: no se pintaba las uñas de los pies, no usaba sandalias para no mostrar sus pies, no mostraba sus hombros desnudos; sin embargo, las fue cambiando con el tiempo.

No ha tenido hijos biológicos, pero ha criado a dos sobrinas, hijas de dos de sus hermanos, Johanna y María Alejandra, que son su adoración. La mayor es ingeniera industrial y hoy es gerente de calidad de una empresa multinacional que presta servicios de inspección, topografía y consultoría marina a buques. Es la primera mujer en ese puesto. La menor es estudiante de Geomática. Tiene un nieto de su sobrina menor, Neythan Nicolás Venegas Venegas. Tiene un hijo en la ciencia, el Dr. Armando H. Escobedo-Galván.

Cuando se enamoró de los cocodrilos

En su visita a Panamá, en abril de 1990, conoció a un veterinario de Ocú, el Dr. Eustolio Castellero, que le habló de una empresa de Chilibre, Panagator S. A., una granja orientada a la diversificación de la producción agrícola y de zootecnia que no había tenido mucho éxito en sus intentos de producción hortícola y tenía dificulta-

des para reproducir cocodrilos con fines industriales. La contrataron como médica veterinaria y trabajó allí de 1990 a 2002, en sus proyectos de innovación empresarial con especies silvestres. En esa finca, se encontró una colección de cocodrilos en una laguna y empezó a trabajar con ellos, para organizar un criadero sostenible. Tenía su incubadora de huevos, y la granja seccionada para los cocodrilos de acuerdo con su edad. Mantenía la población silvestre y realizaba censo de la población de los cocodrilos en su ambiente natural. Adquirió unos conocimientos prácticos muy valiosos y amplió los que ya tenía. Llegó a tener una relación muy cercana con los cocodrilos: podía llamar a las crías que se le subían por los brazos cuando abrían el cascarón, y una cocodrila a la que llamó Blanquita, porque se reconocía por su piel más clara, acudía a su llamado cuando llegaba a la laguna.

Panagator se convirtió en la granja más importante de Centroamérica. Pero existía un problema, para comercializar los productos derivados de los animales se necesitaba poder identificarlos a nivel internacional, poder demostrar la trazabilidad de los productos, en resumen, tener una bandera, un sello de calidad y de origen.

Después de que Watson y Crick en 1953 dilucidaron la naturaleza y estructura del ADN, los conocimientos en el campo de la genética habían avanzado constantemente y se podía ya identificar y definir genéticamente a las especies y secuenciar los genes. Ese fue el camino que Miryam emprendió en Panamá.

Estudió una maestría en Ecología y Conservación en la Universidad Santa María La Antigua, que terminó en 2003. Entró

en contacto con el Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales (STRI, por sus siglas en inglés) de Panamá, donde ganó una beca para un curso de verano. El STRI le permitió utilizar sus laboratorios de Biología Molecular y Evolución para su tesis de maestría, bajo la dirección del Dr. Eldredge Bermingham. En el 2006, y en el STRI, fue asistente de investigación de la Dra. Rachel Collin, la bióloga marina especialista en biología evolutiva. El profesor César Jaramillo, que investigaba en la Universidad de Panamá y el STRI los genes mitocondriales en las ranas, contribuyó también a su entrenamiento en los estudios genéticos. El interés que tenía por los cocodrilos y su evolución se convirtió en fascinación por la especie.

Los cocodrilos fueron perseguidos hasta su casi extinción durante la II Guerra Mundial por su piel y por su grasa, muy utilizadas ambas para la industria de la moda y la industria textil, principalmente. En 1975, entró en vigor la Convención sobre el Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestres (CITES), que tiene como objetivos: la conservación de la diversidad biológica; el uso sostenible de los componentes de la diversidad biológica y la participación justa y equitativa de los beneficios que se deriven de la utilización de los recursos genéticos. Panamá es signataria de este convenio. Los cocodrilos no habían sido muy estudiados en Panamá a nivel molecular o de sus poblaciones. En la década de los noventa, se conocía su distribución porque había mucha presión para la captura furtiva de cocodrilos para la comercialización de la piel.

El trabajo de Miryam se situó, desde entonces, en este marco de uso soste-

nible para el desarrollo de las especies y, desde 1992, forma parte del Grupo de Especialistas en Cocodrilos de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (IUCN-SSC-CSG, por sus siglas en inglés). Ese año participó en una reunión del Grupo en Cartagena de Indias donde presentó su trabajo en Panagator y fue invitada a ser parte del Grupo de Especialistas en Cocodrilos. Hoy, el grupo lo constituyen 650 especialistas de todo el mundo y muy pocas mujeres forman parte de él. Miryam y sus alumnas Melciellyne Aguilar y Stephany Del Rosario, biólogas especialistas en microbiología y parasitología, representan a Panamá. Cuando Miryam fue invitada a participar en el grupo eran apenas tres o cuatro mujeres.

Se fue involucrando en la investigación genética y en la evolución de la especie. Llegó a poder identificar a un individuo, al lugar y al río del que procedía. Colectó muestras de todo el rango de distribución de la especie. Identificó molecularmente tres de ellas y otra subespecie separada por dos millones de años. Descubrió una nueva especie de cocodrilo americano, distinta al *Crocodylus acutus* y al *Crocodylus rhombifer*, especies características de América. Trabajaba intensamente en la granja y en el laboratorio de Naos, en Amador, hasta las tres de la mañana.

Cuando Héctor murió, el 4 de diciembre de 2008, ella empezaba el doctorado. Fue muy difícil para ella emocionalmente. Tampoco sabía manejar la casa porque su marido era su representante legal y se ocupaba de todo. Se quedó un mes casi sin poder comer, porque no tenía nada, ni siquiera podía cobrar sus

cheques de la cuenta bancaria que manejaba su marido. No había tenido que preocuparse de nada de esto hasta ese momento. Afortunadamente, todo el mundo la ayudó, los compañeros de su marido la apoyaron económicamente hasta que obtuvo el control de su dinero. Su profesor y amigo de la Texas Tech University, Lou Densmore, se ocupó de pagar el alquiler de su apartamento en su ausencia y de su limpieza por varios meses. Pese a todas las dificultades, realizó sus estudios en Biología de la Texas Tech University Lubbock, en Estados Unidos, con una beca de la SENACYT. Terminó en 2013, con un estudio pionero sobre la genética molecular y la historia evolutiva de los cocodrilos. En el 2010, fue ganadora del premio "The Horn Professor Graduate Achievement Awards", que reconoce la creatividad y el desempeño mostrados por el mejor estudiante graduado de Texas Tech University.

... Y se convirtió en la "Doctora Cocodrilo"

En una de las reuniones internacionales del Grupo de Especialistas en Cocodrilos a las que asistió, unos colegas cubanos le colocaron en la espalda un cartelito que decía "Doctora Cocodrilo", sin que ella se diera cuenta. Cuando se percató por las miradas y risitas se molestó mucho. Ella se había hecho muy amiga de este grupo de especialistas cubanos formado por Roberto Ramos-Targarona, Roberto Rodríguez-Soberón y Manuel Alonso-Tabet, y el estadounidense John Thorbjarnarson. Desde entonces, empezaron a llamarla con ese apodo tan reconocible en este medio tan masculinizado donde la presencia femenina era y sigue siendo

escasa. Muy pronto asumió el nombre como parte de su identidad. Ahora lo utiliza con perfecta naturalidad. Es muy destacable el hecho de que fue la primera vicepresidenta para América Latina y el Caribe del grupo de especialistas en cocodrilos.

Se siente muy cómoda con lo que los cocodrilos simbolizan en las sociedades humanas. Cuando se los conoce, se sabe que han formado parte del desarrollo humano en todas las culturas y en todos los tiempos. Que las sociedades humanas han estado asociadas con ellos siempre. Estos animales representan en el imaginario colectivo de muchas culturas las dos fuerzas, los dos mundos que se conectan: el mundo de los vivos con el de la muerte, y son capaces de transitar entre ambos. Admirados y perseguidos, Miryam Venegas-Anaya se puso del lado de la ciencia para protegerlos y utilizarlos para el desarrollo sostenido. Con esa finalidad desarrolla sus investigaciones.

Ha trabajado con grupos de investigación en muchos países de América Latina: Cuba, Guatemala, Costa Rica, México. También en Sudáfrica y en Australia. Al terminar su doctorado trabajó en una investigación postdoctoral del STRI sobre ecología de la reproducción y patrones de dispersión asociados a la productividad de hábitat de los cocodrilos americanos (*Crocodylus acutus*), en el Parque Nacional Coiba, además de genética y telemetría. De 2017 a 2020, trabajó en el proyecto sobre ecología trófica del cocodrilo americano (*Crocodylus acutus*) en dos diferentes ambientes marino-costeros insulares: Monte Cabaniguán, Cuba, y la isla de Coiba, para un programa de fomento a la investigación y desarrollo

del STRI, de la Empresa cubana de flora y fauna, Texas Tech University de Guadaluajara.

Un estudio previo a los anteriores fue sobre la estructura poblacional y uso de hábitat de *Crocodylus acutus* en la isla de Coiba y el golfo de Montijo: genética molecular y telemetría, para el Programa de Fomento a la Investigación y Desarrollo con el STRI, la Texas Tech University y el Centro del Cambio Global y la Sustentabilidad en el Sur. La Dra. Luz Cruz, quien conoce bien su trabajo, concluye que “sus estudios han permitido conocer más de la biología y biogeografía del cocodrilo americano (*Crocodylus acutus*)” y, no menos importante: “la Dra. Miryam ha involucrado a estudiantes de licenciatura, maestría y doctorado en sus investigaciones”.

La Dra. Oris Sanjur, bióloga molecular y subdirectora del STRI, conoce muy bien su trabajo desde que Miryam trabajaba en su maestría en los laboratorios del STRI y colaboraron juntas en diversos proyectos para el estudio de la genética y la dinámica de las poblaciones de cocodrilos en el país. La considera “la imagen de una mujer científica, trabajadora y consciente de su trabajo, pero además una gran mentora, muy atenta siempre a brindar oportunidades a estudiantes de Centroamérica”. Cree que con sus trabajos ha realizado grandes aportes al conocimiento de la biodiversidad de Panamá y específicamente de los cocodrilos, descubriendo que Panamá tiene una mayor diversidad que el resto de países centroamericanos.

Desde 2017, como parte del programa de inserción de exbecarios de doctorado de SENACYT, trabaja en la Facultad de



En el trabajo de campo con sus asistentes y estudiantes. Foto de Tova Katzman para la Selva Llana.

Ciencias y Tecnología de la Universidad Tecnológica de Panamá como investigadora y docente en Biociencias y Biotecnología molecular.

Por el relevo generacional

Es una mujer feliz. La ciencia la mantiene joven, asegura. La ciencia es liberadora. Afirma que todo lo que soñó en su niñez lo consiguió: tener una familia y ser científica. “Yo me considero una persona exitosa, porque siento que se me tiene respeto, que mucha gente me quiere”. Opina que el éxito nunca es solitario, que no lo consigue nadie por sí solo, “no lo he conseguido sola” dice, a su lado han estado muchas personas que la quieren y la han ayudado. Para ella, el éxito es el reconocimiento social, que la respeten a ella y su trabajo, que su voz se oiga.

Opina que la ciencia siempre ha sido machista. Cree que las científicas y las mujeres en general deberían relacionarse de manera más igualitaria, manejar el

poder de forma más democrática, pero a veces, reconoce, a las mujeres no se les deja otra alternativa más que el uso de la fuerza y la imposición para conseguir ser oídas y consideradas, es decir, comportarse como los hombres. Y recuerda una de sus máximas: es importante saber negociar y cómo manejar el poder y el conocimiento para lograr lo que una se propone.

Miryam Venegas-Anaya ama su trabajo, tanto la investigación como la docencia. Le apasiona contribuir a la formación de nuevos profesionales y especialmente de mujeres, que trata de incorporar a su línea de investigación. Tiene varias discípulas que se están formando y quizás sean en el futuro otras doctoras cocodrilo: la bióloga Yairén Alonso, su “niña para el Caribe”; Betzaida Rivera, Stephanie Del Rosario y Melciellyne Aguilar que la acompañan en el Grupo Mundial de Especialistas en Cocodrilos. Ella afirma que no es feminista, pero que las mujeres siempre han tenido desventajas en el mundo de la ciencia y por eso dice: “yo

apoyo a estas muchachas porque siempre han estado a la sombra de alguien”.

La Dra. Cruz, quien fuera su colega en sus estudios de maestría, la define de esta manera: “Su espíritu es parecido al de los cocodrilos, fuerte y resistente. La vida no le ha sido fácil y ha tenido que trabajar el doble y el triple para desarrollar las destrezas en investigación, desarrollar su línea de investigación y colaborar en todos los frentes de trabajo: local (con las comunidades, los estudiantes), nacional (dentro de las instituciones) y a nivel internacional (universidades, Grupo de Especialistas de Cocodrilos), para seguir haciendo investigación, tener ingresos y para insertarse en una institución educativa”.

A Miryam la rodea la admiración y el cariño de muchas personas y colegas, pero,

sobre todo, tiene un amplio grupo de amigas cuyos nombres va pronunciando, advirtiendo que son muchas más, como la Dra. Oris Sanjur, a quien “quiere mucho”, la Dra. Luz Cruz, la ingeniera Naira Camacho, la ingeniera Alma Pérez, la licenciada Leonor Calderón, la bióloga Aleida Calderón o la médica veterinaria Ángela Ruíz. A la Doctora Cocodrilo se la puede ver en las fotos abrazando cocodrilos en sus trabajos de campo en lo que pareciera ser una conexión especial con estos animales. Ella ha dejado claro que ama a Panamá, la considera su patria por adopción y espera que lo que hace pueda ayudar a que esta patria sea un lugar mejor para todos. Está firmemente convencida de que la ciencia y el conocimiento son fuerzas liberadoras, que generan poder y son parte del motor económico del país.

Agradecimientos

Gracias a Miryam Venegas por confiarnos su historia.

Agradecemos a Luz Cruz, Natacha Gómez y Oris Sanjur por sus testimonios. A Alicia Ibáñez quien nos ayudó a reconocer la importancia del trabajo de Miryam. A Tova Katzman por sus fotografías.

Entrevistas

25 de marzo de 2022. Entrevista presencial a Miryam D. Venegas-Anaya por Patricia Rogers y Yolanda Marco.

19 de abril de 2022. Consulta por correo electrónico a Luz Cruz por Patricia Rogers.

4 de mayo de 2022. Consulta telefónica a Oris Sanjur por Patricia Rogers.

Bibliografía

Franco, F. (s.f.). La Corporación Araracuara y la colonización científica de las selvas ecuatoriales colombianas. *Revista Colombia Amazónica*, 13-34. Recuperado el 15 de abril de 2022 en: <https://sinchi.org.co/files/publicaciones/revista/pdf/0/2%20la%20corporacin%20araracuara%20y%20la%20colonizacin%20cientfica%20de%20las%20selvas%20ecuatoriales%20colombianas.pdf>

Ortega, E. (30 de noviembre de 2020). La misión de la Doctora Cocodrilo. *Metro Libre*. <https://www.metrolibre.com/cultura/188013-la-misi%C3%B3n-de-la-doctora-cocodrilo.html>

Telemetro (11 de diciembre de 2020). La Doctora Miryam Venegas habla de cocodrilos. Recuperado el 30 de marzo de 2022 en: <https://www.telemetro.com/entrevistas/2020/12/11/la-doctora-miryam-venegas-habla-de-cocodrilos/3545060.html>

Venegas-Anaya, M. (26 de noviembre de 2020). *Investigación de campo en cocodrilo: ¿cómo y por qué se hace?* Zoom Seminar Series. Smithsonian Tropical Research Institute. Recuperado el 30 de marzo de 2022 en: <https://stri.si.edu/es/noticia/la-doctora-cocodrilo>

Ingeniería y arquitectura

Repaso histórico de la arquitectura e ingeniería en Panamá

Los primeros profesionales de estas disciplinas en la República de Panamá fueron ingenieros graduados en el extranjero como Pedro J. Sosa, Abel Bravo y Ricardo Manuel Arango. Los tres aportaron al desarrollo del canal francés con su participación en expediciones científicas en diversas zonas del país, como en la elaboración de los primeros planos para el canal. El ingeniero Arango fue el primer ingeniero consultor de la República de Panamá y primer presidente de la Sociedad Nacional de Ingenieros, Arquitectos y Agrimensores, en 1910. Arango participó en la expedición científica del ingeniero francés Napoleón Bonaparte Wyse en las regiones de Darién y Panamá, y a quien se le encomendó la tarea de levantar posibles planos para la ruta del proyecto canalero. Abel Bravo, nacido en Panamá, también fue ampliamente reconocido por sus aportes al canal de Panamá. Estos son los primeros ingenieros de la república que de alguna manera generaron conocimiento en el país.

Era difícil acceder a los estudios de ingeniería, y mucho más sin la existencia de un sistema académico superior que los promoviera. De hecho no es hasta los años 1940 cuando los estudios de ingeniería fueron una opción posible en el país. En 1943 abrió sus puertas la Escuela de Ingeniería y Arquitectura de la Universidad de Panamá, teniendo en su primera graduación a Rosa María Chong y Consuelo Silvera, primeras arquitectas graduadas en el país. En 1962 se constituyó la Facultad de Arquitectura al separarse de la Escuela de Ingeniería y Arquitectura. A partir de este momento, cambió el panorama para ambas disciplinas. La primera mujer egresada de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Panamá fue Guadalupe Ugarte de Osorio. La Facultad de Ingeniería de la Universidad de Panamá se convirtió, entre 1973 y 1975, en el Instituto Politécnico, bajo el liderazgo del Dr. Levi Sasso, con el objetivo de diversificar las ofertas de ingeniería. Hasta que en 1981, mediante la Ley 18 del 13 de agosto del mismo año se crea la Universidad Tecnológica de Panamá.

Rosa E. Palacio Navas

La arquitecto jefe de la vivienda social

(Ciudad de Panamá, 1912 - 1980)

Por Patricia Rogers Marciaga

Rosa Elena Palacio fue la primera arquitecta panameña. Se gradúa de la Universidad de Washington, Seattle, en los años treinta, y forma parte de uno de los periodos más fructíferos de la arquitectura moderna panameña: los años cuarenta. Fue arquitecta del Banco de Urbanización y Rehabilitación, donde promovió la vivienda social y los primeros planes de ordenamiento de la ciudad de Panamá, lo que la convierte, también, en una pionera en urbanismo.

Lo que sabemos de su juventud

Según los registros del barco SS Pensilvania, que partía del puerto de Balboa en 1931 hacia los Estados Unidos, Rosa Elena Palacio Navas nació en Ancón, que

en ese entonces era parte de la Zona del Canal. No podemos confirmar con certeza cuándo nació, pero luego de revisar los registros de entrada a los Estados Unidos y sus fechas de graduación de secundaria y universidad, se puede calcular que su año de nacimiento podría ser 1912. Su padre, Carlos Palacio, era de nacionalidad colombiana. Según estas mismas fuentes, en 1930, ya había enviudado y era comerciante, probablemente vinculado a la Zona del Canal. Rosa tenía dos hermanos, Carlos y Rafael Palacio. Hasta donde pudimos averiguar, su hermano Rafael vivía en Estados Unidos y posiblemente era el hermano mayor de la familia.

No sabemos mucho de su infancia o si vivió dentro de la Zona del Canal en sus primeros años, pero sí se puede afirmar que ella y su hermano Carlos iniciaron



sus estudios secundarios en 1925 en el Balboa High School y terminaron en 1928. Contó, por tanto, con el privilegio de estudiar en una de las mejores escuelas dentro de la Zona del Canal.

Según los historiadores Rolando de la Guardia y Andrea Miranda en *“Raza y educación en la zona del canal. La instauración de un Apartheid educativo en Panamá 1903-1954”* desde diciembre de 1905 se organizó el sistema escolar de la Zona del Canal de Panamá, y, sus políticas educativas, contenido curricular y presupuestos se empezaron a definir desde 1906 con la creación del Departamento de Administración Civil de la Zona. La educación dentro de la Zona del Canal era segregada por raza. Se contempló en un inicio once escuelas para estudiantes blancos y quince para estudiantes “de color”. De las escuelas para estudiantes blancos figuraban entre las más importantes el Balboa High School y el Cristobal High, que recibían importante atención por parte de la administración. El nivel educativo de los estudiantes en la Zona era una preocupación importante para los administrativos, de manera que en 1925 se realizan pruebas de inteligencia a estudiantes de 7mo y 8vo grados de todas las escuelas de la Zona. *“Los resultados de estas pruebas revelaron que el nivel de aprendizaje de los estudiantes de las escuelas para blancos de la zona fueron notablemente superiores comparados con los estudiantes del territorio estadounidense”*.

El Balboa High School recibía profesores y profesoras de universidades reconocidas como Columbia University, Tufts College y la Universidad de Wisconsin. Dentro de su plan de estudios tenían

cursos de Español, Francés, Matemáticas, Ciencias y Artes Industriales. Entre sus actividades deportivas para mujeres se encontraban el béisbol, la natación, el tenis, entre otros. Estas eran fundamentales para el sistema escolar de la Zona; tal vez sea por esto por lo que se reconoce a Rosita, como la llamaban sus personas más cercanas, como muy buena deportista por Celso Carbonell en su homenaje en la Sociedad Panameña de Ingenieros y Arquitectos (SPIA) en 1981.

De los anuarios “The Zonian” de esos años, pudimos encontrar que Rosita se destacaba por sus habilidades en matemáticas y francés. Encontramos que también perteneció al *Supper Club* en sus últimos tres años de colegiatura. Este era uno de los tantos clubes disponibles para los estudiantes de este colegio. El *Supper Club* era un club de señoritas que realizaba actividades sociales como tardes de té con demostraciones artísticas y noches de juegos como Bridge y Bronco. De su hermano Carlos sabemos que ganó repetidas veces el concurso de cuento corto con los títulos “Colonel Juan” y “Pancho Castillo’s Carnival” y fue parte del grupo editorial del anuario “The Zonian” en 1927 y 1928.

La adolescencia de Rosa incluyó todo tipo de actividades sociales, desde fiestas de su promoción en el Hotel Tívoli o en el gimnasio del Young Women Christian Association (Y.W.C.A.), hasta campamentos de verano en la isla Taboga. Esta realidad privilegiada de su secundaria dentro de la Zona, que era un espacio social y urbano meticulosamente organizado, contrastaba con lo que se vivía al otro lado de “la quinta frontera”. Las ciudades de Panamá y Colón enfrentaban serios problemas de vivienda causa-



Rosa Palacio en el anuario "The Zonian" del Balboa Academy en 1928.

dos en parte por la gran atracción que fue la construcción del Canal para trabajadores que venían desde el interior del país o del extranjero. Los sectores de Calidonia, Marañón y el Chorrillo (en ciudad de Panamá) y Rainbow City y Folk River (en Colón) concentraban una gran cantidad de viviendas informales y viviendas de alquiler en condiciones deplorables. En 1925, ocurre, como resultado, la primera huelga de inquilinato que termina en días de enfrentamientos violentos en donde mueren varios miembros del movimiento inquilinario a manos de miembros de la policía nacional y de las fuerzas armadas de Estados Unidos. Es posible que estos hechos marcaran el camino que Rosa tomaría unos años después en la arquitectura.

De la arquitectura neoclásica a la moderna al servicio de la sociedad

Rosa realizó sus estudios superiores en la Universidad de Washington, de 1929

hasta 1933. Fue miembro del Washington Atelier, un club para estudiantes de arquitectura fundado en 1914, donde se admitían estudiantes desde el segundo año para practicar diseño. También fue parte del Newman Club para estudiantes católicos. El departamento de Arquitectura de la Universidad de Washington se fundó en 1914. El plan curricular inicial de esta facultad estaba influenciado por la Escuela de Bellas Artes francesa, de manera que imperó en sus primeros años la enseñanza de diseños neoclásicos. Este estilo artístico pretendía revivir obras clásicas monumentales características de las antiguas Roma y Grecia, y es el que se enseñó en la universidad hasta 1928. Para inicio de los años treinta, el interés colectivo del estudiantado por el Modernismo Internacional termina cambiando el estilo de enseñanza de la facultad. El plan de estudios que Rosa recibió incluía un año de introducción al diseño arquitectónico, dos años de problemas analíticos de diseños estructurales y un último año de diseños prácticos.

Durante el periodo en que Rosa hace sus estudios universitarios y diseña sus primeras obras en Panamá, surgieron tres movimientos desde Europa que estaban cambiando la forma de hacer arquitectura: el racionalismo, el *Art decó* y el *Streamline Style*. Estos tres estilos rompen con el modelo neoclásico. El racionalismo, también conocido como funcionalismo o modernismo, se caracterizaba por tener una estética más lineal, menos decorativa que el neoclasicismo o neocolonialismo. Los principales exponentes del modernismo durante la primera mitad del siglo XX fueron los arquitectos Le Corbusier, Lucio Costa y Oscar Neimeyer. Aunque este movimiento empieza en Europa y los Estados Unidos, poco a poco se va “latinoamericanizando”. Cuando Rosita llega a Panamá en los años treinta, coincide con un grupo de arquitectos pioneros de este movimiento en Panamá. Estos fueron Ricardo J. Bermúdez, Guillermo de Roux y Octavio Méndez Guardia, los tres graduados en Estados Unidos. Antes de los años treinta, los estudios más cercanos a la arquitectura se realizaban en la Escuela de Artes y Oficios, hasta que en 1941 se constituye la Facultad de Ingeniería y Arquitectura de la Universidad de Panamá.

Este grupo de arquitectos se caracterizó por cuestionar la forma tradicional de hacer arquitectura. La crisis de las viviendas de inquilinato y las “barriadas brujas” seguía sin solucionarse. Según Samuel Gutiérrez en *Marginalidad y vivienda: el problema de las barriadas brujas en la ciudad de Panamá*, para finales de los años veinte y principio de los treinta, predominaban los proyectos residenciales de inversión privada dirigidos a las clases alta y media del país, como La Cresta,

Vista del Mar, Pueblo Nuevo y Río Abajo, pero sin ningún tipo de coordinación. Por otro lado, los altos alquileres y la proliferación de las “malas viviendas” seguía aumentando, agudizando la crisis de la vivienda. La ciudad estaba creciendo sin ningún tipo de coordinación y desfavoreciendo a las clases bajas del país. Consciente de esta realidad, la generación a la cual Rosa perteneció, ejerció una arquitectura de corte social, en beneficio de las “clases que más lo necesitaban”, a través del Banco de Urbanización y Rehabilitación. Además de diseñar y construir las obras más icónicas de los años cuarenta y cincuenta, se dedican a constituir la escuela de arquitectura en el país y a dar los pasos más contundentes y pioneros hacia el urbanismo de la ciudad de Panamá, introduciendo nuevos retos a la profesión de la arquitectura dedicada al servicio de la sociedad.

Primera arquitecta y urbanista

Por lo que sabemos del periódico local *The Panama American*, Rosa trabajó en sus primeros años como arquitecta en la oficina de Obras Públicas del *15th Naval District* y en el *U.S. Army Quartermaster* en la Zona del Canal. En la ciudad de Panamá, ejerció sus primeros años en la firma Tejeira y Villanueva. De su participación en esta firma solo podemos comprobar su trabajo en el diseño del antiguo Hotel Colombia construido en 1937. Según Eduardo Tejeira Davis en *Panamá: Guía de Arquitectura y Paisaje*, este diseño arquitectónico pertenece por su estilo al movimiento neocolonial. Aunque construido un poco más tarde que el resto de las edificaciones del Cas-

co Antiguo, Tejeira asegura que cambió el entorno de la plaza Bolívar, en donde se encuentra también el Ministerio de Relaciones Exteriores. Según Celso Carbonell, el sello y estilo de Rosa quedan registrados en diversas residencias unifamiliares y edificios de apartamentos, trabajados por la misma firma, y este podría ser el caso del edificio Packard y la Casa Mena, la primera ubicada en la avenida Francisco de la Ossa (hoy avenida Nacional) y la segunda en la calle 41 Este y avenida México.

Pero realmente su trabajo más reconocido es el que desarrolló como “diseñadora” y “arquitecto” del Banco de Urbanización y Rehabilitación (B.U.R.). Este es creado en 1944 por medio del Decreto-Ley No. 54 del 22 de agosto del mismo año, con el objetivo de “brindar soluciones al problema de la vivienda de inquilinato”. Rosa dedicó siete años al diseño, gestión y desarrollo de vivienda social, y a la promoción del ordenamiento de la ciudad. Tanto en el diseño de la institución como en el desarrollo de las obras trabajaron también los arquitectos Ricardo J. Bermúdez, Guillermo de Roux, Agustín A. De la Guardia y Anatole A. Solow, junto al geógrafo Ángel Rubio. Este grupo de trabajo puso en marcha planes de vivienda y planificación ambiciosos y pioneros en el país.

Durante los primeros cinco años de gestión del B.U.R. se construyeron unos nueve edificios de vivienda de alquiler en la ciudad de Panamá y cuatro en la ciudad de Colón. Estos llevaban los nombres de Antón, Arraiján, Capira, Chame, Chepo, La Chorrera, Penonomé, Pesé y San Carlos en la ciudad de Panamá, que conglomeraron un total de 604 viviendas. En

Colón se construyeron Chagres, Donoso, Portobelo y Santa Isabel, también conocidos como las cuatro potencias, con un total de 160 viviendas. De este periodo, uno de los proyectos insignia del B.U.R. fue la construcción de la barriada de Vista Hermosa, donde se construyeron un total de 612 viviendas: 129 para la venta y 483 para alquiler.

De estas obras, podemos confirmar que Rosa fue diseñadora de los Edificios Pesé y las Cuatro Potencias; así como de un gran número de viviendas y uno de los colegios primarios de la Urbanización de Vista Hermosa. Este último proyecto recibió una medalla de plata en el VI Congreso Panamericano de Arquitectos en 1947, en Lima, Perú, por su destacada planificación y gestión. Esta barriada, según Rosa, contaba con amplias *calles y jardines... y más condiciones para elevar el nivel [de vida] de sus moradores*”. A Rosa también se le reconoce por el diseño y gestión de la urbanización de Juan Díaz #2. Vista Hermosa y Juan Díaz respondían al concepto de ciudades satélites, donde se contemplaba la creación de servicios primarios para los pobladores y los servicios más especializados tendrían que obtenerlos en la ciudad de Panamá.

Estos proyectos ofrecieron una alternativa de vivienda digna para la clase trabajadora. En el caso de las Cuatro Potencias cada una de las viviendas tenía dos habitaciones, un gran balcón y amplios ventanales. Este es uno de los primeros condominios construidos por el Gobierno en la ciudad de Colón. Con la Ley 47 de 2002, se declara Conjunto Monumental Histórico el centro histórico de la ciudad de Colón, donde se incluía



"Las Cuatro Potencias" de Colón diseñados por Rosa Palacio. Tomada del libro "Panamá: Guía de Arquitectura y Paisaje", 2007.

este edificio. Lastimosamente, a finales del 2021, se modifica esta ley dejando desprotegidos los cuatro edificios, que finalmente fueron demolidos unos meses después de haber sido sancionado el cambio, borrando uno de los legados de Rosa en esta ciudad.

Pero el trabajo de esta pionera de la arquitectura no fue solo de diseño y gestión de obras. Rosa también representó a la institución en diversos seminarios y congresos latinoamericanos, en los que se intercambiaban experiencias sobre vivienda y desarrollo de las ciudades. De su asistencia al Primer Seminario Regional sobre Asuntos Sociales, organizado por la Unión Panamericana, en Quito, Ecuador, en 1950, Rosa desarrolló una serie de recomendaciones para el Banco. Esto sería después publicado en la Revista de Ingeniería y Arquitectura con el fin de compartir al gremio estas ideas nuevas que podían traer beneficio a la institución y al país.

Primero inicia haciendo un diagnóstico comparativo de Panamá en la región.

Según Rosa, Panamá se encontraba en desventaja en "cantidad de viviendas construidas, mas no en calidad". Además, señala las desventajas que vivía Panamá frente a otros países en materia de legislación social.

"Las instituciones [de otros países latinoamericanos] que tienen a su cargo la solución del problema de la vivienda popular tienen mayor respaldo gubernamental y mejor financiamiento que nuestro Banco".

"En esos países también existe mayor preocupación por el crecimiento planeado de sus ciudades; casi todos tienen escuela de urbanismo y Oficinas del Plan Regulador. En Panamá contemplamos el triste espectáculo de nuestra ciudad capital que crece en desorden, sin leyes de zonificación ni plan adecuado para el tránsito".

Seguidamente desarrolla una serie de recomendaciones que confirman que era, en palabras de Celso Carbonell, una "gran humanista" y, nos atrevemos a añadir también, una gran urbanista. Rosa estaba convencida de que el método más con-

veniente para solucionar el problema de la “vivienda barata” incluía las siguientes medidas resumidas:

Primero, entender la demanda de viviendas por medio de un censo que pudiera ayudar a determinar un cálculo científico de número de casas existentes, casas por construir, tamaño y costo de estas. Para ella, estos datos eran fundamentales antes de empezar cualquier programa de urbanización. Segundo, planteaba la creación de un programa educativo para la apreciación de la vivienda. Para esta pionera, el proceso educativo involucraba también el crear sentido de comunidad. Sin esta intervención era *“inútil construir casas, ya que el problema no sería solucionado en toda su extensión”*. Como tercer punto, sugería que el Gobierno debía buscar soluciones a los problemas de la población obrera y agrícola, garantizándoles un salario mínimo digno, regulando la especulación y abaratando los costos de la tierra para garantizar el acceso de esta población a otros medios de vida, pero también, estimulando las cooperativas obreras y agrícolas para la vivienda, entre otros.

Entre sus recomendaciones, orientadas al gremio de arquitectos e ingenieros, incluía buscar el mejoramiento de técnicas existentes en la construcción y promover el uso de materiales locales para abaratar los costos de la vivienda, así como promover la simplificación de diseños de las viviendas utilizando las técnicas de diseño moderno. En la escala de toma de decisiones legislativas y ejecutivas proponía autorizar la confección de planos reguladores de las principales poblaciones con *“leyes de zonificación adecuadas para prevenir el deterioro de las áreas residenciales en el futuro”*.

Y, finalmente, proveer servicios públicos adecuados a las nuevas urbanizaciones.

Sobre las últimas recomendaciones, Rosa menciona repetidas veces, en diversidad de informes y artículos, la necesidad de ejecutar la planificación de la ciudad y no necesariamente desde el B.U.R. En su opinión, la complejidad de la organización de la ciudad en ese momento debía ser gestionada por el Municipio de Panamá. Además, sugiere la actualización constante de reglamentos de oficinas que manejaban diversos problemas de la ciudad como la Oficina de Tránsito, Ingeniería Municipal y la Oficina de Sanidad. Casi como una sentencia, Rosa escribe en 1950: *“Panamá crece en desorden. Si no tomamos medidas drásticas, será una de las ciudades más feas e ineficientes de América”*. Sus preocupaciones eran muy cónsonas con las del movimiento de urbanismo y planificación urbana en el exterior. Su determinación por mantenerse actualizada ella misma, pero también al gremio de ingenieros y arquitectos sobre este tema queda plasmada en la calidad de la revista Ingeniería y Arquitectura durante sus años como directora de publicaciones.

Dirección de la revista Ingeniería y Arquitectura

En 1944, se publicó por primera vez la revista “Ingeniería y Arquitectura” de la SPIA. Esta revista, junto a la revista Módulo de la Universidad de Panamá, fueron los primeros espacios de intercambio de conocimiento y actualización del gremio en el país. Previamente se habían realizado intentos dentro de la SPIA de llevar a cabo una empresa parecida, sin

embargo, no pudo ser posible hasta ese año. Rosa fue la primera mujer en asociarse a la SPIA y ejercer como directora de publicaciones. Su periodo abarcó desde 1947 hasta 1950. Esa fue la primera vez que una mujer asumió un puesto de liderazgo dentro de la asociación. Como directora de publicaciones hizo eco de obras de gran importancia para el urbanismo del país como: "Algunos aspectos geográficos de las ciudades" y "La vivienda rural panameña" de Ángel Rubio, "Progreso de la vivienda en América Latina" de Anatole Solow y Francis Violich, y el "Informe sobre el desarrollo urbano y el plano regulador de la ciudad de Panamá" por K. H. Brunner.

Además de coordinar la revista, Rosa publicó una serie de artículos, incluso después de haber dejado la dirección. Entre sus publicaciones más reconocidas figura la nota editorial de 1948: "*¿No será ya hora?*", considerada por Ángel Rubio como un historial del diagnóstico hecho a la ciudad de Panamá. El artículo es una reacción de Rosa a la visita del reconocido planificador Anatole Solow, de la Unión Panamericana, quien reconoce el problema de planificación de la ciudad. Rosa expresa con firmeza cuándo será la hora en que se dé el plano regulador de la ciudad y añade la necesidad de desarrollar este mismo ejercicio para las ciudades de "Colón, David y otras poblaciones de importancia". Pese a ser una nota corta, demuestra su convicción y claridad respecto al tema. Ella reconoce los intentos de planificación presentados al país desde 1934 hasta 1948, y demuestra su inconformidad por los pocos cambios realizados por el Gobierno de Panamá. ¿Es posible que alguien la hubiera escuchado?

El poco tiempo que Rosa ejerce la dirección de publicaciones de las revistas es un hito importante tanto para la SPIA como para la arquitectura y la ingeniería del país. Rosita fue la primera mujer que influyó en este medio de intercambio de conocimiento desde la dirección de la revista en dos campos que aún hoy son altamente masculinizados. A modo de referencia, no es hasta 1984 cuando la arquitecta Lilia Margarita Pérez se convierte en la primera mujer presidente de la Asociación Panameña de Ingenieros y Arquitectos, y en 1991 cuando la ingeniera Pastora Franceschi asume el mismo cargo. Desde 1991 asumen la presidencia cuatro mujeres más, en 2010, 2015, 2017 y 2019 de uno de los órganos consultores más importantes para el desarrollo de obras públicas del país.

Servicio diplomático y Asociación Soroptimista

Entre 1952 y 1956, Rosa se alejó de la arquitectura para ejercer como secretaria del Embajador en Inglaterra y Francia. No tenemos muchos detalles sobre este periodo de su vida ni los motivos que estimularon este cambio laboral. Según Celso Carbonell, pese a estar lejos mandaba informes sobre arquitectura para que fueran utilizados por nuevos profesionales. De su vida personal, podemos confirmar de esta misma fuente que fue pintora, acuarelista y que le gustaba regalarles pinturas a sus amistades. Esta historia nos la confirmó una de las sobrinas de Lidia Sogandares, quien afirma que Rosa fue cercana a su familia y que, en efecto, recibieron una pintura de su parte.

En julio de 1956, Rosita Palacio estaba de vuelta en Panamá con un nuevo proyec-

Un Interesante Programa Traza la Nueva Directiva de la Sociedad Panameña de Ingenieros y Arquitectos para el año 1949



Aparecen aquí de izquierda a derecha el Ing. Manuel Higinio Arosemena Jr., electo Secretario General, Ing. Víctor C. Urrutia, Vice Presidente, Ing. Guillermo Méndez Jr., Presidente y la Srta. Rosa E. Palacio, reelecta Secretaria de Publicaciones; no aparece el Ing. Camilo B. Porras, reelecto Tesorero, por encontrarse en Estados Unidos, al momento de tomarse esta foto.

Anuncio de la Nueva Directiva de la Sociedad Panameña de Ingenieros y Arquitectos para el año 1949. Tomado de la Revista Ingeniería y Arquitectura Vol. 4, Número 21 de 1949.

to; un proyecto feminista. En ese año, se convierte en la fundadora de la Asociación Soroptimista de Mujeres. Esta fue la primera filial panameña del grupo Soroptimista Internacional. Este grupo estaba compuesto por mujeres profesionales que tenían capacidades de liderazgo en sus comunidades. Las profesiones de las mujeres afiliadas abarcaban desde la medicina hasta maestras o funcionarias del Gobierno. La asociación se dedicó especialmente a actividades de intervención social, pero también reivindicó los derechos políticos y sociales de la mujer, especialmente la igualdad de condiciones en el trabajo y la igualdad de oportunidades en la educación. Entre sus objetivos se encontraban luchar por los derechos de las mujeres y la mejora de sus condiciones de vida.

Rosa se convirtió en la primera presidenta de este club que incluyó a mujeres de la ciudad de Panamá como Lidia Sogandares y Otilia Tejeira. Y también contó con la participación de otras mujeres de la Zona del Canal. Sabemos que el grupo se dedicó a hacer varias obras benéficas en los siguientes dos años y que Rosa participó en ella. No sabemos si continuó ejerciendo la arquitectura durante estos años y perdemos su rastro hasta 1981, cuando la SPIA le hace un homenaje en la celebración del 25 aniversario del Ateneo de Ciencias y Artes. Esta es la fecha que utilizamos como referencia para su defunción. El Círculo de Arquitectas de Panamá constituyó el Premio Rosita Palacio en el marco del XI Congreso de Arquitectos con el fin de resaltar los aportes profesionales de la mujer en este campo en Panamá.

En deuda con Rosita y sus aportes

Ha sido difícil construir su memoria ya que son pocos los rastros que dejó en fuentes disponibles. Todavía nos quedan muchas preguntas por resolver como ¿por qué interrumpió su carrera como arquitecta y urbanista en 1951? o ¿por qué decide dedicarse con tanta convicción a la vivienda social y al urbanismo? Queda

mucho por descubrir aún sobre su vida y sobre sus aportes al urbanismo.

Rosa, como buena urbanista, creía que *“los problemas humanos gravitaban sobre la vivienda e influenciaban interesantemente la concepción del diseño”*. Pensando en esto y en el país desigual que tenemos, vale la pena preguntarse ¿qué tipo de diseños marcan y componen las áreas urbanizadas de Panamá?

Agradecimientos

Agradecimientos a Gabriela Rogers y a Yoilyn Peralta de la SPIA por todo su tiempo y entusiasmo. A Kattie Osorio, Álvaro Uribe y Rolando De la Guardia Wald por su interés, apoyo y orientación. A Graciela Arosemena por ayudarnos a indagar en la historia de la arquitectura panameña.

Entrevistas

7 de marzo de 2022. Entrevista virtual a Álvaro Uribe por Yolanda Marco y Patricia Rogers.

30 de marzo de 2022. Entrevista virtual a Katti Osorio por Patricia Rogers.

Bibliografía

Arroyo, S. (2021). *Arquitectura y Urbanismo en Panamá*. (Facultad de Arquitectura, Universidad de Panamá). Recuperado el 19 de mayo de 2022 en: <https://arqurbpty.blogspot.com/>

Banco de Urbanización y Rehabilitación [B.U.R.] (agosto 1949). *Cinco Años de Labores*. El independiente.

Batista, D. (2016). La Mujer en las Ingenierías: Dificultades y Oportunidades para la mujer dentro de la carrera académica-tecnológica en Panamá. *Revista I+D Tecnológico*, 2 (1) 49-61.

Carbonell, C. (diciembre 1981- enero 1982). Homenaje a la Arq. Rosa E. Palacio primera arquitecta panameña. *Revista de Ingeniería y Arquitectura*, (196) pp. 13-15

De la Guardia Wald, R.; Miranda Pestana, A. (marzo 2916). *Raza y Educación en la Zona del Canal. La instauración de un Apartheid Educativo en Panamá 1903-1954. XII*

De Urriola, C.; Palacio, R.; López, F. (1950). *Cooperativismo. Vivienda. Plan de construcción de colonias agrícolas*. Banco de Urbanización y Rehabilitación [B.U.R.]

Congreso Iberoamericano de Historia de la Educación Latinoamericana. Eje temático N°2. Historia de las Otras educaciones: movilizaciones y proyectos contrahegemónicos. Universidad de Antioquia, Colombia.

Gordón, I. (22 de septiembre de 2021). Asamblea modifica ley de patrimonio histórico de Colón. *La Estrella de Panamá*. Obtenido el 20 de mayo de 2022 de: <https://www.laestrella.com.pa/nacional/210922/asamblea-modifica-ley-patrimonio-historico-colon>

Gutiérrez, S. (1974). *Marginalidad y vivienda: el problema de las barriadas brujas en la ciudad de Panamá*. Edilito. Ciudad de Panamá.

Gutiérrez, S. (1980). *Arquitectura actual de Panamá: 1930-1980*. Impresora Panamá. Ciudad de Panamá.

Gutiérrez, S. (1999). *Arquitectura panameña: descripción e historia*. Autoridad del Canal de Panamá. Ciudad de Panamá.

Herrera, A.; Guerra, A.; Jiménez, E.; Saldaña, M.; Silvia Arroyo. (s.f.). Rosa Palacio: Primera Arquitecta Panameña. [PDF] Universidad de Panamá, Facultad de Arquitectura.

Instituyen premio. (2 de agosto de 2008). *Panamá América*. Recuperado el 11 de mayo de 2022 en: <https://www.panamaamerica.com.pa/variedades/instituyen-premio-398083>

Palacio, R. (1950). Las Barriadas Nuevas de Juan Díaz. *Ingeniería y Arquitectura*, 5 (30) 418-419.

Palacio, R. (septiembre 1950). Conferencia Nacional de planificación de la Sociedad Americana de Funcionarios de Planificación- Los Angeles, California. *Ingeniería y Arquitectura*. 6 (31) pp. 452-453.

Palacio, R. (1950). Nota Editorial. *Ingeniería y Arquitectura*, 5(27) p. 349.

Rubio, A. (1999). *La Ciudad de Panamá*. Autoridad del Canal a Panamá. Ciudad de Panamá. pp. 192-193.

s.f. (10 de abril de 2021). Breve reseña histórica de los Edificios de las 4 Potencias, Ciudad de Colón. Elistmopty. Recuperado el 19 de mayo de 2022 de: <https://www.elistmopty.com/2021/04/breve-resena-historica-de-los-edificios.html>

s.f. (14 de abril de 1956). Soroptimist President. *The Panama American*, p. 5.

Sociedad Panameña de Ingenieros y Arquitectos [SPIA] (2019). *Remembranzas de un centenario*. Editorial Sibauste, S.A. Ciudad de Panamá.

Tejeira, E. (2007). *Panamá: Guía de Arquitectura y Paisaje*. Junta de Andalucía: Gobierno de España; Instituto Panameño de Turismo: Gobierno de Panamá.

The Zonian. Panama Canal Zone. Balboa High School. 1925-1928.

Tyee Yearbook. University of Washington. 1929-1933.

University of Washington (2021). W. Architecture. History. Recuperado el 19 de mayo de 2022 en: <https://arch.be.uw.edu/about/departments/history/#:~:text=In%201937%2C%20the%20School%20of,just%20over%20100%20students%20enrolled.>

Zoila Yadira Guerra de Castillo

La ingeniera que nunca renunció a nada

(Bugaba, Chiriquí, 29 de junio de 1957)

Por Yolanda Marco

Es la primera doctora en ingeniería industrial de Panamá. Es pionera en el estudio y desarrollo de proyectos de procesos estocásticos con diversas aplicaciones. Su trabajo es fundamental para la preparación de los recursos humanos y técnicos necesarios para el desarrollo de los procesos logísticos en el país. La suya ha sido una carrera de fondo para conseguir sus objetivos académicos y mantener una familia con cuatro hijos.

El ejemplo de su familia

En las ricas tierras chiricanas del distrito de Bugaba, en el corregimiento de La Concepción, cabecera del distrito, nació, el 29 de junio de 1957, Zoila Yadira Guerra Morales. Situado entre las *tierras altas* y la costa, el corregimiento es rico por su

economía agropecuaria y su ubicación estratégica.

Su madre se llama Rufina Morales. Procede de una familia muy numerosa, de catorce hijos, cuyo padre creía que a las mujeres no había que educarlas. Rufina solo fue a la escuela hasta 5° grado, pero, a escondidas del padre, consiguió terminar su escuela primaria. Ya casada, estudió en la escuela nocturna sin que su marido lo supiera; culminó sus estudios secundarios un año después de que lo hiciera su hija Zoila. Cuando su marido lo supo le reclamó no haberle pedido ayuda. Dice Zoila que, en esa época, las mujeres tenían temor de sus maridos y, por eso, su madre le ocultó sus estudios nocturnos a su padre.

Años después, a una edad ya avanzada, la mamá de Zoila trató de estudiar inge-





Con su hijo mayor Juan Marcos. Archivo familiar.

nería. Hizo sus estudios de primer año de técnico de programación, pero se le hizo muy difícil y lo dejó en el segundo año. Dice su hija que es una mujer muy inteligente, emprendedora y que, aprovechando que su padre tenía tierras, continuamente comenzaba algún proyecto de producción: sembrar arroz, criar pollos... proyectos que ella iniciaba y desarrollaba y que su marido apoyaba (generalmente los asuntos bancarios).

Para Zoila, su madre ha sido un ejemplo de perseverancia y tenacidad, y fue quien la impulsó a seguir adelante en sus estudios. El retrato de su madre enfrentándose a su abuelo es un ejemplo del carácter de quien ha sido su modelo: su abuelo no la dejó estudiar pero ella estudió; su abuelo consideraba que sus here-

deros eran solo los hombres y su madre organizó a las hermanas, se presentaron ante el abuelo para exigir sus derechos y lo consiguieron. Zoila es la más parecida físicamente a su madre y ella sospecha que su madre se ha visto siempre reflejada en ella.

El padre de Zoila, Juan Manuel Guerra, procedía de una familia pequeña con tan solo tres hijos. Era, como la madre, de Concepción. De profesión maestro, pertenecía a la primera promoción de maestros formados en la Escuela Normal de Santiago, en los años treinta. Tenía una educación integral muy completa y le encantaba aprender. En la casa familiar siempre había libros y se fomentaba la lectura. Su padre leía los clásicos, el Quijote, la Ilíada. Sabía de astronomía y de matemáticas. Dibujando un triángulo en el piso de tierra, le enseñaba a Zoila el teorema de Pitágoras. Para la niña, su padre era como una enciclopedia andante. El papá se acostaba sobre la grama con sus hijos y mirando el cielo les enseñaba las estrellas y constelaciones. Escribió ensayos y poesías, algunos se publicaron en la revista *Lotería*.

Los progenitores de Zoila no estaban casados, como era bastante usual, pero vivieron toda su vida juntos hasta la muerte de él. La familia materna de Zoila era campesina, la abuela y el abuelo eran analfabetos, nunca fueron a la escuela. Pero su familia paterna era de comerciantes educados, ganaderos y primeros bananeros independientes en Bugaba. Su abuelo paterno fundó la compañía Guerra Hnos. La abuela paterna de Zoila aprendió a leer y escribir, y también tuvo una gran influencia en la vida de su nieta. Los tres personajes más influyentes en su vida han sido la abuela paterna, su madre y su padre.

Zoila tiene cinco hermanos, dos mujeres y tres varones, ella es la tercera. El mayor es adoptado, sus padres eran de la comarca Ngäbe Buglé. Todos tienen estudios superiores: un hermano se graduó de agricultura, otro de profesor de matemáticas, una hermana se dedica al arte, otra a la electrónica y la más pequeña es abogada. Los estudios primarios de Zoila se desarrollaron en la Escuela Justo Abel Castillo, y los secundarios en el colegio Daniel Octavio Crespo, ambos en La Concepción. Zoila destacaba en la escuela. El papel del padre en su educación fue muy importante, él le enseñó oratoria y otras habilidades importantes, como la redacción. Ya desde la escuela a ella le gustaban más las matemáticas. Pero fue su mamá la que, cuando llegó el momento, "la embarcó", dice ella, y la mandó a Panamá porque en Concepción no podía hacer nada más.

Instituto Politécnico

Cuando llegó a la ciudad, Panamá le resultó deslumbrante. Ya la había visitado con su padre y hermanos años atrás en una gira turística-cultural. Al bajar del autobús tuvo la sensación de perderse en la plaza Herrera, pero finalmente su prima Andrea la condujo a su casa, en la que iba a residir mientras estudiaba. Era el 4 de enero del año 1976 y Zoila tenía dieciocho años. Su prima le explicó cuáles eran las reglas de la casa y así empezó su futuro, en el que iba a tener que aprender a ser totalmente independiente.

Cuando al día siguiente de su llegada fue a la Universidad de Panamá para matricularse, estaba muy asustada. Estaba sola y estuvo tentada a agarrar su maleta y regresar a Concepción y, en ese instante,

otra aspirante a estudiante de ingeniería se le acercó y le dirigió la palabra. Susana Sánchez, "Tuti", se convirtió en su amiga y junto a Maritza Garibaldo, primeriza como ellas, formaron un grupo de amigas que enfrentaron su miedo juntas. De esa manera, Zoila emprendió su primer año de estudios en ingeniería industrial. Tuti iba a estudiar ingeniería electromecánica y durante el primer año compartieron asignaturas comunes en el Instituto Politécnico de la Universidad de Panamá. Zoila se adaptó rápidamente. A pesar de que había muy pocas mujeres en los salones, apenas dos o tres, no se sintió discriminada por sus compañeros o profesores.

Su primera opción había sido la medicina, pero luego pensó en estudiar ingeniería de minas porque en esos años la posibilidad de trabajar en las minas de cobre de Cerro Colorado era un objetivo muy atractivo para la juventud, tenía más futuro se decía, y además se otorgaban muchas becas para esos estudios. Zoila había solicitado una beca a Rumanía y para no perder el tiempo e ir adelantando asignaturas, se inscribió en ingeniería industrial. Cuando finalmente se le concedió la beca en Rumanía, ya había perdido el interés por la ingeniería de minas, tenía amistades y estaba totalmente integrada en su carrera. Desde 6° grado, Zoila fue siempre una brillante estudiante becada.

Interrupción de los estudios por la familia

Desde su infancia Zoila ha tenido una vida espiritual intensa y profundas creencias religiosas. Especialmente durante su adolescencia y juventud experimentó conflictos y necesidades espirituales. Eso fue lo que la impulsó, viviendo en Panamá, a

acompañar a su amiga Maritza a la Casa de Oración Cristiana. Aunque originalmente era católica, le gustó y siguió asistiendo a esta iglesia. Allí conoció al que pronto se convertiría en su esposo, Catalino Castillo Ruiz. Decidieron casarse cuando ella estaba estudiando quinto año de ingeniería. Su esposo tenía una empresa de aires acondicionados que les proporcionaba independencia económica.

Casarse jóvenes en la época no era extraño. Zoila recuerda la sensación que tenía a esa edad de que la vida “era color de rosa”. La maternidad y la creación de una familia siempre formaron parte de su proyecto de vida: “Yo era como la Susanita de Mafalda, me quiero casar y tener muchos hijitos”, pensaba. En su opinión, el estilo de la educación que feminiza a las mujeres no es forzosamente un obstáculo para que puedan incursionar en carreras como la suya. Siempre y cuando no se les impongan prohibiciones a la hora de participar en otros juegos, como los que ella practicaba con sus hermanos: béisbol, las escondidas, nadar y correr, al mismo tiempo que jugaba con las muñecas.

Un inesperado acontecimiento se interpuso en la vida de Zoila y su familia. Aún no había terminado sus estudios cuando su esposo tuvo un accidente que le mantuvo incapacitado durante casi tres años. Además, ella quedó embarazada de su primer hijo a los seis meses de la boda, y el niño nació con necesidad de cuidados especiales. Zoila decidió que lo iban a criar con absoluta normalidad bajo la responsabilidad de la familia. Comenzó así una etapa muy difícil para ellos, y la responsabilidad de atender todas las necesidades familiares recayó sobre ella.

Necesitaron la ayuda del resto de la familia y decidieron trasladarse a Chiriquí.

Desde sus estudios de tercer año en el Instituto Politécnico, Zoila trabajaba como asistente. Para 1981 el Instituto Politécnico se había convertido en la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP). En el Centro Regional Universitario de Chiriquí, la directora, Xiomara de Gallardo, también la contrató como profesora, lo que proporcionó la base económica que permitió a la familia sustentarse. Por varios años vivieron en Volcán, en una casa de su padre. Zoila se levantaba a las 5:00 de la mañana y se bañaba con agua fría, para tomar el autobús a las 5:30 con dirección a David. La familia ayudaba con el marido y los hijos, que ya eran dos, Juan Marcos y Francisco Javier. Cuando finalmente su marido se restableció, al no conseguir trabajo en la zona, regresaron a Panamá.

Ingeniera industrial, por fin

De regreso en Panamá, el esposo consiguió trabajo en la Autoridad del Canal de Panamá (ACP) y Zoila, que ya había terminado su último año en la universidad, consiguió terminar su tesis de grado y, por lo tanto, su carrera. Por fin se pudo graduar en 1987. La familia mientras tanto había crecido con la llegada de otros dos niños, el último en 1990. Zoila siguió trabajando en la UTP como profesora. Pero no se conformó con eso, quería seguir estudiando.

Comenzó sus estudios de Maestría en Ingeniería Industrial en la UTP, pero de nuevo los dejó por varios años. Tomó esa decisión porque consideraba que

era prioritario ocuparse de sus hijos más pequeños, David y Moisés. Los dos mayores eran más autosuficientes, pero no podían cargar con la responsabilidad de los pequeños y pensaba que ella no podía “ser luz para los demás y no para sus hijos”. Durante algún tiempo la familia consiguió una empleada doméstica, Gloria, que cuidaba muy bien de los niños, pero que no estuvo disponible todo el tiempo necesario. Antes, ella y su esposo se ocupaban de las tareas domésticas, dice Zoila de su esposo: “Él siempre me ha ayudado mucho”. Finalmente terminó su maestría en 1999.

En sus estudios de maestría en la UTP, en los grupos de estudiantes las mujeres y hombres estaban igualados en número. La participación de las mujeres había mejorado mucho. Zoila nunca se sintió discriminada por los compañeros o profesores. Su experiencia es que sus compañeros al inicio la apartaban de su grupo de hombres, pero cuando empezaban a conocerla, al ver su talento y que estudiaba más que ellos, la respetaban. Así se rompía la barrera que les separaba al comienzo. Opina que la segregación de los sexos en las escuelas puede contribuir al desconocimiento entre estudiantes de ambos sexos cuando no han tenido una experiencia previa de convivencia, lo que en su caso no ocurrió porque siempre se educó con niños y compartía con ellos estudios y juegos.

Su carrera académica fue creciendo. Desde los años noventa, la UTP promovía la formación para la investigación y se incrementaron los contactos, convenios y relaciones con universidades de todo el mundo. Se hacían muchas capacitaciones, prospectivas, cursos y seminarios

de planificación estratégica que despertaron su interés por la investigación. Se dio cuenta de que necesitaba estudiar un doctorado porque la preparación que tenía no era suficiente, necesitaba ir más allá en su pensamiento crítico, cuestionar e investigar para crear conocimientos nuevos y necesarios. Aplicó cuatro veces para obtener una beca Fulbright Laspau entre 1995 y 2002, que fue el año en que la consiguió con el puntaje más alto de Centroamérica. Zoila recuerda que a lo largo de toda su vida escuchó que le decían que no lo iba a conseguir. Trataron de desanimarla, pero ella no cejó. La perseverancia y determinación son rasgos de su carácter, en los que reconoce a su madre.

En 1995, había recibido una capacitación en economía por un profesor de Iowa State University y eso despertó su deseo de estudiar en esa universidad, pero entre las opciones para los becarios no estaba Iowa State. Sin embargo, consiguió que él intercediera para que finalmente aplicaran su beca a esta universidad.

Entre los estudiantes de doctorado, Zoila era la única mujer entre cuarenta y dos hombres. Tenía cuarenta y cinco años. La beca era por dos años, así que al finalizar este plazo se quedó sin fondos y tuvo que regresar a Panamá. Trabajó un año en su tesis y aplicó para una beca de la Secretaría Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (SENACYT), la ganó pero quedó en el puesto dieciséis y solo había fondos para quince becas. Tuvo la suerte de que ese año se ampliaron los fondos para veinte becarios y de esa manera pudo regresar otros dos años a Estados Unidos y terminar su tesis doctoral. De su estancia en este país, guarda recuerdos muy gratos de las



Recibiendo su diploma de Doctorado en Ingeniería Industrial con especialización en Investigación de Operaciones y la Subespecialización en Estadística por la Iowa State University en 2006. Archivo familiar.

personas y especialmente de los profesores. En 2006, terminó su Doctorado en Ingeniería Industrial con Especialización en Investigación de Operaciones y la Sub-especialización en Estadísticas, por Iowa State University. Se convirtió en la primera doctora en ingeniería industrial de Panamá. Años más tarde, en 2009, a fuerza de insistir, logró realizar otro de sus sueños: una pasantía de tres meses como profesora visitante en el Center for Logistics and Transportation del Massachusetts Institute of Technology (MIT) de Estados Unidos.

Los estudios de doctorado de Zoila cambiaron la vida de la familia entera. El esposo de Zoila se quedó cuidando de los cuatro hijos cuando ella estuvo nueve meses estudiando inglés. Luego, la familia se trasladó a Ames, en Iowa, a excepción del hijo mayor que se quedó estudiando ingeniería industrial en la UTP. El segundo empezó a estudiar en Iowa State University y los dos hijos pequeños estaban en la escuela hasta la tarde, cuan-

do Zoila y su esposo se encargaban de ellos. El esposo de Zoila consiguió una licencia de la ACP por dos años durante los que la acompañó en Iowa.

El Dr. Humberto Álvarez, actualmente vicedecano de investigación, postgrado y extensión de la Facultad de Ingeniería Industrial, fue su compañero de estudios y de docencia desde los años ochenta, en Chiriquí y en Panamá, y recuerda los enormes sacrificios familiares y profesionales que Zoila tuvo que hacer y lo mucho que la respeta por eso.

La educación continua

Sus trabajos en el campo de la educación continua se remontan a 1995, cuando creó el programa en la UTP y lo hizo posible a través de videoconferencias. Había que colocar a cincuenta personas en una videoconferencia vía satélite. Nadie más lo hacía en ese entonces y ella inició con esta actividad el programa de educación continua para capacitar al personal de la UTP. El programa se amplió luego a diversas instituciones gubernamentales. Se instalaron antenas parabólicas para recibir la señal satelital en todo el territorio nacional, la UTP en Chiriquí construyó su propia antena. De esa manera, por ejemplo, llegaba la capacitación a enfermeras de todas las regiones y se consiguió que los conocimientos de todo el mundo les llegara a cualquier centro de salud del área rural. Tuvo que viajar por toda la república, a zonas rurales de difícil acceso, para graduar a las personas que se capacitaban de esta manera. Fue un proyecto muy gratificante. En esa misma época, participó en un proyecto de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) para estudiar y pro-

mover la participación socioeconómica de las comunidades rurales y, especialmente, de sus mujeres en las áreas rurales y en la Comarca Ngäbe Buglé. En estos trabajos, se requería una planificación estadística y conocimientos de prospectiva, es decir, del estudio de las causas técnicas, científicas, económicas y sociales que aceleran la evolución de las sociedades modernas, y poder prever sus consecuencias. Entendió la importancia que tenían estos conocimientos para tomar las decisiones adecuadas para el país.

En 2010, surgió una oportunidad que supo aprovechar para el beneficio de la UTP y del país. El Gobierno nacional estaba planeando traer a Panamá un centro de logística con el Georgia Institute of Technology. Zoila pensó que el conocimiento que podía traer esa universidad se podía hacer en Panamá. En pocos días, con un equipo de la UTP, armaron el programa para la maestría dual con Georgia Tech, lo adecuaron a las necesidades de Panamá y en un mes y medio el programa de la maestría fue aprobado por la UTP. Se firmó un convenio con el Georgia Tech y nació el programa de Maestría en Ciencias de la Ingeniería de la Cadena de Suministro. Programa dual con Georgia Tech, compartido por las dos instituciones, que resultó enormemente innovador y exitoso. Más tarde se creó el Centro de Innovación e Investigaciones Logísticas Georgia Tech Panamá, mediante un acuerdo entre el Instituto Tecnológico de Georgia y el Gobierno de Panamá, a través de la SENACYT. Como parte de su agenda académica, el Centro promueve el programa de maestría dual, enfocado en ayudar a desarrollar capacidades comerciales y logísticas que permitan a Panamá convertirse en el centro logístico y comercial de las Américas.

Sola o con sus estudiantes, la ingeniera Guerra es investigadora en las áreas de diseño y optimización de procesos estocásticos en cadenas de suministros y logística humanitaria. Un proceso estocástico es, en la teoría de la probabilidad, un concepto matemático que sirve para representar magnitudes aleatorias que varían con el tiempo o para caracterizar una sucesión de variables aleatorias (estocásticas) que evolucionan en función de otra variable, generalmente en el tiempo. Cada variable o conjunto de variables, sometidas a influencias o efectos aleatorios, constituye un proceso estocástico. Es decir, al contrario de lo que ocurre en los procesos deterministas en los que los resultados son ciertos, la estocástica estudia los procesos probabilísticos donde la incertidumbre no puede más que crear modelos de lo que pudiera probablemente ocurrir. Algunos ejemplos dentro del grupo de las series temporales son, por ejemplo: las señales de telecomunicación, señales biomédicas (electrocardiogramas, encefalogramas), señales sísmicas, el tiempo de espera en la fila de cada usuario que va llegando a una ventanilla o el clima.

Ha desempeñado la jefatura del Departamento de Logística y Cadena de Suministro en la UTP y ha participado en comisiones de revisión de reglamentos de investigación. Le resulta muy satisfactorio impulsar los proyectos de investigación de sus estudiantes, porque los induce a escribir artículos científicos que publican en revistas internacionales: "Es impresionante ver a mis estudiantes exponer sus trabajos en Alemania, ante un público internacional... es uno de los logros de mi vida, que vean que lo pueden lograr", dice. Con sus alumnos, ha

estudiado situaciones extremas como las incertidumbres en el tránsito del Canal o un modelo de simulación del flujo de pasajeros en el aeropuerto de Tocumen. Sus estudios han sido publicados en Alemania, y consiguió que dos de sus estudiantes obtuvieran pasantías, una en Alemania y la otra en Estados Unidos. Se siente orgullosa de tener más estudiantes mujeres que hombres. Piensa que es porque se identifican más con ella.

Ha sido consultora para la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) en el estudio de distribución de vacunas para COVID-19 en América Latina y el Caribe, y para la Evaluación de la Cadena de Suministros de Vacunas contra el COVID-19 en América Central, en 2021. También fue consultora para el estudio del tren Panamá-Chiriquí, y ha realizado varias consultorías para el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Por su trabajo como consultora en: logística y cadena de suministros, diseño y optimización de procesos, administración de proyectos y liderazgo, tiene un gran reconocimiento nacional e internacional. Así lo demuestran sus colaboraciones para organismos como la USAID, GTZ, la Unión Europea, organizaciones no gubernamentales, empresas privadas como Riba Smith, Medcom, COPA, e instituciones del Estado como: Autoridad del Canal de Panamá, Ministerio de Desarrollo Social, Ministerio de Salud, Ministerio de Economía y Finanzas, SENACYT y el Ministerio de Educación.

El proyecto PISA

Zoila Guerra fue gerente nacional del Programa para la Evaluación Internacio-

nal de los Alumnos (PISA, por sus siglas en inglés) en su implementación en el país en 2009. PISA es un programa para evaluar las competencias de los estudiantes de quince años de todo el país.

Era la primera vez que Panamá participaba en el proyecto PISA. Nadie se había atrevido a hacer la prueba, se decía que sus estándares eran demasiado altos. Sin embargo, el proyecto lo desarrolló la UTP y fue dirigido por ella. El trabajo fue un reto muy importante, se reclutaron profesores de matemáticas, lengua y ciencias. Se tuvo que evaluar los exámenes y adaptar el lenguaje en todos los instrumentos.

El trabajo, que fue enorme, incluyó: el diseño y la validación de instrumentos, la definición de la población a evaluar, la selección de muestras, la logística de aplicación de instrumentos, y el procesamiento y captación de datos para la preparación del informe nacional. Se realizó la validación del instrumento a 1500 estudiantes en 49 escuelas en todo el país y la aplicación se hizo a 5000 estudiantes en 500 escuelas. Además, se encuestó a los padres de familia de cada estudiante y a los directores de escuelas. Se requirió de un trabajo de sensibilización y capacitación muy importante en el que participaron estudiantes de la UTP, profesores de secundaria y de todo el sistema educativo. Eso le demostró al país que se podía hacer, opina Zoila. En Chile la prueba PISA costó 5 millones de dólares, en Panamá costó tan solo 500 000 dólares. Se pudieron optimizar los recursos, integrar equipos, información, recursos humanos, para optimizar los resultados. El proyecto no siguió en manos de la UTP y, en su opinión, ha tenido una aplicación desigual.

Innovación tecnológica patentable

El ingeniero Ignacio Chang, quien fue director de Investigación de la UTP de 2010 a 2012, califica su gestión del Proyecto de Innovación Tecnológica Patentable de la UTP como un logro importantísimo para la institución y para el país. En 2014, el Banco de Desarrollo de América Latina (CAF) convocó a un premio para someter solicitudes de patentes. Como directora de Gestión y Transferencia de Conocimiento de la UTP, Zoila, tras un intenso trabajo, logró presentar ocho solicitudes. Panamá quedó entre los países que más solicitudes presentaron. En el año 2018, la UTP se posicionó en el top 50 del Ranking de Universidades en generación de solicitudes de patentes de la Organización Mundial de Propiedad Intelectual. Ninguna otra universidad de Iberoamérica, como tampoco de Francia ni de Italia, ha estado en ese *ranking* donde solo figuran las mejores universidades. Para el carácter competitivo de Zoila, demostrar que Panamá y América Latina podían crear conocimiento y no simplemente adaptar el que se creaba en otros países, fue un reto que mostró el talento existente en el país.

Según el vicedecano Humberto Álvarez, lo más relevante del trabajo de Zoila Guerra de Castillo no son solamente sus investigaciones y proyectos personales, sino las múltiples actividades que ha desplegado orientadas a fortalecer el papel de la UTP en el panorama científico del país y su proyección internacional. En su opinión, ella ha sabido combinar exitosamente su labor investigadora con su labor docente. Destaca cómo ha manejado su investigación en logística y su trabajo en innovación y patentes, ubicando a la UTP dentro de las primeras del mundo.



Retrato actual. Archivo familiar.

La mujer y la científica

Zoila piensa que las situaciones difíciles que pasan en la vida van formando el carácter de las personas. Así, ya que ella había asumido la responsabilidad de tener hijos, tenía la responsabilidad de criarlos como debía ser, como buenos hijos, hermanos, ciudadanos y cuando fue necesario lo priorizó por delante de su carrera científica. Su vida se ha desarrollado en estos dos espacios, entre su familia y sus estudios. En ocasiones, las actividades que ambas partes le exigían han sido compatibles. En otras épocas, tenía que relegar sus estudios y trabajo para dedicarse casi exclusivamente a su familia. Eso le significó culminar tarde su licenciatura en ingeniería y llegar a una edad adulta a los estudios de doctorado. La contrapartida a esto ha sido, sin embargo, reforzar su carácter, convertirla en una científica dedicada, comprometida con sus estudiantes y con la institu-

ción educativa para la que trabaja. La fortaleza de su creencia en el valor del conocimiento y la investigación, aunada a su determinación, perseverancia y la competitividad de su carácter, han hecho posible su carrera científica.

Zoila jamás cambiaría las experiencias que como mujer ha tenido en su vida: “dar a luz, criar a sus hijos y educarlos para que respeten y amen a las mujeres”. Ni renunciaría nunca a su trabajo científico. Desde las clases de ciencia de bachillerato conocía y tenía como únicos referentes a Marie y Pierre Curie, a nadie más. Desde su adolescencia participaba en todos los concursos escolares y, como los ganaba, le regalaban libros que ella

devoraba. Le encanta leer libros científicos, no de ficción, y libros de autoayuda y liderazgo.

Lo que valora más de sus trabajos es que aportan posibilidades importantes de desarrollo al país y ayudan a que la universidad aumente su prestigio. También, le gratifica de manera muy especial su trabajo con los estudiantes. Ha sido asesora de tesis de grado de más de treinta estudiantes en los últimos cinco años, y la mayoría han sido mujeres. Varias de sus estudiantes han podido ir a pasantías y exposiciones en conferencias internacionales en Estados Unidos, Alemania y España. Ser un modelo para ellas y potenciar sus carreras la hacen muy feliz.

Agradecimientos

Gracias a Zoila Guerra por confiarnos su historia.

Nuestro agradecimiento a Ignacio Chang y Humberto Álvarez, cuya colaboración fue sustancial para conocer el trabajo de Zoila Guerra. A Aranzazú Berbey por compartir tan entusiastamente con nosotras las pioneras de la ingeniería.

Entrevistas

15 de diciembre de 2021 y 27 de marzo de 2022. Consulta telefónica a Ignacio Chang por Yolanda Marco.

15 y 16 de marzo de 2022. Entrevista virtual a Zoila Guerra de Castillo por Patricia Rogers y Yolanda Marco.

27 y 28 de marzo de 2022. Consulta por correo electrónico a Humberto Álvarez por Yolanda Marco.

